

SARAH DESSEN

Léela ya,
¡flechazo
inmediato!

*Dime
¿qué significa
para siempre?*

Por la autora de *Una canción para ti*

MAEVA  young

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Créditos

*Para Jay, como siempre, y para mis primos, que, igual que yo, conocen de memoria la vista del
río y la bahía, las complejas
reglas del escondite, y todas las maneras de las que
No Puedes Ir al Cielo.*

*Nombraros a todos daría para un libro entero:
ya sabéis quiénes sois.*



Jason se iba al campamento para cerebritos. Tenía otro nombre, uno más serio, pero así era como lo llamaba todo el mundo.

–Muy bien –dijo, y embutió un último par de calcetines en el borde de la maleta–. La lista. Otra vez.

Alcancé el papel que tenía a mi lado.

–Bolígrafos –fui enumerando–. Cuadernos. Tarjeta del teléfono. Batería de la cámara. Vitaminas.

Jason recorrió con los dedos el contenido de la maleta para localizar e identificar cada cosa. Lo revisó dos veces. Siempre tenía que asegurarse de todo.

–Calculadora –continué–. Ordenador portátil...

–¡Espera! –exclamó, y levantó la mano; se acercó a su escritorio, abrió la cremallera de la funda negra y delgada que había encima y me hizo un gesto con la cabeza–. Pasa a la lista número dos.

Bajé hacia el final de la lista hasta encontrar las palabras ORDENADOR PORTÁTIL (FUNDA), y me aclaré la garganta antes de proseguir:

–CD vírgenes. Protector de sobrecargas. Auriculares...

Después de repararlo todo y de terminar la lista principal –tuve que hacer otra interrupción para revisar otros dos subapartados, NECESER y VARIOS–, Jason parecía casi convencido de que lo tenía todo. Lo que, sin embargo, no evitó que siguiera dando vueltas por la habitación murmurando para sí. Ser perfecto suponía mucho trabajo. Si no querías ni despeinarte, no tenía sentido molestarse siquiera.

Jason conocía la perfección. Al contrario que para la mayoría de la gente, para él no era un horizonte remoto. Para Jason, la perfección estaba justo en la colina de ahí al lado, lo bastante cerca para divisarla. Y no era un sitio adonde iría simplemente de visita. Iba a quedarse a vivir allí.

Era el campeón de matemáticas del estado, el capitán del equipo de debate, el que ostentaba la nota media más alta de la historia de nuestro instituto (iba a clases de excelencia desde primer curso, a clases de nivel universitario desde cuarto); también el presidente del consejo estudiantil por segundo año consecutivo, el promotor de un innovador programa de reciclaje en el instituto que ahora se aplicaba en varios distritos del país; hablaba francés y español con fluidez. Pero no solo destacaba en el campo académico. Jason también era vegano y había pasado el verano anterior construyendo casas para Hábitat para la Humanidad. Practicaba yoga, visitaba a su abuela en la residencia cada dos domingos, y tenía un amigo nigeriano que había conocido por Internet con el que se escribía desde que tenía ocho años. Todo lo que hacía lo hacía bien.

Mucha gente podría considerar todo esto un poco irritante, incluso odioso. Pero yo no. Jason era justo lo que yo necesitaba.

Lo supe desde el primer día que lo vi, en clase de inglés cuando estábamos en cuarto de secundaria. Nos habían dividido en grupos para hacer un trabajo sobre *Macbeth* y en el mío

estábamos Jason, yo y una chica que se llamaba Amy Richmond y que, después de juntar las mesas, se apresuró a comunicarnos que «era un desastre para esa mierda de Shakespeare» y después apoyó la cabeza en su mochila. Al segundo siguiente, estaba dormida como un tronco.

Jason se limitó a mirarla.

–Bueno –dijo a la vez que abría su libro de texto–, creo que será mejor que empecemos.

Eso fue después de que pasara todo; yo estaba atravesando una fase silenciosa. No me resultaba fácil encontrar las palabras adecuadas. De hecho, a veces llegaba a tener problemas para reconocerlas; había frases enteras que al leerlas me parecían escritas en otro idioma, o incluso escritas al revés. Unos días antes, al anotar mi propio nombre en una hoja, hasta había dudado de las letras y de su orden, pues ni siquiera de eso estaba ya segura.

Así que, como era de esperar, *Macbeth* me desconcertó por completo. Me había pasado todo el fin de semana luchando con el lenguaje anticuado y con los nombres tan raros de los personajes, incapaz incluso de descifrar los aspectos más básicos de la historia. «Si yo hubiese muerto una hora antes habría vivido una existencia feliz; porque, desde este instante, nada mortal es digno de atención, todo es juguete del destino.»

No, pensé. Nada.

Por suerte, Jason, que no estaba dispuesto a dejar que su nota dependiera de nadie, estaba acostumbrado a asumir el control de los trabajos en grupo. Así que abrió su cuaderno por una hoja en blanco, sacó un bolígrafo y le quitó el capuchón.

–Lo primero –dijo–, centrémonos en los temas fundamentales de la obra. Luego ya pensaremos sobre qué podemos escribir.

Asentí. A nuestro alrededor, oía el parloteo de nuestros compañeros y la voz cansada del profesor de inglés, el señor Sonnenberg, repitiéndonos que nos pusiéramos a trabajar.

Jason se saltó unos cuantos renglones de su hoja. Vi que escribía «Asesinato». Tenía una letra muy clara, como de imprenta, y escribía con agilidad. «Poder. Matrimonio. Venganza. Profecía. Política.» Parecía que podría pasarse una eternidad escribiendo, pero de pronto dejó de escribir y me miró.

–¿Qué más? –preguntó.

Volví a clavar la vista en el libro, como si de alguna manera las palabras fuesen a decirme algo coherente. Noté que Jason me miraba, pero no con descaro, sino esperando que yo aportara algo.

–No... –dije por fin, luego me interrumpí, como si las palabras se apelmazaran. Tragué saliva y volví a empezar–. No lo entiendo. En serio.

Estaba segura de que al oír aquello, me lanzaría la misma mirada que a Amy Richmond. Pero Jason me sorprendió cuando dejó el bolígrafo encima de la mesa.

–¿Qué parte no entiendes?

–Ninguna –contesté, y cuando vi que él no hacía un gesto de impaciencia, como yo esperaba, añadí–: O sea, sé que hay una trama para cometer un asesinato y sé que hay una invasión, pero el resto... No sé. Es todo muy confuso.

–Escucha –dijo, y recogió el bolígrafo–, no es tan complicado como cree. La clave para entenderlo bien es empezar por la profecía sobre lo que va a ocurrir... ¿ves?, aquí...

Empezó a pasar páginas de su libro sin dejar de hablar, y me señaló un fragmento. Luego lo leyó en alto, y al recorrer las palabras con el dedo fue como si las cambiara, como si hiciera magia: de pronto, cobraron sentido.

Y sentí un tremendo alivio. Por fin. Lo único que había deseado durante mucho tiempo era que

alguien me explicara de aquella manera todo lo que me había pasado. Que lo expusiera con claridad en una hoja de papel: esto conduce a esto y esto otro conduce a aquello. En el fondo, sabía que era más complicado que todo eso, pero al observar a Jason me sentí esperanzada. Se había enfrentado al galimatías de *Macbeth* y lo había desenmarañado, y yo no pude por menos que preguntarme si sería capaz de hacer lo mismo conmigo y de la misma manera. Así que me acerqué a él y no me volví a separar desde entonces.

Ahora estaba cerrando la cremallera de la funda del ordenador, que dejó encima de la cama junto al resto de sus cosas.

–Bueno, vámonos –dijo, echando una última mirada a su cuarto.

Cuando salimos, sus padres ya nos esperaban en el Volvo. El señor Talbot se bajó, abrió el maletero; él y Jason tardaron unos minutos en colocar todo el equipaje. Cuando me senté en el asiento trasero y me abroché el cinturón, la señora Talbot se volvió y me sonrió. Era botánica, su marido farmacéutico, ambos profesores universitarios. Eran tan académicos que me resultaba raro verlos sin un libro entre las manos, como si les faltara la nariz o los codos.

Intenté no pensar en ello cuando la señora Talbot me dijo:

–Bueno, Macy, ¿y qué vas a hacer sin Jason hasta agosto?

–No lo sé –respondí.

Yo iba a trabajar en la biblioteca, sustituyendo a Jason en el mostrador de información, pero aparte de eso, las siguientes ocho semanas se presentaban vacías y amenazadoras. Aunque tenía varios amigos que pertenecían al consejo estudiantil, también ellos se habían ido a pasar el verano fuera, a Europa o a algún campamento. Para ser sincera, Jason y nuestra relación consumían bastante tiempo: entre las clases de yoga y el trabajo del consejo estudiantil, por no mencionar los asuntos que tratábamos, no tenía mucho tiempo para nadie más. Además, Jason a menudo se llevaba decepciones con la gente, así que yo nunca me decidía a invitar a nadie a salir con nosotros. Si eran lentos o vagos, en algún sentido, enseguida perdía la paciencia, así que era más fácil salir sola con él o con sus amigos, que sí le seguían el ritmo. La verdad es que yo nunca me había planteado si aquello era bueno o malo. Sencillamente, éramos así.

De camino al aeropuerto, Jason y su padre hablaron de unas elecciones que acababan de celebrarse en Europa, su madre se inquietó por el tráfico y las obras de la carretera y yo permanecí en silencio observando los dos centímetros que separaban mi rodilla de la de Jason y preguntándome por qué no me acercaba más a él. Aquello no era nuevo. Ni siquiera me había besado hasta nuestra tercera cita, y ahora, año y medio después, aún no nos habíamos planteado llegar hasta el final. En el momento en que nos conocimos, hasta un simple abrazo me resultaba difícil de soportar. No quería que nadie se me acercara demasiado. En aquel momento era lo único que yo quería: un chico que entendiera cómo me sentía. Sin embargo, ahora, a veces deseaba algo más.

En el aeropuerto, nos despedimos junto a la puerta de embarque. Sus padres lo abrazaron y después cruzaron discretamente la sala de espera para quedarse junto a la ventana y contemplar la pista y la gran franja de cielo azul que flotaba sobre ella. Rodeé a Jason con los brazos y me empapé de su olor –a desodorante deportivo en barra y gel contra el acné– para que me durara algún tiempo.

–Te voy a echar de menos –dije–. Muchísimo.

–Serán solo ocho semanas.

Me besó en la frente. Luego, precipitadamente, tan deprisa que no me dio tiempo a reaccionar, en los labios. Se apartó y me miró mientras me abrazaba por la cintura y me apretaba contra sí.

—Te escribiré —prometió, y volvió a darme un beso en la frente.

Cuando desapareció por el pasillo hacia el avión acudiendo a la llamada de su vuelo, me quedé junto a los Talbot y lo seguí con la vista con un nudo en la garganta. Iba a ser un verano muy largo. Yo quería un beso de verdad, algo que pudiera retener en la memoria, pero había aprendido hacía mucho tiempo a no ser exigente con las despedidas. No estaban garantizadas ni aseguradas. Y tenías suerte, más que suerte, si llegabas a disfrutar de la posibilidad de despedirte.

Mi padre murió. Y yo estaba con él.

Por eso me conoce la gente. No como Macy Queen, la hija de Deborah, la que construyó unas casas preciosas en calles privadas nuevecitas. Ni como la hermana de Caroline, que el verano anterior había celebrado la boda más hermosa que se recordaba en Lakeview Inn. Ni siquiera como la que una vez ostentó el récord de los sesenta metros lisos en la categoría de secundaria. No. Yo era Macy Queen, la que cuando se despertó el día siguiente a Navidad y salió a la calle se encontró a su padre despatarrado mientras un desconocido le hacía un masaje cardíaco. Yo vi morir a mi padre. Esa era yo.

Cuando la gente se enteraba, o me veía y recordaba el episodio, siempre ponía la misma cara. La de expresión de lástima, con la cabeza ladeada y la barbilla baja: «Dios mío, pobre criatura». Aunque lo hacían con buena intención, para mí no era más que una reacción de los músculos y los tendones que no significaba nada. Nada en absoluto. Odiaba aquella cara. La veía por todas partes.

La primera vez fue en el hospital. Yo estaba sentada en una silla de plástico junto a la máquina de bebidas cuando mi madre salió de una pequeña sala de espera, adyacente a la principal. Yo ya sabía que era allí donde llevaban a la gente para comunicarle las peores noticias, que se había acabado la espera, que su ser querido había muerto. De hecho, acababa de ver a otra familia realizar la misma secuencia: subieron aproximadamente diez escalones y doblaron la esquina para pasar de la esperanza a la desesperación. Cuando mi madre —ahora presa de este último estado— se acercó a mí, lo supe. Y tras ella estaba esa enfermera regordeta con un gráfico en la mano que me vio allí de pie con los pantalones del chándal, aquella sudadera que me quedaba enorme, las viejas zapatillas malolientes, y puso la cara. «Oh, pobrecilla.» Pero en ese momento no tenía ni idea de que aquella expresión no me dejaría ni a sol ni a sombra.

Vi La Cara en el funeral, por todas partes. Era la máscara habitual de la gente que se apiñaba en los escalones, la que se había sentado en los bancos y murmuraba en voz baja, y me lanzaba miradas de soslayo que yo era capaz de sentir incluso con la cabeza inclinada, con los ojos clavados en el negro opaco de mis medias y en las rozaduras de mis zapatos. Mi hermana Caroline sollozaba a mi lado: así estuvo durante todo el funeral, cuando recorrimos el pasillo de la iglesia, en la limusina, en el cementerio, en la recepción posterior. Lloró tanto que me pareció poco apropiado que yo también lo hiciera aunque hubiera querido. Habría parecido un exceso que otra persona hubiera derramado aún más lágrimas.

Odiaba encontrarme en aquella situación, odiaba que mi padre se hubiera ido, odiaba haber estado soñolienta y perezosa aquella mañana y haberle hecho un gesto para que saliera de mi cuarto cuando entró con su camiseta apestosa de la carrera de cinco kilómetros de Waccamaw y se inclinó para susurrarme al oído: «Macy, despierta. Te daré ventaja. Venga, ya sabes que los primeros pasos son los que más cuestan». Odiaba el hecho de no haber dejado pasar solo dos o

tres minutos, sino cinco, hasta cambiar de opinión, levantarme para buscar los pantalones del chándal y atarme las zapatillas. Odiaba el hecho de no haber recorrido más deprisa aquellos quinientos metros, de que cuando llegué hasta él ya hubiera muerto y fuera incapaz de verme la cara y de oír mi voz para poder decirle todas las cosas que habría deseado contarle. Quizá todo el mundo supiera que yo era la chica que había perdido a su padre, la que estaba allí cuando él murió. Como tantas otras cosas, no podía controlarlo. Pero mi gran secreto era que estaba furiosa y asustada. Y eso ellos no podían adivinarlo. Solo yo lo sabía.

Cuando llegué a casa después de despedirme de los Talbot, vi una caja en el porche. En cuanto me incliné y leí la dirección del remitente, supe lo que era.

—¿Mamá?

Mi voz resonó en el vestíbulo vacío cuando entré y cerré de un portazo. En el comedor, había folletos amontonados junto a varios ramos de flores, todo preparado para el cóctel que mi madre celebraba aquella noche. Se estaba empezando a construir la última fase de su urbanización, chalés adosados de lujo, y tenía que venderlos. Lo cual quería decir que se hallaba en modo perorata total, circunstancia evidenciada por el cartel colocado sobre la chimenea que mostraba su rostro sonriente y el eslogan INMOBILIARIA QUEEN. PERMÍTANOS CONSTRUIR LA CASA DE SUS SUEÑOS.

Dejé la caja encima de la isla de la cocina, justo en el centro, y me acerqué a la nevera para servirme un vaso de zumo de naranja. Me lo bebí de un trago, enjuagué el vaso y lo metí en el lavavajillas. Pero daba igual que procurara mantenerme activa. Todo el tiempo tuve en mente la caja que seguía ahí encima esperándome. No cabía hacer otra cosa más que pasar por el trance cuanto antes.

Saqué unas tijeras del cajón de la isla y hendí la tapa de la caja de un lado a otro para rasgar la cinta de embalaje marrón. El remitente, como el de todas las demás, era de Waterville, Maine.

Querido señor Queen:

Por ser uno de los mejores clientes de Productos EZ, le enviamos nuestras novedades más recientes para que las estudie con detenimiento. Estamos seguros de que le parecerán tan satisfactorias e idóneas para ahorrar tiempo en su vida diaria como los demás artículos que ha comprado a lo largo de los últimos años. No obstante, si por cualquier motivo no quedara usted enteramente satisfecho, podrá devolverlas en un plazo de treinta días y no se efectuará cargo alguno en su cuenta.

Gracias de nuevo por su apoyo. Si tiene alguna duda, por favor no dude en ponerse en contacto con nuestro servicio de atención al cliente llamando al número que encontrará al final de esta carta, donde lo atenderán con sumo gusto. Son las personas como usted las que nos estimulan para intentar hacer la vida mejor, más productiva y, sobre todo, más fácil. EZ no es solo una marca: es una promesa.

Saludos cordiales.

Walter F. Tempest

Presidente de Productos EZ

Saqué a puñados las bolitas de polietileno y las amontoné con cuidado junto a la caja hasta encontrar el paquete. Había dos fotografías en la parte frontal. La primera mostraba a una mujer de pie junto a la encimera de una cocina con unos veinte rollos de papel de aluminio y de papel de horno apilados frente a ella. Tenía expresión de contrariedad, como si fuera a sufrir una especie de crisis de un momento a otro. En la segunda foto, la misma mujer estaba delante de la misma encimera. Las cajas habían desaparecido y en su lugar se veía una consola de plástico adosada a la pared. La mujer la estaba abriendo y sacando plástico para envolver, ahora con la expresión beatífica que normalmente se asocia con imágenes de la Virgen o de gente con fuertes dosis de medicación.

«¿Cansada de tener que lidiar con el desbarajuste de tantos tipos de plástico y papel de aluminio? ¿Harta de rebuscar en alacenas y cajones desordenados? Compre el nuevo Organizador de Envoltorios y podrá acceder fácilmente a todo lo que necesite. Gracias a sus cómodas ranuras para bolsas de congelación y bocadillos, papel de aluminio y papel de horno, nunca más tendrá que revolver en un cajón. ¡Todo está aquí, al alcance de la mano!»

Dejé la caja encima de la isla y pasé el dedo por los bordes. Es curioso lo que nos hace echar de menos a alguien. Podía soportar un funeral abarrotado de gente, incontables mensajes de pésame, una recepción llena de voces lastimeras. Pero cada vez que llegaba un paquete de Maine se me rompía el corazón.

A mi padre le encantaban esas cosas: tenía debilidad por todo aquello que afirmaba hacer la vida más fácil. Lo cual, combinado con su propensión al insomnio, daba como resultado un cóctel letal. Solía quedarse en la planta de abajo de casa revisando contratos o enviando correos electrónicos hasta muy tarde, con el sonido de fondo de la televisión, hasta que llegaba un publibreportaje. Se enganchaba inmediatamente, primero al parloteo alegre y forzado entre el presentador y el diseñador del artefacto, seguido de los regalos adicionales que se conseguían solo por «Hacer su pedido ahora», momento en el que ya estaba sacando su tarjeta de crédito con una mano y marcando el número de teléfono con la otra.

–¡Te digo que es lo que yo llamo una auténtica innovación! –exclamaba excitado por el entusiasmo precompra.

Y para él también era innovador el Paquete Gigante de Tarjetas de Felicitación que compró para mi madre –incluía felicitaciones para todas las festividades, desde la Kwanzaa de los afroamericanos hasta los solsticios, pero ni una sola tarjeta navideña–, y el artilugio de plástico que parecía una trampa para osos en miniatura y prometía hacer «el perfecto Moño Francés» y que un día tuvieron que terminar cortando para desenganchármelo del pelo. No importaba que nosotras estuviéramos hartas de los Productos EZ: nuestro escepticismo no disuadía a mi padre. Le encantaba su potencial, la posibilidad de que allí, entre sus manos ávidas, se encontrara la respuesta a una de las preguntas transcendentales de la vida. No «¿por qué estamos aquí?» ni «¿existe Dios?». La humanidad llevaba siglos tratando de resolver esos interrogantes sin conseguirlo. Pero si la pregunta era «¿existe un cepillo de dientes que también funcione como ducha bucal?», la respuesta estaba clara: Sí. Por supuesto.

«¡Venid a ver esto!», exclamaba con un entusiasmo que, pese a no ser exactamente contagioso, era absolutamente adorable.

Así era mi padre, capaz de hacer que cualquier cosa pareciera divertida. Y mientras nos ponía delante los posavasos de esponja, o la grabadora de bolsillo, o la cafetera con mando a distancia, explicaba: «Es una idea genial. Vamos, que la mayor parte de la gente ni se imaginaría que alguien podría idear algo así».

Aunque solo fuera por necesidad, yo había perfeccionado mi reacción ya de pequeña: cara de ¡caramba, fíjate!, acompañada de un entusiástico gesto de aprobación. Mi hermana, la reina de la interpretación, ni siquiera era capaz de fingir una sonrisa, así que se limitaba a menear la cabeza y decir: «Pero papá, ¿para qué compras todas esas chorradas?». En cuanto a mi madre, intentaba tomárselo con deportividad y guardaba su cafetera de última generación para sustituirla por la nueva con mando a distancia; al menos hasta que nos dimos cuenta –después de que el olor a café nos despertara a las tres de la madrugada– de que había interferencias con los intercomunicadores que la familia de al lado utilizaba para escuchar al bebé y se ponía en funcionamiento de manera espontánea. Incluso aceptó sin rechistar el dispensador de pañuelos de papel que instaló en el retrovisor de su BMW –«¡No vuelva a correr riesgo de accidente intentando alcanzar un pañuelo!»–, hasta el día que se despegó cuando iba por la autopista, le dio un golpe en la frente y el coche casi acabó saltándose la mediana y chocando contra los que circulaban en sentido contrario.

Cuando papá murió, cada una reaccionó de un modo distinto. Mi hermana pareció asumir la reacción emocional de las tres juntas: lloró tanto que daba la impresión de que se iba a deshidratar ante nuestros ojos. Yo permanecí en silencio, inmutable y contrariada, y me negué a afligirme porque me parecía que, de hacerlo, le daría a todo el mundo lo que quería. Y mi madre se puso a ordenar.

Dos días después del funeral, se movía por la casa con una intensidad frenética, derrochando energía de una forma tan exagerada que daba hasta miedo. Yo me quedé a la puerta de mi cuarto y la observé mientras ella arrasaba el armario de la ropa de casa y sacaba sin contemplaciones las toallas ásperas y las sábanas viejas de las camitas gemelas de las que nos habíamos deshecho tiempo atrás. En la cocina tiró todo aquello que no tuviera otro artículo a juego –el solitario tarro de cristal de la mermelada, un plato navideño de regalo de la cadena Cracker Barrel–, que tintineó y se fue hundiendo cada vez más en la bolsa de basura que mi madre iba arrastrando por toda la casa hasta que la llenó demasiado y no pudo moverla. Nada estaba a salvo. Un día llegué del instituto y me encontré con que me había ordenado el armario; lo había revisado todo, y la ropa que hacía algún tiempo que no me ponía había desaparecido. Empecé a comprender que no valía la pena molestarme en tener apego a nada. En cuanto te descuidabas te quedabas sin ello. Así de simple.

Las cosas de EZ fueron casi las últimas en sucumbir. Un sábado, más o menos una semana después del funeral, mi madre se levantó a las seis de la mañana y empezó a amontonar cosas para la ONG Goodwill en el camino de entrada. A las nueve, ya había vaciado el garaje de la mayor parte de su contenido: la vieja cinta de correr, sillas de jardín y cajas de adornos navideños sin estrenar. Pero por mucho que me preocupara por ella mientras durara aquella racha, me preocupaba muchísimo más lo que pasaría cuando hubiera terminado con todo y el único desconcierto que quedara fuera el que ambas sufríamos.

Crucé el césped hacia el camino de entrada y esquivé una pila de botes de pintura sin abrir.

–¿Vas a tirar todo esto? –le pregunté mientras ella se inclinaba sobre una caja llena de peluches.

–Sí –respondió–, así que si quieres salvar algo, mejor que lo hagas ahora.

Miré aquellos trastos de mi infancia. Una bicicleta rosa con el sillín blanco, un trineo de plástico roto, unos chalecos salvavidas del barco que habíamos vendido hacía años. Ninguno significaba nada, pero todos eran importantes. No tenía ni idea de qué salvar.

Entonces vi la caja de EZ. Encima del resto de cosas, estropeada y encajada en un rincón;

estaba la toalla de manos que se calentaba sola y que mi padre había considerado un milagro de la ciencia hacía solo unas semanas. La saqué con cuidado y apreté el fino tejido con los dedos.

–Oh, Macy. –Mi madre, con la caja de los peluches en las manos, me miró con el ceño fruncido. Una jirafa que, según recordaba vagamente, había pertenecido a mi hermana asomaba la cabeza sobre los demás–. No querrás esas cosas, ¿verdad, cariño? Son una porquería.

–Lo sé –dije sin apartar la vista de la toalla.

En aquel momento llegaron los chicos de Goodwill, que tocaron el claxon al asomar por el camino de entrada. Mi madre les hizo señas para que se acercaran y después fue señalando los distintos montones. Mientras hablaban, me pregunté cuántas veces al día irían a distintas casas para llevarse cosas, y si sería diferente si lo hacían tras una muerte, o si los desechos eran simples desechos y ellos no eran capaces de distinguirlo.

–Llévóslo todo, haced el favor –dijo mi madre a la vez que empezaba a cruzar el césped; los dos chicos se inclinaron sobre la cinta de correr y cada uno la levantó por un extremo–. Y quiero hacer un donativo... Un momento, voy a por la chequera.

Cuando entró en casa, me quedé inmóvil un instante mientras los chicos recogían cosas a mi alrededor. Estaban haciendo un último viaje para llevarse el árbol de Navidad cuando uno de ellos, un chico bajito pelirrojo, hizo un gesto para señalar la caja que tenía a mis pies y preguntó:

–¿Eso también?

Estuve a punto de decirle que sí. Luego miré la toalla y la caja que contenía el resto de objetos inservibles y recordé la ilusión de mi padre cuando llegaba cada cosa, cómo lo oía siempre recorrer el pasillo y pararse en el comedor, en el cuarto de estar, en la cocina, buscando a alguien con quien compartir su nuevo descubrimiento. Yo siempre estaba encantada de ser ese alguien.

–No –dije, y me incliné para recoger la caja–. Esto es mío.

La subí a mi cuarto, y después arrastré la silla del escritorio hasta el armario y me subí. Había un panel en el altillo que daba al desván; lo abrí y empujé la caja hacia la oscuridad.

Habíamos dado por hecho que la muerte de mi padre ponía fin a nuestra relación con Productos EZ. Pero un día, más o menos un mes después del funeral, llegó otro paquete por sorpresa, una combinación de bolígrafo y grapadora de bolsillo. Nos imaginamos que lo habría pedido justo antes del infarto, que se habría tratado de su última compra, hasta que al mes siguiente llegó una roca decorativa que también hacía las veces de aspersor. Cuando mi madre llamó para quejarse, la encargada del servicio de atención al cliente se deshizo en disculpas. Dado el volumen de las compras de mi padre, explicó, había ascendido al nivel Círculo de Oro, lo que significaba que cada mes recibiría un producto para examinarlo sin compromiso de compra. Por supuesto, lo borrarían de la lista, no habría ningún problema.

Pero siguió llegando mercancía cada mes, puntual como un reloj, incluso después de que anuláramos la tarjeta de crédito cuyo número les había proporcionado mi padre. Yo tenía mi propia teoría al respecto, que, como tantas otras cosas, no compartí con nadie. Mi padre había muerto el día siguiente a Navidad, cuando todos los regalos ya se habían estrenado. Le había regalado una pulsera de brillantes a mi madre, una bicicleta de montaña a mi hermana, pero cuando llegó mi turno, me entregó un jersey, un par de CD y un vale de papel dorado en el que había garabateado con su letra casi indescifrable: «Más por llegar. Pronto». Mientras yo leía la nota, él había hecho un gesto tranquilizador.

–Un poco tarde, pero muy especial –dijo–. Te va a encantar.

Sabía que sería cierto. Me iba a encantar, porque mi padre me conocía y sabía lo que me hacía feliz. Mi madre aseguraba que cuando yo era pequeña lloraba en cuanto perdía de vista a papá,

que a menudo me mostraba inconsolable si no era él quien preparaba mi plato favorito, los ravioli con queso de un brillante tono naranja que vendían en los ultramarinos, tres por un dólar. Pero había algo más que lo puramente emocional. Juro que a veces era como si emitiésemos en la misma frecuencia. Incluso aquel último día, cuando desistió de levantarme de la cama, me había incorporado aquellos cinco minutos después como respondiendo a una llamada. Quizá en aquel momento ya le dolía el pecho. Nunca lo sabría.

Los primeros días sin él no dejaba de pensar en aquel vale ni de preguntarme qué habría escogido para mí. Y aunque estaba casi segura de que no habría sido un Producto EZ, sentí un extraño consuelo cuando vi que seguían llegando paquetes de Waterville, Maine, como si parte de él continuara en contacto conmigo para cumplir su promesa.

Así que cada vez que mi madre sacaba las cajas, yo las rescataba y las subía para añadirlas a mi colección. Nunca usé ninguno de aquellos artículos; por el contrario, preferí seguir creyendo las promesas incansables que auguraban las cajas. Había muchas maneras de recordar a mi padre. Pero me pareció que a él le habría gustado aquella en especial.



Mi madre me había llamado una vez («Macy, cariño, ya está empezando a llegar gente»), dos veces («¿Macy? ¡Cariño!»), pero yo seguía delante del espejo, haciéndome y deshaciéndome la raya del pelo. Daba igual las veces que pasaba el peine, el resultado no terminaba de gustarme.

En otro tiempo no me preocupaba tanto por mi aspecto físico. Sabía lo más elemental: era algo bajita para mi edad, tenía la cara redonda, los ojos marrones y unas pecas descoloridas en la nariz que habían sido más visibles, pero que ahora solo se apreciaban si se observaban muy de cerca. Tenía el pelo rubio que se aclaraba en verano y se ponía ligeramente verdoso si me bañaba mucho, cosa que no me importaba, pues era una loca del atletismo; era la clase de chica para quien la palabra *peinado* significaba llevar un coiletero en la muñeca. No me preocupaba por mi cuerpo ni por mi aspecto; solo me importaba lo que era capaz de hacer y la velocidad que podía llegar a alcanzar. Pero mi aspecto físico era parte de mi nuevo papel de chica perfecta. Si quería que los demás me vieran tranquila, serena y templada, tenía que interpretarlo bien.

Suponía mucho trabajo. Ahora mi pelo tenía que estar impecable, liso donde era debido. Si mi piel no colaboraba, negociaba con ella aplicando corrector y una fina capa de base de maquillaje para corregir las ojeras y las marcas rojas. Podía pasarme media hora probando las sombras que mejor me sentaban, rizándome y volviéndome a rizar las pestañas para asegurarme de que cada una de ellas estaba bien levantada y separada cuando pasaba el pincelito del rímel, oscureciéndolas, espesándolas. Me echaba crema hidratante. Usaba hilo dental. Caminaba erguida. Estaba guapa.

—¿Macy?

La voz de mi madre, firme y cantarina, se elevó por la escalera. Retiré el pelo hacia atrás con el peine, retrocedí un poco para mirarme al espejo y dejé que la raya se hiciera sola. Por fin: perfecto. Y justo a tiempo.

Cuando bajé, mamá estaba junto a la puerta saludando a una pareja que acababa de llegar. Tenía puesta su sonrisa de vendedora: segura, sin llegar a ser perturbadora, y cordial, pero sin ser de esas personas que besan el aire y no las mejillas. Como yo, mi madre cuidaba mucho su aspecto. En el negocio inmobiliario, igual que en el instituto, podía acarrearle el éxito o el fracaso.

—Ah, ya estás aquí —dijo cuando me vio, y se volvió hacia mí—. Me tenías preocupada.

—Problemillas con el peinado —le expliqué mientras se acercaba otra pareja a la puerta—. ¿Qué hago?

Mi madre echó una mirada al salón, donde un grupo de gente curioseaba los planos de los nuevos chalés adosados que había colgado en la pared. Siempre organizaba aquellos cócteles cuando necesitaba vender, pues creía que la mejor manera de convencer a la gente de que podía construir la casa de sus sueños era presumir de la suya. Era una buena táctica, aunque ello supusiera tener a desconocidos paseándose por todo el piso de abajo.

—Me vendría muy bien que comprobaras que los encargados del *catering* tienen todo lo que necesitan. Y me parece que andamos algo escasas de folletos; ve al garaje y trae otra caja —dijo.

Hizo una pausa para sonreír a una pareja que avanzaba por el vestíbulo—. Ah, si ves que alguien está buscando el baño, indícale dónde está con cortesía y la mayor discreción —terminó. De hecho, las indicaciones y detalles sobre el baño eran mi especialidad.

—Genial —dijo mientras una mujer vestida con un traje pantalón se acercaba a la entrada; mi madre abrió la puerta del todo.

—¡Bienvenida! Soy Deborah Queen. Pase, por favor. Me alegro de que haya podido venir.

Por supuesto, mamá no tenía ni idea de quién era aquella mujer, pero tratar a todo el mundo como si los conociera era parte de su estrategia de ventas.

—Bueno, me encanta la zona —dijo la mujer al cruzar el umbral—. Vi que iban a construir adosados, así que...

—Permítame que le enseñe los planos. ¿Ha visto que todos tienen garaje para dos coches? Fíjese, no todo el mundo es consciente de lo que supone tener un garaje con calefacción.

Y con estas palabras, mi madre se metió de lleno en faena. Parecía mentira que en otro tiempo todo aquel parloteo le resultara tan doloroso como hacerse varias endodoncias. Pero cuando había que hacer algo, había que hacerlo. Y al final, con un poco de suerte, salía bien.

Inmobiliaria Queen, la empresa que mi padre había fundado en solitario nada más salir de la universidad para supervisión de los detalles finales de obra, ya tenía buena fama cuando conoció a mi madre. En realidad, la contrató para que trabajara para él. Ella acababa de licenciarse en Empresariales, y las finanzas de Queen eran un desastre. Mamá entró en la empresa, se sumergió entre papeles y recibos (muchos de ellos escritos en servilletas de bar o en cajas de cerillas), pudo eludir por los pelos un problema grave con Hacienda (papá se había «olvidado» de hacer la declaración unos años antes) y consiguió que los números rojos cambiaran de color. En algún momento en medio de todo aquello, se enamoraron. Eran el equipo perfecto: él, todo encanto y alegría, el chico al que todo el mundo quería invitar a una cerveza; mamá, feliz entre archivos y con miras más amplias. Juntos eran imparables.

Wildflower Ridge, la urbanización donde vivíamos, era el resultado de una idea de mi madre. Habían hecho pequeñas subdivisiones y casas pensadas como inversión, pero aquello terminaría siendo un barrio completo, con casas, adosados y apartamentos, un pequeño distrito comercial que tuviera de todo y organizado en torno a una gran zona verde. Un regreso a la vida en comunidad, había dicho mamá. La tendencia del futuro.

Al principio, mi padre no estaba muy convencido. Pero se estaba haciendo mayor y su cuerpo estaba cansado. De aquel modo podía limitarse a desempeñar una labor de supervisión y dejar que fueran otros los que hicieran el trabajo duro. Así que accedió. Dos meses después, se colocaban los cimientos de la primera casa: la nuestra.

Mis padres trabajaron codo con codo y recibieron a los clientes potenciales en la casa piloto. Papá se encargaba de explicar los detalles más básicos y adaptaba su discurso dependiendo de la gente que tenía delante: desplegaba todo su encanto sureño con los clientes del norte; hablaba de carreras de automóviles de serie y de barbacoas con los de la zona. Se mostraba bien informado, una persona fiable. Por supuesto que al final querías que fuera él quien construyera tu casa. Qué demonios, querías que se convirtiera en tu mejor amigo. Luego, después de conseguir lo más difícil, mamá entraba en escena con los detalles técnicos como contratos, especificaciones y precios. Las casas se vendían como churros. Todo marchaba tal como mi madre había previsto. Hasta que dejó de marchar.

Sé que ella se culpó por la muerte de mi padre, pensaba que quizá fue el estrés añadido de Wildflower Ridge lo que terminó pasando factura a su corazón, y que si no lo hubiera presionado

tanto para ampliar el plan, todo habría sido distinto. Era nuestro sentir común, el secreto que compartíamos pero nunca expresábamos en voz alta. Yo pensaba que tenía que haber pasado más tiempo con él; ella, que nunca debía haberlo dejado solo. Tenía, debía, podía... Qué fácil era hablar en pasado.

Pero en el presente, a mi madre y a mí no nos quedó más remedio que seguir adelante. Trabajamos duro, yo en el instituto, ella en la empresa vendiendo más que la competencia. Llevábamos la raya del pelo perfecta, caminábamos erguidas, saludábamos a los conocidos (y al mundo) con la sonrisa que ensayábamos en el silencio de nuestra casa de los sueños, ahora demasiado grande y llena de espejos que nos devolvían la sonrisa. Pero el dolor persistía debajo de aquella coraza. A veces era ella quien más sufría, otras veces yo. Pero el dolor estaba siempre ahí.

Acababa de indicar dónde estaba el cuarto de baño a una mujer encolerizada con una mancha de vino tinto en la blusa –por lo visto, uno de los camareros había tropezado con ella y le había tirado el cabernet por encima– cuando me di cuenta de que el montón de folletos que habíamos dejado sobre la mesa del vestíbulo había bajado considerablemente. Aliviada al encontrar una excusa para escapar de allí, me escabullí de la reunión.

Salí al camino de entrada y rodeé la furgoneta del *catering*. El sol había bajado y el cielo se había teñido de naranja y rosa tras las copas de los árboles que nos separaban de los apartamentos de la siguiente fase. Estaba empezando el verano. En otro tiempo aquello significaba mañanas de entrenamiento a primera hora y tardes enteras en la piscina para perfeccionar la voltereta hacia atrás. Sin embargo, aquel verano tenía que trabajar.

Jason llevaba detrás del mostrador de información de la biblioteca desde los quince años, tiempo suficiente para labrarse la reputación del Chico Que Lo Sabía Todo. Los usuarios de la biblioteca de Lakeview estaban acostumbrados a que hiciera de todo, desde encontrar un libro rarísimo sobre Catalina la Grande hasta arreglar los ordenadores cuando fallaban. Lo adoraban por la misma razón que yo: tenía respuesta para cualquier cosa. También tenía una legión de fans, sobre todo sus dos colegas de trabajo, ambas chicas y ambas inteligentísimas. No veían con buenos ojos que yo fuera la novia de Jason, pues a su juicio yo estaba a años luz del nivel intelectual que tenían ellas y más lejos aún del de Jason. Tenía el presentimiento de que tampoco iban a aceptar de muy buen grado que me convirtiera de pronto en su compañera de trabajo, y no me equivoqué.

Durante mi período de formación, se reían con disimulo cuando Jason me explicaba los intrincados pormenores del sistema de búsqueda de la biblioteca y hacían gestos de fastidio al unísono cada vez que yo les preguntaba algo sobre el catálogo de fichas. Jason apenas se había dado cuenta, y cuando quise hacérselo ver, se impacientó como si le estuviera haciendo perder el tiempo. No es de eso de lo que tienes que preocuparte, me había dicho. No saber dotar de referencias la base de datos de la biblioteca que daba servicio a tres condados con rapidez en caso de fallo informático sí era un problema.

Tenía razón, por supuesto. Jason siempre tenía razón. Pero yo seguía sin entusiasmo por saber hacerlo.

Cuando llegué al garaje, me dirigí a las estanterías donde mi madre guardaba las cosas del trabajo y aparté un montón de letreros de SE VENDE y CASA PILOTO para sacar otra caja de folletos.

La puerta principal estaba abierta y hasta allí llegaban sonidos de voces, de celebración, de risas y de tintineo de copas. Alcé la caja y apagué la luz. Después me encaminé de nuevo a la reunión y a mi tarea de indicar dónde estaba el cuarto de baño.

Cuando pasé junto a los contenedores de basura, alguien saltó desde detrás de los arbustos.

—¡Te pillé!

Di un grito y solté la caja, que se estrelló contra el suelo con un ruido sordo; varios folletos se desparramaron por el camino de entrada. Diréis lo que queráis, pero un ataque por sorpresa siempre te pillan de improviso. Literalmente, te corta la respiración. Empecé a jadear.

Durante un instante, todo permaneció en silencio. Solo se oyó un coche que pasaba por la calle.

—¿Bert? —dijo una voz desde el camino de entrada, junto a la furgoneta—. ¿Qué estás haciendo?

Un arbusto crujió a mi lado.

—Estoy... —contestó una voz vacilante y en tono mucho más bajo desde detrás del arbusto—. Te estoy dando un susto. ¿No?

Oí unos pasos, y un segundo después distinguí a un chico vestido con camisa blanca y pantalón negro que avanzaba hacia mí. Llevaba una bandeja bajo el brazo. Al acercarse, entornó los ojos para reconocerme en la penumbra.

—No, a mí no —dijo. Ahora que lo tenía delante, vi que era alto y tenía el pelo castaño y un poco largo. También era increíblemente guapo, con el tipo de pómulos como esculpidos y rasgos angulosos en los que una no puede evitar fijarse, aunque tenga novio. Me miró y preguntó—: ¿Estás bien?

Asentí. Aún tenía el corazón a cien, pero me estaba reponiendo.

Se quedó de pie observando el arbusto y luego hundió en él la mano derecha. Un instante después sacó de entre el follaje a otro chico, más bajo y regordete, pero vestido igual que él. Tenía los mismos ojos y pelo oscuros, y parecía más joven. Estaba coloradísimo.

—Bert —dijo el mayor con un suspiro mientras dejaba caer la mano—, en serio.

—Por favor, compréndelo —me dijo Bert muy serio—. Estoy muy deprimido.

—Discúlpate ahora mismo —ordenó el mayor.

—Lo siento mucho. —Bert se sacó una aguja de pino de entre el pelo—. Yo..., creí que eras otra persona.

—No te preocupes —lo tranquilicé.

El otro chico le dio un codazo e hizo un gesto en dirección a los folletos.

—Ah, ya —dijo Bert.

Se arrodilló y empezó a recogerlos rascando el suelo con los dedos mientras el otro chico se acercaba al camino de entrada para recuperar los que habían volado hasta allí. Cuando me agaché junto a él para ayudarlo, Bert murmuró:

—Y además lo hice muy bien. Estaba a punto de conseguirlo. A punto.

De repente se encendió la luz del exterior de la cocina y todo se iluminó. Un instante después, se abrió la puerta.

—¿Qué demonios pasa ahí fuera?

Me giré y vi al final de los escalones a una mujer con un delantal rojo y pelo negro y rizado recogido en la coronilla. Estaba embarazada y entornó los ojos para ver mejor en la oscuridad con expresión curiosa, aunque algo impaciente.

—¿Dónde está la bandeja que os pedí? —preguntó.

—¡Aquí! —exclamó el mayor de los dos chicos mientras se acercaba por el camino de entrada

con un fajo de folletos puestos ordenadamente encima de la bandeja. Me los entregó.

–Gracias –dije.

–De nada.

Subió los escalones de dos en dos y le pasó la bandeja a la mujer mientras Bert se arrastraba debajo del entablado del porche para recoger los últimos folletos que habían aterrizado allí.

–Genial –dijo la mujer–. Wes, vuelve a la barra, por favor. Cuanto más beban, menos cuenta se darán de lo mucho que tarda en salir la comida.

–Claro –repuso el chico; agachó la cabeza para traspasar el umbral y desapareció en la cocina.

La mujer se pasó la mano por la tripa, distraída, y volvió la vista hacia la oscuridad.

–¿Bert? –llamó en voz alta–. ¿Dónde...?

–¡Aquí! –respondió Bert desde debajo del porche.

La mujer se volvió y asomó la cabeza por la barandilla.

–¿Estás en el suelo?

–Sí.

–¿Y qué haces ahí?

–Nada –contestó Bert entre dientes.

–Bien, pues cuando acabes con eso, tengo enfriándose unos pastelillos de cangrejo con tu nombre escrito. ¡Así que mueve el culo y entra de una vez, por favor!

–De acuerdo. Ya voy.

La mujer volvió a entrar y un segundo después la oí gritar algo sobre unas galletitas. Bert salió de debajo del porche, estaba colocando los folletos en un fajo y me los entregó.

–Lo siento mucho. Fue una tontería.

–Tranquilo –le dije mientras se quitaba otra hoja del pelo–. Fue un accidente.

Bert me miró con expresión muy seria y me dijo:

–Los accidentes no existen.

Lo observé unos instantes. Tenía la cara redonda, la nariz ancha y una cabellera poblada, pero demasiado corta; parecía un corte de pelo casero. Me miraba tan fijamente, como si quisiera asegurarse de que lo entendía, que solo tardé un segundo en apartar la mirada.

–¡Bert! –gritó la mujer desde dentro–. ¡Los pastelillos de cangrejo!

–¡Voy!

Bert espabiló y subió los escalones a toda prisa. Cuando llegó a lo alto de la escalera, me miró de nuevo.

–Pero lo siento –repitió. Yo había oído tantas veces aquellas mismas palabras a lo largo del último año y medio que apenas significaban nada para mí; de todos modos, me pareció que lo decía de corazón, e insistió–: Lo siento mucho.

Y desapareció.

Cuando entré en casa, mi madre estaba inmersa en una conversación con un contratista sobre la ley de urbanismo. Renové los folletos y luego indiqué dónde estaba el baño a un hombre que se tambaleaba un poco y llevaba en la mano una copa que probablemente no le hacía ninguna falta. Escruté el salón en busca de copas vacías abandonadas cuando oí un estrépito procedente de la cocina.

En la zona delantera de la casa se detuvo todo. Las conversaciones. El movimiento. Hasta el aire. O al menos lo pareció.

–¡No ha pasado nada! –exclamó una voz alegre y tranquilizadora desde el otro lado de la puerta–. ¡Sigán con lo que estaban haciendo!

Tras un murmullo de ligera sorpresa y unas risas por parte de la concurrencia, poco a poco se retomaron las conversaciones. Mi madre cruzó el salón con una sonrisa y luego me puso la mano en la espalda y me dio un discreto empujoncito para que saliera al vestíbulo.

–Le han tirado el vino por encima a una clienta, no hay suficientes aperitivos y ahora se oye un estruendo –dijo sin alterarse–. No estoy nada satisfecha. ¿Puedes entrar ahí y pasarles el mensaje, por favor?

–Claro. Ahora mismo.

Lo primero que hice al entrar en la cocina fue pisar algo que se deshizo bajo mis pies con un ruido parecido a un chapoteo. Luego me di cuenta de que el suelo estaba sembrado de pequeños objetos redondos, unos inmóviles, otros rodando lentamente en todas direcciones. Una niña peinada con coletas que tendría dos o tres años estaba de pie junto al fregadero con los dedos metidos en la boca y los ojos como platos mientras veía varios de aquellos objetos rodar a su lado como canicas.

–Vaya –dijo una voz, y vi a la mujer embarazada con una bandeja del horno vacía en las manos–. Creo que nos hemos quedado sin albóndigas.

Levanté el pie para examinar lo que había debajo y me aparté justo a tiempo para evitar que la puerta me golpeará al abrirse. Bert, ya sin hojas en el pelo y algo más recuperado, entró alegremente con una bandeja llena de servilletas arrugadas y copas vacías.

–Delia, necesitamos más pastelillos de cangrejo –indicó a la mujer.

–Y yo necesito un calmante –contestó ella con voz cansada mientras erguía la espalda–, pero no se puede tener todo. Lleva los hojaldres de queso y diles que estamos preparando los pastelillos de cangrejo.

–¿Y los estamos preparando? –preguntó Bert al pasar junto a la niña, que esbozó una amplia sonrisa y extendió hacia él sus deditos chuperreteados. La esquivó para dirigirse a la encimera, y ella, con gesto triste, se dejó caer sentada y empezó a llorar.

–No, justo en este momento no –respondió Delia cruzando la cocina–. Hablo futurísticamente.

–¿Esa palabra existe? –preguntó Bert.

–Tú lleva los hojaldres de queso –dijo mientras levantaba en brazos a la niña–. Lucy, tranquilízate, contén tu histeria una hora más, ¿vale?, por Dios te lo pido. –Se miró el zapato–. ¡Oh, no, acabo de pisar una albóndiga! ¿Dónde está Mónica?

–Aquí –contestó una voz juvenil al otro lado de la puerta trasera.

Delia puso cara de exasperación.

–Apaga ese cigarrillo y entra ahora mismo. Busca una escoba y haz desaparecer esas albóndigas... Y necesitamos sacar más hojaldres de queso, y Bert necesita..., ¿qué más necesitas?

–Pastelillos de cangrejo –respondió Bert–. Futurísticamente hablando. Y Wes necesita hielo.

–En el horno, casi a punto –dijo Delia, y le lanzó una mirada mientras se dirigía al escobero con la niña apoyada en la cadera; rebuscó en su interior unos instantes y sacó un recogedor–. Los pastelillos de cangrejo, no el hielo. Lucy, por favor, no babees encima de mamá. Y el hielo está... Oh, no, mierda. No sé dónde está el hielo. ¿Dónde puse las bolsas que compramos?

–En la nevera –dijo una chica alta al tiempo que entraba en la cocina y dejaba que la puerta se cerrara de golpe a su espalda.

Tenía el pelo largo de color miel y se inclinó al acercarse al horno a paso lento. Abrió la puerta solo unos centímetros y observó el interior antes de volver a cerrarla y dirigirse a la isla con la misma parsimonia.

–Ya están –anunció.

–Entonces, por favor, sácalos y colócalos en una fuente, Mónica –le espetó Delia mientras pasaba la niña a la otra cadera.

La mujer comenzó a retirar las albóndigas del suelo con el recogedor mientras Mónica volvía al horno, haciendo una pausa demasiado larga por el camino para recoger unas manoplas.

–Ya espero a que estén los pastelillos de cangrejo –dijo Bert–, solo...

Delia se irguió y lo fulminó con la mirada. Se hizo el silencio durante un segundo, pero algo me indicó que no era el mejor momento para comunicar el mensaje de mi madre. Me quedé donde estaba y me limpié la albóndiga del zapato.

–Vale, vale –se apresuró a decir Bert–. Hojaldres de queso. Ya voy. Por cierto, necesitamos más camareros. La gente se lanza sobre mí como no te imaginas.

–Mónica, vuelve al salón –ordenó Delia mientras la chica alta se acercaba con su andar pausado y una bandeja de pastelillos de cangrejo humeantes. Luego Delia dejó el recogedor en el suelo, se acercó a la isla y se puso a colocar pastelillos en una fuente con ayuda de una espátula a la velocidad del rayo–. Ahora mismo.

–Pero...

–Ya sé lo que dije –la interrumpió Delia, colocando un montoncito de servilletas en el borde de la fuente–, pero es una emergencia y tengo que ponerte de nuevo a servir, aunque sea en contra de mi criterio. Camina con cuidado y mira por dónde vas, y ten cuidado con las bebidas, por favor, por Dios te lo pido, ¿vale?

Comenzaba a darme cuenta de que las últimas palabras eran una especie de mantra, como si al repetir las todas juntas alguna de ellas fuera a surtir efecto.

–Vale –dijo Mónica.

La chica se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja. Recogió la bandeja, la aseguró bien sobre la mano y rodeó la isla, tomándose su tiempo. Delia la observó, sacudió la cabeza y volvió a centrarse en las albóndigas; retiró las que quedaban con el recogedor y las tiró a la basura. Su hija seguía sollozando y ella le habló con voz suave mientras se dirigía a un carrito auxiliar metálico que había junto a la puerta trasera y sacaba una bandeja envuelta en plástico transparente. La mantuvo en precario equilibrio con la mano que tenía libre y cruzó la cocina con andares de pato. Nunca en mi vida había visto a nadie tan necesitado de ayuda.

–¿Qué más, qué más? –se preguntó al dejar la bandeja sobre la isla–. ¿Qué más necesitábamos? –Apretó la mano contra la frente y cerró los ojos.

–Hielo –respondí.

Ella se volvió y me miró.

–Hielo –repetió, y a continuación añadió con una sonrisa–: Gracias. ¿Y tú quién eres?

–Macy. Esta es la casa de mi madre.

Su expresión cambió, pero solo levemente. Me dio la impresión de que sabía qué había ido a decirle. Respiré hondo.

–Mi madre quería que viniera a ver si todo iba bien. Y para decir que está...

–Cabreadísima –terminó, con un gesto de cabeza.

–Bueno, cabreadísima no.

En aquel preciso instante oímos un golpe y ruido de líquido derramado procedente de la sala,

seguido de otro silencio corto. Delia echó una mirada a la puerta, justo en el momento en que la niña se echaba a llorar de nuevo.

–¿Y ahora? –me preguntó.

–Bueno..., sí –admití; de hecho, aquella palabra me parecía un eufemismo–. Ahora sí debe de estar cabreadísima.

–Oh, Dios mío. –Delia se tapó la boca con la mano y meneó la cabeza–. Esto es un desastre.

Yo no sabía muy bien qué decir. Ya me sentía bastante nerviosa solo de contemplar todo aquello; no podía imaginarme cómo sería sentirse responsable.

–Bueno –dijo instantes después–, en cierto modo, no está mal. Ahora ya sé cómo van las cosas. Y solo pueden mejorar, ¿no?

No dije nada, lo cual probablemente no le infundió mucha confianza. Justo entonces, el temporizador del horno sonó con un alegre ¡tinn!

–Bien –dijo como si aquello hubiera sido una llamada a la acción–. Macy, ¿me puedes responder a una pregunta?

–Claro.

–¿Qué tal manejas la espátula?

Aquello no era lo que yo esperaba, pero al final admití:

–Bastante bien.

–Estupendo. Ven aquí.

Quince minutos más tarde, había pillado el ritmo. Era como hacer galletas, pero más deprisa: colocar hojaldres de queso o pastelillos de cangrejo en hileras muy ordenadas sobre papel engrasado, meterlas al horno, sacar del horno la otra tanda, poner en una fuente, mandar a servir. Y repetir.

–Perfecto –dijo Delia; me miró mientras ponía minitostas en una bandeja al doble de mi velocidad y las dejaba mejor colocadas que yo–. Podrías tener un futuro brillante en la industria del *catering*, querida, si es que existe semejante cosa.

Sonreí mientras Mónica, la chica que se movía como un perezoso, entraba con toda su calma para traer una bandeja cubierta de servilletas. Después de derramar vino por segunda vez solo le permitieron servir sólidos, una circunstancia que más tarde se redujo a retirar sobras y copas vacías tras chocar contra la barandilla y tirar la mitad de los hojaldres de queso que llevaba en la bandeja encima de la pechera de la camisa de un señor. Podría pensarse que si alguien se movía con lentitud sería menos proclive a sufrir accidentes. Pero estaba claro que Mónica iba en contra de toda lógica.

–¿Cómo va todo por ahí afuera? –preguntó Delia al tiempo que echaba un vistazo a su hija Lucy, que se había quedado dormida en su asiento del coche encima de la mesa de la cocina.

Desde luego, Delia me había dejado asombrada. Tras reconocer lo desesperado de su situación, la había enderezado inmediatamente y había preparado dos bandejas más de canapés, había sacado el hielo y había dormido a la niña, todo ello en no más de tres minutos. Como su mantra «por favor, por Dios te lo pido, ¿vale?»; hizo todo lo que pudo, y al final algo salió bien. Impresionante.

–Bien –respondió Mónica con voz inexpresiva, y se acercó arrastrando los pies al cubo de la basura, donde, tras una pausa de varios segundos, tiró lo que traía en la bandeja, cosa por cosa.

Delia hizo un gesto de impaciencia mientras yo metía otra bandeja en el horno.

–No siempre somos así –me explicó a la vez que abría otro paquete de hojaldres de queso–. Te lo juro. Normalmente somos un ejemplo de profesionalidad y eficiencia.

Al oír estas palabras, a Mónica le dio la risa y soltó un resoplido. Delia le lanzó una mirada asesina y continuó hablando.

–Pero esta noche mi canguro me ha dejado tirada, y además una de mis camareras tenía otros planes, y encima... Bueno, el mundo se ha conjurado para que todo me salga mal. ¿Alguna vez has tenido esa sensación?

Asentí. No te haces una idea, pensé.

–Sí, claro que la he tenido –respondí en voz alta.

–¡Macy! ¡Por fin te encuentro! –Levanté la vista y vi a mi madre junto a la puerta de la cocina–. ¿Todo en orden por aquí?

La pregunta, aunque dirigida a mí, era en realidad para Delia, y observé que ella se había dado cuenta: terminó de colocar los hojaldres de queso, esta vez a triple velocidad. Tras ella, Mónica había terminado por fin de vaciar su bandeja y cruzó la cocina con andar cansino y la bandeja rebotando contra su muslo.

–Sí –contesté–. Le estaba preguntando a Delia cómo se hacen los pastelillos de cangrejo.

Al acercarse a nosotras, mamá se pasó la mano por el pelo, lo que significaba que se estaba preparando para una bronca. Delia debió de percibirlo también, pues se secó las manos con un paño y se volvió hacia mi madre con expresión serena.

–Todo el mundo habla maravillas de la comida –empezó mi madre en un tono que hacía presagiar que a continuación vendría un *pero*–, pero...

–Señora Queen. –Delia tomó una bocanada de aire que soltó muy despacio con una mano en el pecho–. Por favor. No hace falta que diga nada más.

Saqué otra bandeja de pastelillos de cangrejo sin levantar la cabeza.

–Lamento muchísimo la desorganización con la que hemos empezado esta noche –continuó Delia–. Me han fallado dos personas en el último momento, aunque sé que no es excusa. Estoy dispuesta a renunciar al segundo pago de nuestros honorarios con la esperanza de que cuente con nosotros para próximos eventos.

El significativo silencio que siguió a estas palabras se prolongó por espacio de cinco segundos hasta que fue interrumpido por Bert, que irrumpió en la cocina como una tromba.

–¡Necesitamos más galletitas! –exclamó–. ¡Han desaparecido como un paquete de caramelos a la puerta de un colegio!

–Bert –dijo Delia con una sonrisa forzada en atención a mi madre–, no hace falta que grites. Estamos aquí.

–Perdón –se disculpó el chico.

–Toma –dije, y le pasé la fuente que acababa de preparar al tiempo que recogía la que había traído vacía–. Y hay más pastelillos de cangrejo a punto de salir.

–Gracias –dijo, y de pronto me reconoció–. ¡Anda! ¿Ahora trabajas aquí?

–Eeh... No, en realidad, no.

Dejé la bandeja vacía en la encimera y miré a mi madre. Tras las sinceras disculpas de Delia y las palabras que yo había intercambiado con Bert, vi que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por mantener la compostura.

–De acuerdo –dijo por fin, dirigiéndose de nuevo a Delia–. Acepto sus disculpas, y me parece un trato justo. La comida está fabulosa.

–Muchas gracias. Se lo agradezco de corazón.

En aquel momento se oyó un estallido de carcajadas en el salón, un sonido típico de una fiesta alegre, y mi madre volvió la cabeza como si ello la hubiera tranquilizado.

–Bueno, supongo que debo volver junto a mis invitados –dijo; se dirigió a la puerta, pero se detuvo junto al frigorífico–. ¿Macy?

–¿Sí?

–Cuando termines aquí, te necesito, ¿vale?

–Claro. Voy dentro de un momento –contesté mientras me ponía una manopla para comprobar si los pastelillos de cangrejo que había en el horno estaban listos.

–Por cierto, su hija es una maravilla –le dijo Delia–. Ya le he dicho que si le apetece trabajar, la contrataría en este mismo instante.

–Es usted muy amable –repuso mi madre–. Pero Macy va a trabajar este verano en la biblioteca.

–Caramba. Eso es genial.

–En información, eso es todo –puntalicé mientras abría la puerta del horno–, resolviendo dudas y cosas así.

–Ah, una chica con respuestas para todo.

–Así es Macy –dijo mi madre con una sonrisa–. Muy inteligente.

No supe qué decir –¿qué se puede decir en esas circunstancias?–, por lo que me concentré en sacar del horno los pastelillos de cangrejo. Cuando mi madre salió de la cocina, Delia se acercó, manopla en mano, y recogió la bandeja cuando la tuve lista.

–Has sido de gran ayuda, de verdad –dijo–, pero ahora creo que es mejor que salgas y ayudes a tu madre.

–No, tranquila. Ni siquiera se dará cuenta de que no estoy.

Delia sonrió.

–Es posible, pero deberías ir de todos modos.

Di un paso atrás para quitarme de en medio cuando llevó la bandeja hasta la isla. Lucy se movió ligeramente en su sillita, murmuró algo y volvió a quedarse en silencio.

–Así que en la biblioteca, ¿eh? –comentó Delia empuñando la espátula–. Qué guay.

–Solo durante el verano. Voy a hacer una sustitución.

La mujer comenzó a despegar pastelillos del papel engrasado y a colocarlos en una fuente.

–Bueno, si no sale bien, mi número viene en la guía. Siempre es conveniente tener a alguien que sepa seguir las instrucciones y caminar en línea recta.

Como para enfatizar sus palabras, Mónica volvió a entrar con su andar característico y soplándose el flequillo para despegarlo de la frente.

–Pero la hostelería es un trabajo muy ingrato –continuó Delia–. No sé qué interés podrías tener si ya tienes un trabajo normal y tranquilo. Pero si por la razón que fuere te entran ganas de sumirte en el caos, llámame, ¿de acuerdo?

Bert entró en la cocina y pasó entre nosotras con una bandeja vacía en la mano.

–¡Pastelillos de cangrejo! ¡Que rulen!

–Bert –gimió Delia con una mueca de desesperación–, estoy a tu lado.

Eché a andar hacia la puerta, pero tuve que apartarme cuando Mónica pasó por delante de mí sin prisa y bostezando. Bert esperaba impaciente su nueva bandeja, y Delia tuvo que pedirle a Mónica, por favor, que procurara espabilar un poco, por Dios te lo pido, ¿vale? Parecía que ya se habían olvidado de mi presencia. Pero, sin saber por qué, quise responder de todos modos

–Sí, de acuerdo –dije en voz alta con la esperanza de que me oyera.

La última persona en marcharse, un hombre un poco achispado que vestía un polo y hablaba a gritos, se quedó hasta las nueve y media. En cuanto salió, mi madre echó el pestillo, se quitó los zapatos y, después de darme las gracias y un beso en la frente, se fue a su despacho a preparar los envíos para la gente que había firmado en la hoja que decía ¡SÍ!, ME INTERESA RECIBIR INFORMACIÓN que había dejado encima de la mesa del vestíbulo. Yo ya había aprendido que el contacto lo era todo. O llegabas rápido a la gente, o la perdías.

Con ese pensamiento, subí a mi habitación y abrí el correo electrónico. Jason me había escrito, tal como había prometido, pero más que nada para recordarme cosas que tenían que ver con el trabajo en la biblioteca (no pierdas de vista las llaves de las fotocopadoras; si hay que encargar copias cuestan un dineral) o con otros recados que tenía que hacerle mientras estaba fuera (el sábado acuérdate de enviar el mensaje al grupo de Cultura Extranjera sobre el ponente que va a ir a dar la conferencia en agosto). Al final, decía que estaba demasiado cansado para seguir escribiendo y que me mandaría otro mensaje dentro de un par de días. Y después solo su nombre, ni siquiera «un beso». Tampoco lo esperaba, la verdad. Jason no era de los que hacían demostraciones de afecto, fueran verbales o de otro tipo. Le ponían enfermo las parejas que se besuqueaban en el pasillo en los cambios de clase, y se mosqueaba con las escenas mínimamente sensibleras en las películas. Pero yo sabía que me quería; solo que lo expresaba de modo más sutil, como hacía con todo lo demás. Con la manera de apoyar la mano en mi espalda, por ejemplo, o de sonreírme cuando yo decía algo que lo sorprendía. Quizá en otra época a mí me habría apetecido algo más, pero durante el tiempo que llevábamos juntos me había adaptado a su manera de pensar. Y siempre estábamos juntos. Así que Jason no necesitaba hacer nada para demostrar lo que sentía por mí. Como tantas otras cosas, yo ya tenía que saberlo.

Pero aquella era la primera vez que íbamos a estar separados durante más de un fin de semana desde que salíamos juntos, y yo empezaba a darme cuenta de que las pequeñas manifestaciones que ofrecía en persona no se iban a transmitir por correo electrónico. Pero él me quería, y yo lo sabía. Lo único que tenía que hacer era recordarlo.

Después de cerrar el correo, abrí la ventana, salí al tejado y me senté, apoyada en una de las contraventanas con las rodillas flexionadas contra el pecho. Llevaba un rato fuera, contemplando las estrellas, cuando oí voces en el camino de entrada. Se cerró la puerta de un coche, luego otra. Me asomé por el alero y vi a varias personas junto a la furgoneta de Servicio de Comidas a Domicilio Deseo mientras recogían las últimas cosas.

–... ese otro planeta se mueve dentro de la trayectoria de la Tierra. Que choque contra nosotros es solo cuestión de tiempo. Pero claro, eso no lo cuentan en las noticias. Lo que no significa que no esté ocurriendo.

El que hablaba era Bert. Reconocí su voz, un poco chillona y excitada, antes de distinguirlo detrás de la furgoneta. Hablaba con alguien que estaba sentado en el parachoques fumando un cigarrillo, cuyo extremo resplandecía, rojo y brillante, en la oscuridad de la noche.

–Ajá –respondió la otra persona con parsimonia. Tenía que ser Mónica–. No me digas.

–Bert, déjalo ya –dijo otra voz, y Wes, el otro chico, se acercó y metió algo en la parte trasera de la furgoneta. Apenas lo había visto durante la velada porque había estado trabajando en la barra que habían instalado en el estudio.

–¡Lo único que pretendo es tenerla informada! –exclamó Bert indignado–. Es un asunto muy serio, Wes. Solo porque tú prefieras seguir en la ignorancia...

–¿Todo listo para irnos? –preguntó una voz alterada desde el camino de acceso.

Delia caminaba hacia la furgoneta con Lucy en brazos. Llevaba en la otra mano el asiento del coche de la niña, y Wes se acercó para liberarla del peso. Desde mi atalaya distinguí con claridad su cabeza, el blanco de su camisa. Pero entonces, como si fuera capaz de percibirlo, Wes alzó la cabeza y miró hacia arriba. Me apreté contra la pared.

–¿Nos han pagado? –preguntó Bert.

–Tuve que renunciar a la mitad. El precio del desastre. Quizá debería estar furiosa, pero, sinceramente, estoy demasiado agotada y demasiado embarazada para que me importe. ¿Quién tiene la llave?

–Yo –respondió Bert–. Conduzco yo.

El silencio que siguió a sus palabras duró lo suficiente como para tentarme a asomar la cabeza de nuevo por el borde del tejado, pero me contuve.

–Creo que no –dijo por fin Delia.

–Ni de coña –añadió Mónica.

–¿Qué? ¡Venga ya! –protestó Bert–. ¡Tengo el permiso provisional desde hace un año y me examino la semana que viene! Y tengo que practicar más antes de comprarme mi Bertmóvil.

–Tienes que dejar de llamarlo así –repuso Wes sin levantar la voz.

–Bert –dijo Delia con un suspiro–, en circunstancias normales me encantaría que condujeras tú, pero ha sido un día muy largo y ahora mismo lo único que quiero es llegar a casa, ¿vale? La próxima vez lo llevas tú solito. Pero hoy deja que conduzca tu hermano, ¿vale?

Otro silencio. Alguien tosió.

–Bien. Muy bien –dijo Bert.

Oí un portazo, luego otro. Me asomé y vi a Wes y a Bert aún de pie junto a la furgoneta. Bert estaba pateando el suelo, visiblemente enfurruñado, mientras Wes permanecía a su lado impassible.

–No es para tanto –dijo Wes tras un minuto, y se pasó la mano por el pelo.

Ahora ya sabía con seguridad que eran hermanos. Y los vi aún más parecidos, aunque las semejanzas –tez, pelo y ojos oscuros– quedaban desdibujadas si te fijabas en sus constituciones, completamente distintas.

–Nunca me deja conducir –se quejó Bert–. Nunca. Hasta dejó a la vaga de la señorita Monótona la semana pasada, pero a mí nunca. Nunca.

–Ya conducirás. La semana que viene tendrás tu propio coche y podrás conducir cuando quieras, pero no te pongas a discutir ahora, tío. Es tarde.

Bert se metió las manos en los bolsillos.

–Como quieras –dijo, y echó a andar hacia la furgoneta arrastrando los pies–. Oye, ¿te fijaste en esa chica que estuvo ayudando a Delia en la cocina?

Me quedé paralizada.

–Sí –contestó su hermano–. ¿A la que diste el susto?

–Sí, bueno, ¿sabes quién es? –preguntó Bert subiendo la voz.

–No.

Bert abrió la puerta trasera y continuó:

–Sí, sí lo sabes. Su padre...

Esperé. Sabía lo que vendría a continuación, pero aun así quería oír aquellas palabras, las que me definían y me hacían especial.

—... era nuestro entrenador cuando corríamos en categorías infantiles en primaria —terminó Bert—. En el equipo de Los Rápidos de Lakeview, ¿te acuerdas?

Wes dejó subir a Bert a la furgoneta y dijo:

—Ah, sí. El entrenador Joe, ¿verdad?

Verdad, pensé, y sentí una punzada en el pecho.

—El entrenador Joe —repitió Bert mientras cerraba la puerta—. Era un buen tipo.

Observé a Wes abrir la puerta del conductor. Permaneció junto a ella unos instantes para echar una última mirada a su alrededor antes de subirse a la furgoneta y cerrar la puerta. Tuve que reconocer que me había sorprendido. Estaba tan acostumbrada a que todo el mundo me conociera como la chica cuyo padre había muerto que a veces me olvidaba de que había tenido una vida anterior.

Regresé a las sombras junto a la ventana de mi cuarto mientras la furgoneta arrancaba y recorría el camino de acceso dando botes, y vi encenderse las luces de freno justo antes de que se incorporara a la calle. Tenía una gran espoleta —uno de esos huesecillos de pollo que se usan para pedir un deseo— pintada en un costado con pinceladas gruesas y negras; a distancia parecía una letra china y resultaba llamativa aunque en realidad no se supiera qué significaba. La seguí con la vista mientras recorría la calle, subía la cuesta y paraba junto a la señal de STOP hasta que desapareció.



No podía dormir.

Al día siguiente empezaba a trabajar en la biblioteca, así que tenía esa sensación de noche-anterior-al-primer-día-declase que me hacía estar inquieta y nerviosa. Pero también era cierto que nunca había sido demasiado dormilona. Eso fue lo más extraño aquella mañana en la que mi padre entró para despertarme. Que estaba frita. Como un tronco.

Desde entonces, casi me daba miedo dormirme, convencida de que sucedería algo malo si me permitía quedarme totalmente inconsciente, aunque fuera un segundo. Como consecuencia, solo me permitía dar cabezadas. Cuando me sumía en un sueño lo bastante profundo como para soñar, siempre soñaba que corría.

A mi padre le encantaba correr. Nos había apuntado a mi hermana y a mí en Los Rápidos de Lakeview cuando éramos muy pequeñas, y después siempre nos llevaba a las carreras de cinco kilómetros que corría él; a nosotras nos inscribía en categoría infantil. Recuerdo mi primera carrera, a los seis años, varias filas por detrás de otros corredores en la línea de salida, desde donde solo era capaz de ver hombros y cuellos. Era algo baja para mi edad y, por supuesto, Caroline se había abierto paso hasta la primera fila para dejar claro que con diez años, casi once, su sitio no estaba atrás junto a los bebés. Cuando sonó el pistoletazo de salida todo el mundo salió disparado, el ruido sordo de las zapatillas sobre el asfalto de repente se hizo ensordecedor, y al principio fue como si me llevaran en volandas sin que mis pies apenas tocaran el suelo. Los espectadores que se alineaban a ambos lados de la calle eran como un manchón borroso con caras que pasaban volando; en lo único que me centré fue en la coleta de la niña que corría delante de mí, sujeta con un lazo de grogrén azul. Un chico robusto me empujó desde atrás y me adelantó, y en la segunda vuelta me dio un calambre en el costado, pero entonces oí a mi padre.

–¡Macy! ¡Muy bien, campeona! ¡Sigue, lo estás haciendo genial!

Cuando tenía ocho años ya sabía que era rápida, más rápida que los niños con los que corría. Lo supe incluso antes de que empezara a adelantar a los mayores en la primera vuelta, antes de ganar mi primera carrera y después todas las demás. Cuando corría concentrada, con el viento silbando en mis oídos, sentía la seguridad de que, si quería, solo necesitaba otra bocanada de aire, otro empujón, para ser capaz de volar.

Para entonces yo era la única que seguía corriendo. Mi hermana había perdido interés al empezar la secundaria, cuando descubrió que lo más interesante del atletismo no era correr los cien metros lisos, sino coquetear con los chicos en la pista después de la carrera. Le seguía gustando correr, pero no le encontraba sentido si no había ningún chico corriendo detrás de ella.

Así que desde entonces fuimos solo mi padre y yo los que participábamos en pruebas, los que madrugábamos para recorrer el circuito habitual de ocho kilómetros, los que compartíamos historias de terror sobre el síndrome de la banda iliotibial y lesiones de rodilla junto a bolsas de hielo y barritas energéticas los sábados por la mañana. Era lo mejor que teníamos en común, la parte de él que solo era mía. Por lo cual, aquella mañana de sábado, debía haber estado con él.

Desde aquella mañana, todo cambió para mí. Dejaron de importarme lo buenos que eran mis

tiempos, los récords que solo unos días antes planeaba batir. Había un tiempo, un momento que jamás podría superar, así que dejé de correr.

Al modificar la ruta habitual por el cruce de Willow y McKinley cada vez que salía para dar otra vuelta a la manzana, cosa que antes no solía hacer, había conseguido evitar el lugar donde todo ocurrió; de hecho, era muy fácil no volver a pasar por allí, ni siquiera en coche. Evitar a mis compañeros de equipo fue un poco más difícil. Siempre leales, hicieron piña conmigo en el funeral y durante los días siguientes, y aunque se llevaron una desilusión cuando el entrenador les dijo que no iba a volver, se sintieron aún peor cuando empecé a evitarlos por los pasillos. Nadie parecía entender que la única persona de la que podía esperar que no sacara el tema de mi padre, que no me compadeciera y que no pusiera La Cara era –aparte de mi madre– yo misma. Así que mi mundo se vio reducido y rompí con todos aquellos que me conocían de antes o que intentaban hacerse amigos míos. Fue lo único que supe hacer.

Recogí todos mis trofeos y medallas y los guardé cuidadosamente en cajas. Era como si aquella parte de mi vida, mi vida de atleta, hubiera desaparecido. Casi resultó demasiado fácil, tratándose de algo que en otro tiempo había llenado mi vida.

Así que ahora solo corría en sueños. En ellos siempre estaba a punto de ocurrir algo horrible, o me había olvidado de algo, y sentía las piernas como si fueran de gelatina, demasiado débiles para sostenerme en pie. Aunque hubiera alguna variación, el final siempre era el mismo: una línea de meta a la que no era capaz de llegar por muchos kilómetros que dejara a mis espaldas.

–Ah, es verdad. –Bethany levantó la vista y me miró a través de sus gafitas con montura metálica–. Empiezas hoy.

Me quedé allí de pie, con el bolso en la mano y repentinamente avergonzada de la uña que se me acababa de romper al desabrocharme el cinturón de seguridad en el aparcamiento. Había puesto mucho empeño en arreglarme para mi primer día; me planché la blusa, me hice la raya del pelo como dibujada con tiralíneas y repasé la pintura de labios. Pero ahora esa uña, rota al ras y con picos, parecía estropearlo todo aunque me la clavara en la palma de la mano para intentar esconderla.

Bethany echó su silla hacia atrás y se levantó.

–Supongo que podrás sentarte en aquel extremo –dijo, y se inclinó para abrir la portezuela que nos separaba a la altura de las rodillas y que mantuvo abierta para dejarme pasar–. En la silla roja no, ahí se sienta Amanda. En la siguiente.

–Gracias.

Me acerqué a mi puesto, aparté la silla del escritorio y me senté con el bolso a mis pies. Un instante después oí el chirrido de la puerta al abrirse de nuevo y entró Amanda, la mejor amiga de Bethany y secretaria del consejo estudiantil. Era una chica alta, de pelo largo; siempre lo llevaba recogido en una pulcra trenza que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Era una trenza tan perfecta que durante las reuniones largas, cuando mi mente se apartaba del orden del día oficial, a veces me preguntaba si dormiría con ella o si sería un postizo que se pudiera quitar fácilmente al final del día.

–Hola, Macy –saludó sin entusiasmo a la vez que se sentaba en su silla roja. Mantenía una postura perfecta: hombros atrás, barbilla alta. Quizá le ayudaba la trenza, pensé–. Me había olvidado de que empezabas hoy.

–Eeh..., sí –dije; ambas me miraron y fui plenamente consciente de que aquel «eeh», tan vulgar, se había quedado flotando en el aire, así que repetí con firmeza–: Sí.

Si yo estaba trabajando para acercarme a la perfección –*trabajando* era la palabra clave–, aquellas chicas ya la habían alcanzado, y además parecía que no les costaba ningún esfuerzo mantenerla. Bethany era pelirroja, con una melenita corta que llevaba siempre retirada de la cara detrás de las orejas, y tenía las manos pequeñas y llenas de pecas, con las uñas cortas. Me sentaba a su lado en clase de inglés y siempre me quedaba fascinada al verla tomar apuntes: tenía una letra como de imprenta, con todos los caracteres del mismo tamaño. Era callada y siempre serena, mientras que Amanda era más charlatana, hablaba con un acento sofisticado de los años que vivió en París cuando su padre hizo la tesis en la Sorbona. Nunca había visto a ninguna de las dos con una mancha en la camisa, ni siquiera con una simple arruga. Al hablar siempre utilizaban los términos más apropiados. Eran la versión femenina de Jason.

–Bueno, de momento no estamos teniendo mucho trabajo este verano –me dijo Amanda mientras se alisaba la falda con las manos. Tenía las piernas largas y muy blancas–. Espero que haya suficiente para ti.

No supe qué contestar, así que volví a poner la sonrisa de bien-muy-bien y me volví a la pared hacia donde estaba orientada mi mesa. Las oí hablar a mi espalda en voz baja y tranquila. Comentaron algo sobre una exposición artística. Miré el reloj. Las 9.05. Me quedaban cinco horas y cincuenta y cinco minutos.

A media mañana solo había respondido a una pregunta, y tenía que ver con la ubicación del cuarto de baño (así que no me pasaba solo en casa; en todas partes me veían cara de saber al menos dónde estaba el baño). Había habido bastante actividad en el mostrador: un problema con una fotocopidora, preguntas sobre una publicación poco conocida, hasta llegó una persona que quería saber algo sobre la enciclopedia *online* que Jason me había enseñado a manejar. Pero aunque Bethany o Amanda estuvieran atendiendo a alguien y una persona se acercara a mí, una de las dos saltaba y decía «Ahora mismo le atiendo» en un tono que dejaba claro que preguntarme a mí sería una pérdida de tiempo. Las primeras veces me imaginé que lo único que pretendían era darme tiempo para sentirme más segura. Sin embargo, un rato después, era obvio: para ellas, aquel no era mi sitio.

En cuanto dieron las doce, Amanda puso un letrero en el mostrador que decía *VOLVEMOS A LA 1* y sacó del bolso un bollo metido en una bolsita de plástico con autocierre. Bethany hizo lo propio con una manzana y una barrita de *gingko biloba* que guardaba en su cajón.

–Te invitaríamos a venir con nosotras –dijo Amanda–, pero vamos a estudiar para la clase de preparación del examen Kaplan, así que volveremos dentro de una hora, ¿vale?

–Puedo quedarme yo, si queréis, y luego salir a comer a la una para que esto no quede desatendido.

Ambas me miraron como si les hubiera dicho que era capaz de explicar física cuántica mientras hacía juegos malabares.

–No –dijo Amanda, y se volvió para salir del mostrador–, es mejor así.

Luego desaparecieron en una sala situada en la parte trasera, yo recogí mi bolso y salí; atravesé el aparcamiento y me senté en un banco junto a la fuente. Saqué el bocadillo de gelatina y mantequilla de cacahuete que me había llevado, lo dejé en el regazo e inspiré hondo varias veces. Sin saber por qué, me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

Me quedé una hora allí sentada. Luego tiré el bocadillo y volví a entrar. Aunque aún eran las

12.55, Amanda y Bethany ya estaban en sus puestos, con lo cual dio la impresión de que había llegado tarde. Al zigzaguear entre sus sillas para ocupar la mía, noté sus miradas clavadas en mí.

La tarde transcurrió con lentitud. La biblioteca estaba casi vacía y de pronto me sentí como si fuera capaz de oírlo todo: el zumbido de los tubos fluorescentes que había sobre mi cabeza, el chirrido de la silla de Bethany cuando cambiaba de postura, el tecleo en el punto de consulta del catálogo *online* que había en la esquina. Estaba acostumbrada al silencio, pero aquel me parecía estéril, solitario. Podría estar trabajando para mi madre, o incluso despegando pastelillos de cangrejo con una espátula, y me pregunté si había tomado la decisión correcta. Pero aquello era a lo que me había comprometido.

A las tres en punto, eché la silla hacia atrás, me levanté y abrí la boca para pronunciar las primeras palabras en más de dos horas:

–Bueno, hasta mañana, supongo.

Amanda volvió la cabeza y la trenza se deslizó sobre su hombro. Estaba leyendo un libro muy grueso de historia de Italia y se humedecía el dedo para pasar de página. Lo sabía porque la oí cada vez que lo hacía.

–Ah, sí, claro –dijo mientras Bethany se limitaba a mirarme con una sonrisa forzada–. Hasta mañana.

Al cruzar la sala de lectura y franquear las puertas de cristal, noté sus miradas clavadas en mi espalda. Allí, de repente, oí los sonidos del mundo real: un coche que pasaba, alguien que se reía en el parque al otro lado de la calle, el zumbido lejano de un avión... Un día menos, me dije. Solo quedaba el resto del verano.

–**B**ueno –dijo mi madre al pasarme la ensaladera–, si estuviera pensado para que nos entusiasmara, no lo llamarían trabajo, ¿no?

–Supongo.

–Mejorará, seguro –dijo con el tono de seguridad de quien no tiene ni idea de qué va el asunto–. Y te reportará una experiencia muy valiosa. Eso es lo que importa.

Llevaba ya tres días en la biblioteca y las cosas no mejoraban. Sabía que lo estaba haciendo por Jason, que era importante para él, pero parecía que Bethany y Amanda habían aunado las fuerzas de sus coeficientes intelectuales con el único objetivo de desmoralizarme.

Intentaba que mis mensajes a Jason siguieran siendo optimistas y tranquilizadores, pero después de un par de días no pude evitar dejar escapar un par de detalles sobre Bethany y Amanda y cómo me estaban tratando. Y eso fue antes de que me cayera otro rapapolvo delante de uno de los usuarios, esta vez a cargo de Bethany, que se sintió en la necesidad de hacerme ver –dos veces– que, a su experto oído, había pronunciado mal el nombre de Albert Camus cuando indiqué a un huraño estudiante de la escuela de verano dónde estaba la sección de literatura francesa.

–Ca-muu –dijo, proyectando los labios a la francesa.

–Ca-muu –repetí; sabía que lo había pronunciado correctamente, y no sabía muy bien por qué le permitía que me corrigiera.

–No, no –insistió Bethany, que volvió a adelantar la barbilla e hizo aletear los dedos junto a la boca–. Ca-muuu.

La miré, segura de que no quedaría satisfecha por muchas veces que lo pronunciara, ni aunque hiciera venir al mismísimo Albert Camus para que lo intentara él.

—Vale, gracias —dije sin más.

—De nada —dijo ella, y se giró en su silla en dirección a Amanda, que sonrió con un movimiento de cabeza antes de continuar con su trabajo.

Así que no era de extrañar que cuando volví a casa aquel día, me animara, y mucho, al recibir noticias de Jason. Él sabía perfectamente lo irritantes que eran esas chicas; él lo entendería. Un poco de consuelo, pensé mientras pinchaba en el mensaje para abrirlo. Justo lo que necesitaba.

Pero en cuanto eché un vistazo a las dos primeras líneas, me quedó claro que mi autoestima y mi bienestar emocional estaban en un segundo plano, al menos para Jason. «Después de tu último mensaje —decía—, me preocupa que no estés totalmente centrada en tu trabajo. Dos párrafos enteros sobre el departamento de información de la biblioteca y no me respondes a una sola pregunta. ¿Ha llegado la siguiente entrega de *Antología mensual de la ciencia*? ¿Has podido acceder a la base de datos de los tres condados con mi contraseña?» Y después de un par de recomendaciones sobre otros asuntos a los que tenía que prestar toda mi atención, añadía: «Si tienes problemas con Bethany y Amanda, deberías planteárselos a ellas directamente. En el entorno laboral no tienen cabida esas fricciones entre compañeras». Más que mi novio, parecía mi gerente intermedio. Estaba sola, no había duda.

—¿Cariño?

Levanté la vista. Mi madre había dejado el tenedor en el plato y me miraba con preocupación desde el otro lado de la mesa. Siempre cenábamos en el comedor, aunque estuviéramos solas. Era parte del ritual, como la costumbre de que ella preparase el plato principal, yo la ensalada o las verduras y encendiéramos las velas para crear un ambiente agradable. Siempre cenábamos a las seis en punto, y después ella enjuagaba los platos y los metía en el lavavajillas mientras yo limpiaba la encimera y recogía las sobras. Cuando éramos cuatro en lugar de dos, Caroline y papá representaban la facción despreocupada y flexible. Ahora que no estaban, mi madre y yo lo teníamos todo limpio y ordenado. Ambas éramos capaces de distinguir una miga en la encimera a un kilómetro de distancia.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Como siempre que me hacía aquella pregunta, deseé poder responder con sinceridad. Le quería contar un montón de cosas; por ejemplo, lo mucho que echaba de menos a papá o lo mucho que pensaba en él. Pero llevaba tanto tiempo bien de cara a la galería que confesar que no era así sería una especie de fracaso. Como ocurría con tantas otras cosas, fue una oportunidad perdida.

Nunca me había permitido exteriorizar mi dolor, había pasado de la conmoción al bien-muy-bien sin hacer escala en ningún estado intermedio. Pero ahora deseaba haber llorado por mi padre como había hecho Caroline, a lágrima viva y sin ocultarme. Deseaba haberme involucrado más los días que siguieron al funeral, cuando nuestra casa se llenó de parientes y de demasiadas cacerolas, y todos se pasaban el día apiñados en torno a la mesa de la cocina, entrando y saliendo, comiendo y contando anécdotas especiales de mi padre, en lugar de quedarme de pie junto a la puerta y declinar la invitación cada vez que alguien me veía y se brindaba a añadir una silla más a la reunión. Y, más que cualquier otra cosa, deseaba haberme arrojado en brazos de mi madre cada vez que me lo ofreció y haber hundido la cabeza en su pecho para que mi corazón afligido pudiera encontrar consuelo. Pero no lo había hecho. Quería ser un apoyo para ella, no una carga, así que siempre me contuve. Y después ella dejó de ofrecérmelo. Creyó que ya lo había superado, cuando en realidad lo necesitaba más que nunca.

Mi padre siempre había sido más cariñoso que mi madre, famoso por sus abrazos de oso, tan

fuertes que te dejaban sin respiración, por su manera de revolverme el pelo cuando pasaba a mi lado. Era parte de esa forma que tenía de llenarlo todo. Siempre me sentí muy próxima a él, hasta cuando nos separaba la distancia. Mamá y yo no éramos tan efusivas. Como me pasaba con Jason, yo sabía que mi madre me quería, por muy sutiles que fueran las señales: una palmadita en el hombro al pasar, una mano que me alisaba el pelo; la manera que tenía de saber con una simple mirada si yo estaba cansada o tenía hambre. Pero a veces echaba de menos esa sensación de que me estrecharan, de sentir un corazón latiendo junto al mío, aunque a menudo me escabullía cuando mi padre me atrapaba y amenazaba con dejarme sin aire. Esa era otra cosa que no creí que fuera a echar de menos, pero me equivocaba.

–Solo estoy cansada –respondí. Mi madre sonrió e hizo un gesto; eso sí lo entendía–. Mañana todo irá mejor.

–Exacto –repuso con seguridad. Me pregunté si también ella estaría fingiendo o si de verdad lo creía. Era difícil de adivinar–. Claro que sí.

Después de cenar, subí a mi cuarto y, tras varios intentos fallidos y una buena cantidad de frases borradas, logré redactar lo que me pareció un mensaje cariñoso para Jason, aunque no demasiado cursi. Le contesté todas las preguntas relativas al trabajo, y adjunté, como me había pedido, una copia de las iniciativas para reciclar que había puesto en marcha en el instituto y que quería enseñar a alguien que había conocido en el campamento. Después, y solo después, me permití pasar del tono burocrático a otro más personal.

«Sé que todo el drama en el mostrador de información puede parecerle una insignificancia – escribí–. Pero creo que lo único que ocurre es que te echo de menos, que me siento sola y que es difícil ir a un sitio donde me reciben tan espantosamente mal. Solo seré feliz de verdad cuando vuelvas a casa.»

Esto, me dije, era el equivalente a tocarle el hombro o apoyar mi rodilla contra la suya cuando veíamos la televisión. Cuando solo podías utilizar palabras había que intentar que reemplazaran a los gestos, decir cosas que en otras circunstancias no serían necesarias. De hecho, estaba tan segura de ello que di un paso más y me despedí con un «Te quiero. Macy». Después pulsé el botón de enviar antes de que tuviera tiempo para arrepentirme.

Hecho esto, me acerqué a la ventana, la abrí y me deslicé hacia el exterior. Un rato antes había caído una típica tormenta de verano, y todo seguía húmedo y fresco. Me senté en el alféizar y apoyé los pies descalzos en las tejas. La mejor vista era la que se disfrutaba desde mi tejado. Se veía todo Wildflower Ridge y más allá, hasta las luces del centro comercial de Lakeview y, a lo lejos, el campanario de la universidad. En la casa donde vivíamos antes, mi habitación también era especial, pero por un motivo distinto. Tenía la única ventana que daba a la calle y un árbol lo bastante cerca como para poder entrar trepando por las ramas. Por esa razón, fue muy utilizado. Pero no por mí, sino por Caroline.

Mi hermana era una rebelde. No había otra forma de describirla. Desde que empezó secundaria y se volvió, en palabras de mi madre, «loca por los chicos», mantenerla a raya se convirtió en una batalla sin tregua. La castigaban. Le restringían el uso del teléfono. La dejaban sin paga, le prohibían conducir. Cerraban con llave el armario de los licores. La olfateaban al llegar a casa. Todo lo cual se desarrollaba, de una manera melodramática, durante cenas y desayunos, con pisotones en el suelo y voces airadas en salas y cocinas. Pero otras transgresiones y faltas se

cometieron más en secreto. En privado. Solo yo fui testigo, siempre por la noche, y normalmente desde la comodidad de mi cama.

Estaba aún medio dormida y la puerta de mi cuarto se abría con un chirrido y luego se cerraba rápidamente. Oía el tap tap de unos pies descalzos y luego el golpe sordo de unos zapatos cayendo sobre la alfombra. A continuación, sentía su peso ligero al subirse a mi cama.

–Macy –susurraba con voz suave, pero firme–, no digas nada, ¿vale?

Pasaba por encima de la cabecera y se subía al alféizar que había sobre mi cama para abrir la ventana con sigilo.

–Te vas a meter en un lío –le decía yo en voz baja.

Ella sacaba los pies por la ventana.

–Pásame los zapatos –me pedía, y los dejaba caer sobre la hierba, donde yo los oía aterrizar con un ruido sordo y amortiguado.

–Caroline.

Ella se volvía y me miraba.

–Ciérrala cuando salga, pero no eches el pestillo, volveré dentro de una hora. Felices sueños. Te quiero.

Luego desaparecía hacia la izquierda, donde la oía bajar por el roble, rama a rama. Cuando me incorporaba para cerrar la ventana, normalmente estaba ya atravesando el césped con los zapatos bajo el brazo y dejando huellas oscuras en la hierba. Siempre había un coche esperándola junto a la señal de STOP de la manzana siguiente.

Normalmente pasaba más de una hora, a veces varias, hasta que aparecía al otro lado de la ventana, la abría de un empujón y caía como un fardo encima de mí. Tan formal en la salida, a su regreso mi hermana casi siempre se mostraba sentimental y desaliñada y olía a cerveza y a tabaco dulce. A menudo llegaba tan muerta de sueño que ni siquiera quería irse a su cuarto, se metía debajo de la manta de mi cama con los zapatos puestos y me ponía la almohada perdida de maquillaje. A veces llegaba llorando, pero nunca me contaba por qué. Luego se quedaba dormida a mi lado, y yo dormitaba a cabezadas intermitentes hasta que al amanecer la sacudía para despertarla y la llevaba a rastras a su cuarto para que no la descubrieran. Después me volvía a mi cama, donde seguía notando su olor, y me decía que la próxima vez cerraría la ventana con pestillo. Pero nunca lo hacía.

Cuando nos mudamos a Wildflower Ridge, Caroline ya estudiaba en la universidad. Seguía saliendo sin parar, a veces hasta muy tarde, pero mis padres se habían dado por vencidos. Por estudiar en la universidad de la ciudad y trabajar como camarera en el club de campo solo le exigían que mantuviera la nota media por encima de notable y que hiciera el menor ruido posible al entrar y salir de casa. Mi hermana ya no necesitaba utilizar mi ventana, lo cual fue una suerte, pues en la nueva casa no había ningún árbol cerca y sí mucha más distancia hasta el suelo.

Después de morir mi padre, a veces ni venía a dormir. Por mi mente pasaban todo tipo de eventualidades a cual más terrible, hasta la de imaginármela muerta en la carretera, pero la realidad era mucho más inocua. Para entonces, Caroline ya había perdido la cabeza por Wally, de Raleigh, el prometedor abogado divorciado diez años mayor que ella con quien llevaba una temporada saliendo. Como tantas otras cosas, se lo había ocultado a mis padres, pero después del funeral su relación tomó un cariz más serio, y al poco tiempo, Wally le pidió que se casara con él. No ocurrió tan deprisa como puede parecer así resumido, pero entonces sí pareció rápido, muy rápido. Un día Caroline entraba a trompicones por la ventana; al día siguiente yo estaba de pie en

una iglesia, demasiado consciente de que era mi tío Mike y no mi padre quien recorría el pasillo junto a ella para llevarla hasta Wally.

Por supuesto, la gente comentó que Caroline necesitaba una figura paterna, que se había casado demasiado joven, nada más graduarse. Pero mi hermana adoraba a Wally, de eso se daba cuenta cualquiera, y la rapidez de los preparativos hizo que la boda se convirtiera en mucho más que una distracción feliz para todos aquella primavera. Además, y lo mejor de todo, la determinación que mi madre y Caroline tenían de que aquella tenía que ser la mejor boda de la historia finalmente les proporcionó un objetivo común, y desde entonces se llevaron bien.

Así que, después de su rebeldía de la adolescencia, mi hermana se convirtió en una persona tremendamente eficiente que había conseguido una licenciatura y un marido el mismo mes. Ahora vivía en Atlanta como señora de Wally Thurber, en una casa enorme de una calle residencial desde la cual se oía el tráfico de la autopista las veinticuatro horas del día. La casa estaba climatizada y tenía un sistema de regulación de temperatura de última generación. No necesitaba abrir las ventanas para nada.

En cuanto a mí, no era muy partidaria de salir a escondidas de noche, primero porque era una atleta y siempre salía a correr a primera hora, y después porque Jason y yo no hacíamos esas cosas. No me podía imaginar su reacción si le pidiera que me recogiese a medianoche junto al STOP. ¿Por qué?, preguntaría él. No habrá nada abierto, y tengo yoga por la mañana, por Dios, Macy, en serio. Y otras cosas por el estilo. Y tendría razón, desde luego. Salir a escondidas, ir de fiesta, noches interminables haciendo sabe Dios qué eran cosas de Caroline. Mi hermana se las había llevado cuando se fue y ahora no había sitio para ellas. Al menos en mi mente.

—Pero Macy, ¿qué haces? —me preguntaba cada vez que llamaba y me encontraba en casa un viernes por la noche—. ¿Por qué no has salido?

Cuando le decía que estaba estudiando o haciendo algún trabajo para el instituto, mi hermana suspiraba tan fuerte que me obligaba a apartar el teléfono de la oreja.

—¡Eres joven! ¡Por el amor de Dios, sal y vive! ¡Ya habrá tiempo para eso en otro momento!

Mi hermana, a diferencia de la mayoría de sus nuevas amistades del club de amigos de los jardines y de la Junior League orientada a la mejora de su comunidad, no escondía su pasado rebelde, sino que, por el contrario, aseguraba que había sido crucial para su desarrollo como persona. Desde su punto de vista, mi desarrollo en esta área iba demasiado lento, por no decir que estaba totalmente estancado.

—Estoy bien —aseguraba yo, como siempre.

—Ya lo sé, ese es el problema. Eres una adolescente, Macy —decía Caroline, como si yo no me hubiera dado cuenta—. Se supone que debes ser apasionada, irreflexiva, rebelde y tener las hormonas revolucionadas. ¡Son los mejores años de tu vida! ¡Deberías estar aprovechándolos!

Así que le prometía que saldría la noche siguiente y ella me decía que me quería, y luego yo colgaba y volvía a mi preparación para la selectividad, o seguía planchando, o retomaba el trabajo que no tenía que entregar hasta dos semanas después. O a veces trepaba al tejado y recordaba sus días de rebeldía y me preguntaba si de verdad me estaría perdiendo algo. Probablemente no.

En cualquier caso, el tejado seguía siendo un lugar agradable. Aunque mis aventuras en el mundo exterior, mi Dios sabía qué, empezaran y terminaran allí.

El trabajo, a pesar de las palabras tranquilizadoras de mamá, no mejoraba. De hecho, por fin me había dado cuenta de que el trato frío que había recibido era en realidad la manera que tenían Bethany y Amanda de mostrarse amables. Ahora apenas me hablaban y al mismo tiempo me mantenían tan ociosa como podían.

Cuando llegó el viernes, había pasado tanto tiempo en silencio como en toda una vida. Lo que para mí era fatal, porque mi madre había ido a la costa a pasar el fin de semana ocupada en una reunión de promotores, y tenía la casa entera, con todo su silencio, para mí sola durante dos días.

Mi madre me había invitado a acompañarla, con lo cual se me ofrecía la posibilidad de relajarme en la playa o en la piscina, toda esa diversión típica de un verano en la costa. Pero ambas sabíamos que yo diría que no, y así lo hice. Esa era otra de las cosas que me recordaban a mi padre.

Teníamos una casa en la playa, en un pueblecito llamado Colby situado al otro lado del puente. Era una auténtica casa de verano, con contraventanas que crujían cuando el viento soplabla fuerte y un porche delantero siempre cubierto de una finísima capa de arena. Aunque todos pasábamos allí los largos fines de semana de verano, era sobre todo el lugar donde mi padre se sentía a sus anchas. La había comprado antes de conocer a mamá, y conservaba casi todos los detalles de una casa de soltero. Había una diana para jugar a los dardos encima de la puerta de la despensa, una cabeza de alce colgada sobre la chimenea, y el cajón de los utensilios contenía todo lo que mi padre consideraba esencial para la supervivencia: un abridor de botellas de cerveza, una espátula y un cuchillo para filetear carne. El horno pasaba la mitad del tiempo estropeado, aunque mi padre ni se enteraba, a menos que mamá estuviera allí. Mientras la parrilla tuviera suficiente gas y funcionara como era debido, se daba por satisfecho.

Era su refugio de pesca, el lugar desde donde él y sus colegas salían a pescar corvinas rojas en octubre, dorados en abril, atunes azules en diciembre. Papá siempre volvía a casa con resaca, una nevera llena de pescado limpio y quemaduras, a pesar de la crema de protección 45 que mi madre le metía en el equipaje. Disfrutaba cada minuto de aquellas salidas.

No me dejaban ir a esas excursiones –por tradición, libres de estrógenos–, pero a menudo lo acompañaba a Colby otros fines de semana, cuando necesitaba hacer algún trabajo en la casa o simplemente le apetecía evadirse. Íbamos a nadar a la playa o a navegar, jugábamos a las damas junto al fuego y frecuentábamos aquel cuchitril llamado La Última Oportunidad, donde las camareras lo llamaban por su nombre y servían las mejores hamburguesas que he probado en mi vida. Más que nuestra antigua casa y que la de Wildflower Ridge, el refugio de la playa *era* mi padre. Yo sabía que si su fantasma habitaba algún lugar para encantarlo, habría elegido aquel, y por ese motivo no quise volver.

De hecho, ninguna de nosotras había vuelto desde su muerte. Allí seguía su vieja camioneta Chevrolet, encerrada en el garaje, y seguramente tampoco nadie habría vuelto a tocar la llave de emergencia que siempre tenía que sacar yo de la caracola que dejábamos debajo del porche trasero. Sabía que mamá terminaría por vender la casa y la camioneta, pero aún no se había decidido.

Así que el viernes por la tarde llegué a casa y la encontré en total y absoluto silencio. Me vendría bien, pensé. Tenía muchas cosas que hacer el fin de semana: enviar correos, buscar información sobre universidades, y además mi armario estaba abarrotado. Quizá sería el momento perfecto para ordenar los jerséis de invierno y llevar algo de ropa a la tienda de segunda mano.

Pero había demasiado silencio, así que me acerqué a encender el televisor y después subí a mi cuarto y conecté también la radio; fui pasando los canales de música hasta llegar a uno en el que hablaban sin parar sobre los adelantos científicos de este siglo. Incluso con aquellas voces como ruido de fondo, era dolorosamente consciente de que estaba sola.

Por suerte, me convencí de lo contrario cuando abrí el correo electrónico y vi que había llegado un mensaje de Jason. Pero no había pasado del segundo renglón cuando me di cuenta de que aquella semana tan mala se había convertido en pésima.

Macy:

He tardado un poco en contestarte porque quería tener las ideas claras y estar seguro de lo que iba a decirte. Llevo una temporada preocupado porque lo nuestro se estaba convirtiendo en algo demasiado serio, y desde que me fui he pensado mucho en nuestras respectivas necesidades y si nuestra relación es capaz de satisfacerlas. Tú me importas mucho, pero tu creciente dependencia de mí —quedó patente en la manera de despedirte en tu último mensaje— me ha obligado a plantearme qué nivel de compromiso puedo asumir en nuestra relación. Me importas mucho, pero este último curso que se nos avecina es crucial en cuanto a mis objetivos intelectuales y académicos y no puedo asumir un compromiso más serio. Tengo que estar muy centrado, igual que tú. A la vista de todo esto, creo que lo mejor será darnos un tiempo en nuestra relación y descansar un poco uno del otro hasta que vuelva a finales de verano. De este modo tendremos tiempo para pensar, así que en agosto estaremos seguros de si seguimos queriendo lo mismo, o si lo mejor es cortar nuestros lazos y que esta separación sea permanente.

Estoy seguro de que estarás de acuerdo con todo lo que he dicho: tiene lógica. Creo que es la mejor solución para los dos.

Lo leí una vez, y luego otra, aún conmocionada. Esto no está pasando, pensé.

Pero sí estaba pasando. El mundo seguía su curso normal: si quería pruebas, ahí estaban los titulares que anunciaban por la radio al otro lado del cuarto. Una guerra en un país báltico. La Bolsa bajaba. Una estrella de la televisión había sido detenida. Y allí estaba yo, sentada y con la mirada fija en la pantalla parpadeante, en las palabras de Jason. Palabras que, como en *Macbeth*, poco a poco iban cobrando un terrible significado.

Darnos un tiempo. Sabía lo que significaba: eso era lo que ocurría justo antes de romper, oficialmente y para siempre. Terminar. Fórmulas aparte, lo más probable era que me hubiera dejado solo por decirle «Te quiero». Creía que nos lo habíamos dicho durante los últimos meses, aunque nunca lo hubiéramos expresado en voz alta. Era obvio que estaba equivocada.

Noté mi repentina soledad en la boca del estómago, como un puñetazo; me apoyé en el respaldo de la silla, dejé caer los brazos, exánimes, y en aquel momento fui plenamente consciente de lo vacíos que estaban la casa, el barrio, el mundo que me rodeaba. Era como estar al otro lado de una escena y ver que la cámara se alejaba y me mostraba cada vez más y más pequeña hasta verme reducida a una manchita, a un punto, a nada.

Tenía que salir de allí, así que me subí al coche y arranqué.

Y funcionó. No sé por qué, pero me vino bien. Serpenteé por Wildflower Ridge, coronando

cuestas y rodeando los terrenos que acababan de excavar para construir la siguiente fase, y después me alejé hacia la carretera general y el centro comercial. Conduje en silencio, pues todas las canciones de la radio eran chillidos (nefastos para mis nervios) o lamentos por un amor perdido (fatal. Punto). En silencio, conseguí tranquilizarme mientras me concentraba en el sonido del motor, del cambio de marchas, de los frenos, todo lo cual, al menos hasta el momento, funcionaba como era debido.

A la vuelta, el tráfico se había hecho más denso, pues era viernes por la noche y todo el mundo salía. Observé los coches que paraban a mi lado en los semáforos, llenos de familias con niños en sus asientos especiales, probablemente de camino a casa después de cenar, o de chicas universitarias maquilladas para salir de fiesta, con la radio a todo volumen y los cigarrillos asomando por las ventanillas abiertas. En el carril del medio, rodeada de todos aquellos desconocidos, me pareció aún más insoportable la idea de regresar a una casa vacía, a un cuarto donde tendría que enfrentarme a la pantalla del ordenador y al mensaje de Jason. Podía imaginármelo tecleando en su portátil, tan metódico como siempre, entre los resúmenes de los apuntes que había tomado aquel día y una consulta a la lista de correo de su proyecto sobre el medio ambiente. Para él, yo solo era un compromiso que se había convertido más en una carga que en un bien preciado, y su tiempo era demasiado valioso como para perderlo. Yo ya no tenía que preocuparme por esa cuestión. Estaba claro que a partir de ahora iba a tener todo el tiempo del mundo para mí.

Al acercarme al siguiente cruce, vi la espoleta.

Las mismas llamativas pinceladas negras, la misma furgoneta blanca. Estaba pasando por delante de mí y vi a Delia conduciendo y a otra persona en el asiento del copiloto. Los observé mientras rebasaban el cruce y daban un pequeño bote al pasar por encima del badén que había en el centro. DESEO, ponía en la parte trasera, con las letras divididas entre las dos puertas.

No soy una persona espontánea. Pero cuando estás sola en el mundo, completamente sola, no te queda más remedio que estar abierta a otras posibilidades. Aquellas cinco letras de la furgoneta, como las que había escrito a Jason, encerraban muchos significados y ninguna garantía. Cuando la furgoneta giró hacia una bocacalle, volví a leer DESEO. Parecía un momento para creer tan bueno como cualquier otro, así que cuando el semáforo se puso en verde y pude arrancar, metí la marcha y la seguí.



–Te digo que ya sé que no estás metiéndote con la ropa que llevo. O sea, yo aguanto mucho, ya he aguantado mucho, pero eso no lo voy a consentir. Eres mi hermana. A ver, una chica tiene que poner algún límite, ¿no?

Bueno, quizá no haya sido buena idea, pensé.

Después de estar a punto de darme la vuelta en tres ocasiones, de pasar de largo otras dos y de un último arranque de valor, me encontraba delante de McKimmon House, una mansión del distrito histórico. Delante de mí estaba la furgoneta de Servicio de Comidas a Domicilio Deseo, ahora aparcada en diagonal pegada al bordillo y con las puertas traseras abiertas de par en par que dejaban ver varios estantes de bandejas, montones de paquetes de servilletas y un par de carritos abollados. En su interior se oía la voz de una chica.

–Y eso es lo que hago: poner un límite. Lo que al final significa que tengo que andar como tres kilómetros con mis sandalias de plataforma, que me hicieron unas ampollas que no te imaginas – continuó mientras su voz se dejaba oír en la calle tranquila–. O sea, estamos hablando de carreteras desiertas por las que no pasa ningún coche, y lo único que pensaba era... lleva esas cucharas; no, esas no, las otras, las de ahí... que aquella tenía que ser oficialmente la peor cita de la historia, ¿me entiendes?

Di un paso atrás para retirarme. Pero ¿en qué estaba pensando? Eché a correr hacia mi coche diciéndome que por lo menos no era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Justo en aquel momento, una chica se acercó a las puertas abiertas de la furgoneta y me vio. Era menuda, con una mata de rizos rubios que le cubrían la espalda, y nada más verla me di cuenta de que era la chica que estaba hablando. La ropa que vestía no dejaba lugar a dudas: falda corta y brillante, blusa blanca con escote pronunciado y botas negras de tacón ancho hasta la pantorrilla. Llevaba los labios pintados de un rojo muy vivo, y su piel, pálida y blanca, brillaba a la luz de la farola que tenía a mi espalda.

–Hola –dijo al verme, y a continuación se volvió para alcanzar una pila de paños antes de salir de la furgoneta de un salto.

–Hola –respondí.

Iba a decir algo más; unas palabras, quizá hasta una frase entera. Pero sin saber por qué me quedé callada, como si hubiera llegado hasta un punto del que ya no podía pasar.

La chica no pareció darse cuenta, estaba demasiado atareada sacando cosas de la furgoneta mientras canturreaba en voz baja. Cuando se dio la vuelta y vio que yo seguía en el mismo sitio, dijo:

–¿Te has perdido o algo así?

Volví a quedarme sin palabras. Pero esta vez el motivo fue distinto. Su cara, antes oscurecida por la sombra de la furgoneta, estaba ahora iluminada por la luz, y mis ojos se fijaron inmediatamente en dos cicatrices: una, no demasiado llamativa, que recorría la curva de la mandíbula, y otra junto a la sien derecha que serpenteaba hasta la oreja. Tenía los ojos azules y

anillos en todos los dedos, y olía a chicle de sandía, pero eso lo percibí más tarde. Al principio solo fui capaz de fijarme en las cicatrices.

Deja ya de mirarla, me dije, horrorizada ante mi comportamiento. La chica, por su parte, no pareció darse cuenta, o no le molestó. Siguió esperando pacientemente mi respuesta.

–Eehh... –me obligué a decir por fin–. Estaba buscando a Delia.

La puerta delantera de la furgoneta se cerró y un instante después apareció Mónica, la chica parsimoniosa que estaba en la fiesta de mi madre. Llevaba una tabla de cortar, que, por la expresión de agotamiento de su cara, debía de pesar por lo menos cincuenta kilos. Sopló para apartarse el flequillo de la frente mientras caminaba por el bordillo arrastrando los pies. La chica rubia la miró.

–Y también tenedores de servir, ¿vale, Monótona?

Mónica se detuvo y luego se volvió despacio, como haciendo un cambio de sentido en tres maniobras, y desapareció tras la furgoneta sin alterar su paso de tortuga.

–Delia está dentro, en la cocina –me dijo la chica, señalando con una mano en esa dirección mientras sujetaba los paños con la otra–. Al final del camino de entrada, rodeando la casa hacia la parte de atrás.

–Ah –dije, justo cuando Mónica volvía a aparecer con la tabla de cortar y varios tenedores grandes–. Gracias.

Eché a andar por el camino de entrada, pero apenas había dado unos pasos cuando me volvió a llamar.

–Ya que vas para allá, por favor, por favor, ¿puedes llevar un par de cosas? Vamos con retraso, y en realidad la culpa es mía, si quieres saber la verdad, así que me ayudarías a salir del atolladero. Si no te importa.

–Claro.

Volví sobre mis pasos y pasé al lado de Mónica, que iba murmurando algo para sí. Junto a las puertas traseras de la furgoneta, la chica rubia había sacado dos carritos y estaba apilando encima unas fuentes cubiertas de papel de aluminio. Cuando terminó, dejó los paños en uno de los carritos y empujó el otro hacia mí.

–Por aquí –me indicó.

La seguí empujando el carrito hasta donde empezaba el camino de entrada. Allí nos detuvimos y miramos hacia arriba. Era empinado, muy empinado. Vimos a Mónica, aún no había terminado de subirlo, estaba a la mitad; se movía como si caminara con el viento en contra.

La chica me miró, y después volvió la vista hacia el camino. Me fijé de nuevo en sus cicatrices y luego intenté no hacerlo, con lo cual solo conseguí que pareciera aún más evidente.

–Dios mío –suspiró mientras se apartaba el pelo de la cara–. ¿Verdad que a veces parece que el mundo entero se pone cuesta arriba?

–Sí, desde luego –repuse, pensando en todo lo que me había ocurrido aquella tarde.

Giró la cabeza para mirarme y me sonrió; su expresión cambió radicalmente. Como la chispa que enciende una llama, se le iluminó el rostro, y durante un instante perdí de vista las cicatrices.

–Qué se le va a hacer –dijo, y se inclinó sobre el carrito para agarrarlo con fuerza–. Por lo menos sabemos que el camino de vuelta será de bajada. Vamos.

Se llamaba Kristy Palmetto.

Nos presentamos en la subida hacia la casa, entre jadeos, cuando hicimos una pausa para recobrar el aliento.

–¿Macy? –se sorprendió–. ¿Como los grandes almacenes?

–Sí. En realidad, es un apellido.

–Me gusta. Yo pienso cambiar de nombre en cuanto llegue a algún sitio donde nadie me conozca, donde pueda reinventarme. Siempre he querido hacerlo. Creo que quiero llamarme Veronique. O quizá Blanca. Algo con clase. Kristy se puede llamar cualquiera.

Es posible, pensé mientras Kristy volvía a empujar su carrito. Pero a los cinco minutos de conocerla, supe que aquella Kristy era especial.

En cuanto llegamos la puerta se abrió y Delia asomó la cabeza. Llevaba un delantal rojo de Servicio de Comidas a Domicilio Deseo y tenía una mancha de harina en la mejilla.

–¿Son las galletitas con jamón? ¿O la sémola con gambas?

–Las galletitas –contestó Kristy; dejó el carrito apoyado en la pared y me indicó por gestos que hiciera lo mismo–. O las gambas.

Delia la miró desconcertada.

–Una cosa o la otra, desde luego –aseguró Kristy.

Delia suspiró; luego salió y comenzó a inspeccionar las distintas fuentes que había en los carritos.

Kristy se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos.

–Esa cuesta es matadora –le dijo a Delia–. Deberíamos subir la furgoneta, o no tendremos todo a punto a la hora prevista.

–Si hubiéramos salido a la hora, iríamos bien de tiempo –dijo Delia a la vez que levantaba la tapa de una fuente.

–¡Ya te pedí perdón! –exclamó Kristy, y luego añadió dirigiéndose a mí–: Tuve una crisis de estilismo. Nada me quedaba bien. ¡Nada! ¿No te pones mala cuando te ocurre?

–Y además –continuó Delia ignorando el comentario–, tienen unas normas muy estrictas sobre los vehículos de servicio en el jardín. Por lo visto, la hierba es muy delicada.

–Como mis pulmones –repuso Kristy–. Y además, si lo hacemos rápido no se enterará nadie.

Mónica apareció en el umbral con una bandeja de horno.

–¿Setas? –preguntó.

–Albóndigas –respondió Delia sin mirarla–. Mete tres bandejas y ve preparando otras tres.

Mónica se volvió con lentitud y echó una mirada al horno que tenía detrás. Luego miró de nuevo a Delia.

–Albóndigas –repitió la chica, como si se tratase de una palabra extranjera.

–Mónica, haces esto todos los fines de semana –dijo Delia–. Intenta retener algo de lo que aprendes, por favor, por Dios te lo pido.

–Retiene lo que aprende –terció Kristy, un poco a la defensiva–. Lo que pasa es que está enfadada conmigo por haberos retrasado, y esa es su forma de exteriorizarlo. No se le da bien expresar sus emociones.

–Pues entonces ve a ayudarle –dijo Delia con voz cansada–. Con las albóndigas, no con sus emociones, ¿vale?

–Vale –respondió Kristy en tono alegre.

Luego abrió la puerta y entró en la cocina. Delia se puso una mano en la cadera y me miró.

–Hola –saludó algo sorprendida–. Macy, ¿verdad?

–Sí. Sé que probablemente llego en mal momento...

–Siempre es mal momento –dijo con una sonrisa–. Es un trabajo estresante. Pero es el que elegí, así que no debería quejarme. ¿En qué puedo ayudarte?

–Me preguntaba...

De pronto me interrumpí. Me sentí idiota por entretenerla cuando había tanto que hacer. Quizá solo dijo que me contrataría por cumplir. Pero bueno, yo ya me había presentado allí. Ya había subido aquella cuesta. Lo peor que podía pasar era que Delia me enviara de vuelta por donde había venido.

–Me preguntaba... –repetí–, si la oferta sigue en pie. Sobre el trabajo.

Antes de que le diera tiempo a contestar, Kristy volvió a aparecer en la puerta.

–Las albóndigas ya están en el horno –informó–. ¿Puedo subir la furgoneta?

Delia volvió la vista al camino de entrada y después a las ventanas de la fachada delantera.

–¿Que si puedes...? No.

–Solo es una cuesta. –Kristy hizo un gesto de impaciencia, y me explicó–: Conduzco fatal. Pero el hecho de admitirlo ¿no debería influir positivamente?

–No.

Delia echó una mirada al camino de entrada, como si estuviera sopesando los pros y los contras, antes de meter la mano en el bolsillo del delantal para sacar unas llaves.

–En cuanto la subas, descargadla deprisa –le dijo a Kristy–. Y si alguien se pone histérico, haz como si no conocieras las reglas.

–¿Qué reglas? –preguntó Kristy mientras extendía el brazo para alcanzar las llaves.

Delia las apartó de su alcance y me las ofreció.

–Conduce Macy. Punto. Se acabó la discusión.

–De acuerdo –accedió Kristy–. Pero vamos ya, ¿vale?

Giró sobre sus talones y comenzó a bajar la cuesta dando un pequeño bote a cada paso. Incluso a distancia, era imposible no quedarse mirándola: quizá fueran las botas o el pelo, o la falda tan corta, pero sin duda había algo más. Algo tan eléctrico, tan vivo, que lo percibí al instante, aunque solo fuera porque era algo de lo que yo carecía.

Delia también la estaba observando con expresión resignada, hasta que se volvió hacia mí.

–Si te interesa el trabajo, tuyo es –dijo, y me entregó las llaves–. Se cobra cada dos viernes, y normalmente se conoce el programa con una semana de antelación. Necesitarás invertir en varios pantalones negros y camisas blancas, si no tienes. Se libra los lunes. Seguramente habrá más cosas que quieras saber, pero ahora tenemos mucho trabajo y no hemos comenzado con buen pie, así que te pondré al corriente más tarde, ¿de acuerdo?

–Me parece bien.

Kristy, que ya había recorrido la mitad del camino, se volvió para mirarnos y gritó:

–¡Eh, Macy! ¡Venga!

Delia movió la cabeza y abrió la mosquitera antes de decirme:

–Lo cual significa ¡bienvenida a bordo!

En la biblioteca había tenido que hacer dos semanas de formación. Allí, dos minutos.

–Lo más importante –me explicó Kristy cuando ambas estábamos delante de la encimera, apilando bandejas de galletitas con jamón codo con codo– es identificar lo que vas a llevar y

mantener tu bandeja limpia de servilletas arrugadas. A nadie le apetece llevarse a la boca nada que haya tenido al lado de una servilleta sucia.

Asentí, y ella continuó mientras Delia pasaba muy ajetreada a nuestra espalda para meter en el horno otra bandeja de albóndigas:

–Te diré lo que tienes que recordar: no existes. Sujeta tu bandeja, sonríe, di: «Galletitas con jamón y mostaza de Dijon», y sigue avanzando. Intenta ser invisible.

–De acuerdo.

–Lo que Kristy quiere decir –terció Delia– es que, como camarera, tu labor es mezclarte entre la gente y procurar que los asistentes disfruten de una experiencia lo más satisfactoria posible. Tú no estás asistiendo al evento: lo estás haciendo posible.

Kristy me pasó una bandeja llena de galletitas con jamón y colocó un montoncito de servilletas en el borde. Al estar tan cerca de ella, no pude evitar que se me fueran los ojos hacia las cicatrices, pero poco a poco me fui acostumbrando a ellas y comencé a fijarme en otros detalles: la luminosidad de su piel, los dos pequeños aros de plata en las orejas.

–Primero recorre los bordes de la sala. Si te cruzas con un pavo, párate solo un segundo, y luego sonríe y sigue avanzando aunque intente alcanzarte.

–¿Un pavo?

–Uno de esos que engullen la bandeja entera si los dejas. Esta es la regla: dos aperitivos y muévete. Si logra hacerse con un tercero, estás perdida.

–Dos y muévete –repetí–. Vale.

–Si no te deja moverte –continuó Kristy–, pasa al nivel buitre, un comportamiento totalmente inaceptable. Entonces tienes todo el derecho del mundo a darle un pisotón.

–No –intervino Delia volviendo ligeramente la cabeza–, en realidad, no. Discúlpate con toda la cortesía que puedas y ponte fuera de su alcance.

Kristy me miró y sacudió la cabeza.

–Dale un pisotón –susurró–. En serio.

La cocina estaba en plena ebullición: Delia se movía entre el horno y la encimera, Mónica iba desenvolviendo fuentes para dejar al descubierto el salmón, los filetes, el puré de patatas. En el aire flotaba una energía chispeante, como si todo sucediera a una velocidad más alta de lo normal, justo al contrario que en el mostrador de información. Si hubiera querido cualquier cosa excepto silencio, la habría encontrado. Por toneladas.

–Si hay personas mayores –siguió aleccionándome Kristy, echando una mirada a la puerta–, procura atenderlas, sobre todo si están sentadas. La gente se da cuenta de si la abuela se está muriendo de hambre. Observa la sala, fíjate en quién come y quién no. Si la has recorrido entera y los bastones de apio rellenos de bayas de queso de cabra no tienen mucho éxito, no sigas paseándolos.

–¿Bayas de queso de cabra? –pregunté.

Kristy asintió muy seria.

–¡Fue solo una vez, solo una! –masculló Delia a nuestra espalda–. A ver si ya dejáis de dar la murga con eso, por Dios.

–Si algo es una porquería, es una porquería –dijo Kristy–. Y en caso de duda, saca unas albóndigas. A todo el mundo le chiflan las albóndigas.

–¿Qué hora es? –preguntó Delia al tiempo que cerraba el horno de un portazo–. ¿Las siete?

–Menos cinco –respondió Kristy, y se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja–. Tenemos que salir ya.

Alcancé mi bandeja y me quedé muy quieta mientras Kristy colocaba bien una galletita que corría peligro de caerse.

—¿Lista?

Hice un gesto afirmativo.

Abrió la puerta con una mano; varias personas que esperaban a que les sirvieran sus bebidas en la barra cercana a la cocina se volvieron a mirar, y sus ojos se clavaron inmediatamente en la comida. Invisible, pensé. Después de toda la atención que había despertado durante el último año, estaba segura de que podía acostumbrarme sin problemas a pasar inadvertida. Así que alcé la bandeja, eché los hombros hacia atrás y entré en la sala.

Treinta minutos más tarde había aprendido varias cosas. La primera, que a todo el mundo le chiflan las albóndigas. La segunda, que la mayoría de los pavos se apostan junto a la puerta, donde ocupan las primeras posiciones para abalanzarse sobre la comida, y si intentas esquivarlos, pasan rápidamente al nivel buitre, aunque hasta el momento aún no había repartido ningún pisotón. Y es cierto: te vuelves invisible. La gente dice cualquier cosa mientras estás a su lado. Cualquier cosa.

Ahora sabía que Molly y Roger, los novios, llevaban tres años viviendo juntos, hecho que, a juicio de un pavo familiar suyo, había contribuido a la reciente muerte de la matriarca del clan. Molly y su dama de honor no se hablaban por culpa de un incidente en la despedida de soltera, y el padre del novio, que presuntamente no probaba el alcohol, estaba bebiendo martinis a escondidas en el cuarto de baño. Ah, sí, y las servilletas estaban mal. Fatal.

—No sé si lo he entendido —oí decir a Delia cuando volví a entrar en la cocina para recoger la última ronda de tostadas de queso de cabra.

La mujer estaba de pie junto a la encimera, donde ella y Mónica se disponían a preparar las ensaladas para la cena, y junto a ella se encontraban Molly, la novia, y su madre.

—¡Están mal! —exclamó Molly con voz chillona y temblorosa.

Era bonita, rubia y regordeta, y, por lo que yo había podido ver, se había pasado la fiesta junto a la barra con cara de contrariedad mientras la gente se acercaba por turnos para darle palmaditas en el hombro y hacer ruiditos que significaban «tranquila, todo va a salir bien». El novio estaba fuera fumando un puro, y así se había pasado toda la noche.

—Tenía que poner —continuó Molly—: «Molly y Roger», después la fecha, y debajo «Para siempre».

Delia miró a su alrededor.

—Lo siento, aquí no tengo ninguna ahora mismo..., pero ¿no pone eso? Estoy casi segura de que lo ponía en la que vi.

La madre de Molly dio un sorbo al cóctel que tenía en la mano y movió la cabeza. Kristy entró a toda prisa, puso un fajo de servilletas encima de la bandeja, y paró en seco cuando vio la reunión que estaba teniendo lugar junto a la encimera.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Advertí que la madre de Molly se había quedado mirando las cicatrices. Cuando Kristy volvió la vista hacia ella, apartó la mirada rápidamente. Si Kristy se dio cuenta o se sintió ofendida, no lo demostró. Se limitó a dejar la bandeja y a sujetarse un mechón detrás de la oreja.

—Problemas con las servilletas —dije.

Molly contuvo un sollozo.

–No pone «Para siempre». Pone «Para siempre...» –dijo con voz cada vez más apagada, y acompañó sus palabras con un gesto de la mano–. Con punto, punto, punto.

–¿Punto punto punto? –preguntó Delia desconcertada.

–Sí, ya sabe, eso, lo de los tres puntos, lo que se usa cuando se deja algo sin terminar, indefinido. Es... –Molly hizo una pausa y frunció el ceño–. ¡Ya sabe! ¡Esas cosas!

–Puntos suspensivos –sugerí desde el otro extremo de la cocina.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Noté que me ponía colorada.

–¿Puntos suspensivos? –repitió Delia.

–Son tres puntos –aclaré, pero Delia seguía con cara de perplejidad, así que añadí–: Se usan para hacer una pausa transitoria. También para dejar un enunciado incompleto y en suspense, sobre todo en diálogos.

–¡Caray! –se asombró Kristy a mi lado–. Qué máquina, Macy.

–¡Exacto! –exclamó Molly señalándome–. No pone «Molly y Roger. Para siempre». ¡Pone «Molly y Roger. Para siempre...»! –Marcó los tres puntos con golpecitos de dedo–. Como «Quizá para siempre, quizá no».

–Bueno –susurró Kristy entre dientes–, es una boda, ¿no?

Molly había sacado un pañuelo de algún sitio y se lo llevó a la cara con toquitos suaves mientras hipaba.

–Pero escucha –dije tratando de ayudar–, no creo que nadie piense que unos puntos suspensivos representen una duda ni nada por el estilo. Creo que en realidad hacen alusión al futuro. A la vida que os espera juntos.

Molly pestañeó muy sofocada. Después estalló en lágrimas.

–Vaya, hombre –suspiró Kristy.

–Lo siento –me disculpé a toda prisa–. No quería...

–No es por el «Para siempre» –me dijo la madre mientras rodeaba los hombros de su hija con el brazo.

–¡Claro que es por el «Para siempre»! –gimió Molly.

Pero su madre ya la estaba conduciendo hacia la puerta mientras susurraba algo con voz suave. En silencio, las observamos mientras salían. Me sentí total y absolutamente responsable. Estaba claro que no había sido el momento más adecuado para alardear de mi destreza con la gramática.

Delia se pasó una mano por la cara y sacudió la cabeza.

–Dios mío –suspiró cuando estuvo segura de que no podían oírla; luego nos miró–. ¿Y ahora qué hacemos?

Permanecemos en silencio durante un instante. Luego Kristy dejó su bandeja.

–Las ensaladas –declaró en tono contundente.

Se acercó a la encimera y se puso a separar los platos. Mónica alcanzó el cuenco de las verduras, sacó unas pinzas y se pusieron manos a la obra.

Volví a mirar la puerta. Me sentía fatal. ¿Quién iba a saber que tres puntos marcaban una diferencia tan grande? Como en todo lo demás, un amor, un deseo, cualquier cosa, todo dependía de la manera en que se mirara.

–Macy. –Levanté la vista. Kristy me estaba mirando y dijo–: No te preocupes. No es culpa tuya.

Y quizá no lo fuera. Pero ahí estaba el problema de tener tantas respuestas. Solo cuando las verbalizabas te dabas cuenta de que a veces no eran lo que la gente quería escuchar.

–Con todo, no ha sido un desastre absoluto –dijo Delia tres horas después, cuando empujábamos los carritos, ahora cargados de utensilios de servir y neveras vacías, hacia la furgoneta–. De hecho, hasta me atrevería a decir que ha salido medianamente decente.

–Bueno, no te olvides de lo de los filetes –dijo Kristy.

Se refería a un momento de pánico general justo después de servir las ensaladas, cuando Delia se dio cuenta de que la mitad de los filetes aún estaban en la furgoneta y, por tanto, fríos como témpanos.

–Ah, ya se me había olvidado –dijo Delia con un suspiro–. Bueno, por lo menos ya pasó. La próxima vez todo irá mucho mejor. Como una máquina perfectamente engrasada.

Incluso yo, que era novata, me di cuenta de que eso era del todo improbable. Los problemas se fueron sucediendo durante toda la noche, los desastres surgían y se consumaban, y terminaban por solucionarse no se sabía cómo, todo ello a velocidad de vértigo. Estaba tan acostumbrada a controlar los imprevistos a toda costa que había notado que mi tensión nerviosa no paró de subir y bajar, reaccionando continuamente. Para los demás, aquello era completamente normal. Parecían de verdad convencidos de que las cosas se solucionaban solas. Y lo más curioso era que así ocurría. Al final. De alguna manera, aunque ni siquiera cuando estaba en medio de todo fui capaz de saber cómo.

Kristy buscó en la trasera de la furgoneta y sacó un bolso con flecos negros.

–Me fastidia decir esto –dijo–, pero a este matrimonio le doy un año como mucho. Los veo muy alterados, y además muy ay-por-Dios-no-hagas-eso. Esa chica estaba histérica.

Mónica, sentada en el parachoques, pronunció lo que ya ahora sabía que era uno de sus comentarios por defecto:

–Ajá.

Los otros dos eran «mejor déjalo» y «ni de coña», ambos pronunciados con voz cansina y muy despacio, arrastrando las palabras hasta convertirlas en una: «mejordéjalo» y «nidecoña». No sabía a quién se le había ocurrido el sobrenombre de Monótona, pero había dado en el clavo.

–Cuando llegues a casa –me dijo Delia mientras se pasaba las manos por su voluminoso vientre una vez más y apoyaba sobre él los dedos extendidos–, mete eso en agua fría con disolvente. Debería salir.

Bajé la vista y vi la mancha que tenía en la camisa, de la que me había olvidado por completo.

–Ah, vale –dije–, eso haré.

Hacia la mitad de la cena, el padrino, excesivamente entusiasta, se había levantado de repente para hacer un brindis y me había tirado por encima una copa entera de cabernet. Ya había aprendido sobre pavos y buitres; en aquel momento, presencié un completo tutorial sobre pulpos. Me manoseó durante unos cinco minutos mientras intentaba limpiarme la mancha, con lo cual casi podía decirse que había tenido más acción de la que había tenido con Jason durante meses.

Jason. Al verme su nombre a la cabeza sentí una punzada y me di cuenta de que durante las últimas tres horas me había olvidado por completo de nuestra ruptura y de mi nueva condición de novia a la espera. Pero había ocurrido, seguía ocurriendo. Lo único que pasaba era que había estado demasiado ocupada para pensar en ello.

Un coche viró en la calzada, con las luces de los faros oscilando ante nosotros, y se aproximó despacio, muy despacio. Entorné los ojos para observarlo mejor a medida que se iba acercando con lentitud. No era un coche, más bien parecía una especie de furgoneta, blanca y moteada de

manchas grises aquí y allá. Cuando por fin llegó hasta nosotros, el conductor pegó el vehículo al bordillo con cuidado antes de apagar el motor. Un segundo después, asomó la cabeza por la ventanilla.

–Señoras –anunció una voz, profunda y solemne–, admiren ustedes el Bertmóvil.

Durante un instante, nadie abrió la boca. Luego, Delia reprimió una exclamación de sorpresa.

–¡Dios mío! –exclamó Kristy–. Debes de estar de broma.

La puerta del conductor se abrió con un chirrido estrepitoso y Bert se bajó de un salto.

–¿Qué? –preguntó.

–Creí que ibas a usar el coche del tío Henry –dijo Delia mientras avanzaba hacia él y Wes salía por el lado del copiloto–. ¿No era ese el plan?

–Cambié de opinión –respondió Bert haciendo tintinear las llaves.

Con su camisa a rayas, sus pantalones de loneta con cinturón de cuero y sus mocasines, parecía que se había arreglado para asistir a algún evento.

–¿Por qué? –Delia se acercó al Bertmóvil con la cabeza ladeada. Un instante después dio un paso atrás, apoyó las manos en las caderas y preguntó despacio–: ¿No es...?

–¿Un vehículo que causa sensación? –preguntó Bert–. Sí, claro que lo es.

–¿... una ambulancia? –terminó Delia, incrédula–. Sí lo es, ¿no?

–Ni de broma –rio Kristy–. Bert, solo a ti se te ocurre que se pueda ligar con un coche donde ha muerto gente.

–¿De dónde lo has sacado? –preguntó Delia–. ¿Estás seguro de que es legal?

Wes, ahora de pie ante el parachoques delantero, se limitó a hacer un gesto con la cabeza que significaba «mejor no preguntes». Observé mejor el Bertmóvil y distinguí un levísimo resto de una A y parte de una M en la rejilla del radiador.

–Lo compré en el local de coches recuperados de ocasión que hay al lado del aeropuerto –explicó Bert; por su cara de satisfacción, se diría que se trataba de un Porsche último modelo–. El tipo lo consiguió en una subasta. ¿A que mola?

Delia miró a Wes y le preguntó:

–¿Qué pasó con el Cutlass del tío Henry?

–Intenté hacerle cambiar de idea, pero ya sabes cómo es –respondió Wes–. Se empeñó. Y es su dinero.

–¡No puedes causar sensación con un Cutlass! –protestó Bert.

–Bert –dijo Kristy–, tú no causas sensación de ninguna manera. Punto. Además, ¿qué te has puesto? ¿No te he dicho que no te vistas como un viejo? Por Dios. ¿Esa camisa es de poliéster?

En absoluto molesto con los comentarios de la chica, Bert se miró la camisa y pasó la mano sobre el bolsillo de la pechera con satisfacción.

–Mezcla de algodón y poliéster. A las mujeres les gustan los hombres bien vestidos.

Kristy se limitó a hacer un gesto de fastidio con los ojos mientras Wes se pasaba la mano por la cara. Mónica masculló a mi espalda:

–Nidecoña.

–Es una ambulancia –dijo Delia con voz inexpresiva, como si pronunciar la palabra en voz alta le fuese a ayudar a hacerse a la idea.

–Fue una ambulancia –puntualizó Bert–. Tiene historia. Tiene personalidad. Tiene...

–Condición de venta definitiva –intervino Wes–. No puede devolverla. En cuanto la sacas de allí, no hay vuelta atrás.

Delia suspiró y sacudió la cabeza.

–Es lo que yo quería –dijo Bert.

Hubo un instante de pausa. Por lo visto, era un argumento irrefutable.

Por fin, Delia se acercó a Bert y lo abrazó.

–Feliz cumpleaños, hombrecito –dijo mientras le revolvió el pelo–. No me puedo creer que ya tengas dieciséis años. Hace que me sienta vieja.

–No eres vieja –protestó Bert.

–Lo suficiente para acordarme del día que naciste –dijo al tiempo que se apartaba y le arreglaba el pelo–. Tu madre estaba tan feliz... Dijo que eras su sueño hecho realidad.

Bert inclinó la cabeza al instante y se puso a jugar con las llaves. Delia se acercó más y le susurró al oído algo que no pudo oír; el chico hizo un gesto de asentimiento. Cuando volvió a alzar la cabeza, vi que se había ruborizado y, por un instante, distinguí algo en su expresión que reconocí, algo que me resultó familiar. Pero desapareció como por encanto cuando Bert volvió la cabeza.

–¿Os he presentado oficialmente a Macy? –preguntó Delia, haciendo un gesto para señalarme–. Macy, estos son mis sobrinos Bert y Wes.

–Nos conocimos la otra noche –dije.

–Bert se escondió detrás de unos contenedores de basura y le dio un susto –añadió Wes.

–Dios mío, pero ¿aún seguís jugando a eso? –intervino Kristy–. Menuda chiquillada.

–Solo lo hice porque andaba depre –dijo Bert, y me dirigió una mirada de arrepentimiento–. ¡Y por partida triple!

–Yo solo os digo –continuó Kristy al tiempo que abría el bolso para sacar una lima de uñas– que la próxima vez que alguien me dé un susto saltando desde detrás de una puerta, se lleva un puñetazo en el estómago. Y no me importa si está deprimido o no.

–Ajá –corroboró Mónica.

–Creí que era Wes –rezongó Bert–. Y además a mí no se me ocurre esconderme detrás de una puerta. Es demasiado elemental. Hace ya mucho que superamos esa fase.

–¿En serio? –se asombró Kristy, pero Bert fingió no oírla. Y a continuación me explicó–: Llevan semanas con esa bobada del «te pillé», saltando cuando pasa alguno de ellos o cuando pasamos los demás y dándonos unos sustos de muerte.

–Es un juego de ingenio –me aclaró Bert.

–De ingenuos –añadió Kristy.

–No hay nada como un buen te pillé –concluyó Bert en tono solemne.

Delia, en pleno bostezo, se tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza.

–Bueno, siento mucho deshacer esta agradable reunión, pero yo me voy a casa –anunció–. Las viejas damas embarazadas tienen que acostarse antes de medianoche. Esas son las reglas.

–¡Venga! –exclamó Bert mientras limpiaba el capó de la ambulancia con la mano–. ¡La noche es joven! ¡Y además hay que bautizar al Bertmóvil!

–¿Vamos a ir por ahí en ambulancia? –preguntó Kristy.

–¡Tiene todas las comodidades! –dijo Bert–. Es como un coche, ¡mejor que un coche!

–¿Tiene reproductor de cedé?

–Bueno, en realidad...

–No –respondió Wes–. Pero tiene un sistema de intercomunicación estropeado.

–Ah, genial, entonces me has convencido –dijo Kristy haciendo un gesto con la mano.

Bert le lanzó una mirada furiosa, pero ella le sonrió, le apretó el brazo cariñosamente y

comenzó a andar hacia el Bertmóvil. Mónica se levantó y la siguió, y ambas se dirigieron a la parte trasera y abrieron las puertas.

–Pasadlo bien –les deseó Delia–. Y no vayas demasiado rápido, Bert, ¿me oyes?

Sus palabras fueron recibidas con una escandalosa carcajada de la que no participaron Wes, que daba la impresión de querer reírse, pero se contenía, ni Bert, que hizo caso omiso y se dirigió a la puerta del conductor.

–Wes, ¿puedes venir un momento? –llamó Delia.

Wes echó a andar hacia la mujer, pero yo me interponía entre ellos, e hicimos esa maniobra tan embarazosa en la que ambos nos apartamos hacia el mismo lado, y luego hacia el otro a la vez. En el transcurso de esta danza tan violenta me di cuenta de que era aún más guapo de cerca que de lejos –con aquellos ojos oscuros, pestañas largas, el pelo que comenzaba a rizarse en el arranque del cuello y los vaqueros por las caderas– y de que tenía un tatuaje en el brazo, un dibujo con aspecto de símbolo celta que asomaba por la manga de la camiseta.

Por fin dejé de moverme y pudo pasar.

–Lo siento –dijo con una sonrisa, y sentí que me ruborizaba sin saber muy bien por qué mientras lo veía desaparecer a un lado de la furgoneta.

–¿Dónde se supone que vamos a sentarnos? –oí que preguntaba Kristy en la trasera del Bertmóvil–. Por Dios bendito, ¿eso de ahí es una camilla?

–No –respondió Bert–, ahí es donde estaba la camilla. Y eso es un catre que he puesto hasta que encuentre algo más cómodo.

–¿Un catre? –se asombró Kristy–. Bert, creo que confías demasiado en el potencial de este coche. En serio.

–Bueno, tú sube, ¿vale? –espetó Bert–. Se está pasando mi cumpleaños. ¡Segundo a segundo!

Wes volvía al Bertmóvil cuando saqué las llaves y pasé junto a la furgoneta para dirigirme a mi coche.

–Pásalo bien –me dijo.

Asentí mientras me esforzaba por buscar una respuesta adecuada, pero cuando me di cuenta de que lo correcto sería desearle lo mismo –Dios mío, pero ¿qué me estaba pasando?–, era demasiado tarde y ya estaba subiendo al Bertmóvil.

Cuando llegué a la altura de la furgoneta, Delia estaba abrochándose el cinturón de seguridad.

–Has estado genial, Macy –me dijo–, genial.

–Gracias.

Alcanzó un bolígrafo del salpicadero, y luego se metió la mano en el bolsillo y sacó una servilleta arrugada.

–Toma –dijo mientras garabateaba algo–, este es mi número. Llámame el lunes y te diré cuándo te volveré a necesitar.

–De acuerdo –dije, y doblé la servilleta–. Y gracias de nuevo. Lo he pasado bien.

–¿Sí? –Me sonrió sorprendida–. Me alegro. Conduce con cuidado, ¿me oyes?

Asentí. Delia arrancó, se apartó del bordillo y al doblar la esquina hizo sonar el claxon.

Acababa de abrir la puerta del coche cuando el Bertmóvil se detuvo a mi lado. Kristy iba en la parte trasera, pero inclinada hacia adelante con la mano en la radio; oí cómo el dial iba de una emisora a otra, desde música melódica hasta pop pasando por el retumbar de las notas graves de la música tecno. Volvió la cabeza hacia Wes, que estaba buscando algo en la guantera, y me miró.

–Oye, ¿te apetece venir con nosotros?

–Oh, no, la verdad es que tengo que irme...

Kristy volvió a accionar el dial y los primeros acordes de una canción pop sonaron atronadores mientras una voz gritaba «¡Baaaaaby!» a todo volumen. Wes y Bert hicieron un gesto de dolor.

—... a casa —terminé.

Kristy bajó el volumen, pero no demasiado.

—¿Estás segura? —insistió—. Quiero decir, ¿de verdad quieres perderte esto? ¿Cuántas veces tienes la oportunidad de ir en ambulancia?

Con una me había sobrado, pensé.

—Es una ambulancia reacondicionada —refunfuñó Bert.

—Lo que sea —dijo Kristy—. Vamos, Macy, vive un poco.

—No, mejor no —respondí—, pero gracias.

Kristy se encogió de hombros.

—Como quieras, pero la próxima vez te vienes, ¿vale?

—Vale. Seguro.

Permanecí junto a mi coche mirándolos y advertí el cuidado con que Bert cambiaba de sentido en el camino de entrada a la casa de enfrente y cómo Wes me decía adiós con la mano mientras se alejaban. Quizá en otra vida sería capaz de aprovechar la oportunidad de subir a la trasera de una ambulancia sin pensar en la otra vez que lo había hecho. Pero últimamente perdía cada vez que arriesgaba; solo tenía que ir a casa y echar una mirada a la pantalla del ordenador para recordarlo. Así que hice lo habitual de esos días, lo correcto. Pero antes, eché un vistazo al espejo retrovisor para captar una última imagen del Bertmóvil que doblaba una esquina en la distancia. Luego, cuando lo perdí de vista, arranqué y me fui a casa.



Querido Jason:

Recibí tu mensaje, y debo decirte que me sorprendió enterarme de que pensabas que yo

Querido Jason:

Recibí tu mensaje, y no puedo evitar pensar que quizá deberías haberme dicho algo si de verdad te parecía que nuestra relación

Querido Jason:

Recibí tu mensaje, y no puedo creer que me hagas esto cuando lo único que hice fue decirte que te quería, algo que la mayor parte de las personas que han tenido una relación

No, no, pensé, rotundamente no.

Era lunes por la mañana, y aunque había tenido dos días enteros para elaborar una respuesta al mensaje de Jason, no había sacado nada en limpio. El principal problema era que sus palabras habían sido tan frías, tan carentes de emoción, que cada vez que me ponía a escribir intentaba utilizar el mismo tono. Pero era incapaz. Por mucho que me esmerara, cuando lo terminaba lo único que veía al releerlo era la cruda tristeza que impregnaba las líneas, y todas mis miserias y mis defectos asomando entre ellas. Así que al final decidí que la mejor respuesta –la más segura– era no responder. Ya que no había vuelto a tener noticias suyas, asumí que él interpretaría mi silencio como prueba de conformidad. Además, seguramente era justo eso lo que él quería.

De camino a la biblioteca para comenzar otra semana de trabajo en el mostrador de información, tuve que parar en un semáforo detrás de una ambulancia, lo que me hizo pensar, como me había ocurrido a menudo desde el viernes, en Servicio de Comidas a Domicilio Deseo. Ya había tenido que contarle a mi madre lo de mi nuevo trabajo después de que descubriera en el cuarto de la lavadora mi blusa manchada de vino a remojo en agua con disolvente de manchas. Eso es lo que pasa por seguir las instrucciones.

–Pero cariño –dijo en tono más de perplejidad que de desaprobación, aunque solo era el principio–, ya tienes un trabajo.

–Lo sé –repuse mientras ella echaba otra mirada aprensiva a la blusa, examinando la mancha–, pero el viernes me encontré con Delia en el supermercado y estaba hecha polvo y sin personal suficiente, así que me ofrecí a echarle una mano. Fue todo por casualidad.

Al menos esta última parte era verdad.

Mamá cerró la lavadora, luego se volvió, me miró y se cruzó de brazos.

–Lo único que creo es que quizá te veas sobrepasada. El trabajo en la biblioteca exige mucha responsabilidad. Jason confía en que le dediques toda tu atención.

Para cualquier persona, aquel habría sido el momento perfecto para contar la decisión de Jason y nuestra ruptura. Pero no lo hice. Sabía que mi madre me consideraba una buena hija, y que daba por hecho que era tan resuelta y centrada como ella. Y por alguna razón, estaba segura de que

la circunstancia de que Jason hubiera roto conmigo me haría perder puntos. Ya era bastante malo que yo tuviera que asumir que no estaba a la altura de las aspiraciones de Jason. Pero que ella también lo pensara sería todavía peor.

–Servir comidas a domicilio es algo que solo ocurre muy de vez en cuando –dije–. No supondrá ninguna distracción. Es más, quizá no vuelva a hacerlo. Fue solo... para entretenerme.

–¿Para entretenerte? –preguntó tan sorprendida como si le hubiera dicho que clavarme las uñas en los brazos fuera un entretenimiento divertido–. A mí me parecería horrible tener que pasar tantas horas de pie y servir a tanta gente..., y además, esa mujer me pareció bastante caótica. Yo me volvería loca.

–Ya, pero eso fue solo cuando estuvieron aquí. El viernes por la noche todo fue completamente distinto.

–¿Ah, sí?

Asentí. Otra mentira. Mi madre jamás habría entendido por qué a mí, en cierto modo, me gustaba el caos del trabajo de Delia. Ni siquiera estaba segura de ser capaz de explicármelo a mí misma. Lo único que sabía era que el resto del fin de semana había supuesto un marcado contraste con aquellas horas del viernes por la noche. Durante el día había hecho todo lo que se suponía que debía hacer: fui a clase de yoga, hice la colada, limpié el baño e intenté redactar un mensaje para Jason. Comí y cené los dos días a la misma hora, usé el mismo plato, cuenco y cubiertos, los lavé después de usarlos, los coloqué en su sitio en la alacena y me acosté a las once, aunque rara vez me dormía, en el mejor de los casos, antes de las dos. Durante dos días no hablé con nadie a excepción de un par de vendedores por teléfono. Había tanto silencio que me sorprendía una y otra vez escuchando mi propia respiración, sentada a la mesa de la cocina, como si necesitara hacerlo para comprobar que aún estaba viva en medio de todo aquel orden y pulcritud.

–Bueno, esperaremos a ver cómo resulta, ¿vale? –dijo mi madre cuando me acerqué y encendí la lavadora. El agua comenzó a borbotear, preparándose para atacar la mancha de vino–. El trabajo en la biblioteca sigue siendo tu principal prioridad. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –asentí, y ahí acabó todo.

Sin embargo, cuando entré en la biblioteca para empezar mi segunda semana de trabajo –a pesar de que nuestro turno empezaba a las nueve y todavía eran las ocho y media, Bethany y Amanda ya estaban en sus puestos, faltaría más– sentí una sensación de temor ineludible. Quizá fuera el silencio. O la quietud. O el modo en que Amanda levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido cuando me acercaba.

–Oh, Macy –dijo con el mismo tono de ligera sorpresa que utilizaba cada día cuando me veía aparecer–, me estaba preguntando si vendrías hoy... después de...

Sabía a qué se refería, por supuesto. Jason no era de los que aireaban secretos, pero había otros dos compañeros del instituto en el campamento de cerebritos, uno de los cuales, un chico llamado Rob que siempre estaba guiñando los ojos, era muy amigo de Amanda y de Jason. Fuera como fuera, era obvio que la ruptura había dejado de ser un secreto. Era información, y, como con todo lo demás, Bethany y Amanda se convirtieron de repente en expertas en la materia.

–Después de –Amanda repitió las palabras muy despacio, como si el hecho de que yo no entrara al trapo significara que no la hubiera entendido– lo que ha pasado entre Jason y tú.

Me volví para encararla.

–Nos estamos dando un tiempo. Y no tiene nada que ver con mi trabajo.

–Es posible –dijo, mientras Bethany se llevaba un bolígrafo a los labios–. Estábamos preocupadas de que..., ya sabes, afectara al desempeño de tus obligaciones.

–No, no va a afectar.

Me volví hacia la pantalla del ordenador. Pude ver sus caras reflejadas en ella –a Amanda mover la cabeza con expresión de es-tan-patética, a Bethany haciendo un mohín para darle la razón en silencio– antes de girarme lentamente para encararlas de nuevo.

Y así empezó el día más largo de los que había pasado hasta entonces en la biblioteca. No hice gran cosa, aparte de contestar al récord histórico de dos preguntas (una de un hombre sin afeitarse que olía a alcohol y que entró dando tumbos para preguntar por una plaza vacante, y otra de un niño de seis años que quería averiguar la dirección de Mickey Mouse; ambas eran, al menos en opinión de Bethany y Amanda, indignas de hacerles perder su precioso tiempo, pero totalmente adecuadas para mí). Todo ello me dejó meridianamente claro que la semana anterior yo había sido una molestia que tenían que soportar. Pero ahora era una molestia que, ellas creían que con razón, sencillamente ignoraban.

Acabábamos de cenar y estaba cumpliendo con mis tareas habituales limpiando la encimera cuando sonó el teléfono. Ni siquiera me acerqué, dando por hecho que se trataba de un cliente que quería hablar con mi madre. Pero entonces la oí abrir la puerta de su despacho.

–¿Macy? Es para ti.

Lo primero que oí cuando descolgué el teléfono de la cocina fue unos gemidos llorosos entre jadeos entrecortados.

–Oh, Lucy, por favor, mi vida –oí que decía una voz distinta–. ¿Por qué siempre haces lo mismo cuando tengo que hablar por teléfono, por qué? ¿Eh? ¿Por qué...?

–¿Diga?

–Hola, Macy, soy Delia. –Volvieron a oírse los sollozos, ahora *in crescendo*, camino de convertirse en un llanto estridente–. Oh, Lucy, bonita, por favor, por Dios te lo pido, deja a mamá hablar cinco segundos... Mira, ahí tienes a tu conejito, ¿lo ves?

Me senté con el teléfono en la mano y escuché cómo el llanto dio paso a gimoteos, luego a hipidos, hasta que por fin se calmó.

–Macy, lo siento muchísimo –se disculpó Delia–. ¿Sigues ahí?

–Sí.

La mujer suspiró como si estuviera cansada de la vida, un sonido que ya asociaba con ella a pesar de lo poco que nos conocíamos.

–Te llamo porque estoy en un apuro y me vendría muy bien otro par de manos. Mañana sirvo una comida importante y ahora mismo tengo a mi espalda unos doscientos canapés. ¿Puedes venir a echarme una mano?

–¿Esta noche?

Eché un vistazo al reloj del horno. Eran las 7.05 de la tarde, la hora en la que normalmente subía a mi cuarto a abrir el correo electrónico; después me cepillaba los dientes y me pasaba el hilo dental, luego revisaba unas páginas del libro para preparar los exámenes de selectividad para no sentirme tan culpable, antes de apoltronarme delante del televisor hasta que me encontraba lo bastante cansada como para intentar dormir.

–Ya sé que es muy precipitado, pero es que todos los demás tenían planes –dijo Delia, con el grifo corriendo como sonido de fondo–. Así que no te sientas mal si me dices que no... Era por si sonaba la flauta, ya sabes. Busqué la tarjeta de tu madre y se me ocurrió tentarte.

–Pues...

El no, no puedo, lo siento, se quedó atascado en mi garganta; me faltó tan poco para decirlo que casi había empezado a mover los labios. Pero entonces miré nuestra cocina, inmaculada y silenciosa. Era verano, poco más de media tarde. En otro tiempo había sido mi época favorita del año, mi momento favorito del día. Cuando salían las luciérnagas y remitía el calor. ¿Cómo podía haberme olvidado?

–... no sé por qué ibas a querer pasar varias horas empantanada hasta las cejas entre berros y crema de queso –seguía diciendo Delia cuando de pronto volví a la realidad–. A menos que no tuvieras nada mejor que hacer.

–Y no lo tengo –repuse, sorprendiéndome a mí misma–. Quiero decir, nada que no pueda esperar.

–¿En serio? ¡Genial! Dios mío, me has salvado la vida. A ver, te indico cómo llegar. Te queda un poco a desmano, pero te voy a pagar desde este mismo momento, así que el tiempo que pases en el coche va incluido.

Mientras alcanzaba un bolígrafo de la jarrita que había junto al teléfono y acercaba un bloc de notas, sentí una repentina punzada de preocupación al pensar en aquella alteración de mi rutina. Pero sería solo una noche, una oportunidad para variar y comprobar adónde me llevaba. Lo más probable era que las luciérnagas ya hubieran salido: quizá no solo me había olvidado de una estación o de una hora, sino de un mundo entero. Nunca lo sabría si no salía a formar parte de él. Y eso hice.

Las indicaciones de Delia eran como ella: a veces claras, a veces un desastre. La primera parte fue fácil. Había tomado la carretera general hasta las afueras de la ciudad, donde las nuevas urbanizaciones y los bloques de oficinas desaparecían para dar paso a pequeñas granjas y luego a grandes extensiones de pastos y explotaciones ganaderas, vacas incluidas. Sin embargo, fue al apartarme de la carretera para tomar otra más estrecha que conducía a la casa de Delia donde me quedé atascada. O perdida. O las dos cosas. Pero el caso es que no era allí, y punto; daba igual cuántas veces recorriera aquella calle de un lado a otro. Lo cual llegó a ser un poco embarazoso pues había un puesto de verduras ante el cual no hacía más que pasar –el letrero, pintado de rojo chillón, decía TOMATES FLORES RECIÉN CORTADAS EMPANADAS–, regentado por una mujer mayor que estaba sentada en una silla plegable leyendo un libro y con una gran linterna en el regazo. La tercera vez que pasé por delante de ella, dejó el libro y se quedó mirándome. La cuarta, pasó a la acción.

–¿Te has perdido, guapa? –preguntó cuando pasé por delante del puesto despacio, oteando el paisaje para encontrar el desvío.

Delia había dicho «Es una carretera estrecha y oscura, si pestañeas te la pasas», y yo empecé a preguntarme si aquello sería una especie de prueba de iniciación para nuevos empleados o algo parecido, como una novatada o un campo de entrenamiento. Paré el coche y di marcha atrás muy despacio. Cuando llegué a la altura del puesto, la mujer se había levantado de la silla y se acercaba para inclinarse sobre mi ventanilla. Aparentaba tener poco más de cincuenta años, con el pelo canoso recogido, y llevaba vaqueros y una camiseta blanca sin mangas, con una camisa atada sobre su prominente barriga. Aún tenía el libro en la mano y eché una ojeada al título: *La*

elección, de Barbara Starr. La cubierta mostraba a un hombre sin camisa y a una mujer con un vestido muy ceñido apretada contra él. Una lima de uñas hacía las veces de marcapáginas.

–Estoy buscando Sweetbud Drive –respondí–. Se supone que el desvío está por aquí, pero no...

–Ahí mismo –dijo la mujer, y se volvió para señalar una pista de gravilla que arrancaba justo a la derecha del puesto de verduras, tan estrecha que parecía el camino de acceso a alguna casa en lugar de una calle–. Normal que no lo hayas visto, anoche volvieron a robar el letrero. Esos fumetas de mierda, me juego la cabeza. –Señaló al otro lado de la pista, donde, en efecto, se alzaba un poste de metal sin ningún letrero clavado–. Y ya van cuatro veces este año. Ahora nadie podrá encontrar mi casa hasta que los de Obras Públicas manden a alguien a arreglarlo.

–Vaya, es terrible.

–Bueno, tanto como terrible puede que no –dijo, y se pasó el libro a la otra mano–. Pero desde luego es un trastorno. Como si la vida no fuera ya bastante complicada. Al menos uno debería poder guiarse por los letreros.

La mujer se irguió y continuó:

–Ah, y cuando tomes el desvío, ten cuidado con el bache grande. Está justo después de la escultura y es una barbaridad. Mantente pegada a la izquierda.

Dio unas palmaditas en el capó, me sonrió y se dirigió de nuevo a su silla plegable.

–¡Gracias! –exclamé; ella me hizo un gesto con la mano.

Tomé la desviación y enfilé Sweetbud Drive, pendiente de la escultura y el gran bache que iba a encontrarme. Lo primero que vi fue la escultura. Estaba a un lado de la estrecha calle, en un espacio entre dos árboles. Hecha de metal oxidado, era enorme –mediría al menos dos metros de ancho– y representaba una mano abierta. Estaba cercada con una barra de metal que tenía una cadena de bicicleta trenzada en los bordes, como una guirnalda. En la palma de la mano había un hueco abierto en forma de corazón en el que colgaba un corazón más pequeño pintado de rojo que se mecía con la brisa de la tarde. Me quedé mirándolo sin apenas avanzar. No pude evitar pensar que ya había visto aquel diseño en otro sitio.

Y entonces me metí en el bache.

La rueda delantera izquierda desapareció por completo en su interior con un fuerte ruido metálico. Va-le, pensé mientras el coche se escoraba hacia un lado, por eso la mujer me decía que era una barbaridad.

Intenté que se me ocurriera algún modo de salir de allí y ahorrarme la vergüenza de tener que hacer semejante aparición, cuando levanté la vista y vi que alguien había salido de una casa del final de la calle y se dirigía hacia mí. Estaba oscureciendo, así que al principio me resultó difícil distinguirlo. Solo cuando estuvo casi a la altura del parachoques delantero, escandalosamente inclinado, me di cuenta de que era Wes.

–Hagas lo que hagas –me advirtió–, no intentes salir marcha atrás. Solo conseguirás empeorar las cosas.

Siguió avanzando, me miró y de pronto se llevó un pequeño sobresalto. No sé muy bien a quién esperaba, pero desde luego se llevó una sorpresa al verme.

–¡Hola! –saludó.

–Hola. –Tragué saliva–. Eeeh... Estoy...

–Atascada –terminó.

Wes desapareció un instante, cuando se inclinó para examinar la rueda y el neumático. Me asomé a la ventanilla en un ángulo imposible y me encontré casi a la misma altura que su cabeza.

Un segundo después alzó la vista, quedamos frente a frente, y, de nuevo, pese a las circunstancias, me llamó la atención lo guapo que era, de ese modo casual, ni-siquiera-seha-dado-cuenta. Lo cual solo consiguió empeorar las cosas. O mejorar. O lo que fuera.

–Sí, estás metida hasta el cuello –concluyó como si hubiera lugar a dudas.

–Y eso que me habían avisado –dije mientras él se erguía–. Pero vi la escultura y me distraje.

–¿La escultura? –Wes miró la escultura y luego me miró a mí–. Ah. Ya. Porque la conoces.

–¿Qué?

Pestañeó algo perplejo y luego movió la cabeza.

–Nada. Es que creí que... ya la habías visto antes o algo así. Hay unas cuantas repartidas por la ciudad.

–No, no la había visto –repuse; la brisa había dejado de soplar y ahora, con el aire en calma, el corazón colgaba inmóvil en el centro de la mano–. Pero es impresionante.

Oí un portazo a mi derecha y eché una ojeada para ver a Delia, de pie y cruzada de brazos, en el porche delantero de una casa blanca.

–¡Macy! –exclamó–. ¿Eres tú? Oh, Dios, me olvidé de decirte lo del bache. Espera, ahora te sacamos. Qué tonta soy. Voy a llamar a Wes.

–Ya estoy en ello –respondió Wes. Delia se llevó una mano al pecho, aliviada, y después se sentó en los escalones–. Aguanta –añadió Wes, dirigiéndose a mí–. Vuelvo ahora mismo.

Me quedé allí sentada observándolo mientras se alejaba corriendo y desaparecía en el jardín de la última casa. Un minuto después, un motor se puso en marcha, salió una camioneta Ford que avanzó hacia mí y luego se dirigió hacia un lado de la calzada, botando al pasar por encima de las raíces de los árboles que encontraba a su paso. Wes pasó a mi lado y dio marcha atrás hasta que su parachoques trasero quedó a poco más de un palmo del mío. Oí varios ruidos metálicos y golpes sordos, luego ató algo a mi coche. Vi por el espejo retrovisor que volvía a acercarse, con la camiseta blanca reluciendo en la penumbra. Se inclinó sobre mi ventanilla y me dijo:

–El truco consiste en conseguir el ángulo preciso.

Metió los brazos en el coche, agarró el volante y lo giró ligeramente.

–Así, ¿vale?

–Vale –contesté, y puse las manos donde él había puesto las suyas.

–Un minuto y estás fuera.

Volvió a la camioneta, subió y la puso en marcha. Yo no moví las manos de donde él me había indicado y esperé.

La camioneta dio marcha atrás, luego se movió hacia adelante, y durante unos segundos no pasó nada. Pero de pronto me di cuenta de que me estaba moviendo. Me elevaba. Fui saliendo, muy poco a poco, hasta que a la luz de los faros vi aparecer el bache delante de mí. Era enorme. Más bien parecía un cráter como los de la luna. Una barbaridad, desde luego.

Cuando volví al nivel del suelo, Wes saltó de la camioneta y soltó la cuerda de remolque.

–¡Ya está! –exclamó desde algún punto próximo al parachoques de mi coche–. Mantente a la izquierda. Todo lo que puedas.

–Gracias, gracias, de verdad –dije, sacando la cabeza por la ventanilla.

El chico se encogió de hombros.

–No hay de qué. Lo hago todo el tiempo. Ayer tuve que sacar al repartidor de FedEx. –Lanzó la cuerda a la caja de la camioneta, donde aterrizó con un ruido sordo–. No le hizo ninguna gracia.

–Es un bache muy grande –dije a la vez que lo miraba de nuevo.

–Es una monstruosidad.

Wes se pasó la mano por el pelo y volví a verle el tatuaje del brazo, pero no estaba lo bastante cerca para distinguir qué era.

–Habría que rellenarlo, pero no lo haremos nunca –continuó.

–¿Por qué no?

Volví la vista hacia la casa de Delia y la vi bajando el camino de acceso. Estaba descalza y llevaba una falda larga y una camiseta roja.

–Es una cosa de familia –explicó Wes–. Hay gente que cree que todo sucede por algún motivo. Hasta la aparición de baches gigantes.

–Pero tú no.

–No.

Durante unos instantes observó mi coche junto al bache. Y yo lo observé a él, aunque no fui consciente de ello hasta que se giró hacia mí.

–De todos modos –dijo al tiempo que yo centraba mi atención otra vez en el volante–, te veré por aquí.

–Gracias de nuevo –dije, y metí la marcha.

–De nada. Y recuerda: por la izquierda.

–Todo lo que pueda.

Wes asintió, luego dio un par de golpecitos en el parachoques, toc toc, y se dirigió a la camioneta. Cuando subió, giré el volante, rodeé el bache y recorrí los quince metros escasos que me separaban del camino de acceso a la casa de Delia, donde me estaba esperando. Justo al abrir la puerta del coche, la camioneta de Wes pasó como una mancha por mi espejo retrovisor; me fijé en su silueta, en su cara iluminada por las luces del salpicadero. Después desapareció detrás de una hilera de árboles, con la grava crujiendo bajo las ruedas, y lo perdí de vista.

–Lo que tiene Wes –me dijo Delia mientras desenvolvía otro paquete de pavo– es que cree que puede arreglarlo todo. Y si no es capaz, al menos puede hacer algo con las piezas de lo que se ha estropeado.

–¿Y eso es malo? –pregunté.

Volví a meter la espátula en el bote de mayonesa de tamaño industrial que tenía encima de la mesa delante de mí.

–Malo no. Solo... distinto.

Estábamos en el garaje de Delia, que hacía la función de sede central de Servicio de Comidas a Domicilio Deseo. Habían instalado dos hornos industriales, un frigorífico enorme y varias mesas de acero inoxidable, todas ellas cubiertas de tablas para cortar y diversos utensilios. Estábamos sentadas ante una de las mesas, en lados opuestos, preparando canapés. La puerta del garaje estaba abierta y se oía el cri cri de los grillos del exterior.

–Según lo veo yo –continuó la mujer–, es que hay cosas que son como tienen que ser.

–Como el bache –dije al acordarme de que Wes había echado una mirada a Delia cuando lo dije.

Dejó encima de la mesa el pavo que tenía entre manos y me miró.

–Sé lo que te contó Wes. Te dijo que yo era el motivo por el cual el bache seguía ahí, y que si le dejaba arreglarlo no tendríamos al cartero cabreado hasta el extremo de dejarnos sin correo, y

yo no tendría que volver a pagar otra factura de Neumáticos Lakeview porque algún pobre cliente reventó sus Goodyear.

–No –respondí despacio mientras extendía una capa fina de mayonesa sobre el pan que tenía delante–, me dijo que hay gente que cree que todo sucede por algún motivo. Y que... hay gente que no lo cree.

Delia meditó durante unos instantes y por fin dijo:

–No es que crea que todo sucede por algún motivo. Es solo que... creo que es conveniente que algunas cosas estén estropeadas. Imperfectas. Caóticas. Es la manera que tiene el universo de mostrar contrastes, ¿no? Tiene que haber baches en la carretera. Así es la vida.

Nos quedamos en silencio unos segundos. En el exterior, el último sol de la tarde, difuminado en rosa, se ocultaba tras unos árboles.

–De todos modos –dije, cubriendo con otra rebanada de pan la que tenía delante–, es un bache enorme.

–Es un bache gigantesco –admitió al tiempo que alcanzaba la mayonesa–. Pero esa es más o menos la cuestión. O sea, no quiero arreglarlo porque para mí no hay nada estropeado. Simplemente está ahí, y lo evito. Es la misma razón por la que me niego a cambiar de coche, aunque, por el motivo que sea, el aire acondicionado no funciona si tengo la radio encendida. Así que elijo: música o aire fresco. Tampoco es para tanto.

–¿No funciona el aire si tienes la radio encendida? Qué cosa más rara.

–Lo sé.

Delia sacó otras tres rebanadas de pan, las cubrió de mayonesa y después de lechuga, como en una cadena de montaje; luego continuó hablando:

–A otro nivel, ese es el motivo por el cual no quiero un socio que me ayude con la empresa, aunque todo es un caos sobre ruedas desde que murió Deseo. Sí, las cosas están bastante desorganizadas. Y claro, sería genial no sentir que estamos a un paso del desastre cada segundo.

Empecé otro sándwich y seguí escuchándola.

–Pero si todo fuera siempre fácil y perfecto, nos acostumbraríamos, ¿sabes a qué me refiero? Hay que tener un poco de desorganización de vez en cuando. Si no, no sabríamos apreciar las cosas cuando van bien. Ya sé que pensarás que soy una charlatana. Todo el mundo lo piensa.

–No –aseguré, pero ella no me creyó e hizo un gesto con la cabeza.

–No pasa nada. Quiero decir, no sé cuántas veces he pillado ya a Wes ahí fuera, con alguno de los del almacén de grava, intentando rellenar el bache a escondidas. –Colocó otra hilera de rebanadas de pan–. Y Pete, mi marido, ha intentado llevarme con engaños al concesionario para cambiar mi cacharro por un coche nuevo. Y en cuanto al negocio... Bueno, no sé. En esto me dejan en paz. Por Deseo. Lo cual es curioso, porque si ella estuviera aquí y viera cómo están las cosas... se pondría como una hidra. Era la persona más organizada del mundo.

–Deseo –repetí, y alcancé la mayonesa–. Qué nombre tan sugerente.

Me miró con una sonrisa.

–Sí, ¿verdad? En realidad se llamaba Desiré. Pero cuando era pequeña yo siempre lo pronunciaba mal, como Dese. Al final desembocó en Deseo y todo el mundo terminó llamándola así. Nunca le importó. Además, le iba bien.

Delia levantó el cuchillo que tenía a su lado y con mucho cuidado cortó los sándwiches a la mitad y luego en cuatro antes de apilarlos en la fuente que había entre las dos.

–Este era su negocio, la niña de sus ojos. Después de que se divorciara del padre de los niños y él se fuera a vivir al norte, fue como empezar de nuevo, y funcionaba como una máquina

perfectamente engrasada. Pero luego enfermó... Cáncer de mama. Solo tenía treinta y nueve años cuando murió.

Noté una sensación extraña al estar al otro lado y ser la que debía expresar sus condolencias en lugar de recibirlas. Quería que mi «lo siento» sonara sincero, porque lo era. Eso era lo más difícil del dolor y del duelo. Los demás hablaban un idioma distinto, y las palabras que conocíamos nunca contenían todo lo que queríamos expresar.

–Lo siento mucho, Delia. De verdad.

Alzó la cabeza con una rebanada de pan en la mano.

–Gracias –respondió, y la dejó encima de la mesa–. Yo también.

Luego esbozó una sonrisa triste y se dispuso a preparar otro sándwich. Yo hice lo mismo, y ninguna de las dos habló por espacio de varios minutos. Sin embargo, el silencio no era como aquellos a los que estaba acostumbrada últimamente: no era vacío, sino más bien buscado. Quedarse en silencio es completamente distinto cuando uno está acompañado; en cualquier momento, el silencio se puede romper. Es como la diferencia entre una pausa y un final.

–¿Sabes lo que ocurre cuando alguien muere? –preguntó Delia de pronto, lo cual me hizo sobresaltarme un poco. Pero seguí montando mi sándwich y no respondí; sabía que venía algo más–. Es como si todo y todos refractaran; cada persona tiene una reacción distinta. Como Wes y yo. Después del divorcio, se juntó con una pandilla poco recomendable, lo detuvieron, su madre no sabía qué hacer con él. Pero cuando se puso enferma, Wes cambió. Ahora es totalmente distinto, siempre pendiente de Bert y centrado en sus esculturas de hierro y sus creaciones. Es su manera de sobrellevarlo.

–¿Wes hace esculturas de hierro? –pregunté, y de pronto me acordé de la que había visto en la calle–. ¿Hizo...?

–El corazón en la mano –terminó Delia por mí–. Sí. La hizo él. ¿A que es increíble?

–Sí lo es. No tenía ni idea. Estuvimos hablando de ella y no me dijo nada.

–Bueno, es que no le gusta alardear –dijo a la vez que acercaba el tarro de mayonesa–. Wes es así. Su madre era igual. Discretos e increíbles. De verdad que los envidio.

La observé mientras cortaba otros dos sándwiches; el cuchillo hizo un ruido seco contra la tabla.

–No sé –dije–, tú también eres bastante increíble. Llevar este negocio con una niña pequeña, y un bebé en camino...

–Bah... –Sonrió–. No lo soy. Cuando murió Deseo, me desinflé. Literalmente. Fue como esa bobada que hacen Wes y Bert, eso de dar un salto para intentar asustar al otro: el te pillé más grande de la historia. –Bajó la vista hacia los sándwiches–. Di por hecho que se iba a poner bien. Nunca se me ocurrió pensar que de verdad podría... irse. ¿Sabes lo que quiero decir?

Asentí con un movimiento casi imperceptible. Me sentí mal por no contarle lo de mi padre, compartir lo que sabía, lo que sabía tan bien. Sin embargo, con Delia yo no era aquella chica, la chica cuyo padre había muerto. No era nadie. Y me gustaba. Egoísta, pero cierto.

–Pero lo hizo –dijo, con la mano todavía en la bolsa del pan–. Se fue. Te pillé. Y de repente me vi con dos chicos que atender, además de una hija recién nacida. Fue un sentimiento de pérdida enorme, un vacío enorme, ¿sabes?

–Lo sé –dije en voz baja.

No supe si me había oído, porque continuó:

–Hay personas que son capaces de seguir adelante, ¿sabes? Lloran, sienten la pérdida y se acabó. O al menos eso parece. Pero yo... no sé. Yo no quería arreglarlo, no quería olvidar. No era

nada que estuviese estropeado. Era solo... algo que ocurrió. Y como ese bache, cada día encuentro maneras de rodearlo. Respetar, recordar y continuar al mismo tiempo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí, pero no lo entendía. Yo, por el contrario, había elegido cambiar mi ruta, alejarme varios kilómetros del lugar fatídico, como si al evitarlo pudiera hacerlo desaparecer para siempre. Sentí envidia de Delia. Al menos ella sabía a qué se enfrentaba. Quizá eso es lo que consigues cuando te sobrepones al dolor y por fin le plantas cara. Sentir su profundidad, su terreno, la distancia que te separa de él y la manera de superarlo o evitarlo, decidas lo que decidas al final.



–Muy bien –susurró Wes–. Observa y aprende.

–De acuerdo –dije.

Estábamos en Lakeview Inn, terminando de preparar los aperitivos para una fiesta de jubilación, y Wes y yo nos habíamos escondido en el guardarropa, donde me estaba enseñando el arte del te pillé. Una mujer me había pedido que fuera a colgarle el chal y lo encontré allí, perfectamente apostado y en silencio, emboscado y a la espera.

–¿Wes? –dije al verlo.

Él se llevó un dedo a los labios y con la otra mano me hizo gestos para que me acercara. Le obedecí sin pensar, a pesar de que noté el mismo aleteo de mariposas en el estómago que sentía siempre cuando estaba cerca de Wes. Incluso aunque no estuviéramos juntos en un espacio cerrado y reducido. Dios mío.

Desde el salón adyacente llegaban los sonidos de la fiesta: el tintineo de los tenedores sobre los platos, el gorjeo de los asistentes al reírse, los compases del disco de música de violín que también había sonado en la boda de mi hermana.

–Muy bien –musitó Wes en voz tan baja que me habría acercado más para oírlo si no fuera porque era imposible estar más pegada a él–. Todo consiste en elegir el momento oportuno.

Delante de mi cara había un abrigo que olía a perfume. Lo aparté hacia un lado haciendo el menor ruido posible.

–Aún no –susurró Wes–. Aún no..., aún no...

Entonces lo oí. Un bufido. Tenía que ser Bert.

–Muy bien... –repitió, y a continuación se puso en movimiento, se levantó y saltó hacia adelante–. ¡Te pillé!

El alarido de Bert, agudo hasta el extremo de taladrar los oídos, fue acompañado de un salto convulso hacia atrás que le hizo perder el equilibrio para terminar chocando contra la pared.

–¡Dios! –exclamó. Tenía la cara muy roja y se le puso más roja aún al verme.

No era de extrañar: era imposible mantener la dignidad cuando se está espatarrado en el suelo.

–Este hace el... –balbuceó.

–... número seis –terminó Wes por él–. Según mis cálculos.

Bert se puso en pie y nos fulminó con la mirada.

–Voy a daros uno bueno –dijo en tono sombrío, señalando a Wes, después a mí y luego otra vez a Wes–. Esperad a que os pille.

–A ella no la metas –le advirtió su hermano–. Solo le estaba enseñando cómo se hace.

–Ah, no –protestó Bert–, ahora está también en el ajo. Es una más. Se acabaron los miramientos, Macy.

–Bert, ya la asustaste una vez –le recordó Wes.

–¡Empieza la cuenta atrás! –gritó Bert sin hacerle caso.

Después se marchó muy ofendido por el pasillo, rezongando, y desapareció en el salón

dejando que la puerta se cerrara de golpe a su espalda. Wes lo observó sin dejarse impresionar. De hecho, sonreía.

–Buen trabajo –le dije mientras nos dirigíamos a la cocina.

–No ha sido nada. Si practicas, tú también podrás hacer un buen te pillé algún día.

–Para serte sincera, tengo cierta curiosidad por conocer la evolución.

–¿Evolución?

–Cómo empezó todo.

–Ya sé lo que significa –dijo. Durante un instante me quedé aterrada, pensando que se había ofendido, pero sonrió–. Pero es una palabra muy propia para utilizar en selectividad. Estoy impresionado.

–Estoy trabajando mi expresión escrita –le expliqué.

–Ya se nota –dijo al tiempo que saludaba con un gesto a uno de los aparcacoches de Lakeview Inn–. En realidad, todo empezó por una tontería hace más o menos un año. Principalmente se debe al hecho de habernos quedado solos en casa cuando nuestra madre murió. Había mucho silencio, así que era muy fácil moverse a escondidas.

Asentí como si lo entendiera, aunque la verdad, no era capaz de imaginarme a mí misma saltando desde detrás de una puerta o un macetero para sorprender a mi madre, por perfecta que fuera la oportunidad.

–Ya –repuse.

–Y además –añadió Wes–, de vez en cuando es divertido hacer que alguien se cague del susto. ¿Entiendes?

Esta vez no asentí ni me mostré de acuerdo. Podía pasar perfectamente sin sustos, planeados o no.

–Debe de ser cosa de chicos –comenté.

Se encogió de hombros y empujó la puerta de la cocina para dejarme pasar.

–Es posible.

Cuando entramos, Delia se encontraba en el centro con las manos apretadas contra el pecho. Por la expresión de su cara, supe que algo iba mal.

–Un momento –dijo–. Quieto todo el mundo.

Frenamos en seco. Kristy, que normalmente no hacía caso de la mayoría de las directrices, dejó lo que estaba haciendo y una galletita de queso quedó en su mano, suspendida en el aire, sin llegar a posarse en la bandeja. Delia miró a su alrededor y preguntó, muy despacio:

–¿Dónde están los jamones?

Silencio. Después Kristy dijo en voz baja:

–Oh, no.

–¡No digas eso! –Delia recorrió la encimera agitando las manos de pronto, acercando todas las cajas de cartón que habíamos transportado hasta allí y revisando su contenido–. ¡Tienen que estar aquí! ¡Tienen que estar! ¡Ahora tenemos un sistema!

Y era verdad. Pero era reciente, acababa de empezar a funcionar la noche anterior, cuando, de camino hacia un cóctel, se dieron cuenta de que nadie se había acordado de las copas. Después de tener que dar la vuelta para buscarlas y de llegar tarde, Delia había aprovechado el insomnio que le provocaba el embarazo para confeccionar una serie de listas de verificación que abarcaban todo lo necesario, desde los aperitivos hasta las servilletas. Nos dio una a cada uno para que nos repartiéramos responsabilidades. Yo estaba al cargo de los utensilios. Si faltaban las pinzas, la culpa era mía.

–Esto no está ocurriendo –decía Delia mientras hundía las manos en una cajita que había encima de la isla en la que no cabría ni medio jamón, así que mucho menos los seis que nos faltaban–. Recuerdo que estaban en el garaje, en la mesa que está pegada a la pared, listos para llevar. ¡Los vi!

Al otro lado de la puerta de la cocina se oía el sonido creciente de las voces: ya había llegado mucha gente, lo que significaba que esperaban cenar enseguida. Nuestro menú consistía en galletitas de queso y tostas de queso de cabra para empezar, seguidas de un guiso de judías verdes, arroz pilaf, panecillos al eneldo y romero, y jamón. Había sido una petición especial. Por lo visto, eran muy aficionados a la carne de cerdo.

–Bueno, bueno, vamos a tranquilizarnos y a pensar un momento –dijo Delia, aunque por su expresión de pánico al rebuscar en las bolsas de plástico llenas de panecillos crudos parecía la única que estaba a punto de perder los nervios–. Repasemos todos nuestros movimientos. ¿Quién se encargaba de qué?

–Yo de los aperitivos, y están todos aquí –contestó Kristy al tiempo que Bert traspasaba las puertas batientes que separaban la cocina del salón con una fuente vacía en la mano–. Bert, ¿te encargabas tú del jamón?

–No, de las cosas de papel y de las fuentes de servir –dijo mientras nos enseñaba la que traía en la mano a modo de aclaración–. ¿Por qué? ¿Falta algo?

–No, nada –respondió Delia con voz firme.

–Mónica del hielo –continuó repasando Kristy–, Macy de los utensilios y Wes de las copas de champán. Lo cual quiere decir que del jamón se encargaba... –hizo una pausa abrupta–. Oh, Delia.

–¿Qué? –Delia sacó la cabeza de una caja llena de barras de pan–. No, espera, creo que no. Yo me encargaba de...

Nos quedamos todos expectantes. Después de todo, el sistema era obra suya.

–... del plato principal –concluyó.

–Oh, no –dijo Bert.

–¡Dios! –exclamó Delia dándose una palmada en la frente–. Tenía los jamones encima de la mesa auxiliar y recuerdo que estaba preocupada por si nos los olvidábamos, así que mientras metíamos las cosas en la furgoneta los puse...

De nuevo, esperamos a oír sus palabras.

–... en el maletero de mi coche –terminó, y apoyó la mano abierta en el medio de la frente; después susurró, como si la terrible realidad pudiera dejarnos sordos–: Dios mío. Siguen en casa. En mi coche.

–Oh, no –repitió Bert. Y tenía razón en lamentarse: hacían falta al menos treinta minutos para llegar hasta allí, y los comensales esperaban el jamón para dentro de diez.

Delia se apoyó en el horno.

–Esto es un horror –dijo.

Durante un minuto, nadie dijo nada. Se produjo el silencio que yo había aprendido a esperar cuando ocurrían cosas así, los segundos que tardamos en aceptar, en grupo, la devastadora realidad de que estábamos, directamente, jodidos.

Pero entonces, como siempre, Delia no se dejó amilanar:

–Muy bien. Os diré lo que vamos a hacer...

Desde aquel, había acudido a otros tres eventos con Deseo: un cóctel, un *brunch* y una fiesta de cincuenta cumpleaños. Y en cada uno hubo un momento –cuando un viejo me pellizcó en el culo al pasar con la bandeja llena de bollos; el momento en que Kristy y yo chocamos y su fuente me dio un golpe en la frente y me puso la camisa perdida de *crudités* y salmón; la vez en que Bert me sorprendió con un te pillé desde detrás de un perchero de barra y que me dio tal susto que la pila de platos que llevaba salió disparada, además de dispararse mi presión sanguínea– que me hizo preguntarme en qué demonios pensaba cuando acepté aquel trabajo. Y sin embargo, al final de cada noche, cuando todo había terminado, sentía algo extraño, una extraña calma. Me sentía casi en paz. Era como si esas pocas horas de locura relajaran mi tensión interior, aunque solo fuera un rato.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo era muy divertido. Y eso que todavía estaba aprendiendo trucos, como agacharme cuando Kristy gritaba «¡Cuerpo a tierra!» si necesitaba algo –un paquete de servilletas, unas pinzas, una fuente– que estaba al otro lado de la cocina, con tanta urgencia que solo valía lanzárselo por los aires, o no situarme nunca delante de una puerta batiente bajo ningún concepto, pues Bert siempre las abría con demasiado entusiasmo sin tener en cuenta que podía haber alguien al otro lado. Había aprendido que Delia canturreaba cuando estaba nerviosa, normalmente «American Pie», y que Mónica jamás se ponía nerviosa; de hecho, era capaz de ponerse a comer gambas o pastelillos de cangrejo tan tranquila cuando los demás entrábamos en modo pánico. Y aprendí que Wes siempre tenía a punto un gesto de los ojos, o un comentario sarcástico por lo bajinis, o una simple mirada solidaria cuando me encontraba en apuros: independientemente del lugar de la sala en que me encontrara, o de lo que estuviera ocurriendo, sabía que podía mirar a la barra y sentir que alguien, al menos, estaba de mi parte. Era todo lo contrario de cómo me sentía en la biblioteca; es más, de cómo me sentía en cualquier otra parte. Lo cual era probablemente el motivo por el que me gustaba tanto aquel trabajo.

Pero luego, cuando todo terminaba y habíamos cargado la furgoneta para volver a casa, después de quedarnos un rato hablando mientras Delia cobraba, riendo y contando historias sobre pavos, buitres y abuelas, la excitación de todo el trajín se desvanecía. Y cuando comenzaba a darme cuenta de que tenía que volver a la biblioteca la mañana siguiente, sentía cómo volvía a cruzar poco a poco la línea que me separaba del mundo real.

–Macy –decía siempre Kristy cuando dejábamos las últimas cosas en el garaje de Delia–, ¿te vienes con nosotros esta noche?

Siempre me invitaba, aunque yo invariablemente decía que no. Y se lo agradecía. Es bueno tener alternativas aunque no puedas aprovecharlas.

–No puedo –respondía yo–. Tengo cosas que hacer.

–Vale –decía ella encogiéndose de hombros–. Quizá la próxima vez.

Siempre era así, siguiendo nuestra pequeña rutina, hasta que una noche me miró con curiosidad.

–¿Y qué tienes que hacer todas las noches, exactamente? –me preguntó entornando los ojos.

–Pues... cosas del instituto, ya sabes –respondí.

–Nidecoña –dijo Mónica moviendo la cabeza.

–Estoy empezando a preparar la selectividad, y trabajo en otro sitio por las mañanas.

Kristy puso los ojos en blanco.

–¡Estamos en verano! –exclamó–. A ver, ya sé que eres una sabelotodo, pero ¿nunca te tomas

un descanso? La vida es larga, ya sabes.

Quizá, pensé. O quizá no. Y en voz alta, dije:

–De verdad, es que tengo un montón de cosas que hacer.

–Vale. Pásalo bien. Y estudia un poco por mí. Dios sabe que me hace buena falta.

Así que, aunque en casa siguiera siendo Macy bien-muybien, limpiara las salpicaduras del fregadero inmediatamente y planchara la ropa en cuanto salía de la secadora, cuando llegaba por la noche después de trabajar con Delia era otra persona, una chica despeinada y con la camisa sucia que olía a lo que me hubieran tirado o untado por encima. Era como Cenicienta, pero al revés: si yo era una princesa durante el día, por la noche me relajaba y perdía la compostura justo hasta que el reloj marcara las doce, hora en la que tenía que volver a convertirme en princesa justo a tiempo.

Al final, el percance del jamón se había solucionado, como todos los demás. Wes corrió a una tienda *gourmet* que debía un favor a Delia, y Kristy y yo servimos aperitivos sin parar y distrajimos la atención de los que nos preguntaban cuándo se iba a servir la cena poniendo ojitos y una sonrisa (idea de Kristy, por supuesto). Cuando por fin se sirvió el jamón –con cuarenta y cinco minutos de retraso– fue un éxito rotundo, y todo el mundo quedó encantado.

Eran las diez y media cuando llegué a Wildflower Ridge y las luces de mis faros iluminaron entre vaivenes el parque y nuestra calle, donde vi mi casa, el buzón, todo como siempre, y también algo más.

La camioneta de mi padre.

Estaba en el camino de acceso, justo donde él la dejaba siempre, delante del garaje a la izquierda. Aparqué detrás y me quedé sentada unos instantes. Era la suya, no había duda; la habría reconocido en cualquier parte. El mismo parachoques oxidado, con la misma pegatina con la leyenda COME... DUERME... PESCA, la misma caja de herramientas de cromo con la abolladura en el centro de cuando se le había caído la motosierra unos años antes. Salí del coche, me acerqué a ella y toqué la matrícula con un dedo. No supe bien por qué, pero me sorprendió que no se desvaneciera con el contacto, como una pompa de jabón. Después de todo, se supone que eso es lo que ocurre con los fantasmas.

Pero la manilla metálica parecía real cuando abrí la puerta del conductor con el corazón latiendo como loco. Al instante, olí esa mezcla de aromas que me resultaba tan familiar: cuero viejo, tabaco y el olor a arena y a mar que traes contigo cuando vienes de la playa con la esperanza de que dure, pero que no dura nada.

Me encantaba aquella camioneta. Era en ella donde más tiempo pasábamos juntos papá y yo; yo en el asiento del copiloto, con los pies perfectamente colocados en el salpicadero, y él con el codo apoyado en la ventanilla abierta y tamborileando en el techo al ritmo de la música de la radio. Todos los sábados salíamos temprano para comprar galletas y hacer visitas de inspección a las obras, volvíamos de las competiciones de atletismo cuando ya había oscurecido; yo me acurrucaba en el espacio que quedaba entre el asiento y la puerta, donde me quedaba dormida de inmediato. El aire acondicionado no funcionaba desde que tenía uso de razón, y a veces el calor apretaba con furia suficiente para deshidratarnos en cuestión de minutos, pero no importaba. Como la casa de la playa, la camioneta estaba desvencijada, era familiar, con un encanto propio y único: era la camioneta de papá. Y ahora había vuelto.

Cerré la puerta con cuidado y me dirigí a la puerta de casa. Estaba abierta, y al entrar y quitarme los zapatos con dos patadas en el aire, como hacía siempre, noté algo bajo los pies. Me agaché y pasé el dedo por el suelo de madera: era arena.

—¡Hola! —saludé.

Escuché el eco de mi voz al rebotar en los techos altos. Después, solo silencio.

Mi madre estaba en la oficina de ventas, llevaba allí desde las cinco. Lo sabía porque sobre las diez me había dejado un mensaje de voz. Lo cual significaba que, o la camioneta de mi padre había venido sola desde la playa, o tenía que haber otra explicación.

Recorrí el pasillo y eché un vistazo en la planta de arriba. La puerta de mi cuarto, que yo siempre dejaba cerrada para mantener el fresco o el calor, estaba abierta.

No sabía qué pensar mientras subía la escalera, al recordar cuántas veces había deseado que mi padre apareciera en casa cualquier día y que todo hubiera sido un tremendo malentendido del que pudiéramos reírnos juntos. Ojalá.

Cuando llegué a mi habitación, me detuve ante la puerta abierta y comprobé con alivio que todo estaba en su sitio: el ordenador, la puerta del armario cerrada, la ventana. El libro de preparación para la selectividad seguía sobre la mesilla de noche, los zapatos alineados junto a la papelera. Todo en su sitio. Pero luego miré la cama y vi la cabeza oscura apoyada en mi almohada. Por supuesto que mi padre no había vuelto. Pero Caroline sí.

Solo había parado para hacernos una visita. Pero ya estaba armando gresca.

—Caroline —decía mi madre. Su voz, antes cortés y después severa, ahora era casi cortante—, no pienso discutir esto ahora. No es el momento ni el lugar.

—Puede que no sea el lugar —respondió Caroline a la vez que alcanzaba otro palito de pan—, pero mamá, en serio. Ya es hora.

Era lunes y estábamos en Bella Luna, un bistró pequeño y coqueto cerca de la biblioteca. Por una vez no comía sola; aproveché para reunirme con mi madre y mi hermana. Sin embargo, ahora estaba empezando a pensar que quizá habría sido preferible comerme mi sándwich sola en el banco, pues cada vez se hacía más patente que mi hermana había venido con unas intenciones muy claras.

—Lo único que te digo —dijo Caroline al tiempo que echaba una mirada a la camarera cuando pasó junto a nuestra mesa— es que no creo que sea lo que papá hubiera deseado. Le encantaba esa casa. Y está ahí muerta de risa y pudriéndose. Tenías que ver la cantidad de arena que hay en la sala, y cómo se están combando los escalones que bajan a la playa. Es tremendo. ¿Has ido alguna vez a echar un vistazo desde que papá murió?

Observé la cara de mi madre al oír estas palabras, y cómo, a pesar de sus esfuerzos, reaccionaba a las distintas transgresiones de la conducta que habíamos quedado en seguir en lo concerniente a mi padre y cómo hablar de él. Mi madre y yo preferíamos centrarnos en el futuro, y aquello era el pasado. Pero mi hermana no lo veía así. Desde el momento en que llegó —en la camioneta, porque a su Lexus se le rompió una junta cuando estaba en la playa— fue como si hubiera traído a papá con ella.

—Ahora mismo la casa de la playa es la última de mis preocupaciones, Caroline —decía mi madre, mientras la camarera volvía a pasar junto a nuestra mesa con cara de hastío; llevábamos

veinte minutos esperando los entrantes—. Estoy construyendo una nueva fase de adosados y la distribución ha sido muy difícil...

—Lo sé. Y entiendo lo duro que ha debido de ser para ti. Para las dos.

—No creo. —Mamá rodeó el vaso de agua con los dedos, pero no lo movió ni bebió—. Si lo entendieras, también entenderías que es algo de lo que no me apetece hablar ahora mismo.

Mi hermana se apoyó en el respaldo de la silla y comenzó a jugar con su alianza, dándole vueltas en torno al dedo.

—Mamá —dijo por fin—, no tengo intención de disgustarte. Solo digo que ya hace año y medio... y que quizá es hora de seguir adelante. A papá le habría gustado verte más feliz. Lo sé.

—Creí que estábamos hablando de la casa de la playa —dijo mi madre con frialdad.

—Así es. Pero también sobre la vida. No puedes pasarte la vida refugiándote en el trabajo. Por ejemplo, ¿cuándo fue la última vez que Macy y tú hicisteis una escapada o algo especial?

—Estuve en la costa hace un par de semanas.

—Por trabajo —le espetó Caroline—. Te quedas trabajando de noche, te levantas temprano, no haces nada más que pensar en la urbanización. Macy nunca sale con amigos, se pasa el tiempo metida en casa estudiando, y diecisiete años solo se tienen una vez en la vida...

—Yo estoy bien —intervine.

Mi hermana me miró y suavizó la expresión.

—Ya lo sé, solo me preocupo por ti. Siento que te estás perdiendo algo que no podrás recuperar.

—No todo el mundo necesita tener una vida social como la tuya, Caroline —dijo mi madre—. Macy está centrada en sus estudios, saca unas notas excelentes. Sale con un chico estupendo. El hecho de que no ande por ahí bebiendo cerveza a las dos de la mañana no quiere decir que no tenga una vida plena.

—No digo que no tenga una vida plena —puntualizó Caroline—. Pero sí que creo que es demasiado joven para tomarse todo tan en serio.

—Estoy bien —repetí en tono más alto. Me miraron las dos—. De verdad.

—Lo único que digo es que no os vendría mal un poco más de diversión —dijo mi hermana—. Por eso creo que deberíamos arreglar la casa de la playa y pasar allí unas semanas en agosto. Wally va a trabajar en un caso importante todo el verano, se pasa el día entero en el despacho, así que puedo dedicarme a este proyecto. Y luego, cuando esté terminada, iremos las tres juntas, como en los viejos tiempos. Será la manera perfecta de terminar el verano.

—No pienso hablar de esto ahora —insistió mi madre.

La camarera, ahora muy roja, volvió a pasar junto a nosotras.

—Perdone —le dijo mi madre, quizá con demasiada brusquedad, con lo cual la chica dio un respingo—, llevamos más de veinte minutos esperando la comida.

—Ahora mismo sale —dijo la chica automáticamente, y a continuación se escabulló en dirección a la cocina.

Miré el reloj: la una menos cinco. Sabía que lo más probable era que Bethany y Amanda ya estuvieran en sus puestos contando los segundos que faltaban para la hora en el reloj que colgaba a su espalda hasta que por fin tuvieran un motivo justificado que les permitiera atacarme.

Mi madre tenía la vista fija en algún punto del otro extremo del restaurante y una expresión de total serenidad. Al mirarla bajo la luz que iluminaba nuestra mesa, me di cuenta de que parecía cansada y mayor de lo que era en realidad. No me acordaba de la última vez que la había visto sonreír de verdad o soltar una carcajada con ganas, como hacía siempre que mi padre contaba uno

de sus chistes malos. Era la única que se reía; los chistes de papá daban más ganas de protestar que de reír, pero a mamá le parecían desternillantes.

–Nada más llegar a la casa de la playa –dijo Caroline mientras mi madre seguía sin apartar la vista de aquel punto lejano–, me senté en el camino de entrada y me eché a llorar. Fue como perderlo otra vez, os lo juro.

Vi cómo mi madre tragaba saliva, alzaba los hombros y los dejaba caer mientras inspiraba profundamente.

–Pero luego –continuó mi hermana con voz suave– entré y recordé lo mucho que le gustaba esa cabeza de alce colgada encima de la chimenea, aunque huelga como cien pares de calcetines viejos. Me acordé de las veces que intentaste preparar la cena en aquella cocina con un solo quemador y tenías que colocar las cazuelas al fuego por turnos cada cinco minutos para hacer macarrones con queso y guisantes congelados, porque jurabas que no pensabas volver a cenar pescado otra noche más ni aunque te mataran.

Mamá se llevó la mano a la barbilla y la presionó con las yemas de los dedos; sentí una punzada en el pecho. Quise decirle a Caroline que no siguiera, pero ni siquiera fui capaz de dar forma a las palabras. Yo también estaba escuchando. Y recordando.

–Y aquel petardo de parrilla que tanto le gustaba, aunque supusiera un peligro de incendio total –siguió Caroline, ahora mirándome a mí–. ¿Te acuerdas de que siempre guardaba cosas dentro, como aquel disco volador y las llaves de repuesto, y después se olvidaba y lo encendía y lo quemaba todo? ¿Sabes que aún hay unas cinco llaves carbonizadas pegadas en el fondo de ese cacharro?

Asentí, pero fue lo único que pude hacer. Y hasta ese gesto me resultó duro.

–No pretendía descuidar la casa –dijo mi madre de pronto, lo cual me sobresaltó–. Es una cosa más de la que tengo que ocuparme... y aquí he tenido demasiadas.

No puede ser tan fácil conseguir que hable de ello, pensé. Atraerla al único tema que yo siempre había sorteado dando rodeos cada vez que hablaba con ella y que llevaba meses evitando.

–Es que... –quiso continuar mi madre.

–Hay que reponer varias tejas –interrumpió Caroline, despacio y escogiendo las palabras–. Hablé con el vecino de al lado, Rudy. Es carpintero, vino a verlas. Necesita cosas básicas: una cocina, una mosquitera, arreglar esos escalones. Y tampoco le vendría mal pintarla por dentro y por fuera.

–No lo sé –dijo mi madre.

Caroline puso una mano encima de la de mamá y sus dedos se entrelazaron, los de mi hermana con decisión, los de mi madre como respondiendo a un impulso instintivo. Ese acercamiento físico era otra cosa para la que yo llevaba algún tiempo intentando reunir valor, pero que nunca me atrevía a hacer; sin embargo, ella conseguía que pareciera muy sencillo.

–Tengo demasiadas cosas en la cabeza –confesó mi madre.

–Lo sé –dijo mi hermana de esa manera tan lisa y llana que siempre había tenido la habilidad de usar en cualquier situación–. Pero te quiero, y te ayudaré, ¿de acuerdo?

Mi madre pestañeó; volvió a pestañear. Era lo más parecido al llanto que le había visto desde hacía más de un año.

–Caroline... –dije, porque me pareció que debía decirlo, que alguien tenía que hacerlo.

–Tranquila –respondió, como si se sintiese segura. Sin cuestionárselo. Esa era otra de las cosas que le envidiaba–. Todo va a salir bien.

Aunque engullí mis *linguini* al pesto en un tiempo récord y recorrí a la carrera las dos manzanas que había entre el restaurante y la biblioteca, cuando llegué ya era la una y veinte. Amanda, sentada en su silla con los brazos cruzados, me miró entornando los ojos cuando pasé al otro lado del mostrador y, como siempre, sorteé sus tronos con dificultad para llegar a mi puesto cude y angosto del fondo.

–La hora de la comida termina a la una –dijo, articulando cada palabra con precisión, como si mi tardanza se debiera a una dificultad básica de comprensión. A su lado, Bethany sonrió de forma casi imperceptible y se tapó la boca con la mano.

–Lo sé, lo siento –me disculpé–. Fue algo ineludible.

–Nada es ineludible –me espetó con brusquedad antes de volverse hacia la pantalla de su ordenador.

Al sentarme, noté que me estaba poniendo colorada, con esa sensación de profunda vergüenza que hace que te ardan las mejillas. Y entonces, con año y medio de retraso, lo vi todo claro. Nunca podría ser perfecta. ¿Y qué había conseguido en realidad después de tanto esfuerzo? Un novio que me había rechazado en el mismo momento en que yo había flaqueado y cometido el terrible error de ser humana. Notas altas que jamás serían lo bastante buenas para las Chicas Que Lo Sabían Todo. Una vida tranquila y apacible desprovista de riesgos, muchas noches sin dormir, una profunda tristeza y secretos ocultos en mi interior que mi hermana sí había exteriorizado, con lo cual salió fortalecida. La vida era breve, y yo seguía buscando el modo de vivirla con el que sentirme feliz, plena, en paz. No sabía cuál era; todavía no. Pero algo me decía que no lo iba a encontrar allí.

Así que, unos días más tarde, en casa de Delia, después de pasar la tarde-noche trabajando en una fiesta de entrega de regalos de boda –en una cabaña de madera, toda hecha de troncos– y de vivir otra especie de desastre –el sifón explotó durante los brindis–, había pasado otro día con Deseo muy parecido a cualquier otro. Hasta ahora.

–¿Qué, Macy? –dijo Kristy. Estaba limpiando algo que se le había quedado pegado al borde de su falda negra de flecos, parte del look gitano que lucía aquella noche–. ¿Te vienes con nosotros?

La pregunta se había convertido en algo rutinario. Formaba parte de mi programa diario, como todo lo demás en la otra vertiente de mi vida, previsible y seguro, como un reloj. Ambas sabíamos lo que íbamos a decir. Pero esta vez me aparté del guion, me atreví a dar el salto e improvisé.

–Sí, voy con vosotros.

–Guay –dijo al tiempo que se colgaba el bolso del hombro. Y lo más curioso fue que ni siquiera parecía sorprendida. Como si hubiera sabido que antes o después acabaría por dejarme convencer–. Vamos.



—Espera y verás, tía —dijo Kristy mientras me separaba otro mechón del pelo para enrollarlo en el rulo—. Te va a quedar de muerte.

Por mi parte, no estaba tan segura. Si hubiera sabido que salir con Kristy implicaba someterme a una sesión de maquillaje, probablemente me lo habría pensado dos veces antes de aceptar su invitación. Pero ya era demasiado tarde.

Había tenido mis reservas cuando insistió en que me quitara la ropa de trabajo y me pusiera unos vaqueros que estaba absolutamente segura de que me quedarían bien (acertó) y una camiseta ceñida de tirantes con la que juró que no enseñaría demasiado escote (se equivocó). Pero por otra parte tampoco podía asegurar ambas cosas con rotundidad, pues la única imagen objetiva sería la que reflejara el espejo de la puerta del armario, que ahora estaba cara a la pared para que, en palabras de Kristy, no pudiera verme antes de que hubiera «acabado conmigo». Solo podía fiarme de Mónica, que estaba sentada en una silla en una esquina, fumando un cigarrillo con el brazo por fuera de la ventana y emitiendo de vez en cuando uno de sus «ajás» si Kristy solicitaba una segunda opinión.

Desde luego, iba a ser una noche de viernes muy distinta a las que yo estaba acostumbrada. Pero es que allí todo era distinto.

La casa de Kristy y Mónica no era en realidad una casa, sino un remolque, aunque cuando nos acercábamos Kristy me explicó que prefería llamarla «casa transportable», sobrenombre que no se asociaba tan fácilmente a una paletada como aquella. A mí me pareció como salida de un cuento de hadas, una estructura pintada de azul cobalto con un gran jardín que se extendía a su alrededor. Su abuela Stella, la mujer que me había indicado el camino la noche que me perdí buscando la casa de Delia, cultivaba allí sus flores y los productos que vendía en el puesto y que servía a los restaurantes de la zona. Había visto muchos jardines en mi vida, incluso algunos muy elegantes en mi urbanización, pero este era impresionante.

Verde y exuberante, crecía alrededor de la casa transportable y hacía que la estructura, con las paredes azul cobalto y la puerta roja, pareciera una flor exótica. En la parte delantera, los girasoles se mecían suavemente acariciados por la brisa y rozaban una pequeña ventana: tras ellos crecía una hilera de rosales que impregnaban el aire con aroma a perfume. Desde allí, la vegetación se extendía hacia los lados. Vi una colección de cactus de diferentes formas y tamaños que asomaba entre dos perales. Había arándanos junto a zinnias, margaritas y equináceas, orejas de liebre algodonosas que contrastaban con las azucenas moradas y las tritomas, de un tono rojo vivo. En vez de estar organizadas en líneas rectas, crecían a lo largo de senderos estrechos que describían curvas y más curvas. Unos tallos de bambú flanqueaban una hilera de árboles en flor que conducían a una pequeña parcela con lechugas diminutas que estaban empezando a brotar, seguida de nogales rodeados de geranios, y junto a ellos, una mata enorme de lirios morados. Y el olor también era increíble: a fruta y a flores, a tierra mojada y a lombrices. Era extraordinario, y me sorprendí aspirando el aroma, del cual me impregné y que persistía después de un rato.

Ahora Kristy deslizó otra horquilla sobre el rulo y me alisó el pelo con la mano para atrapar

un mechón rebelde que se me caía sobre los ojos.

–No soy muy de peinados aparatosos, ¿sabes? –le dije con tiento.

–Dios mío, ni yo –respondió mientras preparaba otro rulo–. Pero este va a ser ondulado, no aparatoso. Tú fíate de mí, ¿vale? Se me da muy bien hacer peinados. Casi llegó a convertirse en una obsesión cuando estaba calva.

Como estaba detrás de mí, atareada con los rulos, no pude ver la cara que puso al pronunciar estas palabras. No tenía ni idea de si su expresión sería solemne, frívola o cómo. Miré a Mónica, que estaba hojeando una revista y ni siquiera nos prestaba atención. Por fin me atreví a preguntar:

–¿Estuviste calva?

–Sí, a los doce años. Sufrí no sé cuántas operaciones, una de ellas en la cabeza, así que me la tuvieron que afeitar entera –respondió mientras me apartaba unos rizos sueltos de la cara–. Tuve un accidente de coche. Por eso tengo estas cicatrices.

–Ah –dije, y de pronto me preocupé por si las habría mirado con demasiado descaro y por eso Kristy había sacado el tema–. Yo no...

–Lo sé –me interrumpió con naturalidad, sin que su voz sonara molesta–. Pero es casi imposible no fijarse, ¿verdad? Normalmente la gente me pregunta, pero tú no. Sin embargo, me imaginé que estarías intrigada. Te sorprendería saber la cantidad de gente que se acerca y me pregunta a bocajarro, como si me preguntaran qué hora es.

–Qué impertinentes –comenté.

–Ajá –corroboró Mónica mientras apagaba su cigarrillo en el alféizar de la ventana.

Kristy se encogió de hombros.

–La verdad es que casi lo prefiero así –confesó–. O sea, es mejor que quedarse mirando y hacer como que no has visto nada. Los mejores son los niños. Me miran directamente y me preguntan «¿Qué te ha pasado en la cara?». Me gusta. Con naturalidad. Mierda, están ahí. Es uno de los motivos por los cuales me visto de manera tan extravagante, ¿sabes? Total, la gente se me queda mirando de todos modos, así que por qué no ofrecerles algo que mirar, ¿entiendes?

Asentí mientras procesaba todo aquello.

–Pero bueno –continuó Kristy con otro rulo preparado–, todo eso ocurrió cuando tenía doce años. Mi madre se había pillado una de sus borracheras y tenía que llevarme al colegio; se salió de la carretera, se estrelló contra una valla y luego se empotró contra un árbol. Tuvieron que cortar la chapa del coche para poder sacarme. Mónica, por supuesto, fue lo suficientemente lista para ponerse mala con varicela y no tener que ir al colegio esos días.

–Nídecoña –murmuró Mónica.

–Se siente culpable –explicó Kristy–. Cosas de hermanas.

Miré a Mónica, que se examinaba las uñas con su habitual expresión impassible. No me daba la impresión de que se sintiera especialmente mal, pero lo cierto es que siempre la había visto con la misma expresión, una especie de pasividad lánguida. Me imaginé que sería como un manchón de tinta de los tests de Rorschach: veías lo que querías o necesitabas.

–Además de las cicatrices de la cara –siguió contándome Kristy–, tengo una en la zona lumbar, por culpa del metal derretido, y otra grande y espantosa en el culo, de donde sacaron piel para los injertos. Y además, otro par en el cuero cabelludo, pero no se ven gracias a que me volvió a crecer el pelo.

–Dios mío –musité–. Qué horror.

Kristy alcanzó otro rulo.

–No me gustaba estar calva, eso te lo puedo asegurar. Quiero decir, las posibilidades que

ofrecen un sombrero o un pañuelo son bastante limitadas, ¿no? Y no fue porque no intentara sacarles provecho. El día que comenzó a salirme otra vez el pelo, lloré de felicidad. Ahora solo dejo que me corten las puntas cada varios meses. Me recreo en mi pelo.

–Es precioso. Tu pelo, quiero decir.

–Gracias. Y una cosa te digo, creo que lo valoro más que mucha gente. Jamás me quejo si un día tengo el pelo mal, eso te lo aseguro.

Kristy se bajó de la cama y se metió el peine en el bolsillo antes de inclinarse delante de mí para sujetar unos mechones sueltos con un pasador.

–Bueno, ya casi estás –dijo–, así que veamos... Monótona.

–¡Oh, no! –exclamó Mónica en tono sorprendentemente firme.

–¡Ah, venga! Si me dejas que lo intente por una vez, verás que...

–Nidecoña.

–¡Mónica!

Mónica negó con la cabeza despacio.

–Mejórdéjalo.

Kristy suspiró y sacudió la cabeza.

–Se niega a arriesgar –dijo como si fuera una auténtica tragedia.

Después se volvió hacia su hermana y alzó las manos como para ayudarle a visualizar algo.

–Escucha. Tengo una palabra para ti –le dijo; y tras una pausa para crear un efecto más dramático, añadió–: plastipiel.

Como respuesta, Mónica se levantó y echó a andar hacia la puerta sin dejar de mover la cabeza.

–Muy bien –dijo Kristy; se encogió de hombros mientras su hermana salía al pasillo y recogía el bolso del suelo–, pues sal con la ropa que llevas puesta, como haces siempre. ¡Pero nunca serás dinámica!

Sonó un portazo como toda respuesta, pero a Kristy apenas pareció importarle, pues se encaminó a su armario y se detuvo delante de él con las manos en las caderas. Por la ventana que tenía a mi lado, vi a Mónica enfilando el camino de entrada, desde luego nada dinámica y, como de costumbre, lenta como una tortuga.

Kristy se inclinó, sacó un par de mocasines llenos de rozaduras de debajo de la ropa colgada y me los entregó.

–Ya sé lo que estás pensando –dijo cuando los miré–, pero los mocasines están tremendamente infravalorados. Ya verás. Y podemos maquillarte el escote con ese estupendo bronceador... Debe de estar en el baño.

Abrió la puerta y desapareció por el pasillo sin dejar de hablar sola. Noté en la cabeza el peso de todos aquellos rulos y tensé el cuello para examinar la camiseta que me había puesto. Los tirantes tenían un dibujo de hilos brillantes entretejidos, y el escote era mucho más pronunciado que el de cualquiera de mis prendas. Era demasiado vistosa para llevarla con aquellos vaqueros desteñidos, con los bajos remangados y deshinchados por el tobillo; tenían un corazón dibujado a bolígrafo a la altura de una de las rodillas. Al mirar el negro intenso de su centro, el borde irregular del lado izquierdo, lo único que pensé fue que aquella no era mi ropa, que aquella no era yo. Con Amanda y Bethany había fingido, pero yo era la única que tenía que perder si todo salía mal.

Tengo que salir de aquí, pensé; me puse en pie, me quité uno de los rulos flojos que tenía sobre la sien y lo tiré encima de la cama. Un único rizo en espiral me cayó sobre los ojos y me quedé

sorprendida, mirando cómo quedaba colgando ante mi campo de visión como prueba de una pequeña parte de mí que se había transformado. Pero me iba. Me iba, seguro.

Mi reloj marcaba las seis y cuarto. Si salía en ese momento, podría llegar a casa a tiempo para retomar mi programa habitual como si nunca lo hubiese alterado. Le diría a Kristy que mi madre me había llamado por teléfono para decirme que me necesitaba, que lo sentía mucho y quizá pudiéramos quedar otro día.

Me quité otro rulo y luego otro más, y los dejé encima de la cama para colgarme el bolso del hombro a toda prisa. Casi había llegado a la puerta cuando Kristy regresó con un pequeño estuche de polvos compactos.

–Son geniales –me explicó desde la puerta–. Son como un bronceador instantáneo, solo te echaré un poco...

–Acabo de darme cuenta –la interrumpí, metiéndome de lleno en mis excusas inventadas– de que creo que...

Entonces Kristy me miró y abrió los ojos de par en par.

–Dios mío. Tienes toda la razón –dijo con gesto de asentimiento–. No lo había pensado, pero sí, tienes toda la razón.

–¿Qué?

–Tu pelo.

Entró de nuevo en el cuarto. Me sorprendí a mí misma retrocediendo hasta toparme con la cama. Kristy pasó a mi lado, agarró una blusa blanca que había encima de una de las almohadas y, antes de que pudiera impedirselo, me metió el brazo por una manga. Distrajo mi atención de tal manera que fui incapaz de protestar.

–¿Mi pelo? –dije mientras me metía el otro brazo y luego me ataba los faldones a la cintura con un nudo flojo–. ¿Qué?

Alzó un brazo, abrió los dedos y me los pasó por el pelo para suavizar los rizos.

–Pensaba cepillártelo. Pero tienes razón, queda mucho mejor así, medio despeinado. Genial. ¿Ves?

Y se acercó al armario, cerró la puerta y por fin me vi en el espejo.

Sí, los vaqueros estaban desteñidos y deshilachados, y el corazón de la rodilla era demasiado oscuro y tenía el borde irregular. Pero me quedaban de maravilla: no parecían prestados. Y la camiseta de tirantes era un poco demasiado llamativa y brillaba mucho bajo la luz del techo, pero la camisa que llevaba por encima atenuaba los destellos y solo dejaba ver algún reflejo aquí y allá. Los zapatos, que me parecieron tan bastos cuando me los puse, iban muy bien con los vaqueros, que dejaban ver una fina franja de piel a la altura del tobillo. Y el pelo, sin el estilo liso y pulcro que me trabajaba tanto todas las mañanas haciéndome la raya al medio con precisión geométrica, caía suelto y desordenado sobre mis hombros y me suavizaba los rasgos. Ninguna de aquellas cosas parecía combinar bien con las otras. Pero de alguna manera, lo conseguía.

–¿Lo ves?, te lo dije –dijo Kristy a mi espalda; me contempló sonriente y orgullosa de su trabajo mientras yo me miraba sin decir nada y reconocía su mano en todos aquellos cambios. Parecía mentira que varias cosas sueltas tan distintas y que no tenían nada en común pudieran unirse para formar un todo armónico–. Perfecta.

Kristy tardó mucho más en componer su propio estilismo, un conjunto retro estilo años sesenta

consistente en botas blancas, minifalda y camisa rosa. Cuando por fin salimos para reunirnos con Bert, llevaba casi media hora esperándonos en el camino de acceso a la casa.

–¡Ya era hora! –nos espetó cuando llegamos a la ambulancia–. Llevo aquí una eternidad.

–¿Desde cuándo veinte minutos son una eternidad? –preguntó Kristy.

–Desde el punto y hora que estoy aquí plantado esperando a una persona egoísta y desagradecida que piensa que el mundo entero gira a su alrededor –dijo Bert, y a continuación subió al máximo el volumen de la música que estaba escuchando, una voz de mujer fuerte y melodramática que gritaba, para asegurarse de que cualquier réplica quedara amortiguada por completo.

Kristy lanzó su bolso al interior de la ambulancia y luego se agarró a la puerta para subirse. La música seguía sonando y en aquel momento alcanzó una especie de clímax, con un montón de guitarras atronadoras.

–¡Bert! –gritó–. ¿Puedes bajar eso, por favor?

–¡No! –gritó él a su vez.

–Pink Floyd. Es mi castigo, sabe que me horroriza –me explicó, y luego se dirigió de nuevo a Bert–: Entonces, ¿podrías por lo menos encender las luces de aquí atrás un momento? Macy no ve nada.

Un segundo después, la luz fluorescente del techo parpadeó, zumbó y se encendió bañándolo todo de un tono gris amarillento. Me recordó tanto a un hospital que noté cómo comenzaban a desatarse los nervios contenidos en el estómago –fobia a las ambulancias– desde que salimos de casa de Kristy.

–¿Ves?, por ti sí las enciende –dijo Kristy, y me tendió la mano–. Toma, agárrate e impúlsate hacia arriba. Puedes hacerlo. No es tan difícil como parece.

Le agarré la mano y me sorprendió su fuerza; a continuación me encontré de pie en la ambulancia, con la cabeza inclinada para no rozar el techo y con el zumbido de aquella luz en los oídos. Bert había colocado un sofá marrón a cuadros pegado a una de las paredes y una mesa pequeña encajada entre el sofá y el asiento del conductor. Como una sala rodante, pensé, al tiempo que Kristy lo rodeaba, recuperaba su bolso y se deslizaba hacia el asiento del copiloto. Yo tomé asiento en el sofá.

–¡Bert, por favor, baja eso! –gritó Kristy para hacerse oír sobre la música, que me estaba machacando los oídos; el chico hizo caso omiso y volvió la cabeza hacia la ventanilla–. Bert. ¡Bert!

Por fin, cuando los gritos alcanzaban su punto culminante, Bert accionó la tecla del volumen. De repente, se hizo el silencio. A excepción de unos golpes lentos. Toc, toc, toc.

De pronto me di cuenta de que el sonido provenía de las puertas traseras, así que me levanté y las abrí. Mónica, con un cigarrillo en la comisura de la boca, me miró desde el exterior.

–Mano –pidió.

–Antes apaga eso –advirtió Bert, que la estaba mirando por el espejo retrovisor–. Ya sabes que en el Bertmóvil está prohibido fumar.

Mónica dio una última calada al cigarrillo, lo tiró al suelo y lo aplastó con el pie. Volvió a tenderme la mano y la agarré para tirar de ella, como Kristy había hecho conmigo. Una vez dentro, se dejó caer en el sofá, como si aquella mínima actividad la hubiera dejado sin fuerzas.

–¿Podemos irnos ya, por favor? –preguntó Bert mientras yo cerraba las puertas; en el asiento del copiloto, Kristy estaba enredando con la radio y un ritmo de música popailable reemplazó a la mujer que gritaba–. ¿O es que queréis volverme loco del todo?

Kristy hizo un gesto de fastidio y preguntó:

–¿Dónde está Wes?

–Nos vemos allí. Si es que alguna vez llegamos. –Señaló muy enfadado el reloj digital del salpicadero, que marcaba las 7.37–. ¡Mirad! Se nos está escapando la noche. ¡Segundo a segundo!

–Por el amor de Dios, Bert, aún es pronto –dijo Kristy–. Tenemos tiempo de sobra.

Lo cual, según averigüé a continuación, nos iba a venir muy bien. Con Bert al volante, lo íbamos a necesitar.

Conducía muy despacio. Y además de despacio, con una prudencia increíble; sería el sueño de todo profesor de autoescuela. Paraba en los semáforos verdes, se detenía por completo en pasos a nivel que llevaban años sin ver pasar trenes y respetaba religiosamente los límites de velocidad, a veces incluso circulando por debajo de la indicada. Y todo el tiempo con las dos manos en el volante en la posición de las diez y diez y los ojos en la carretera como un halcón, preparado para cualquier obstáculo y riesgo.

Así que parecía que habían pasado horas cuando por fin salimos de la carretera principal para enfilar otra de gravilla y después continuar avanzando sobre hierba, desniveles y pendientes hacia una zona donde había varios coches aparcados en torno a un espacio abierto con varias mesas de madera en el centro. Había gente sentada en los bancos, encima de las mesas; sobre ellas también había varias linternas encendidas que enviaban haces de luz en todas direcciones. Bert aparcó marcha atrás para quedar de frente a las mesas y apagó el motor.

–¡Por fin! –exclamó Kristy mientras se soltaba el cinturón de seguridad con un gesto ceremonioso.

–Haber venido andando –repuso Bert.

–Me siento como si lo hubiera hecho –dijo Kristy; a continuación, abrió la puerta y oí voces cercanas y la risa de una persona–. Voy a buscar una cerveza. ¿Alguien más quiere una?

–Yo –respondió Mónica.

Se levantó del sofá y abrió las puertas traseras. Bajó con cuidado y expresión dolorida y echó a andar sobre la hierba.

–¿Macy? –preguntó Kristy.

–No, no, gracias, de momento no –contesté.

–Vale. Ahora vuelvo.

Se bajó de un salto y dejó que la puerta se cerrara a su espalda.

Las ví cruzar el claro y pasar junto a una de las mesas en dirección a un barril de cerveza situado bajo unos árboles cercanos. Junto a él había dos chicos, y uno de ellos, alto, pelirrojo y con el pelo de punta, atendió a Kristy de inmediato y le sirvió una cerveza sin dejar de mirarla con admiración. Mónica se quedó de pie a su lado con cara de aburrimiento mientras el amigo del pelirrojo le lanzaba miradas de soslayo y reunía valor para comenzar una conversación.

Bert se sentó en el parachoques trasero de la ambulancia y se puso a observar a la concurrencia; me senté junto a él y dejé que mis pies colgaran en el aire. La mayoría de las caras eran desconocidas para mí, lo cual era lógico, ya que seguramente se trataba de gente que estudiaba en el instituto Talbert, mientras que yo iba a Jackson, en el otro extremo de la ciudad. De todos modos, reconocí a unas cuantas personas de mi instituto. Me pregunté si alguno de ellos me conocería.

Miré al otro lado del claro y vi a Wes. Estaba de pie, hablando con un grupo de chicos alrededor de un viejo Mustang, y al verlo noté mariposas en el estómago, como la primera vez que lo vi, la noche que me sacó del bache y casi todas las veces que nos habíamos vuelto a encontrar

desde entonces. No podía explicarlo, nunca había sentido aquello: era incapaz de controlarlo. Mira que soy tonta, pensé, pero de todos modos me quedé mirándolo, como siempre.

Un par de minutos después, Wes se apartó del grupo y empezó a cruzar el claro. Pese a que me propuse firmemente no mirarlo –vale, o por lo menos, no mirarlo todo el tiempo–, resultaba difícil no darse cuenta, al echar un vistazo rápido al círculo, de que no era la única que no le quitaba ojo. Conté al menos a otras tres chicas que estaban haciendo lo mismo. Me pregunté si se sentirían tan idiotas como yo. Probablemente no.

–¡Hola! –saludó–. ¿Cómo habéis tardado tanto?

Bert hizo un gesto de impaciencia y movió la cabeza en dirección a Kristy, que ya volvía con Mónica.

–¿A ti qué te parece?

–Te he oído –dijo Kristy–. Oye, lleva un poco de tiempo tener este aspecto. Este look no se consigue con cualquier cosa.

–¿No? –preguntó Bert con los ojos entornados.

Kristy hizo caso omiso y continuó:

–Pero de poco me va a servir aquí. Veo pocas posibilidades.

–¿Y el tipo del barril? –preguntó Bert.

–Por favor –repuso Kristy con un suspiro–. ¿Es que una chica no puede tener aspiraciones más altas? No quiero un chico del montón.

Se oyó una carcajada procedente del todoterreno que estaba aparcado junto a la ambulancia, y un segundo después una chica rubia que llevaba una camiseta con el ombligo al aire se acercó dando tumbos y me señaló:

–Eh, yo te conozco, ¿a que sí?

–Pues... no estoy segura –dije.

Pero sí la conocía. Era Rachel Newcomb: habíamos entrenado juntas en categoría infantil y hacía años que no hablábamos.

–Sí, sí –insistió Rachel mientras chasqueaba los dedos, apenas consciente de que todos la estaban observando. Kristy alzó las cejas.

–Me conoces a mí, Rachel –dijo Bert rápidamente–. Soy Bert. Te di clase de matemáticas en el Centro Kaplan el verano pasado.

Rachel le dirigió una mirada fugaz y volvió a centrar su atención en mí.

–¡Mierda! ¡Ya sé! Corríamos juntas, ¿no? De pequeñas, en primero y segundo. ¡Y ahora sales con el tío ese, el que siempre nos anda dando la lata para que recitemos!

Tardé un segundo en darme cuenta.

–¿Para que reciclemos, quizá? –le pregunté.

–¡Eso! –Rachel dio unas palmadas–. ¡Eso es!

Oí una risa histérica procedente del todoterreno, seguida de una voz que gritó:

–¡Rachel, mira que eres patética!

Rachel, sin apenas inmutarse, se sentó entre Bert y yo, despreocupada.

–Dios, ¿te acuerdas de lo bien que lo pasábamos en las pruebas? –Se rio y echó la cabeza hacia atrás–. Y qué rápida eras, coño. ¿A que sí?

–No tanto –repuse, e, instintivamente, me llevé la mano al pelo para alisármelo antes de darme cuenta de que ni siquiera me había hecho la raya. Noté que Kristy me miraba al escuchar todo aquello.

–¡Sí que lo eras! –exclamó, y dio un codazo a Bert–. Tenías que haberla visto. Era muy rápida,

casi como si pudiera...

Se produjo un silencio incómodo mientras esperábamos el verbo para completar su frase.

—... volar —terminó Rachel, y oí que Kristy soltaba un bufido—. Joder, como si tuviera alas, ¿sabes cómo te digo? Lo ganaba todo. ¿Sabes?, la única oportunidad que tuvimos las demás de ganar algo fue cuando te retiraste.

—Bueno, no sé —dije, deseosa de que se levantara y se fuera antes de que pudiera contar nada más.

Todo el anonimato del que estaba disfrutando aquel verano se debía a que ninguno de mis compañeros de Deseo iba a mi instituto y por tanto no sabían nada de mi vida. Yo había sido como una hoja en blanco, y ahora venía Rachel Newcomb a escribir todos mis secretos en ella para que los viera todo el mundo.

—Éramos los Trotamundos Corredores —le decía Rachel a Mónica, arrastrando un poco las palabras—. Siempre me pareció un nombre un poco tonto, ¿sabes? Como si fuéramos perros, ¡Venga, Trotamundos!, ¡guau, guau!

—Dios bendito —murmuró Kristy sin dirigirse a nadie en particular.

De todos modos, noté que me ardía la cara. Y eso incluso antes de levantar la vista y ver que Wes me estaba observando.

—Escucha —dijo Rachel, y me dio una palmada en la pierna—, quiero que sepas una cosa, ¿vale?

Pese a saber lo que vendría a continuación —aunque no tenía ni idea de por qué—, no se me ocurrió ninguna manera de frenarla. Lo único que podía hacer era apartarme hacia un lado y contemplar cómo todo se desmoronaba.

—Y lo que quiero que sepas —continuó Rachel muy seria, como si fuera una conversación privada y no hubiera nadie escuchando— es que no me importa lo que digan, a mí no me parece nada rarita después de lo que le ocurrió a tu padre. O sea, que debiste de quedarte hecha una mierda al estar allí. La mayoría de la gente no podría soportarlo, ¿sabes?, ver a alguien morir de esa manera.

Me quedé sentada y la miré en silencio: su cara sofocada, el vaso de cerveza que se estaba derramando, las marcas del bronceado que se veían, aunque solo un poco, debajo de los tirantes de su camiseta. No tuve valor para mirar a los demás. Hasta ahí había durado mi cuento de hadas, por breve que hubiera sido, hasta ahí la infinidad de cicatrices que no se veían. En algún lugar, habría jurado que un reloj daba las horas.

—¡Rachel! —gritó alguien desde el coche de al lado—. ¡Ven ya o te dejamos en tierra!

—¡Huy, tengo que irme! —Rachel se levantó y se apartó la melena sobre un hombro; luego repitió—: Me voy. Pero lo que te dije, te lo dije en serio, ¿vale? Recuérдалo. Recuerda lo que te he dicho, ¿vale?

Ni siquiera fui capaz de asentir ni de abrir la boca. Rachel se dirigió al coche dando tumbos y fue recibida con más carcajadas y bromas sobre recitar. Luego alguien encendió la radio, sonó una canción de Van Morrison y todos se pusieron a cantar a coro y desafinando.

Fue uno de esos momentos en los que lo único que te apetece es desaparecer y que se comprima cada partícula de tu cuerpo. Pero sabía que era imposible. Siempre hay un después. Así que levanté la vista hacia Kristy, advertí la mirada de Bert clavada en mi rostro y las caras de Wes y Mónica en visión periférica. Después tomé una bocanada de aire, aunque sin saber muy bien qué iba a decir. Pero antes de que me diese tiempo, Kristy se había acercado y había tomado asiento junto a mí.

—Esa chica es más corta que las mangas de un chaleco —dijo mientras me daba la mano.

–Y además de verdad –corroboró Bert con voz suave, y cuando lo miré no vi La Cara, sino una especie de indignación amable, aunque no era yo la causa, desde luego.

Kristy se inclinó para preguntarle:

–¿No fue a esa a la que tuviste que explicar el concepto de número impar ese verano que diste clases de matemáticas?

Bert asintió:

–Dos veces.

–Qué burra.

–Ajá –corroboró Mónica con una señal de asentimiento.

Kristy hizo un gesto de fastidio y dio un sorbo a su cerveza. Noté la calidez de su mano sobre la mía y me di cuenta de que hacía mucho tiempo que nadie me daba la mano. Miré a Wes y recordé su escultura y el corazón inscrito en la palma. Tenía la vista fija en mí, como me había imaginado, pero, igual que pasaba con Bert, su expresión no era la que yo esperaba. No había compasión ni tristeza: nada había cambiado. Me di cuenta de que cada vez que notaba que la gente se quedaba mirándome, sus caras eran imágenes abstractas. Nunca eran imágenes reflejadas en un espejo, capaces de devolver la expresión que pensaba que solo yo tenía, los sentimientos que solo yo albergaba. Hasta ahora, hasta el momento en que nuestras miradas se encontraron. Si existía una manera de reconocer algo que nunca has visto pero que sin embargo conoces al dedillo, la vi al mirar su rostro. Por fin, alguien comprendía.

–De todos modos, me gustó su camiseta –dijo Kristy, pensativa–. Tengo una falda negra con la que iría que ni pintada.

Permanecemos en silencio unos instantes. En el centro del claro, alguien jugaba con una linterna; el haz de luz recorría las copas de los árboles y mostraba retazos de hojas y ramas, visiones fugaces aquí y allá, después oscuridad. Supe que todo había cambiado en los últimos minutos. Había intentado mostrarme reservada, dosificar las piezas que pudieran delatar quién era. Pero eso solo funciona un tiempo limitado. Al final, ni siquiera las piezas más pequeñas pueden evitar formar un todo.

Una hora después, estábamos en la parte trasera del Bertmóvil, tumbadas en el sofá, para ser sincera. Debía de haber sido por la cerveza.

Yo no bebía, nunca lo había hecho. Pero después del encuentro con Rachel, me sentí lo bastante alterada como para aceptar cuando Kristy me ofreció una cerveza pequeña que, me aseguró, no tenía que sentirme en absoluto obligada a beber. Después de unos tragos, nos pusimos a hablar de chicos y luego ya no paramos.

–Esa es la cosa –dijo Kristy a la vez que cruzaba una bota sobre la otra–. Mi último novio me dio por muerta en medio de la nada. Tampoco es tan difícil de mejorar. Quiero un chico agradable, ¿sabes?

Me resultaba extraño seguir allí sentada como si lo de Rachel no hubiera sucedido. Pero después de quedarnos unos instantes en silencio, Wes dijo que tenía que buscar a alguien que le había prometido unas varillas de acero; Bert se pegó a él como una lapa y Kristy, Mónica y yo nos trasladamos al sofá de la ambulancia para hablar de nuestras cosas. Mi secreto revelado no se cernió sobre nosotras como una nube compacta y oscura. Por el contrario, se difuminó, se disipó hasta dar la impresión de que, si bien no había caído en el olvido, sí había quedado a un lado.

–Lo que de verdad me gustaría –dijo Kristy para meterme de nuevo en la conversación– sería un chico inteligente. Estoy harta de tíos que ni siquiera son capaces de acordarse de mi nombre, y mucho menos de saber cómo se escribe. Alguien de verdad centrado y lúcido. Eso es lo que necesito.

–No, de eso nada –dije, y bebí otro trago de cerveza; solo cuando la tragué me di cuenta de que las dos me miraban, esperando que desarrollara la idea–. Yo tuve un novio así. O lo tengo. O lo tengo a medias.

–Ay, esos son los peores –repuso Kristy con un gesto de compasión.

Me quedé perpleja.

–¿Cuáles?

–Los medionovios –respondió con un suspiro–. Ya sabes, medio les gustas, medio no les gustas. Lo único de lo que están completamente seguros es de que quieren meterse en tus bragas. Lo odio.

–Ajá –ratificó Mónica, rotunda.

–Bueno, en realidad lo nuestro no es así –puntalicé–. Prácticamente ya no estamos juntos, pero no hemos roto. Nos estamos dando un tiempo.

–Un tiempo –repitió Kristy, articulando las dos palabras como si estuvieran en otro idioma y fuera la primera vez que las oía–. Lo que significa...

Hizo un movimiento con la mano que indicaba que ahora tenía que mojarme.

–Lo que significa –dije– que nos preocupa no tener los mismos intereses ni las mismas aspiraciones. Así que hemos acordado romper la comunicación hasta el final del verano, y luego ya veremos qué decidimos.

Ella y Mónica se quedaron pensativas unos segundos. Fue Kristy la que rompió el silencio:

–Eso es un claro síntoma de madurez.

–Bueno, así es Jason. En realidad, la idea fue suya.

–¿Y cuánto tiempo lleváis así?

Reflexioné unos instantes.

–Pues desde el día que te conocí, precisamente –respondí, y Kristy abrió los ojos como platos–. Me acababa de mandar un correo más o menos una hora antes.

–Qué curioso, porque aquella noche capté algo, como que tenías novio y teníais algún tipo de problema. –Hizo un gesto en dirección a Mónica–. ¿A que te lo dije aquella misma noche?

–Ajá –contestó su hermana.

–Parecías... –Kristy buscó la palabra apropiada–, ennoviada, ¿sabes cómo te digo? Y además apenas reaccionaste al ver a Wes. O sea, sí, un poquito, pero nada comparado a lo de otras chicas. Fue un ligero embeleso. Pero no un embelesssso, ¿sabes?

–¿Embelesssso? –repetí.

–Ah, vamos –dijo y sacudió la cabeza–, hasta una ciega se daría cuenta de que está buenísimo.

A mi lado, Mónica suspiró melancólica para indicar que estaba de acuerdo.

–¿Y por qué no sales con él? –pregunté.

–No puedo –respondió en tono inexpresivo–. Es como de la familia. Quiero decir, después del accidente, cuando mi madre se vino abajo y se largó para encontrarse a sí misma y fuimos a vivir con Stella, estaba loca por él. Ambas lo estábamos.

–Mejordéjalo –intervino Mónica en tono sombrío.

–Sigue siendo un tema doloroso –explicó Kristy al tiempo que Mónica soltaba un suspiro y giraba la cabeza–. Bueno, el caso es que hice de todo para llamar su atención, pero él acababa de

salir del Centro Myers y su madre se estaba muriendo y todo eso. Así que tenía demasiadas cosas en que pensar. Al menos eso me dije para convencerme de por qué había logrado no sucumbir a mis encantos.

–¿El Centro Myers? –pregunté asombrada.

–Sí –asintió Kristy–. Es un centro de menores.

Lo sabía. Jason había dado clases allí y yo lo había acompañado a menudo y me quedaba esperándolo en el coche haciendo los deberes. Delia me había contado que a Wes lo habían detenido; supuse que esa fue su sanción. Quizá hasta estuviera allí aquellos días en que yo me quedaba en el coche y miraba los bucles de alambre de púas que coronaban la valla mientras los coches pasaban a toda velocidad por la autopista que tenía a mi espalda.

–Bueno –dijo Kristy, que golpeaba el suelo con el pie al ritmo de la música–, hablemos de tu medionovio.

–Ah, pues llevamos saliendo año y medio.

Tomé un sorbo de cerveza, creyendo que aquello sería suficiente. Pero Mónica y Kristy seguían expectantes, esperaban algo más. En fin, pensé, vamos allá, por poco que sea.

–Se fue a pasar el verano fuera, y unas dos semanas después de marcharse decidió que quizá fuera mejor que nos diéramos un tiempo. Me llevé un disgusto tremendo. Y la verdad es que sigo disgustada.

–Vamos, que encontró a otra –dijo Kristy.

–No, no es eso. Está en el campamento de cerebritos.

–¿Eh? –preguntó Mónica.

–El campamento de cerebritos –repetí–. Para superdotados.

–Entonces encontró a otra en el campamento de cerebritos –insistió Kristy.

–No, no es porque haya otra.

–Entonces, ¿por qué es?

No me parecía correcto estar allí sentadas hablando de aquello. Además, ya me daba bastante vergüenza pensar en lo que había sucedido, lo que había hecho para espantarlo; tanta vergüenza que ni siquiera se lo había contado a mi madre, a quien, en teoría, debería poder contarle todo. Podía imaginarme lo que pensarían Kristy y Mónica.

–Bueno, por varias cosas.

Otra pausa expectante.

Respiré hondo y continué:

–Básicamente, todo se resume en que terminé un correo que le escribí diciéndole que lo quería, cosa, como sabéis, muy trascendental y que lo puso muy nervioso. Y le pareció que no estaba lo bastante centrada en mi trabajo en la biblioteca. Probablemente haya más cosas, pero esas son las más importantes.

Las dos se quedaron mirándome. Mónica comentó:

–Nídecoña.

Kristy se sentó en el borde del sofá como si necesitara erguirse por completo, pese a que su estatura no era precisamente elevada, para decirme lo siguiente:

–Un momento. ¿Lleváis saliendo juntos un año y medio y no puedes decirle que lo quieres?

–Es algo complicado –dije por toda respuesta, y bebí otro sorbo de cerveza.

–¿Y te dejó porque no le parecía que estabas lo suficientemente centrada en tu trabajo?

–La biblioteca es muy importante para él.

–¿Es que tiene noventa años?

Bajé la vista hacia mi cerveza y contesté:

–No lo entiendes. Él ha sido más o menos el centro de mi vida durante el último año y medio. Me ha hecho ser mejor persona.

Mis palabras la calmaron, al menos de momento. Pasé el dedo por el borde del vaso.

–¿En qué sentido? –preguntó por fin.

–Bueno, es perfecto, ¿sabes? Un fenómeno en el instituto, inteligente, exitoso. Es capaz de hacer cualquier cosa. Y cuando salía con él, era... Bueno, me vino bien. Y me hizo ser mejor.

–Hasta que...

–Hasta que lo decepcioné. Lo sometí a demasiada presión, me encariñé demasiado. Apunta muy alto.

–Y tú no.

–Yo también, por supuesto.

Mónica suspiró y sacudió la cabeza.

–Oh, no –dijo, rotunda.

–Desde luego, no lo parece –la apoyó su hermana, y bebió otro trago de cerveza sin apartar sus ojos de mí.

–¿Por qué no?

–¿Te has escuchado? ¡Por Dios! ¿De verdad que te vas a quedar ahí sentada diciendo que tuvo motivos para dejarte tirada porque tuviste el atrevimiento de encariñarte después de año y medio? ¿O porque no te tomaste el rollo de trabajo en la biblioteca tan en serio como él cree que debes hacerlo?

Sabía que aquello era, básicamente, lo que yo había dicho. Pero, de alguna manera, al escucharlo de sus labios sonaba distinto.

–Escucha –continuó Kristy, escogiendo sus palabras con cuidado y buscando una explicación–, no te conozco demasiado. Lo admito. Pero lo que veo ante mis ojos es una chica a la que cualquier tipo, sobre todo a un ratón de biblioteca que está en un campamento para cráneos...

–Cerebritos –la corregí en voz baja.

–... le encantaría oírle decir que lo quiere. Eres inteligente, eres una buena persona. Pero bueno, vamos a ver, ¿por qué es tan buen partido? ¿Quién es él para juzgar a nadie?

–Es Jason –contesté, a falta de mejor argumento.

–Pues es un gilipollas de mierda –afirmó, y se terminó la cerveza de un trago–. Y yo de ti estaría encantada de haberme librado de él, porque cualquier persona que te haga sentirte tan mal contigo misma es tóxica, ¿me entiendes?

–No me hace sentirme mal conmigo misma –protesté.

Pero mientras pronunciaba estas palabras sabía que eso era exactamente lo que Jason conseguía. O lo que yo le permitía hacer. Era difícil de definir.

–Lo que tú necesitas, lo que te mereces, es un tío que te adore por lo que eres. Que no te vea como un proyecto, sino como un premio. ¿Sabes a qué me refiero?

–No soy ningún premio –dije, y negué con la cabeza.

–Sí lo eres –afirmó; sus palabras sonaron tan rotundas que me sobresaltaron, me llamó la atención que fuera tan categórica cuando apenas me conocía–. Lo jodido es que ni siquiera te des cuenta.

Giré la cabeza y volví a mirar al claro. Parecía que, fuera donde fuera, siempre habría alguien que me dijera que tenía que cambiar. Kristy se acercó, puso su mano sobre la mía y la dejó allí hasta que me vi obligada a mirarla.

–No me estoy metiendo contigo.

–¿Ah, no?

Ella negó con la cabeza y me dijo:

–Mira, Macy, las dos sabemos que la vida es corta. Demasiado corta como para malgastar un solo segundo con alguien que no te aprecia ni te valora como te mereces.

–El otro día dijiste que era larga –le espeté–. ¿En qué quedamos?

–En las dos cosas –dijo y se encogió de hombros–. Todo depende de cómo elijas vivirla. Es como el significado de «para siempre», cambia todo el rato.

–Nada puede ser dos cosas totalmente opuestas a la vez. Es imposible.

–No –dijo Kristy, y me apretó la mano–, lo que es imposible es que podamos llegar a creer que podía ser de otra manera. Mira, cuando estaba en el hospital, justo después del accidente, creyeron que me iba a morir. Y yo estaba jodida a más no poder.

–Ajá –murmuró Mónica mirando a su hermana.

Kristy le hizo un gesto con la cabeza y continuó:

–Entonces, la vida era muy corta, literalmente. Pero ahora que estoy mejor, parece tan larga que tengo que entornar los ojos para ver el final. Todo es según se mire, Macy. A eso me refiero con lo de para siempre. Para cualquiera de nosotros, para siempre puede terminar dentro de una hora o durar cien años. Nunca se sabe a ciencia cierta, así que lo mejor es aprovechar cada segundo.

Mónica encendió otro cigarrillo y expresó su conformidad:

–Ajá.

–Lo que tienes que decidir –dijo Kristy inclinándose hacia mí– es cómo quieres que sea tu vida. Si tu para siempre fuera a terminar mañana, ¿habrías querido que fuera como la has vivido hasta ahora?

Me pareció que era una elección que ya había hecho. Había pasado el último año y medio con Jason, amoldando mi vida para adaptarme a la suya, haciendo lo que debía para asegurarme de tener un lugar en su mundo perfecto, donde todo tenía lógica. Pero no había funcionado.

–Escucha –continuó Kristy–: lo cierto es que nada está garantizado. Lo sabes mejor que nadie. –Me miró con intención para asegurarme de que entendía lo que quería decir; y lo entendí–. Así que no tengas miedo. Vive.

Pero yo no podía imaginarme, después de todo lo ocurrido, cómo se podía vivir sin estar preocupada a cada momento por los peligros que nos rodeaban. Especialmente si ya te has llevado el susto de tu vida.

–Es lo mismo –dije.

–¿Qué?

–Tener miedo y vivir.

–No –dijo despacio, como si hablara un idioma desconocido para mí, como si ella supiera que al principio yo no entendería las palabras, y mucho menos los conceptos que encerraban–. No, Macy, no lo es.

No lo es, repetí en mi interior y, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que aquel fue el momento en que todo cambió de verdad. Cuando repetí aquellas palabras, aunque no en voz alta, formulé mi propio deseo: que de alguna manera, algún día, todo aquello se hiciera realidad para mí.

Después de un rato, Mónica y Kristy volvieron al barril a por cerveza, pero yo me quedé sentada en el parachoques trasero de la ambulancia. Estaba un poco aturdida por la pequeña cantidad de cerveza que había bebido, por no hablar de todo lo que me había dicho Kristy. Demasiadas cosas a tener en cuenta incluso en condiciones óptimas, así que en mi estado era casi imposible.

Minutos después, levanté la vista y vi que Wes estaba cruzando el claro en dirección a la ambulancia. Llevaba bajo el brazo un manojo de varas de metal, las varillas que le habían prometido, supuse. Me quedé allí, observándolo mientras se acercaba a zancadas largas y lentas y me pregunté cómo me sentiría si se estuviera acercando para verme, para estar conmigo. Cuando veía a Jason no se me ocurría pensar lo mismo; con él sentía más bien una sensación de tranquilidad. Cuando lo tenía a la vista, siempre sabía ubicarme. Con Wes, sin embargo, ocurría todo lo contrario. Una mirada suya, y ya no sabía lo que hacía.

–Hola –saludó cuando estaba casi a mi lado.

Me obligué a levantar la cabeza como si me hubiera sorprendido, tipo «anda, pero si estás ahí, no te había visto». Lo cual funcionó hasta que se sentó a mi lado y volví a sentir aquella flojera, como si algo se estuviera deshaciendo en mi interior. Dejó las varas en el suelo y preguntó:

–¿Dónde está todo el mundo?

–En el barril –respondí, señalándolo con la cabeza.

–Ah, ya.

Hablando de para siempre: el minuto de silencio que siguió a aquellas palabras pareció durar una eternidad y más. Tenía en mi mente una imagen del reloj de clase, esos últimos segundos durante los cuales la manecilla no hace más que temblar, como si estuviera deseando dar un salto para marcar la hora siguiente. Di algo, me dije a mí misma a la vez que miraba a Wes de reojo. Él apenas parecía consciente de aquel lapso, pues, por el contrario, se limitó a contemplar a la gente que poblaba el claro con los brazos caídos. De nuevo volví a ver la parte inferior del tatuaje que tenía en el brazo. Kristy me había aconsejado que viviera, en el sentido que fuese, y sus palabras aún resonaban en mis oídos. Muy bien, pensé, pues allá vamos.

–¿Qué es eso? –me obligué a preguntar, e inmediatamente me di cuenta de que lo estaba mirando a los ojos y no al tatuaje, así que aquella pregunta podía significar cualquier cosa. Levantó las cejas, perplejo, y añadí–: El tatuaje, quiero decir. Nunca he logrado ver qué es.

La frase entera, una invitación a comenzar una charla, me pareció comparable a la situación de la pobre escritora sordociega Helen Keller cuando por fin deletreó A-G-U-A. En serio lo digo.

–Ah –dijo remangándose–. Nada, es ese diseño que viste el primer día que fuiste a casa de Delia, ¿te acuerdas?

Me sorprendí asintiendo con la cabeza, pero en realidad lo único que hacía era mirar fijamente las líneas negras y gruesas del dibujo, ahora visible: el corazón en la mano. Este, por supuesto, era más pequeño y estaba encerrado en un círculo cuyo borde era un diseño étnico, pero por lo demás era igual. La palma abierta, los dedos extendidos, el corazón rojo en el centro.

–Ah.

Como la primera vez que lo vi, no pude evitar pensar que me resultaba conocido, algo que agujoneaba mi subconsciente, por extraño que pudiera parecer.

–¿Tiene algún significado?

–Más o menos –dijo, y bajó la vista para mirarlo–. Es algo que mi madre solía dibujarme

cuando era pequeño.

–¿En serio?

–Sí. Estaba segura de que el corazón y la mano estaban íntimamente conectados. –Pasó un dedo por el corazón de color rojo vivo y después me miró–. Ya sabes, el sentimiento y la acción siempre van unidos, uno no puede existir sin el otro. Es un concepto *hippy*. A mi madre le iba ese rollo.

–Me gusta. Quiero decir que me gusta la idea. Tiene sentido.

Wes miró de nuevo su tatuaje.

–Cuando murió empecé a jugar con esas cosas, con el metal y la soldadura. Este tatuaje tiene el círculo, la escultura de la calle de Delia el alambre de espino. Son todas distintas, pero siempre basadas en la misma idea.

–Como una serie.

–Supongo que sí. Más que nada, estoy intentando entender bien el concepto, signifique lo que signifique.

Miré al otro lado del claro y capté una visión fugaz de Kristy moviéndose entre la gente, con su cabeza rubia subiendo y bajando.

–Es difícil –dije.

Wes me miró.

–¿Qué?

Tragué saliva; no sabía muy bien por qué había dicho aquello en alto, pero continué:

–Entender bien el concepto.

Debe de pensar que soy boba, pensé, y me prometí mantener la boca cerrada el resto de la noche. Pero Wes alcanzó una de las varas que había traído y se puso a darle vueltas entre las manos.

–Sí –dijo instantes después–. Lo es.

Kristy ya estaba casi al lado del barril. La vi decirle algo a Mónica y reírse echando la cabeza hacia atrás.

–Siento lo de tu madre –dije.

Ni siquiera pensé antes de hablar, ni sus connotaciones, ni lo que transmitiría con ello. Me salió sin más.

–Siento lo de tu padre –repuso; ambos manteníamos la vista al frente–. Lo recuerdo de cuando entrenaba a Los Rápidos de Lakeview, cuando yo era pequeño. Era un tipo genial.

Noté un nudo en la garganta, un repentino acceso de tristeza que me pilló desprevenida y estuvo a punto de dejarme sin respiración. Eso era lo malo. Nunca te acostumbrabas a la idea de que alguien se haya ido para siempre. Justo cuando creías que lo has aceptado, que te has resignado, alguien vuelve a sacar el tema y te vuelves a llevar el mismo golpe, el mismo impacto.

–Bueno, ¿y por qué lo dejaste? –preguntó Wes de repente.

–¿Por qué dejé qué?

–El atletismo.

Clavé la vista en mi vaso vacío.

–No lo sé –dije mientras aquel día de invierno volvía a aparecer en mi mente–. Ya no me interesaba.

Al otro lado del claro, Kristy estaba hablando con un chico alto y rubio que gesticulaba y seguramente le estaba contando una historia muy elaborada. La chica tenía que echarse hacia atrás continuamente para evitar sus dedos, que no paraban de moverse.

–¿Eras muy rápida? –preguntó Wes.

–No era para tanto.

–¿Quieres decir que no eras capaz de... volar? –insistió con una sonrisa.

La tonta de Rachel.

–No –respondí mientras notaba que empezaba a sonrojarme desde el cuello–. No era capaz de volar.

–¿Cuál fue tu mejor marca en mil seiscientos metros?

–¿Por qué lo preguntas?

–Por saberlo –dijo sin dejar de jugar con la vara–. Es que yo también corro. Simple curiosidad.

–No me acuerdo.

–¡Venga, dímelo! –dijo, y me dio un golpecito en el hombro con el suyo. No me lo puedo creer, pensé–. Podré sobreponerme.

Kristy había desviado su atención hacia nosotros, aunque el chico de las manos voladoras seguía hablando. Me miró, levantó una ceja, y se volvió de nuevo hacia él.

–Bueno, vale. Cinco minutos, cinco segundos.

Wes me miró.

–Ah –dijo por fin.

–¿Qué? ¿Cuál es la tuya?

Tosió y miró hacia otro lado.

–¿Qué más da?

–Vamos, no es justo.

–Más de cinco, cinco –contestó, y se apoyó de nuevo sobre las manos–. Dejémoslo así.

–Pero eso fue hace años –puntalicé–. Ahora seguramente no podría correr ni ochocientos metros en ese tiempo.

–Estoy seguro de que podrías. –Volvió a alcanzar la vara y la miró con los ojos entornados–. Seguro que eres más rápida de lo que crees. Aunque quizá no lo suficiente para volar.

Se me escapó una sonrisa, pero la borré inmediatamente.

–Seguro que tú me adelantarías sin problemas.

–Bueno, quizá lo averigüemos algún día –dijo Wes.

Dios mío, pensé. Sabía que debía decir algo, cualquier cosa. Pero Kristy, Bert y Mónica se acercaban y perdí la oportunidad.

–Faltan veinte minutos para el toque de queda –anunció Bert echando un vistazo al reloj–. Tenemos que irnos.

–¡Dios mío! –exclamó Kristy–. Igual hasta tienes que pasar de cuarenta por hora para dejarnos en casa a la hora debida.

Bert le hizo una mueca; después se dirigió a la puerta del conductor y la abrió. Mónica subió a la ambulancia, se dejó caer en el sofá y yo la seguí, con Kristy pisándome los talones.

–¿De qué estabais hablando? –susurró cuando Wes cerró las puertas.

–De nada –respondí–. De atletismo.

–Tenías que haberte visto la cara –dijo, y noté su aliento cálido en mi oído–. ¡Embelesssssso!



Caroline apretó un botón de la cámara y después se sentó junto a mamá.

–Muy bien, vamos allá.

Era sábado por la mañana. Mi hermana había llegado la noche anterior después de pasar el día en Colby hablando con el carpintero sobre las reformas y mejoras que había que acometer en la casa de la playa. Era un terreno que dominaba, pues ya había hecho reformas en su hogar, además de en la casa que ella y Wally tenían en la montaña. Caroline aseguraba que su vocación era el interiorismo desde que uno de sus profesores en la universidad le dijera que tenía «buen ojo», un halago que ella se tomó como si tuviese carta blanca para decorar no solo su propia casa, sino la de cualquiera.

Así que, aunque mi madre acabara de incorporarse al plan –lo cual, en mi opinión, ya era de por sí un milagro–, mi hermana avanzaba a toda máquina, y se presentó no solo con la mayor parte de su extensa biblioteca sobre decoración de interiores, sino además con fotos que Wally había hecho con la cámara digital para que pudiera darnos un paseo virtual por los cambios propuestos.

–Estas cosas son auténticos salvavidas cuando tienes que hacer reformas a distancia –explicó mientras conectaba la cámara al televisor–. No sé cómo nos las arreglábamos antes sin ellas.

Apretó un botón y la pantalla se puso negra. A continuación, como por arte de magia, apareció en la tele la casa de la playa. Era una vista frontal, la fachada que daba al mar. Ahí estaba el porche, con su banco de madera desvencijado. Los escalones que bajaban a las dunas. La vieja parrilla de gas debajo de la ventana de la cocina. Había pasado mucho tiempo, pero me seguía resultando tan familiar que sentí una punzada en el estómago. Parecía que si nos acercábamos lo suficiente para curiosear por la ventana trasera, veríamos a papá en el sofá leyendo el periódico y girando la cabeza para atendernos.

Mi madre tenía la mirada clavada en la imagen mientras agarraba su taza de café con las dos manos, y de nuevo me pregunté si sería capaz de pasar por todo aquello. Pero entonces miré a mi hermana, que también la observaba. Unos instantes después, dijo con delicadeza:

–Así es como está ahora. Ya veis que el tejado está un poco hundido a causa del último temporal.

Mi madre asintió con la cabeza, pero no despegó los labios.

–Hay que reforzarlo, además de cambiar varias tejas. El carpintero dice que, como hay que apuntalarlo, podríamos pensar en poner un tragaluz o algo así... porque por las ventanas delanteras entra muy poca luz en la sala. Recuerda cuántas veces te quejabas de eso.

Yo sí me acordaba. Mi madre se pasaba la vida encendiendo las luces de la sala y quejándose de que parecía una mazmorra («¡Así se echa uno mejor la siesta!», exclamaba papá justo antes de quedarse dormido en el sofá con la boca abierta). Ella prefería pasar el tiempo en el dormitorio delantero, que tenía una ventana muy grande. Y además, el alce le daba grima. Me pregunté qué estaría pensando ahora. Era duro para ella, y para mí también. Pero no hacía más que recordar lo que Kristy me había dicho la noche anterior, y que si me hubiera metido en casa cada vez que me sentía asustada, me habría perdido todo lo que ocurriría después.

–Pero nunca he instalado un tragaluz –continuó Caroline–. No sé cuánto duran, ni si merece la pena ponerlo.

–Depende de la marca –dijo mi madre sin apartar la vista de la pantalla–. Y del tamaño. Varía mucho.

Tuve que reconocerle el mérito a mi hermana. Pese a la presión a la que estaba sometiendo a mi madre, sabía lo que hacía. Había dado un pequeño paso –enseñarnos la imagen, que sabría que sería duro para mamá–, y lo había hecho encajar con un tema en el que mi madre se sentía completamente segura: el trabajo.

La siguiente media hora transcurrió igual, mientras Caroline nos guiaba a través de un recorrido exhaustivo por la casa de la playa, habitación por habitación. Al principio solo fui capaz de tragar saliva para intentar deshacer el nudo que se me formó en la garganta al contemplar la vista desde el porche que daba al mar, o el cuarto de los parterres en el que yo dormía. Peor aún fue ver las imágenes del dormitorio principal, donde permanecían unas zapatillas viejas de mi padre, olvidadas junto a la pared, al lado de la puerta.

Pero poco a poco, y con tiento, Caroline nos fue metiendo de lleno en la materia. Por cada bocanada profunda de aire, por cada momento en que pensé que no podría soportarlo, surgió una pregunta, algo lógico a lo que aferrarse. «Estoy pensando que podrían quedar bien unos bloques de cristal en lugar de esa ventana del baño», decía, «¿qué os parece?». O «¿Veis cómo se está levantando el linóleo de la cocina? He encontrado unas losetas azules grandes con las que lo podríamos sustituir. ¿O serían demasiado caras?». Y en cada ocasión, mi madre contestaba aferrándose a la respuesta como si fuera un salvavidas en medio de un mar agitado. En cuanto recuperaba el ritmo normal de respiración, seguían adelante.

Cuando terminamos de ver las imágenes, las dejé en la sala hablando de tragaluces y fui a sacar mi ropa de la secadora para planchar la que me iba a poner el lunes para ir a la biblioteca. Casi había terminado cuando mi madre apareció en el umbral, se apoyó y cruzó los brazos.

–Bueno, parece que tu hermana ha encontrado un proyecto con el que entretenerse, ¿verdad? –dijo.

–¿Dónde está?

–Fuera, en el coche. Ha ido a buscar unas muestras de tela que quiere enseñarme –dijo con un suspiro y pasó la mano por el quicio de la puerta–. Por lo visto, los tapizados de pana son la última moda.

Sonreí; alisé una arruga de los pantalones que tenía en la mano y dije:

–Es una experta. Recuerda el excelente trabajo que hizo en su casa y en la de la montaña.

–Lo sé. –Se quedó callada unos instantes, contemplando cómo doblaba una camisa y la dejaba en la cesta que tenía a mis pies–. Pero no puedo evitar pensar que es mucho dinero y mucho trabajo para una casa tan vieja. Tu padre decía que habría que arreglar los cimientos pasados unos años y... me pregunto si merecerá la pena.

Saqué los pantalones de Kristy de la secadora y los doblé. El corazón negro de la rodilla seguía tan negro como antes.

–Quizá sea divertido –comenté, escogiendo mis palabras con cuidado– tener de nuevo un sitio adonde ir.

Mamá se pasó la mano por el pelo y dijo:

–No lo sé. Me pregunto si no sería más práctico, si es que los cimientos pueden estar dañados, derruirla sin más. Entonces tendríamos la parcela para construir una casa nueva.

Yo estaba inclinada, mirando el interior de la secadora para sacar las últimas prendas que

quedaban, y durante un instante me quedé petrificada. Hacía unos minutos que había vuelto a ver la casa de la playa por primera vez desde hacía más de un año. Pensar que, como tantas otras cosas, podía desaparecer algún día... No era capaz ni de imaginarlo.

–No lo sé –dije–. Seguro que los cimientos no están tan mal.

–¡Mamá! –llamó Caroline desde el salón–. Ya tengo las muestras... ¿Dónde estás?

–Voy –contestó mi madre desde la puerta–. Solo es una idea –y añadió en tono más bajo–: Una ocurrencia.

La verdad es que no debería haberme sorprendido. Mi madre comerciaba con casas nuevas, así que desde luego le atraería la idea de que todo estuviese perfecto e impecable, incluso mejor que antes. Era el sueño que vendía a diario. Tenía que creer en él.

–¿Es nueva? –me preguntó de pronto.

–¿A qué te refieres?

Señaló con un movimiento de cabeza la camiseta de tirantes que acababa de doblar.

–No te la había visto.

Claro que no: era de Kristy, y allí, bajo la luz potente del cuarto de plancha, sabía que parecería aún más improbable que me la fuera a poner que cuando me la prestó. Se apreciaba con todo detalle el dibujo de brillos de los tirantes, y desde luego el escote era demasiado pronunciado como para que mi madre se sintiera cómoda con él. En el cuarto de Kristy, en el mundo de Kristy, no resultaba más llamativa que una camiseta blanca. Pero en mi casa se veía totalmente fuera de lugar.

–Ah, es que no es mía –contesté–. Me..., me la prestó una amiga.

La miró de nuevo mientras intentaba imaginarse –me jugaba cualquier cosa– cuál de mis amigas del consejo estudiantil se pondría una prenda semejante.

–¿En serio? ¿Quién?

Al momento, vi en mi mente el rostro de Kristy, con su sonrisa amplia, sus cicatrices, sus enormes ojos azules. Si la camiseta de tirantes era suficiente para que mi madre se preocupara, podía imaginarme qué impresión podría causarle Kristy si la viera con uno de sus conjuntos al completo, por no hablar de mis otros amigos de Deseo. Me pareció más sencillo, más prudente, decir sin más:

–La chica con la que trabajo. Se me cayó la salsa de la ensalada encima de la blusa y me dejó esto para que pudiera volver a casa.

–Ah –dijo mi madre; no es que sonara del todo aliviada, pero era obvio que le había parecido una explicación aceptable–. Vaya. Qué amable.

–Sí, sí que lo es –repuse, y ella se dirigió a la cocina, donde la esperaban mi hermana y sus telas.

Las dejé abajo, donde mi madre se quedó escuchando sin demasiado convencimiento las explicaciones de Caroline sobre las posibilidades de la pana, cuyo uso ya no se limitaba exclusivamente a la confección de ropa; subí a mi cuarto y dejé la bandeja con la ropa encima de la cama. Después de guardar todas mis camisetas, vaqueros y pantalones cortos en la cómoda y de sacar lo que iba a ponerme aquella semana para ir a la biblioteca para dejarlo planchado, solo quedaban los vaqueros y la camiseta de tirantes de Kristy. Iba a dejarlos encima de mi escritorio para estar segura de verlos la próxima vez que fuera a trabajar y poder devolvérselos, pero en el último segundo me detuve y recorrí el tirante fino y destellante de la camiseta con el índice y el pulgar. Era tan diferente de cualquiera de mis cosas que no me extrañaba que mi madre se hubiera

fijado en ella. Por eso debía haberla devuelto inmediatamente. Y por eso, sin embargo, la metí en el cajón de abajo, fuera de mi vista, y la guardé.

El domingo, mi hermana se iba a encargar de preparar la cena, pero le hacía falta rúcula. Yo no estaba del todo segura de qué era aquello, pero ella decidió que la acompañara a comprarla.

Acabábamos de enfilar el segundo pasillo del mercado de verduras mientras mi hermana me ofrecía una explicación detallada de la diferencia entre la lechuga y la rúcula, cuando, de pronto, apareció Wes. Ostras, pensé, e instintivamente me llevé la mano al pelo, que no me había molestado en lavar –algo impropio de mí, pero Caroline, convencida de que iba a haber una especie de avalancha de gente en busca de hortalizas exóticas, había insistido en salir nada más desayunar–, y pensé en la ropa que me había puesto aquella mañana –una camiseta vieja de la carrera de cinco kilómetros que organizaba el centro comercial Lakeview, pantalones cortos y chancletas– sin tener en cuenta la posibilidad de encontrarme con algún conocido, y mucho menos con Wes. Una cosa era que me viese trabajando, donde, aunque fuera sin arreglar, no desentonaba entre el resto de la gente. Sin embargo, allí y a plena luz del día todas mis viejas inseguridades se volvieron a manifestar de repente.

–... y no debe confundirse con las hierbas silvestres que se usan para ensaladas –seguía diciendo mi hermana–, que no tienen nada que ver.

Wes se encontraba al final del pasillo con unas cuantas esculturas dispuestas a su alrededor, y estaba hablando con una señora que llevaba una pámela enorme y que tenía una chequera en la mano. Al mirar con más atención, vi una pieza grande con un letrero que decía VENDIDO, además de otras más pequeñas. Eran molinillos; cada uno daba vueltas en una dirección u otra dependiendo de la brisa.

Giré bruscamente a la izquierda y me topé con una mesa llena de bizcochos de harina y huevo y agarraderas de ganchillo mientras Caroline seguía andando sin dejar de hablar de los distintos tipos de hojas. Tardó un segundo en darse cuenta de que la había dejado hablando sola y se dio la vuelta, enfadada.

–Macy –dijo en un tono exageradamente alto, al menos a mis oídos–, ¿qué estás haciendo?

–Nada. –Alcancé una de las agarraderas–. Mira, ¿a que son monas?

Mi hermana miró la agarradera –naranja, cubierta de lentejuelas y desde luego nada mona–, y luego a mí.

–Muy bien. Haz el favor de decirme qué está pasando aquí.

Volví la mirada hacia Wes con la esperanza de que él también se hubiera ido a buscar rúcula, o quizá a ayudar a la mujer a llevar la escultura hasta el coche. Pero no. De hecho, miraba en nuestra dirección.

En mi dirección, para ser exactos. La mujer de la pámela ya no estaba, y él se había quedado allí, mirándome. Levantó una mano y me saludó, y noté que me ponía roja mientras dejaba la agarradera en su sitio junto a sus hermanas, igualmente espantosas.

–Macy, ¿qué demonios te pasa? ¿Estás bien?

Caroline me miró con los ojos entornados a través de sus gafas de diseño, exageradamente caras, y giró la cabeza para averiguar qué era exactamente lo que me había hecho ponerme

colorada como un tomate. Recorrió con la vista los expositores de maíz, queso de cabra y hamacas hasta que por fin dijo:

–Ah, ya.

Sabía lo que estaba pensando, oía la voz de Kristy en mi interior: «Embelesssssso».

–¿Conoces a ese chico? –me preguntó sin apartar la mirada.

–Un poco.

Ahora que nos habíamos visto, no había agarraderas ni hamacas que pudieran salvarme. Con este pensamiento agarré a Caroline del brazo y le dije:

–Vamos.

Al acercarnos, observé las esculturas y me fijé en que no había ninguna de la mano y el corazón. Representaban un tema distinto: ángeles y aureolas. Las piezas más pequeñas eran monigotes sencillos hechos de trocitos de acero y otros metales; las caras eran ruedas dentadas y los dedos, clavos diminutos. Tenían un círculo esculpido sobre la cabeza, cada uno decorado de distinta manera. Uno estaba moteado de pequeños cristallitos cuadrados de varios colores; otro tenía una composición a base de clavos que se retorcían en todas direcciones, un ángel medusa. En la pieza grande con el letrero de VENDIDO, la aureola estaba hecha de alambre de espino trenzado, muy parecido al de la escultura de Sweetbud Drive, y me vino otra vez a la cabeza el Centro Myers, la manera idéntica en que el alambre estaba trenzado sobre la verja que lo rodeaba y después atado como un lazo.

–Hola –saludó Wes cuando llegamos a su altura–. Me parecía que eras tú.

–Hola –respondí.

–Estas piezas son impresionantes –comentó mi hermana, y extendió el brazo hacia la más grande para pasar el dedo por los bordes de la rueda dentada que formaba el torso–. Me encanta esta técnica.

–Gracias. Es todo del desguace.

–Este es Wes –le dije a Caroline mientras ella rodeaba la escultura sin dejar de examinarla–. Wes, esta es mi hermana Caroline.

–Encantada –dijo mi hermana con su voz de mujer de mundo mientras le tendía la mano.

Se saludaron y siguió dando vueltas en torno a la escultura; se quitó las gafas de sol y se inclinó para observarla más de cerca.

–Lo más relevante de todo esto –dijo Caroline como si estuviésemos de visita en un museo y ella fuera nuestra guía– es el contraste. Una auténtica yuxtaposición entre la esencia del tema y los materiales.

Wes me miró con las cejas en arco y yo me limité a mover la cabeza, pues nada sería capaz de frenar a mi hermana cuando se lanzaba. Sobre todo si se trataba del arte, su asignatura más importante en la universidad.

–Porque, fíjate, una cosa es hacer ángeles –me explicó Caroline mientras Wes nos observaba–, pero lo más trascendental de estas piezas es la manera en que la técnica transmite el concepto. Se supone que los ángeles son perfectos, por definición. Así que al construirlos con piezas desechadas, trozos de metal oxidado y chatarra, el artista está haciendo un alegato sobre la potencialidad de fallar que poseen incluso las criaturas más ideales.

–Caray –le dije a Wes cuando mi hermana se puso a examinar las más pequeñas sin dejar de hablar sola–. Estoy impresionada.

–Yo también –confesó él–. No tenía ni idea. Es que cuando empecé no podía permitirme trabajar con materiales nuevos.

Me eché a reír y con ello me sorprendí a mí misma, pero me quedé aún más sorprendida –no: más impactada– cuando Wes me sonrió, una sonrisa capaz de destrozarse un corazón, y durante un segundo el momento fue perfecto: Wes y yo, rodeados de ángeles un domingo bajo el sol.

–¡Caramba! –exclamó Caroline, sacándome de mi ensimismamiento–, ¿esto que has usado aquí es chapa metálica? ¿Lo de la cara?

Wes se giró hacia mi hermana, que se agachaba delante de una figura con una aureola orlada de chapas de botella.

–Es un viejo anuncio de coca-cola –contestó–. Lo encontré en la basura.

–¡Un anuncio de coca-cola! –exclamó asombrada–. Y las chapas... Es la inevitable asociación de religión y comercio. ¡Me encanta!

Wes se limitó a asentir; aprendía rápido, y ya sabía cómo seguirle la corriente.

–Exacto –dijo. Luego, en voz más baja, me confesó–: La verdad es que me gustó el anuncio, nada más.

–Claro.

Sopló una suave brisa y varias aureolas comenzaron a dar vueltas de nuevo. Una pequeña que teníamos detrás estaba decorada con cascabeles que sonaron como un tintineo en el aire. Cuando me incliné para verla mejor, con los cascabeles girando y resonando, me fijé en la que había detrás de ella, que giraba más despacio. Era un ángel pequeñito con la aureola tachonada de piedras planas. Sin embargo, cuando toqué una, me di cuenta de que no era una piedra sino otro material que en un primer momento no supe identificar.

–¿Qué es esto? –pregunté.

–Vidrio erosionado por las olas –contestó Wes, y se inclinó a mi lado–. ¿Ves la forma? Los bordes no están rugosos.

–Es verdad. Qué guay.

–Es difícil de encontrar –dijo. La brisa estaba amainando, y Wes hizo girar la aureola con un dedo, con lo cual la luz volvió a refractarse en el vidrio. Estábamos tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaban–. Compré la colección en un mercadillo de antigüedades por, no sé, un par de dólares a lo sumo. Entonces aún no estaba seguro del uso que podría darle, pero me pareció una cosa demasiado interesante para dejarla pasar.

–Es precioso.

Y lo era. Cuando la aureola giraba deprisa, el vidrio se veía como una mancha borrosa y los colores se fundían. Como el océano, pensé, y observé la cara del ángel. Los ojos eran dos arandelas, la boca una llave diminuta, como la que tenía en mi diario años atrás. No me había fijado hasta ese momento.

–¿Lo quieres?

–No, no puedo.

–Claro que puedes. Te lo voy a regalar. –Alcanzó el ángel y frotó sus diminutos pies con los dedos–. Toma.

–Wes, no puedo.

–Sí puedes. Ya me lo pagarás de alguna manera.

–¿Cómo?

Se paró a pensar unos segundos y dijo:

–Algún día aceptarás correr los mil seiscientos metros conmigo. Y entonces sabremos seguro si eres capaz de darme una paliza.

–Prefiero pagar con dinero –dijo, y saqué mi monedero del bolsillo trasero de los pantalones–.

¿Cuánto vale?

–Macy, era una broma. Ya sé que puedes darme una paliza. –Me miró con una sonrisa. Embelesssssso, pensé–. Anda, toma. Llévatelo.

Iba a protestar de nuevo, pero me contuve. Quizá por una vez debería dejar que ocurriera algo. Bajé la vista hacia el ángel que Wes tenía en la mano, vi sus trocitos de vidrio centelleante. Lo quería. No sabía por qué, no podría explicarlo aunque me lo pidieran. Pero lo quería.

–De acuerdo, pero te lo pagaré algún día, de alguna manera.

–Claro, como quieras –dijo, y me lo entregó.

Caroline se estaba acercando, zigzagueando entre las esculturas pequeñas y parándose a examinar cada una de ellas. Tenía el bolso abierto y el teléfono pegado a la oreja.

–... no, es más bien una escultura de exteriores, pero es que estoy segura de que quedaría genial en el porche de la casa de la montaña, justo al lado del nuevo jardín de rocas. Oh, deberías verlas. Son mucho mejores que las garzas de hierro que venden en Attache Gardens por cientos de dólares. Vale, ya sé que te gustaban aquellas, pero estas son mejores, cariño. En serio.

–¿Garzas de hierro? –me preguntó Wes.

–Vive en Atlanta –respondí, como si eso lo explicara todo. Todos los habitantes de Atlanta cuidan sus jardines a más no poder.

–Vale, cariño, me voy. Hablamos luego. Te quiero, adiós.

Apagó el teléfono con brusquedad y lo metió en el bolso antes de volvérselo a colgar del hombro.

–Muy bien, Wes –dijo–. Hablemos de precios.

Me quedé atrás con mi ángel en la mano mientras ellos dos se movían entre las esculturas; Caroline interrumpía las negociaciones cada poco para explicar el significado de una u otra pieza mientras Wes escuchaba con cortesía. Cuando terminaron, mi hermana había comprado tres ángeles, entre ellos el de las chapas de botellas de coca-cola, y había apuntado el número de Wes para concertar una cita e ir a ver las piezas más grandes que tenía en el taller.

Caroline arrancó un cheque en el que había escrito una considerable cantidad y se lo entregó.

–Una ganga. Deberías cobrar más.

–Quizá lo haría si expusiera en alguna otra parte –dijo Wes al tiempo que doblaba el cheque y se lo guardaba en el bolsillo–, pero es difícil subir los precios cuando se está rodeado de comida.

–Expondrás en otro lugar –aseguró mi hermana, y alcanzó dos de sus ángeles–. Es solo cuestión de tiempo.

De pronto, miró el reloj y exclamó:

–¡Oh, Macy, tenemos que darnos prisa! Le dije a mamá que estaríamos de vuelta a la hora de comer para poder echar un vistazo al resto de las telas de colores.

Algo me dijo que mi madre, que aquella mañana había estado escogiendo ventanas y un tragaluz casi con tanto entusiasmo como si fuera a hacerse una endodoncia, no se sentiría desolada si se perdía aquella actividad. Pero me imaginé que sería inútil intentar hacérselo ver a Caroline, que ya estaba absorta examinando otro ángel, este con una aureola de chinchetas, que, inexplicablemente, había escapado a su atención.

–Bueno, pues gracias de nuevo –dije.

–De nada –respondió Wes echando una mirada a mi hermana–. Gracias por la compra.

–Eso es cosa de mi hermana, no mía.

–De todos modos, muchas gracias.

–Disculpa –llamó con voz estridente una mujer que estaba examinando la escultura grande–,

¿tienes más como esta?

Wes se volvió a mirar y nos dijo:

–Creo que debo ir a atenderla.

–Ve. Te veo otro día.

–Sí, ya nos veremos.

Me quedé observando cómo se acercaba a la mujer y asentía respondiendo a sus preguntas; después miré al ángel que tenía entre las manos y pasé el dedo por los suaves cristalitos de vidrio marino que salpicaban su aureola.

–¿Lista? –preguntó Caroline detrás de mí.

–Sí, estoy lista.



–Bueno, ahora sí que estoy empezando a ponerme nerviosa –confesó Delia en voz baja.

Cuando miré por la ventana de la cocina, no pude por menos que asentir y darle la razón. Pero mientras que Delia se refería al hecho de estar en una casa donde había delicadas antigüedades por todas partes y de acabar de enviar a Mónica al salón con una bandeja llena de copas de vino, en mi caso el motivo era totalmente distinto. Concretamente, el hecho de que a menos de dos pasos de la puerta junto a la cual nos encontrábamos, en primera línea de posición buitre, estaban los padres de Jason.

Desde que llegamos había permanecido en la cocina con Wes, pelando gambas lo más deprisa que podíamos; Delia, que se había distraído con otra crisis porque los hornos se negaban a encenderse, se había olvidado de hacerlo. De pronto, oí una risa cantarina que reconocí. Cuando Kristy entró procedente del salón con una bandeja vacía que solo unos minutos antes había sacado repleta de galletitas, vi a la señora Talbot. Y antes de que la puerta se cerrara del todo, habría jurado que ella también me había visto.

–Increíble –dijo Wes.

–¿Qué?

Durante un segundo, pensé que se refería a la señora Talbot.

–Mira.

Seguí la dirección de su mirada y me di cuenta de que se refería a la gamba que tenía entre manos, así como al montón que había delante de mí y que abultaba el doble que el suyo.

–¿Cómo puedes hacerlo tan deprisa? –se asombró.

–No es para tanto –dije mientras sacaba la gamba de su cáscara y la dejaba caer en mi montón. Él se limitó a mirarme y luego bajó la vista a la gamba que tenía en la mano.

–Te he estado observando, y en el tiempo que yo he pelado esta, tú has pelado cinco. Por lo menos.

Alcancé otra, le arranqué las patas, después la cáscara entera y dejé la gamba en mi montón.

–Seis –dijo–. Me está dando vergüenza. ¿Cómo has aprendido a hacer eso?

Mientras empezaba a pelar otra, le expliqué:

–Me enseñó mi padre. En verano solíamos comprar un kilo de gambas para cenar. Le encantaban las gambas y las pelaba superrápido. Así que si no querías quedarte sin ellas, tenías que espabilar. –Dejé caer la gamba sobre las otras–. Muy darwiniano.

Por fin, Wes terminó la que tenía en la mano y la dejó en su montón.

–En mi casa –dijo– ocurría todo lo contrario. Hacías todo lo posible para no comer.

–¿Por qué?

–Después del divorcio –dijo a la vez que alcanzaba otra y, fijándose en cómo las pelaba yo, le arrancaba las patas de un tirón seco–, a mi madre le dio por la comida natural. Parte del contenido de los alimentos integrales te limpia la vida, el cuerpo. O algo así. Se acabaron las hamburguesas, se acabaron los perritos calientes. Pan de lentejas y ensalada de tofu, y eso en el mejor de los casos.

–Mi padre era el polo opuesto –le dije, empezando a pelar otra gamba–. Creía firmemente en las dietas a base de carne. Para él, el pollo era una verdura.

–Ojalá.

–¡Gambas! ¡Necesito gambas! –gritó Delia a nuestra espalda.

Coloqué mi montón en un plato, corrí al fregadero, las enjuagué rápidamente y las sequé con un paño mientras ella colocaba palillos, servilletas y salsa rosa en una bandeja a toda velocidad.

–Estas galletas no duran nada –comunicó Kristy cuando volvió a entrar con la bandeja en equilibrio sobre la palma de la mano. Esa noche llevaba el atuendo más extravagante que le había visto hasta la fecha: minifalda de cuero negro, botas de motera y blusa blanca y floja, estilo campesino. Llevaba un recogido sujeto con dos palillos rojos–. Son todos los típicos profesores universitarios, muy curiosos, supereducados, pero bastante buitres al mismo tiempo. Dicen «Oh, Dios mío, qué pinta tan deliciosa», y te limpian la bandeja entera.

–Dos y muévete –le recordé.

–Como si no lo supiera. –Sopló para apartarse un mechón de pelo de la cara–. Es trabajo, no digo otra cosa.

Justo cuando Delia terminaba la fuente de las gambas, se oyó un estrépito en el salón. Nos quedamos petrificados.

–Mierda –masculló Delia–. O sea, miércoles. No, mierda, eso es lo que he dicho, mierda.

Kristy entreabrió la puerta.

–No se ha roto nada de la casa –informó, y vi que Delia se relajaba visiblemente–. Pero se ha estrellado un par de copas encima de la alfombra.

–¿Blanco o tinto? –preguntó Delia.

–Mmm..., creo que tinto.

–Mierda –repitió Delia mientras atravesaba la cocina en dirección al recipiente de Tupperware que siempre traía–. Y justo hoy se le tuvo que ocurrir a Bert tener otros planes.

Dirigí a Wes una mirada inquisitiva, y me explicó:

–Bert es el milagro antimanchas. Es capaz de limpiar cualquier cosa de cualquier superficie.

–¿En serio?

–Ya lo creo –asintió Wes mientras pelaba otra gamba–. Es mítico.

Delia sacó una botella de líquido limpiador de alfombras y un trapo del contenedor.

–¿Y a ti qué tal? –me preguntó, y me entregó las dos cosas.

–¿A mí qué tal qué?

–¿Qué tal se te da quitar manchas?

Miré el trapo y el quitamanchas que tenía en la mano mientras Kristy abría la puerta.

–Oh... –vacilé; a través de la puerta aún abierta, vi a Mónica agachada recogiendo con lentitud los cristales rotos y a la anfitriona, de pie a su lado mirándola–. No soy...

–Muy bien –dijo Delia, y me empujó para que saliera–. ¡Ve!

Me dio tal empujón que me tambaleé al cruzar el umbral, literalmente; por suerte, recuperé el equilibrio justo a tiempo de evitar aterrizar de narices en la mesa más cercana. Me recobré y crucé la sala en dirección a Mónica, que parecía haber hecho pocos avances en la limpieza de la alfombra.

–Hola, ¿estás bien? –le pregunté al arrodillarme junto a ella.

–Ajá.

Pero entonces se levantó, se limpió las manos con el delantal y echó a andar hacia la cocina, dejándonos a mí y a la bandeja allí plantadas. Se acabó el trabajo en equipo, pensé, así que dejé

el quitamanchas y el trapo en el suelo y me afané en recoger los cristales rotos tan deprisa como pude. Acababa de recoger el que esperaba sería el último y estaba empezando a rociar quitamanchas sobre la alfombra cuando oí una voz.

–Macy, ¿eres tú?

Durante un segundo seguí rociando líquido como si con ello fuera a conseguir borrar no solo la mancha, sino también toda la escena, yo incluida. Sin embargo, después de empapar la alfombra, estaba claro que no me quedaba otro remedio más que levantar la vista.

–Hola –saludé a la señora Talbot, que estaba de pie a mi lado y sujetaba una servilleta con un montón de gambas–. ¿Cómo están?

–Estamos bien –dijo, y señaló con una mirada vacilante al señor Talbot, que se estaba sirviendo gambas de la bandeja de Kristy a pesar de los esfuerzos desesperados de la chica para seguir avanzando–. ¿Estás... trabajando aquí?

Aunque sabía que era una pregunta más que comprensible, el hecho de que llevara puesto un delantal de Servicio de Comidas a Domicilio Deseo, de que tuviera un trapo en la mano y estuviera arrodillada peleándome con una mancha me hizo pensar si, después de todo, la señora Talbot sería tan inteligente como parecía.

–Sí –contesté sujetándome un mechón de pelo detrás de la oreja–. Bueno..., acabo de empezar.

–Pero sigues en la biblioteca, ¿no? –preguntó poniéndose seria de repente, y en sus gestos vi su parecido con Jason y la preocupación instintiva por que todo fuera Como Debía Ser.

Asentí y dije:

–Solo vengo de vez en cuando. Me saco un dinero extra.

–Ah. –Volvió la vista de nuevo hacia su marido, que seguía en el mismo sitio, masticando y con la servilleta llena de lo que parecían bastantes más de dos gambas–. Vaya. Estupendo.

Incliné la cabeza de nuevo y un instante después se le acercó otra mujer para preguntarle algo sobre un viaje de investigación, y gracias a Dios se alejaron. Llevaba al menos cinco minutos rociando la alfombra, frotando y volviendo a rociar cuando aparecieron a mi lado unas botas de motera haciendo ruido contra el suelo.

–Oye –me advirtió Kristy en voz baja–, no hace muy buen efecto verte agachada en el suelo.

–Pero hay una mancha en la alfombra, y Mónica me ha dejado tirada para que la limpiara yo.

Se agachó frente a mí, moviendo las rodillas hacia un lado con un gesto sorprendentemente femenino.

–Es muy duro para ella –me dijo con voz seria–. Le da mucha vergüenza su torpeza, así que muchas veces corre un tupido velo en lugar de reconocerlo. Es un mecanismo de defensa. Mónica es muy sensible, ¿sabes? En serio.

Tras estas palabras, Mónica salió de la cocina con una bandeja colmada de canapés de queso de cabra. Comenzó a cruzar el salón con rostro impávido e inexpresivo y pasó junto a nosotras sin tan siquiera dirigirnos una simple mirada.

–¿Lo ves?, está disgustada –comentó Kristy.

De pronto, una voz masculina retumbó sobre nuestras cabezas:

–¡Macy! ¡Hola, ahí abajo!

Kristy y yo levantamos la vista al mismo tiempo. Era el señor Talbot, por supuesto, con una sonrisa radiante, aunque sospeché que tenía más que ver con la bandeja de gambas de Kristy que con el hecho de volver a verme. Cuando nos levantamos, confirmó mi suposición alcanzando una y llevándosela a la boca de inmediato.

–Hola, señor Talbot –saludé mientras Kristy nos miraba, molesta–. Me alegro de verlo.

–Y yo a ti. Me dice Martha que has aceptado este trabajo además del de la biblioteca. Eres incansable. Sé que para Jason el trabajo de la biblioteca es un compromiso que le ocupa todo el tiempo.

–Ya, bueno... –dije mientras recogía el quitamanchas y el trapo; milagrosamente, parecía que la mancha estaba desapareciendo poco a poco–. Seguro que para él sí.

El señor Talbot pescó otra gamba y levantó las cejas.

–Quiero decir –puntalicé rápidamente al tiempo que Kristy cambiaba la bandeja de brazo– que Jason se compromete a fondo con todo lo que hace. Se concentra muchísimo en todo.

–Ya lo creo –asintió con un gesto de cabeza, y luego añadió en voz más baja–: Me alegra que lo entiendas, teniendo en cuenta la decisión que ha tenido que tomar recientemente respecto a vuestra relación.

El señor Talbot se limpió los labios con la servilleta y continuó:

–Y lo cierto es que te quiere mucho. Pero no quiere abarcar demasiado para poder centrarse en lo que tiene entre manos. Debe tener mucho cuidado de que nada le distraiga de sus objetivos.

Me quedé inmóvil, preguntándome cómo esperaba exactamente que yo reaccionara ante aquello. ¿Yo era una distracción que le iba a impedir alcanzar sus objetivos? Noté que me estaba sonrojando.

–De todos modos –prosiguió el hombre–, sé que tiene la esperanza, igual que nosotros, de que podáis arreglar las cosas cuando vuelva.

Y con estas palabras, se dispuso a alcanzar otra gamba. Pero cuando sus dedos se aproximaron al borde de la bandeja, Kristy la retiró con tal fuerza que un par de gambas se escurrieron por el lado opuesto y aterrizaron en la alfombra con sendos golpes secos. El señor Talbot se quedó perplejo. Luego bajó la vista hacia las gambas que se habían caído, como preguntándose si en aquel caso también se debía guardar la distancia de seguridad.

–Lo siento mucho –se disculpó Kristy con voz suave a la vez que giraba sobre sus talones–, pero nuestro objetivo es sacar enseguida otra ronda de aperitivos y no podemos permitir que nada nos distraiga.

–Kristy –protesté entre dientes.

–Vamos –dijo ella.

Y a continuación comenzó a cruzar la sala y no se me ocurrió hacer otra cosa más que seguirla. Así lo hice, sin mirar atrás, aunque no estaba segura de si el motivo era proteger mi orgullo o mis ojos del espectáculo del señor Talbot comiendo gambas del suelo.

Kristy abrió de un golpe la puerta de la cocina, se acercó a la encimera y depositó la bandeja con brusquedad. Wes y Delia, que estaban colocando copas de vino en dos bandejas, se volvieron para mirarnos, sorprendidos.

–No os vais a creer lo que acaba de ocurrir ahí fuera –dijo Kristy.

–¿Se ha roto o han vuelto a tirar algo más? –se alarmó Delia–. Dios mío, ¿pero qué pasa hoy?

–No –dijo Kristy; yo estaba disgustada, incluso ofendida, pero al mirarla me di cuenta de que ella estaba cabreadísima–. ¿Sabéis quién está ahí?

Delia miró a la puerta.

–¿Mónica?

–No, el padre del gilipollas del novio de Macy. ¿Y sabéis lo que ha hecho, delante de Dios, de mí y de todo el mundo?

Esta vez, ni Delia ni Wes formularon ninguna hipótesis y se limitaron a mirarme a mí y luego a Kristy. Desde la cocina se oyó de nuevo la risa cantarina de la señora Talbot.

–Ha dicho que el capullo de su hijo ha decidido darse un tiempo en su relación porque Macy no estaba a la altura de sus objetivos.

Delia abrió los ojos como platos. No pude saber cuál era la reacción de Wes, porque yo estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para no mirarlo.

–¡Y después –continuó casi a voz en grito– se comió media bandeja de gambas! Insulta a mi amiga, ¡en su cara!, y luego intenta seguir pillando gambas. Me dieron ganas de arrearle un puñetazo.

–Pero no lo hiciste, ¿verdad? –preguntó Delia con tiento.

–No –respondió Kristy, con lo cual Delia se relajó visiblemente–, pero lo corté. De ahora en adelante, está castigado sin crustáceos. Como se le ocurra volver a pescar otro, se lleva un pisotón.

–Oh, no hagas eso –le pidió Delia mientras yo me concentraba en una manchita de la pared de enfrente y seguía intentando tranquilizarme tras las distintas situaciones incómodas que se habían sucedido en torno a mí en los últimos minutos–, por favor, por Dios te lo pido. ¿No puedes evitarlo sin más?

–Es una cuestión de principios –explicó Kristy al tiempo que llenaba su fuente de gambas, a puñados–, y no, no puedo.

La puerta volvió a abrirse y Mónica entró con parsimonia y soplándose el flequillo.

–Gambas –pidió con voz inexpresiva y mirando a su hermana.

–No faltaba más –le espetó Kristy, y colocó otro tarro de salsa rosa y unas servilletas encima de la bandeja con un golpe seco–. Cabrones.

–Kristy... –dijo Delia.

Pero ella ya estaba cruzando el umbral, con la bandeja levantada a la altura del hombro. Cuando se cerró la puerta, Delia miró a su alrededor con cierta desesperación, y después levantó cuidadosamente una bandeja llena de copas de vino con ambas manos.

Luego empujó la puerta con el pie y la mantuvo entreabierta para echar un vistazo al salón, donde pudimos ver a Kristy pasando sin detenerse junto a un grupo de personas que intentaron en vano alcanzar las gambas.

–Para curarnos en salud –dijo la mujer–, voy a servir una ronda ahí fuera y así la vigilo. Wes, encárgate de sacar la otra bandeja con las copas, y tú, Mónica, prepara otra fuente de canapés. Y Macy...

Me volví, aliviada al tener algo con que distraer mis pensamientos.

–... lo siento.

Pronunció estas palabras con una sonrisa tan cariñosa que se convirtió en una tercera situación incómoda, la más embarazosa de todas, aunque sabía que no había sido esa su intención. De todos modos, me sentí herida en mi amor propio cuando la puerta volvió a abrirse, como si todas las carencias que había sentido desde aquel mensaje de Jason hubieran dejado de estar ocultas en mi interior y afloraran a la superficie con la misma claridad que si las llevara escritas en la frente.

Cuando Delia salió, la cocina pareció encogerse. Mónica colocaba canapés en su fuente con lentitud mientras Wes, detrás de mí, terminaba de llenar las copas. Al otro lado de la puerta de la cocina se veían el jardín y la carretera que discurría fuera, y durante unos segundos consideré la idea de abrirla y salir al exterior; casi podía sentir la hierba bajo los pies y el sol dándome en la cara cuando por fin la deseché.

Mónica recogió su bandeja, luego pasó rozándome y se dirigió al salón. Al abrirse la puerta, oí el ruido y las voces de la fiesta durante un segundo y después todo volvió a quedar en silencio.

Me volví para mirar a Wes; estaba levantando la bandeja y colocando bien las copas, desde luego más preocupado por mantenerlas en equilibrio que por mis diversas carencias. Pero entonces me miró.

–Oye... –comenzó, y noté que parte de mí se preparaba para lo que vendría a continuación.

–Estoy bien –solté mi respuesta facilona y maquinal–. No es nada, solo una tontería que ha dicho una persona.

–¿... podrías ocuparte de la otra bandeja? –terminó.

Luego, los dos nos callamos de repente; fue uno de esos momentos en que uno no está seguro de cómo reaccionar, como si fuera la *photo finish* de una conversación y tuviéramos que esperar el veredicto de los jueces.

–Sí. –Señalé con un gesto de cabeza la bandeja que tenía a su espalda–. Sal tú primero y te sigo.

–De acuerdo –dijo. Después, durante un instante, me miró como si estuviera pensando que quizá debería decirme algo más. Pero no lo hizo. Se encaminó a la puerta y la abrió con la mano libre–. Te veo ahí fuera.

Tras perderlo de vista en el salón, capté otra imagen fugaz y sesgada de la fiesta, aunque no pude ver mucho; pero tampoco hacía falta, la verdad. Sabía que Kristy probablemente estaría infligiendo la venganza que creía que debía ofrecerme, mientras Delia se movía pegada a ella disculpándose y limando asperezas. Mónica, casi seguro, iría a su aire, ajena a todo o profundamente inmersa en sus emociones, dependía de lo que cada uno quisiera creer, mientras Wes estaría cubriendo el perímetro exterior, siempre pendiente de todo. Al otro lado de la puerta existía un mundo distinto, el mundo de los Talbot, al que yo ya no pertenecía, si es que había pertenecido alguna vez. Pero no era malo no encajar en todas partes, siempre y cuando encajaras en alguna. Así que recogí mi bandeja, con cuidado de mantenerla en equilibrio, y abrí la puerta para reunirme con mis amigos.

–Delia, ¿quieres hacer el favor de marcharte de una vez? –dijo Kristy–. Todo está en orden.

Delia sacudió la cabeza y apretó un dedo contra la sien.

–Me olvido de algo, lo sé. ¿Qué puede ser?

Su marido, Pete, que estaba esperándola junto al coche con las llaves en la mano, preguntó con infinita paciencia:

–¿Puede ser que habíamos reservado una mesa para cenar para hace diez minutos?

–No –respondió Delia, y le lanzó una mirada furibunda–, es otra cosa. Piensa, Delia, por Dios, piensa.

A mi lado, Kristy bostezó y echó una ojeada al reloj. Eran las ocho y media, y, por fin, ya terminada la fiesta académica, nos habíamos reunido en el camino de acceso de los anfitriones, esperando para marcharnos. Ya estábamos listos cuando Delia tuvo aquella sensación.

–¿Sabéis a qué me refiero, cuando estás segura de que te olvidas de algo? –dijo chasqueando los dedos, como si ese gesto pudiera provocar una especie de desplazamiento molecular que le refrescara la memoria.

–¿Seguro que no es cosa del embarazo? –preguntó Kristy.

Delia la fulminó con la mirada y dijo:

–Sí, seguro.

Los demás intercambiamos miradas. Cuanto más se acercaba la fecha en que salía de cuentas, más se enfadaba cuando alguien atribuía algo –pérdida de memoria, cambios de humor, la convicción de que hacía demasiado calor aunque a alguien le castañetearan los dientes– a su estado.

–Por favor, cariño –dijo su marido con voz suave, poniéndole la mano en el hombro con cautela–, la canguro nos cuesta diez dólares la hora. ¿Podemos irnos ya a cenar?

Delia cerró los ojos en un esfuerzo por recordar y después sacudió la cabeza.

–Vale –dijo, y con esa simple palabra todo el mundo comenzó a dispersarse; Pete abrió la puerta de su coche, Kristy sacó las llaves del suyo y Wes se dirigió a la furgoneta–, pero cuando lo recuerde dentro de cinco minutos, será demasiado tarde.

Seguía murmurando mientras se sentaba con cuidado en el asiento del pasajero y se abrochaba el cinturón de seguridad, que apenas abarcaba su contorno. Al sentarme en la furgoneta junto a Wes, contemplé cómo salían del camino de acceso y se incorporaban a la carretera. Cuando llegaron a la señal de STOP de la esquina, me pregunté si ya se habría acordado. Probablemente.

–¡¿Cuándo sale de cuentas?! –preguntó Kristy a gritos cuando el coche en el que iba con su hermana se puso a la altura de la furgoneta.

Un cuarto de hora antes, tras cobrar y guardar todo en la furgoneta, había desaparecido en el interior del garaje durante unos minutos para reaparecer con un atuendo totalmente distinto: minifalda vaquera, blusa con lazadas en las mangas, sandalias de plataforma y el pelo recogido en una coleta alta. Aparte de su versatilidad, me asombró cuando la vi dar una vueltecita rápida para lucirse. No tenía nada que envidiar a la velocidad de Clark Kent cuando se transformaba en Superman, y eso que él no tenía que preocuparse por el pelo.

–El diez de julio –contestó Wes al tiempo que ponía el motor en marcha.

–Lo cual nos deja... –dijo Kristy entornando los ojos al intentar hacer el cálculo por un instante antes de rendirse–, bueno, un montón de tiempo hasta que vuelva a ser normal.

–Tres semanas –dije.

–Exacto. –Kristy suspiró y se miró en el espejo retrovisor–. Bueno, escucha. La fiesta es en Lakeview. Gira a la derecha para meterte por Hillcrest, luego a la izquierda en Willow, y es la última casa del callejón. Os vemos allí. Ah, Macy, y...

–¿Sí?

Se estiró para asomar el cuerpo por la ventanilla, como si estuviéramos compartiendo una confidencia, a pesar de que nos separaba un espacio bastante amplio, por no mencionar a Wes.

–Sé de buena tinta –comunicó en voz baja– que habrá unos chicos imponentes. ¿Sabes a qué me refiero?

Wes, a mi lado, jugueteaba con su visera.

–Eeh..., no –dije.

Metió la marcha y luego me dijo señalándome:

–No te preocupes. Al final de la noche lo habrás averiguado. ¡Nos vemos allí!

Luego arrancó en medio de una nube de polvo con la radio a todo volumen; apenas paró en el STOP del final de la calle.

–Bueno –dijo Wes cuando bajábamos el camino de acceso a una velocidad ligeramente menor–, a la fiesta, entonces, ¿no?

–Sí, claro.

Durante los primeros cinco minutos busqué en vano un comienzo de conversación que me pareciera ingenioso. Mientras recorríamos las carreteras secundarias, tranquilas y casi desiertas,

pasaron por mi mente todo tipo de tópicos, desde los más inocentes hasta los que podían ser sutilmente prometedores. Al final, incapaz de seguir soportando aquel silencio por más tiempo, abrí la boca, sin ni siquiera saber lo que iba a decir.

–Bueno –empecé, y me quedé ahí. Nos quedamos los dos ahí.

De pronto, el motor, que hasta aquel momento había funcionado bien con un alegre ronroneo, comenzó a toser. Luego a dar sacudidas. Luego a quejarse. Y luego se paró. Nos quedamos tirados en medio de la carretera.

Durante un instante, ninguno de los dos dijo nada. Un pájaro pasó por encima de la furgoneta y su sombra recorrió el parabrisas.

–Bueno –dijo Wes, como si retomara la conversación que yo había querido empezar–, ya sabemos de qué se olvidó Delia.

Lo miré.

–¿De qué?

Señaló el indicador de la gasolina, cuya aguja estaba en posición casi horizontal señalando 0%. Vacío.

–De echar gasolina.

–De echar gasolina –repetí, y en mi interior oí la voz de Delia, también repitiéndolo al tiempo que se daba una palmada en la frente. De echar gasolina.

Wes ya había abierto la puerta; se bajó y dejó que se cerrara a su espalda. Yo hice lo mismo, y rodeé la furgoneta para salir a la carretera desierta y mirar a ambos lados.

Alguna vez había oído la expresión «estar en medio de la nada», pero siempre me había parecido una exageración. Ahora, sin embargo, al intentar abarcar con la vista los pastos llanos que nos rodeaban por todas partes, me pareció totalmente apropiada. No había ni un coche a la vista. Ni ninguna casa. La única luz era la de la luna, llena y amarilla, a medio camino entre la tierra y el cenit.

–¿A qué distancia crees que estará la gasolinera más cercana? –pregunté.

Wes entornó los ojos y miró en la dirección de la que veníamos; después se volvió y escrutó el otro lado, como si estuviera recogiendo datos para llegar a una conclusión científica.

–No lo sé –dijo por fin–, pero supongo que lo averiguaremos.

Empujamos la furgoneta hacia el arcén y después subimos las ventanillas y la cerramos. Todo sonaba estridente en medio de aquel silencio: nuestros pasos, el ruido de las puertas al cerrarse, el búho que ululó en lo alto y me hizo dar un respingo. Esperé en el medio de la carretera mientras Wes examinaba la furgoneta por última vez; luego se acercó con las manos en los bolsillos.

–Muy bien, hay que decidir: ¿izquierda o derecha?

Miré a un lado, luego al otro.

–Izquierda –respondí, y nos pusimos en camino.

–Natillas –dijo Wes.

–Salchichón –fue mi réplica.

Se quedó pensando unos instantes y oí nuestros pasos en el silencio.

–Naranja –continuó.

–Azafrán.

–Dios mío, ¿pero qué otras comidas hay que empiecen por ene? –se lamentó Wes echando la

cabeza hacia atrás y mirando al cielo.

–Te lo dije. He jugado bastantes veces.

Se quedó pensando unos instantes. Llevábamos andando unos veinte minutos y no había pasado ni un coche. Yo llevaba mi teléfono, pero Kristy no contestaba, Bert no estaba en casa y mi madre estaba en una reunión, así que nos habíamos quedado solos, al menos de momento. Después de caminar en silencio durante un rato, Wes había propuesto que jugáramos a algo, aunque solo fuera para matar el tiempo. Estaba demasiado oscuro para jugar al veo, veo, así que sugerí las palabras encadenadas, algo a lo que él nunca había jugado. Hasta le dejé escoger la categoría –comida–, pero seguía dándole vueltas.

–Nescafé –dijo por fin.

–No vale; es una marca.

–Pero es comida.

–No, bebida, en todo caso.

Me miró.

–No me digas que te lo tomas tan en serio.

–No. –Metí las manos en los bolsillos. Sopló una ráfaga fresca que hizo susurrar a las hojas de los árboles–. Lo único que he dicho es que es una marca, y además es bebida, no comida.

–Eres una persona de reglas.

–Mi hermana siempre hacía trampas. Casi me obligó a serlo.

–¿Hacía trampas en esto?

–Hacía trampas en todo. Cuando jugábamos al Monopoly siempre quería ser la banca y se concedía miles de créditos y «comisiones» por cada transacción inmobiliaria. Yo debía de tener diez años la primera vez que jugué en casa de una amiga y me dijeron que no se podía hacer eso.

Wes se echó a reír y su carcajada sonó muy fuerte en medio de aquel silencio. Noté que se me escapó una sonrisa al recordar las trampas de Caroline.

–Cuando nos retábamos a sostenernos la mirada, ella siempre pestañeaba. Siempre. Pero luego juraba y perjuraba que no, y te hacía volver a jugar una y otra vez. Y en el juego de la verdad, mentía. Descaradamente.

–¿El juego de la verdad? –preguntó Wes con una mirada de soslayo mientras algo, otro búho, supongo, ululaba a nuestra espalda–. ¿Y eso qué es?

–¿Tampoco has jugado nunca al juego de la verdad? –pregunté asombrada–. Dios mío, pero ¿qué hacíais en los viajes largos?

–Hablabamos de política y de sucesos y nos enfrascábamos en discusiones vibrantes.

–Ah.

–Te estoy tomando el pelo –dijo sonriendo–. Normalmente leíamos tebeos y nos peleábamos hasta que mi padre amenazaba con parar el coche y «tranquilizarnos de una vez por todas». Y después, cuando solo estaba mi madre, cantábamos canciones tradicionales.

–Cantabais canciones tradicionales –repetí como para entenderlo mejor. No sabía por qué, pero no me lo podía imaginar.

Wes suspiró.

–No tenía otra opción. Era como el pan de lentejas, si quieres lo comes y si no lo dejas, pero no había otra cosa. Me sé todo el repertorio de Woody Guthrie, el rey del folk.

–Cántame algo, anda –dije al tiempo que le daba un codazo–. Sabes que lo estás deseando.

Se negó categóricamente.

–No.

–Venga. Seguro que tienes una voz preciosa.

–No.

–Wes –dije muy seria.

–Macy –repitió él también muy serio–. No.

Durante un minuto caminamos en silencio. A lo lejos, muy a lo lejos, vi las luces de unos faros, pero un segundo después viraron en otra dirección y desaparecieron. Wes suspiró y sacudió la cabeza, y yo me pregunté qué distancia habríamos recorrido ya.

–Vale, pues al juego de la verdad –propuso–. ¿Cómo se juega?

–¿Eso es porque no se te ocurre ninguna comida que empiece por ene?

–No –dijo indignado–. Bueno, puede. ¿Cómo se juega?

–No podemos –dije mientras coronábamos una pequeña elevación a un lado de la carretera junto a la que arrancaba una valla.

–¿Por qué no?

–Porque puede ser muy desagradable.

–¿Por qué?

–Porque sí. Tienes que decir la verdad aunque no quieras.

–Puedo soportarlo.

–Si ni siquiera eres capaz de decir una comida que empiece por ene.

–¿Y tú?

–Nabo. Nécora.

–Vale, vale. Prueba superada. Ahora dime cómo se juega.

–De acuerdo, pero tú lo has querido –advertí.

Me miró sin decir nada. Muy bien, pensé, vamos allá.

–En el juego de la verdad la única regla es que tienes que decir la verdad.

–¿Cómo se gana?

–Qué masculina es esa pregunta.

–¿Qué pasa, que a las chicas no os gusta ganar? –protestó–. Por favor. Fuiste tú la que se me echó encima con las reglas del juego afirmando que Nescafé no es una comida.

–Y no lo es, es una bebida.

Hizo un gesto de fastidio. No me lo puedo creer, pensé. Hace una semana o dos, decir una frase entera delante de Wes era todo un reto. Y ahora estamos discutiendo sobre bebidas.

–Vale –dijo–. El juego de la verdad. ¿Decías...?

Tomé aliento.

–Para ganar, uno de los dos tiene que negarse a responder a una pregunta. Por ejemplo, pongamos que te hago una pregunta y tú no contestas; entonces me preguntas tú, y si contesto, gano.

–Pero eso es demasiado simple. ¿Y si te hago una pregunta fácil?

–No deberías. Tiene que ser una pregunta difícil, porque no querrás que te gane.

–Aaaah –dijo con un gesto de asentimiento, y reflexionó unos instantes–. Bueno, esto es muy retorcido.

–Es un juego de chicas –expliqué mientras echaba la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas–. Siempre viene bien para introducir un poco de emoción en una fiesta de pijamas. Ya te dije que no ibas a querer jugar.

–Claro que quiero –dijo Wes, e irguió los hombros–. Podré soportarlo.

–¿Eso crees?

–Sí, venga.

Pensé durante unos segundos. Íbamos caminando por el medio de la carretera, siguiendo la línea amarilla bajo la luz sesgada de la luna.

–Muy bien –empecé–. ¿Cuál es tu color favorito?

Me miró.

–No me hagas esos regalos –objetó–. Es humillante.

–Es para introducirte en el juego poco a poco.

–No me hace falta. Haz una pregunta seria.

–Vaaale.

Hice un gesto de hastío, y sin pensármelo demasiado, pregunté:

–¿Por qué te enviaron al Centro Myers?

Guardó silencio durante unos instantes, y me di cuenta de que me había pasado de la raya. Pero luego respondió:

–Entré en una casa por la fuerza con un par de tíos con los que andaba. No robamos nada, solo nos bebimos un par de cervezas, pero un vecino nos vio y llamó a la Policía. Salimos corriendo, pero nos pillaron.

–¿Por qué lo hiciste?

–¿Qué, salir corriendo?

–No –dije, aunque tuve que reconocer que también sentía curiosidad sobre eso–. Entrar en una casa.

Wes se encogió de hombros.

–No lo sé. Mis amigos ya lo habían hecho en un par de ocasiones, pero para mí era la primera vez. Estaba con ellos, así que me dejé llevar. –Se pasó una mano por el pelo–. Fue mi primer delito, mi único delito, pero el condado se tomó muy en serio lo de imponer una sanción inmediata como elemento disuasorio, así que me condenaron a seis meses. Me dejaron salir después de cumplir cuatro.

–Mi novio –dije, aunque en aquel mismo momento sentí la necesidad de corregirme–, o lo que sea, daba clases allí.

–¿En serio?

–Sí –asentí.

–¿Qué os pasó a tu novio y a ti?

–¿Cómo?

–Ahora me toca preguntar a mí. Así es el juego, ¿no?

–Eh..., sí, supongo.

Hizo un gesto con la mano que seguramente quería decir «pues vamos allá». Vaya por Dios, pensé mientras escrutaba el horizonte en busca de alguna luz. Pero no hubo suerte.

–Sigo esperando –dijo Wes–. ¿Eso quiere decir que pasas?

–No –contesté–. O sea: no. Voy a responder. Solo estoy pensando la respuesta.

Transcurrieron unos segundos más.

–¿Hay límite de tiempo? –preguntó Wes. Le lancé una mirada asesina–. Solo lo pregunto.

–Muy bien –dije, y tomé aire para continuar–. Empezamos a salir hará un año y medio, más o menos. Y..., bueno, es un genio. Muy inteligente y motivado. Se ha ido a pasar el verano fuera y yo... supongo que me puse un poco empalagosa o algo así, y eso le debió de inquietar. Es muy independiente.

–Define empalagosa.

–¿No sabes lo que significa empalagosa?

–Sé lo que significa para mí, pero puede tener distintos significados según para quién.

–Bueno –empecé a explicarle, aunque no sabía muy bien cómo, así que hice una pausa–. Para empezar, se disgustó por no tomarme más en serio mi trabajo; le estoy sustituyendo. Y después le dije que lo quería en un mensaje, y se puso algo nerviosillo.

–¿Nerviosillo?

–¿También necesitas una definición?

–No, sé lo que significa. –Eché la cabeza hacia atrás para mirar a la luna–. O sea, que las cosas se enfriaron porque dijiste esas dos palabras y porque no te tomabas tu trabajo en la biblioteca tan en serio como a él le habría gustado.

–Exacto.

Seguía pareciendo una auténtica estupidez, pero eso es lo que pasa cuando solo se expone la información reducida al mínimo, sin... Entonces me di cuenta.

–Un momento –dije, y me detuve–. Yo no te he mencionado la biblioteca.

–Sí lo has hecho. Has dicho...

–No, no he dicho nada –dije. Yo estaba segura de que no lo había hecho.

Nos quedamos inmóviles unos instantes.

–Kristy –dije por fin.

–No exactamente. Os oí hablar la otra noche, cuando fuimos al claro.

Retomé la marcha.

–Bueno, pues ya lo has oído dos veces. Aunque creo que habría que penalizarte de algún modo, porque me has hecho una pregunta cuya respuesta ya sabías, y eso va totalmente contra las reglas.

–Creí que la única regla era decir la verdad.

Hice una mueca.

–Bueno, pues hay dos reglas.

Wes protestó:

–Lo siguiente será decirme que hay que pagar comisiones.

–¿Qué te pasa?

–Lo único que digo –respondió encogiéndose de hombros– es que voto por eliminar la segunda norma.

–No puedes votar. Es un juego con reglas establecidas.

–Está claro que no. –Era terco como una mula, o al menos eso parecía–. Parece que te vas inventando reglas sobre la marcha.

–No –repose indignada. Me miró y quedó patente que no me creía–. Muy bien. Si lo que quieres es proponer un cambio en las reglas del juego, al menos tendrás que exponer tus motivos.

–Cómo suena eso a consejo estudiantil. –Se rio.

Estaba casi segura de que aquello era un insulto.

–Estoy esperando –dije.

–Se debería permitir hacer de vez en cuando una pregunta cuya respuesta ya se sabe –dijo mientras yo me preguntaba cómo una persona que acababa de conocer el juego se atrevía a proponer un cambio de normas– para estar seguro de que el contrincante está diciendo la verdad.

Y en ese momento los vimos: unos faros a lo lejos. Se acercaban cada vez más, hasta que al final viraron a la izquierda y desaparecieron por una carretera secundaria. Tan cerca y a la vez tan lejos.

Wes dejó escapar un suspiro, movió la cabeza y me miró.

–Vale, olvídalo. Retiro la propuesta. Decimos la verdad o nos atenemos a las consecuencias.
¿De acuerdo?

–Por mí bien.

–Pues adelante. Te toca.

Pensé unos instantes, buscando una buena pregunta, y por fin se me ocurrió:

–Está bien, ya que me toca... ¿Qué pasó con tu última novia?

–¿Con mi última novia o con mi novia actual?

Debo reconocer que me quedé sorprendida. No solo sorprendida, a juzgar por el vuelco que me dio el corazón, sino también decepcionada. Pero fue solo un instante. Por supuesto que un chico como él tendría novia.

–La actual. ¿Cómo están las cosas?

–Bueno, para empezar, está recluida.

–¿Sales con una reclusa?

–Está en rehabilitación –dijo con la misma naturalidad con que yo podía contar que Jason estaba en un campamento para cerebritos–. La conocí en Myers. Entró por cometer pequeños hurtos en tiendas, pero luego la pillaron con marihuana, así que ahora está en el Centro Evergreen. Al menos hasta que el seguro de su padre deje de pagar.

–¿Cómo se llama?

–Becky.

Becky. Becky la fumeta ratera, pensé, e inmediatamente me dije que estaba siendo un poco mezquina.

–Entonces vais en serio.

Wes se encogió de hombros.

–Durante el último año se ha metido en varios líos, así que apenas nos hemos visto. Dice que le horroriza la idea de que la vea en Evergreen; ahora, más o menos estamos esperando hasta que salga y luego ya veremos qué pasa.

–¿Y eso cuándo será?

–Al final del verano. –Dio una patada a una piedra, que voló rozando el asfalto–. Hasta entonces, las cosas quedarán en suspenso.

–Como nosotros. Volveremos a vernos en agosto, y entonces estaremos seguros de si seguimos queriendo lo mismo, o si lo mejor es que esta separación sea permanente.

Al oír estas palabras, hizo una mueca y comentó:

–Eso suena muy formal.

–Lo es –suspiré–. Palabras textuales de su último mensaje.

–Ufff.

–Ya.

Así que allí estábamos, Wes y yo, sin dejar de caminar, a oscuras, en período de espera. Pero era curioso, pensé, lo mucho que puedes tener en común con una persona y no saberlo si no la tratas. Aquella primera noche de la fiesta de mi madre había sido simplemente un chico atractivo al que me imaginaba que nunca volvería a ver. Me pregunté qué habría pensado él de mí.

–Bueno, me toca –dijo a la vez que empezábamos a subir una cuesta bordeada de árboles.

Yo metí las manos en los bolsillos.

–Vale, estoy lista.

–¿Cuál fue la verdadera razón de que dejaras el atletismo?

Noté que me faltaba el aire, como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago: me había

pillado totalmente desprevenida. Podía soportar las preguntas sobre Jason, pero esto era distinto. Más serio. Pero era el juego de la verdad, y hasta el momento Wes no había hecho trampas. La noche era oscura y tranquila, y estábamos solos. Y de pronto me sorprendí a mí misma respondiendo.

–La mañana en que murió mi padre –empecé, con la mirada fija en la carretera–, entró en mi habitación para despertarme y salir a correr, pero yo estaba como un tronco y me dio pereza, así que le dije que se fuera solo.

Era la primera vez que contaba todo aquello en voz alta, y apenas podía creer que lo estuviera haciendo.

–Sin embargo, minutos después, cambié de opinión. –Hice una pausa y tragué saliva. No tenía por qué hacerlo. Podía pasar, y si perdía, tampoco sería un drama. Pero continué hablando sin saber muy bien por qué–. Así que me levanté y salí a buscarlo. Conocía la ruta, era la que siempre hacíamos juntos. Por nuestra calle, luego hacia la derecha en Willow, y otra vez a la derecha en McKinley.

Wes no decía nada, pero yo sabía que estaba escuchando. Lo percibía.

–Habría recorrido unos quinientos metros cuando subí la cuesta y lo vi. Estaba tendido en la acera.

Noté que me miraba, pero si volvía la cara hacia él me interrumpiría, así que seguí hablando. Mis pasos, nuestros pasos, resonaban con firmeza. Sigue, me dije, sigue.

–Al principio ni siquiera fui capaz de procesarlo, ¿sabes? Quiero decir, mi mente no lo asimiló, aunque lo tenía delante de las narices.

Las palabras seguían fluyendo casi demasiado rápido, amontonándose en mi lengua como si hubieran estado retenidas durante tanto tiempo que ahora, por fin, nada pudiera frenarlas. Ni siquiera yo.

–Eché a correr más rápido. Y con ello quiero decir más rápido que nunca. Supongo que fue la adrenalina. Jamás en mi vida había corrido tan rápido.

Lo único que oía eran nuestros pasos. Y el silencio de la noche. Y mi voz.

–Y luego ese hombre –continué–. Una persona cualquiera que por casualidad pasaba por allí de camino a la tienda, y había parado para intentar reanimarlo. Cuando llegué a su lado, ya había desistido. Llegó la ambulancia y fuimos al hospital, pero ya era demasiado tarde.

Ya estaba hecho. Consumado. Noté que se me había acelerado la respiración y por un momento me sentí insegura, como si al desvelar por fin aquel episodio hubiera perdido pie. El dolor puede ser una carga, pero también un ancla. Te acostumbras a su peso, al modo en que te ayuda a mantenerte firme.

–Macy –dijo Wes con voz suave.

–No. –Sabía lo que vendría a continuación, alguna expresión de condolencia, y no quería oírla, y menos que nunca en aquel momento, menos que nunca viniendo de él–. Por favor...

Pero entonces, de pronto, se hizo la luz. Una luz fuerte y amarilla que se elevó desde el otro lado de la cuesta y nos inundó de lleno: de repente, volvimos a tener sombra a nuestra espalda. Parpadeamos, y Wes se llevó una mano a la frente para protegerse los ojos. El motor del coche emitía un ruido fuerte, y nos pareció que transcurría una eternidad hasta que el vehículo llegó a nuestra altura y se detuvo.

–Hola –dijo una voz masculina desde detrás del volante. Después del repentino resplandor, no fui capaz de distinguir su cara–. ¿Necesitáis que os lleve a alguna parte, chicos? ¿Qué hacéis por aquí?

–Nos hemos quedado sin gasolina –le explicó Wes–. ¿Dónde está la estación de servicio más cercana?

El hombre señaló con el índice a nuestra espalda.

–A unos cinco kilómetros en esa dirección. ¿Dónde tenéis el coche?

–A algo más de tres kilómetros en esa dirección –contestó Wes.

–Venga, subid –dijo el hombre, y alargó el brazo para abrir la puerta de atrás–. Os llevo. Casi me dais un susto de muerte, caminando en la oscuridad. Creí que erais ciervos, o algo así.

Wes abrió la puerta, dejó que subiera yo primero y luego se sentó a mi lado. El coche olía a tabaco y a aceite lubricante, y cuando el hombre se puso en marcha distinguí su perfil: tenía el pelo blanco y la nariz aguileña, y conducía despacio, casi tanto como Bert. Era asombroso que no lo hubiéramos visto venir. Apareció de la nada, como si hubiera caído del cielo.

Me apoyé en el respaldo del asiento y noté que mi corazón latía a toda prisa: no me podía creer lo que acababa de confesar. Ya no había manera de borrar la historia y volver a guardarla cuidadosamente doblada donde la había mantenido oculta todo ese tiempo. Daba igual lo que ocurriera; en lo sucesivo, siempre recordaría a Wes, porque al contarle mi historia, él había pasado a formar parte de ella.

–¿Es la vuestra? –preguntó el hombre mirándonos por el retrovisor al pasar junto a la furgoneta de Deseo.

–Sí, señor –respondió Wes.

–Claro, supongo que no teníais manera de saberlo –dijo el hombre, y no supe a qué se refería hasta un minuto más tarde, cuando coronamos una cuesta, se metió por una carretera adyacente y vimos una gasolinera toda iluminada. El letrero de neón de la ventana decía, casi con alborozo, ABIERTO–. No teníais ni idea de lo cerca que estabais.

–No –respondió Wes–, ni idea.

Cuando entramos en la gasolinera me volví para mirarlo, para decir algo, pero él ya estaba abriendo la puerta y saliendo del coche; luego se acercó al maletero, donde el hombre guardaba una lata de gasolina. Me quedé allí sentada bajo el fluorescente parpadeante mientras el hombre entraba a comprar cigarrillos y Wes echaba gasolina, de espaldas a mí y con la vista fija en la cifra creciente que marcaba el surtidor.

Volví la cabeza y vi que estaba mirándome. Era la primera oportunidad que había tenido de mirarlo y ver su cara con claridad desde hacía más de una hora, y me preparé para lo que podría ver. Después de todo, con Jason, cada vez que yo intentaba dar un paso, él se retraía. Yo siempre estaba preparada para cualquier cosa, incluso esperaba que volviera a pasar.

Pero al mirar a Wes, solo vi aquellos rasgos familiares, ahora más que antes, y su media sonrisa. Me hizo un gesto para que bajara la ventanilla.

–Hola –me dijo.

–Hola.

Esperé. Y ahora, ¿qué vendría?, me pregunté. ¿Qué palabras pronunciaría para tratar de mejorar la situación?

–Ya sé una –dijo.

Durante un instante, parpadeé, confusa.

–¿Cómo?

–Níspero. Y no digas que no es comida porque sí lo es. Estoy deseando retomar la batalla.

Sonreí.

–No hace falta. Es buenísima.

El surtidor se detuvo; Wes apartó la manguera y enroscó el tapón en la lata de gasolina.

–¿Necesitas algo? –preguntó, y cuando respondí con una negativa, se dirigió a la tienda.

Oí un zumbido a mis pies: mi teléfono. Abrí el bolso, lo saqué y apreté el botón para contestar a la llamada antes de llevármelo al oído.

–¿Dig...?

–¿Dónde estáis? –preguntó Kristy a bocajarro. Oí sonidos de fiesta de fondo, música y voces que hablaban muy alto—. ¿Tenéis idea de lo preocupadas que estamos? Mónica se ha puesto mala y todo, está inconsolable...

–Nos hemos quedado sin gasolina –respondí, y me llevé el teléfono a la otra oreja—. Te dejé un mensaje. Nos hemos quedado tirados en medio de la nada.

–¿Un mensaje? No he recibido... –Se produjo una pausa, casi seguro debido a que estaba mirando los mensajes por primera vez—. Ah. Vale. Dios mío, pero ¿dónde estáis? ¿Estáis bien?

–Sí, estamos bien. Nos han traído a una estación de servicio y ahora mismo estamos llenando una lata de gasolina.

–Gracias a Dios. –Oí que tapaba el teléfono con una mano y le transmitía la información a Mónica, que, disgustada o no, me imaginé que la estaría recibiendo con su habitual expresión de imperturbabilidad y hastío—. Escucha, tengo que decírtelo, si estuviera en vuestro lugar, me iría derecha a casa. Esta fiesta es un rollazo. Me engañaron como a una china. No hay nada más que chicos del montón.

Volví la vista hacia la gasolinera, donde Wes estaba pagando mientras el hombre que nos había llevado lo observaba.

–Qué lástima –dije.

–Bueno, no pasa nada –me tranquilizó—. Algún día te enseñaré a un chico fuera de lo común, Macy. Existen. Tienes que creerme.

–No te preocupes. Te creo.



Mi madre estaba estresada.

A decir verdad, mi madre vivía estresada. Ya no recordaba la última vez que la había visto relajada y descansando de alguna manera que dejara claro que no estaba pensando en las seis cosas que tenía que hacer, o quizá en las otras seis que haría a continuación. En otro tiempo había sido una experta en relajarse, le encantaba sentarse en el porche trasero de la casa de la playa en una de nuestras sillas Adirondack astilladas durante varias horas seguidas mirando al mar. Sin el periódico, sin un libro y sin nada que la distrajera. Solo el horizonte, pero era capaz de captar toda su atención y mantener su mirada inalterable. Quizá lo que le gustaba de estar allí era no pensar en nada y el hecho de que el mundo quedara reducido a los embates de las olas con los vaivenes del mar.

Todo en Wildflower Ridge hablaba de mamá. La propuesta inicial para urbanizarla, los planos de cada fase, el paisajismo, la organización de las zonas comunes, todas las decisiones habían sido suyas. Así que yo ya estaba acostumbrada a que su teléfono móvil nos acompañara cada noche durante la cena, colocado en un tercer salvamanteles, o a que se quedara en la oficina de la casa piloto hasta muy tarde, y no me sorprendía en absoluto llegar a casa y encontrarme a contratistas, dueños de negocios locales y potenciales compradores de viviendas sentados en nuestra sala y escuchando un rollo sobre por qué Wildflower Ridge era un sitio especial.

Su proyecto actual eran los adosados, para ella particularmente importantes. Se había arriesgado al apostar por el lujo, al añadir todo tipo de comodidades extras, como los garajes con calefacción, los baños de mármol, balconadas y electrodomésticos de lujo, todo lo que podría desear un profesional acomodado y con buen gusto. Pero justo cuando empezaron a construirlos, la economía cayó en picado: hubo despidos, se desplomó la Bolsa, y de repente todo el mundo tuvo mucho cuidado con el dinero, sobre todo en lo tocante a inversiones inmobiliarias. Ya que había empezado, mi madre no tuvo más remedio que mantener el proyecto, pero su nerviosismo la había llevado a tener que trabajar más para conseguir nuevos contactos y ventas. Teniendo en cuenta la cantidad de horas del día que dedicaba a su trabajo (todas), aquello parecía poco menos que imposible. De ahí el estrés. Mucho estrés.

—Estoy bien—le dijo a Caroline una mañana, un par de noches después de mi aventura nocturna con Wes, cuando estábamos las tres sentadas a la mesa de la cocina.

Mi hermana pasaba la mayor parte del tiempo entre su casa de Atlanta, asegurándose de que Wally comía suficiente verdura mientras batallaba con alguna empresa en el caso que traía entre manos, y la costa, donde trataba con el carpintero, regateaba para comprar telas y pintura, y, a juzgar por los comprobantes de compra que había visto, dejaba sin existencias a Home Depot. Entre viaje y viaje, había tomado por costumbre hacernos visitas para enseñarnos fotos de los avances, pedirnos opinión sobre las decisiones que habría que tomar y decirle a mi madre, una y otra vez, que necesitaba relajarse y tomarse unas vacaciones. Ya, claro.

—Mamá—dijo Caroline mientras yo comía una cucharada de cereales—, no estás bien. ¿Duermes al menos una hora?

–Claro que estoy bien –dijo mi madre, buscando algo entre unos papeles–. Y duermo como un bebé.

Si es que dormía algo. En más de una ocasión yo había bajado de mi cuarto a las dos o a las tres de la madrugada y la veía en su despacho, todavía vestida con la ropa que había llevado a trabajar, tecleando y enviando mensajes a contratistas y subcontratistas. No sabía a qué hora se acostaba, pero cuando yo me levantaba para ir a trabajar al día siguiente, ella ya estaba en la cocina, duchada, arreglada y hablando por el móvil.

–Solo quiero estar segura de que cuando hayan terminado las reformas, te tomarás unas vacaciones –dijo mi hermana a la vez que abría una de las carpetas de la casa de la playa y revisaba unas fotos–. Parece que será en agosto, probablemente la segunda semana.

–Cualquier fecha después del siete me vendrá bien –dijo mamá, y apartó la taza para apuntar algo con el lápiz que tenía en la mano–. Es la fiesta de inauguración de los adosados.

–¿Vas a celebrar una fiesta? –pregunté.

–Bueno, una recepción –contestó; alcanzó el teléfono, aunque lo volvió a dejar donde estaba–, pero tengo intención de que sea más especial y con más invitados que las reuniones para ventas normales. Voy a alquilar una carpa, y me han hablado de una empresa francesa de comidas a domicilio que es fantástica... Ah, eso me recuerda que tengo que llamar para solucionar lo de los grifos de la cocina si quiero elevarlos a categoría superior.

Y apartó la silla de la mesa, se levantó y cruzó la cocina sin dejar de hablar sola. Era difícil entender cómo había pasado de la empresa de comidas a los grifos, pero aquellos días costaba seguirle el ritmo.

–¿El ocho, entonces? –preguntó Caroline desde la mesa–. ¿El ocho de agosto? ¿Seguro, puedo apuntar la fecha?

Mi madre, a medio camino hacia la puerta, volvió la cabeza.

–Por supuesto. Seguro, el ocho –asintió.

Caroline sonrió, satisfecha consigo misma, mientras mamá desaparecía por el pasillo. Alcanzó su carpeta, le dio unos golpecitos sobre la mesa para recolocar su contenido y la volvió a dejar frente a ella.

–Decidido. Del ocho al quince de agosto, estaremos oficialmente de vacaciones.

Dejé la cuchara en el cuenco vacío y por fin me di cuenta de por qué la fecha me sonaba. Era el día siguiente a la vuelta de Jason del campamento para cerebritos: para entonces ya sabría si seguiríamos juntos o si habríamos terminado para siempre. Pero todavía estábamos a finales de junio. Los adosados aún necesitaban ventanas, decoración exterior, equipamiento. En la casa de la playa tenían que pintar, lijar los suelos e instalar los nuevos muebles bajo la mirada atenta de mi hermana. Lo nuevo sería nuevo, y lo viejo estaría nuevo otra vez. De lo que no tenía ni idea era de cómo estaría yo, si de separación temporal, definitiva o qué. Por suerte para todos, aún quedaba tiempo.

Wes y yo nos habíamos hecho amigos. Y la verdad, la primera sorprendida fui yo.

Al principio, lo único que teníamos en común era haber perdido a algún progenitor. Ya era bastante, pero ahora no se reducía únicamente a eso. La verdad era que, desde la noche en que nos quedamos tirados en la carretera, me sentía cómoda con Wes. Cuando estaba con él, no tenía que ser perfecta, ni siquiera intentarlo. Él conocía mis secretos, las cosas que había ocultado a todos

los demás, así que podía permitirme ser yo misma. Lo cual no tenía por qué ser tan importante, pero lo era.

–Pero bueno –me dijo una noche que estábamos sentados en la barandilla del porche trasero durante una fiesta en una casa de Arbors, una urbanización al lado de la mía–, ¿qué les pasa a esas?

Seguí la dirección de su mirada a través de la puerta corredera de cristal que daba a la cocina, donde unas chicas a las que reconocí del instituto –el tipo de chicas que se quedaba en el aparcamiento después de la última clase, con gafas de sol y ocultando los cigarrillos con la mano– no nos quitaban ojo. O, más concretamente, no me quitaban ojo.

–Bueno, supongo que les extraña verme aquí –dije, y bebí un sorbo de la cerveza que tenía en la mano.

–¿En serio?

Asentí y volví a dejar la cerveza en la barandilla. En el interior, por encima de las cabezas de las chicas, vi a Kristy, a Bert y a Mónica inmersos en un juego que básicamente consistía en beber para el cual tenían que lanzar una moneda sobre la gran mesa de roble del comedor; el lujoso centro que la decoraba estaba ahora en el suelo, lleno de latas de cerveza vacías. Últimamente, en la mayor parte de las fiestas acababa haciendo un aparte con Wes, mientras Kristy y las demás andaban a la caza de chicos fuera de lo común, o, en el caso de Bert, de chicas de primero de bachillerato desesperadas. Mientras probaban suerte y se lamentaban de la falta de posibilidades, nosotros, los que estábamos a la espera, nos sentábamos a tomar el aire y a observar el desarrollo de la fiesta.

–Y les extraña verte aquí porque... –dijo Wes al tiempo que saludaba con un gesto de cabeza a un chico que pasaba a su lado con una gorra de béisbol y que lo había llamado por su nombre.

–Porque creen que soy doña Perfecta.

–¿Tú? –preguntó en tono tan sorprendido que me vi obligada a lanzarle una mirada asesina–. Quiero decir: ah, ya, claro.

Alcancé mi cerveza y bebí otro sorbo.

–Cállate –dije.

–No, en serio, esto es interesante –dijo mientras las chicas salían al porche y desaparecían detrás de un grupo de personas que hacían cola para el barril de cerveza–. ¿Perfecta en qué sentido?

–Formalita. Por asociación. Jason jamás estaría aquí.

–¿No?

–No, por Dios.

Wes meditó unos instantes mientras yo me fijaba al menos en seis chicas que estaban en el porche y no le quitaban ojo. Por muy acostumbrada que estuviera a aquella situación cada vez que salía con él, seguía poniéndome un poco nerviosa. Había perdido la cuenta de la cantidad de miradas de odio que había recibido solo por estar sentada a su lado. No es lo que pensáis, deseaba explicar a las chicas que me miraban fijamente con los ojos entornados, me seguían con la vista cada vez que iba al baño o a buscar a Kristy y esperaban a que me alejase lo suficiente para atacar. Pero a esas alturas yo ya sabía distinguir quién era su tipo y quién no. ¿La chica del vestido negro ceñido y los labios pintados de rojo que estaba apoyada en el barril? No. ¿Aquella tan bronceada de la falda vaquera y la camiseta negra? Puede. ¿La que no hacía más que relamerse los labios? Argh. No, no, no.

–Supongamos que Jason estuviera aquí –dijo Wes–. ¿Qué estaría haciendo?

Pensé durante unos instantes.

–Probablemente estaría quejándose del humo, y muy preocupado por si todas esas latas serían convenientemente recicladas. ¿Y Becky?

Pensó también unos segundos y se pasó la mano por el pelo. En el comedor, oí a Kristy reírse a carcajadas.

–Tirada en alguna parte, sin conocimiento. O fumándose un porro a escondidas entre los arbustos, cosa que después negaría.

–Ah.

–Ya.

La chica del vestido negro ceñido pasó junto a nosotros, comiéndose a Wes con los ojos y andando demasiado despacio.

–Hola –saludó.

Wes le hizo un gesto con la cabeza, pero no respondió. Lo sabía, pensé.

–En serio, de verdad –dije.

–¿Qué?

–Venga, hombre. Tienes que reconocer que es bastante ridículo.

–¿Qué es bastante ridículo?

Ahora que tenía que definirlo, me costó trabajo encontrar las palabras adecuadas.

–Ya sabes –empecé, pero me di cuenta de que Kristy era la que mejor lo resumía–. El embelesssssso.

–¿El qué?

–Vamos, Wes, ¿de verdad no te has enterado de cómo te miran las chicas?

Hizo un gesto de fastidio y se echó hacia atrás para apoyarse sobre las manos.

–Volvamos a la teoría de que eres perfecta.

–En serio. ¿Qué se siente?

–¿Al ser perfecta? ¿Cómo voy a saberlo?

–No al ser perfecta –suspiré–. Al ser...

Mientras yo intentaba encontrar la palabra adecuada, Wes espantó un bicho que se le había posado en el brazo.

–... tan guapo –terminé.

Solo dos semanas antes, aquello me habría dado una vergüenza terrible: casi me veía con las mejillas ardiendo, literalmente. Pero ahora solo sentí una ligera punzada mientras bebía otro sorbo de cerveza y esperaba su respuesta.

–Te repito –dijo mientras las chicas del aparcamiento pasaban ante nosotros y nos miraban a los dos de arriba abajo– que no puedo saberlo. Dímelo tú.

–Nidecoña –dije, consiguiendo una perfecta imitación de Mónica, lo que le hizo reír–. No estamos hablando de mí.

–Pues podríamos.

Vi que Bert se estaba fijando en unas chicas que parecían tener trece años y que acababan de entrar en el salón.

–Yo no soy tan guapa.

–Por supuesto que lo eres.

Negué con la cabeza, consciente de que solo se trataba de una treta para eludir la pregunta.

–Tienes ese aire misterioso de desconocido alto y moreno –dije–. Por no hablar de ese puntito de artista atormentado.

–¿Puntito?

–Sabes perfectamente a qué me refiero.

Wes rebatió mi descripción con un movimiento de cabeza.

–Y tú –contraatacó– tienes ese aire de chica inteligente y perfecta, rubia, serena y formal.

–Tú eres el chico con el que todas las chicas querrían enfrentarse al mundo.

–Y tú eres la chica inaccesible de la clase que no le da a un chico ni la hora.

Se oyó un repentino estallido de música, un golpeteo rítmico de sonidos graves que luego enmudeció.

–No soy perfecta –dije–, ni de lejos.

–Y yo no estoy atormentado. A no ser que contemos esta conversación.

–Vale. –Alcancé de nuevo mi cerveza–. ¿De qué quieres que hablemos?

–Bueno, ¿qué te parece si terminamos ese juego de la verdad que tenemos pendiente?

–¿Qué te parece si no lo terminamos? No creo que sea capaz de jugar esta noche.

Un chico de mi clase pasó ante nosotros casi dando tumbos. Parecía un poco mareado.

–Solo lo dices porque me toca preguntar a mí –me pinchó Wes.

–No, me toca a mí.

–Me...

–Te pregunté por qué te habían enviado a Myers y tú me preguntaste lo de Jason. Luego continué yo con una pregunta sobre Becky, y tú con la del atletismo. Dos rondas, me toca a mí.

–¿Ves?, por cosas como esta no me gusta andar con chicas inteligentes –dijo Wes; luego se frotó las manos para prepararse mientras yo hacía un gesto de fastidio–. Muy bien, adelante. Estoy listo.

–Vale –dije, y me aparté un mechón de pelo detrás de la oreja–. ¿Qué se siente cuando las chicas se quedan siempre embelesadas con uno?

Se volvió para mirarme.

–Macy...

–Fuiste tú el que quiso jugar.

No dijo nada durante un minuto y me pregunté si iba a pasar. Demasiado competitivo, pensé, y con razón.

–No lo sé –contestó por fin–. La verdad es que no me doy cuenta de si eso ocurre o no.

–Esto se llama juego de la verdad –le recordé.

Me miró molesto.

–Bien, es incomprensible. Me refiero a que no es una cosa importante ni que cuente para nada. No van a saber cómo soy por mucho que me miren, ni ellas ni nadie. Es todo superficie. No es real.

–Díselo a esa –dije, y señalé con la cabeza a la chica del rincón opuesto, que seguía comiéndoselo con los ojos.

–Curioso –murmuró, y miró hacia otro lado deliberadamente–. ¿Me toca ya?

–No, tengo una pregunta complementaria.

–¿Eso es legal?

–Sí –respondí con autoridad; ahora estaba haciendo lo mismo que Caroline: estaba inventándome reglas sobre la marcha–. Bien, y si no es real, ¿cómo es? ¿Qué es lo que cuenta para ti?

Meditó unos instantes y luego contestó:

–No lo sé. Que alguien sea atractivo no significa que sea buena persona, o viceversa. No soy

de apariencias. Me gustan los defectos, creo que lo hacen todo más interesante.

Yo no sabía qué respuesta debía esperar, pero desde luego no aquella. Me quedé en silencio unos segundos para asimilarla.

—¿Sabes? —dije por fin—, esas cosas que has dicho son las que hacen que una chica se vuelva aún más loca por ti. Ahora eres guapo y algo más accesible. Si antes resultabas atractivo, ahora te sales.

—No quiero salirme de nada —dijo, casi poniendo los ojos en blanco—. Bueno, sí quiero salirme ya de este tema.

—Vale. Adelante, te toca.

En el interior de la casa vi a Kristy hablando con un chico con rastas y a Mónica sentada a su lado con cara de aburrimiento. Bert, por su parte, no apartaba los ojos de la chica a la que le tocaba tirar la moneda en aquel momento y que, según mis cuentas, había fallado seis intentos consecutivos.

—¿Por qué ser perfecta es tan importante para ti?

Parpadeé.

—No lo es.

Wes entornó los ojos.

—¿Cómo se llamaba este juego?

—Es la verdad. No me preocupa demasiado ser perfecta.

—Pues no lo parece.

—¿Qué te hace pensarlo?

Se encogió de hombros.

—Cada vez que hablas de tu novio, dices que es perfecto.

—Y lo es, pero yo no. Eso fue parte del problema.

—Vamos, Macy —dijo, y me miró—. Además, ¿en qué consiste ser perfecto?

Moví la cabeza y me llevé la cerveza a los labios. Estaba vacía, pero necesitaba hacer algo.

—En realidad, no se trata de ser perfecto. Se trata de... No lo sé. Tener todo bajo control.

—Explícame eso —pidió, y yo solté un suspiro.

—No sé si seré capaz.

Volví la vista hacia el salón para ganar tiempo y busqué a Kristy, pero ella, Mónica y Bert se habían ido y la mesa estaba desierta. Continué hablando:

—Cuando mi padre murió, fue como si todo se hubiera vuelto inestable, ¿sabes? Y al intentar ser lo mejor posible encontré algo en que centrar mi atención. Si pudiera hacerlo todo bien, me sentiría segura.

No me podía creer que estuviera diciendo aquello allí, en una fiesta abarrotada de compañeros de clase y de desconocidos. De hecho, en realidad no me podía imaginar que lo fuera a decir en cualquier sitio excepto en mi mente, donde de algún modo tenía lógica.

—Qué desastre —dijo Wes por fin en voz baja—. Te estás preparando para fracasar, porque jamás conseguirás que todo sea perfecto.

—¿Quién lo dice?

Me miró.

—El mundo —contestó señalando todo lo que teníamos alrededor, como si la fiesta y el porche abarcaran el mundo entero—. El universo. Es imposible. Y además, ¿por qué quieres que todo sea perfecto?

—No quiero que todo sea perfecto —objeté; solo yo, pensé, de algún modo—. Lo único que

quiero...

–Toque de queda –oí a mi lado.

Levanté la vista y me encontré con Mónica, que se estaba soplando el flequillo. Señaló su reloj y luego la cocina, donde vi que Kristy y Bert nos estaban esperando.

–Salvada por la campana –dijo Wes, y se bajó de la barandilla de un salto.

Yo también bajé, deslizándome y tomándome mi tiempo mientras las cuatro últimas palabras que había pronunciado seguían dando vueltas en mi mente. Delante de mí tenía a un chico al que le gustaban los defectos, que no los veía como puntos débiles, sino fuertes. ¿Quién iba a pensar que existiría alguien así, qué habría pasado si nos hubiésemos encontrado en circunstancias distintas? Quizá en un mundo perfecto. Pero no en el nuestro.

Cómo odiaba el mostrador de información.

Antes tampoco me gustaba. Era aburrido. Asfixiante. Tan silencioso que estaba segura de que, si escuchaba con atención suficiente, oiría fluir la sangre por mis venas, el movimiento de las placas de la Tierra, el transcurrir del tiempo, literalmente. Aunque tuviera un buen día, solo tenía que abrir las puertas de la biblioteca para que dejara de serlo. Para que se hundiera. Y para quedarme con esa sensación las seis horas que me pasaba allí encerrada.

Un día estaba cruzando hacia la sección de hemeroteca con una pila de ejemplares viejos de *Nature*, y había rebasado una de las estanterías cuando oí:

–¡Te pillé!

Di un respingo, sobresaltada. No me asusté, porque era casi un susurro, un te pillé de perfil bajo que cobró sentido cuando me eché hacia atrás, estiré el cuello y vi a Kristy. Vestía una falda blanca de polipiel, un jersey rosa muy esponjoso de manga corta y botas blancas, y se había hecho un recogido. También llevaba gafas de sol, blancas y enormes, y un bolso de flecos. Un atuendo propio para un rodeo. O para bailar en una jaula. Pero no para las estanterías de ficción A-P, donde estaba en aquel momento.

–¡Hola! –me saludó en tono demasiado alto; un hombre que se encontraba en la siguiente estantería cargado de libros nos miró con curiosidad–. ¿Qué tal?

–¿Qué haces aquí? –pregunté a la vez que cambiaba de brazo las revistas.

–Mónica necesita estimulación intelectual –contestó haciendo un gesto con la cabeza en dirección a otra zona de la biblioteca, donde vi a Mónica, mascando chicle con cara de cansancio y examinando unos libros de la sección de conocimiento–. Es un ratón de biblioteca, devora los libros. Yo soy más de revistas, pero la he acompañado para ver qué haces en tu trabajo.

Eché una mirada al mostrador de información, donde vi a Bethany hablando por teléfono y escribiendo algo en el ordenador. Amanda, a su lado, nos estaba mirando. O, para ser más exactos, estaba mirando a Kristy.

–Bueno, pues como ves... –respondí.

–¿Quién es la de la trenza?

Se colocó las gafas de sol en la cabeza y devolvió la mirada a Amanda, que no apartó la suya. Me pregunté si pensaría que no la veíamos o algo así.

–Amanda.

–Ah. –Kristy levantó una ceja–. Y es una mirona, ¿no?

–Por lo visto, sí.

Kristy puso los ojos bizcos, lo cual pareció pillar por sorpresa a Amanda, que agachó la cabeza rápidamente y abrió un libro.

–Sin embargo, tengo que confesar que me encanta ese conjunto de chaqueta y jersey. ¿Es de lana de merino?

–No tengo ni idea.

–Casi te aseguraría que sí –comentó, y se colocó bien la correa del bolso sobre el hombro–. Escucha, Mónica y yo vamos a comer en el nuevo restaurante mexicano. ¿Quieres venir?

–¿Un mexicano?

Bethany había colgado el teléfono y ahora hablaba con Amanda, con las cabezas muy juntas. De vez en cuando una la levantaba para mirarnos y le decía algo a la otra.

–Sí, en el centro comercial. Te rellenan las tortillas de lo que te apetezca. O sea, dentro de lo razonable. ¿Puedes venir?

Miré el reloj. Eran las 11.45.

–No lo sé –respondí, y vi que Amanda echaba la silla para atrás y se deslizaba hacia un lado sin quitarme ojo–. Quizá no deba.

–¿Por qué no? Disponéis de un tiempo para comer, ¿no?

–Sí, eso sí.

–Y tienes que comer, ¿no?

–Supongo.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Es complicado –confesé–. No les gusta que salga a comer.

–¿A quiénes?

Hice un gesto con la cabeza en dirección a Amanda y Bethany.

–¿Y te preocupa porque...? –preguntó Kristy muy despacio.

–Me intimidan –confesé–. Soy una pringada. No sé, fíjate en ellas.

Kristy me miró y preguntó:

–¿Te intimidan? ¿En serio?

Me puse a jugar con las revistas, avergonzada de haberlo reconocido.

–Es complicado –repetí.

–Es que no lo entiendo –dijo, sacudiendo la cabeza–. O sea..., son tan... patéticas. ¿Cómo te van a intimidar?

–No son patéticas.

–¡Son unas amargadas! –Kristy las miró, vio que la estaban observando y sacudió la cabeza–. Míralas. En serio, mira. Mira ahora.

–Kristy.

–¡Mira! –Levantó el brazo, me agarró de la barbilla y me giró la cabeza. Bethany y Amanda nos devolvieron la mirada–. ¿No te das cuenta? Paliduchas y estiradas. A ver, a mí me gustan los conjuntos de jersey y chaqueta tanto como a cualquiera, pero no hace falta llevarlo como si tuvieras un palo de escoba metido en el culo. Está claro que la inteligencia no se refleja en el estilo. Dios, ¿qué miran? –Se aclaró la garganta y siguió hablando en un tono que podía oírse fácilmente desde el otro lado de la sala–. ¿Qué miran, eh?

Bethany se ruborizó y Amanda abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

–Chissst –protestó alguien desde la siguiente fila de mesas.

–Oh, cállate tú –dijo Kristy; me soltó la barbilla y añadió muy seria–: Si eso es lo ideal, todo para ellos.

Al oír aquellas palabras, no se me ocurrió nada que decir.

–Entonces, decidido –continuó Kristy–. Saldrás a comer, porque eres humana y tienes hambre y, sobre todo, no te sientes intimidada. Nos vemos fuera a... ¿las doce? ¿Esa es la hora a la que sales?

–Sí, a las doce.

Mónica estaba cruzando la biblioteca en dirección a la puerta principal con un par de libros bajo el brazo.

–Genial. Nos vemos dentro de quince minutos.

Kristy echó una última mirada a su alrededor, se inclinó hacia mí y añadió con voz suave:

–A ver, es que tienes que salir, ¿no? Aunque solo sea una hora. Demasiado tiempo en un sitio como este puede terminar sentando mal a cualquiera. Quiero decir, fíjate lo que les ha hecho a ellas dos.

Pero yo estaba pensando en lo que me había hecho a mí. Amargarme día tras día. Empezaba a darme cuenta de que, en muchos sentidos, el mostrador de información se parecía mucho a lo que había sido mi vida antes de encontrarme con Deseo, Kristy y Wes. Algo que se puede sobrellevar, pero nunca se disfruta.

–Te esperamos fuera –dijo.

Volvió a dejar caer las gafas de sol sobre los ojos. Luego me dio un apretón en el brazo y comenzó a andar hacia las puertas de entrada. Cuando pasó bajo la enorme claraboya central, el sol la iluminó de lleno y durante un instante pareció resplandecer; la luz arrancó destellos a su pelo y lo hizo brillar. Lo vi yo. Y también Amanda y Bethany. Así que cuando volví después de comer una hora más tarde y entré en el mostrador, donde me esperaban con las sillas perfectamente alineadas, no me molestó nada que me preguntaran altivas si me lo había pasado bien comiendo con mis «amigas» en un tono que dejaba ver las comillas. No me importó que se rieran con disimulo cuando les dije que sí, ni que se pusieran a cuchichear. Porque ahora me daba igual lo que pensarán. Reconocer que jamás podría llegar a ser como ellas no era una sensación nueva. Pero alegrarme por ello, sí.



–Oye, creo que me voy a ir a casa –dije por enésima vez desde que llegué a casa de Kristy dos horas antes.

–Macy –Kristy se volvió de espaldas al espejo en el que estaba inspeccionando la vista de perfil de su atuendo: minifalda roja, top negro de tirantes y unas sandalias que solo podrían describirse como destrozatobillos–, ya te lo he dicho. No tienes ningún compromiso. Solo vamos a salir con unos amigos, nada del otro mundo.

Era su última versión del plan para esa noche. Cada vez que yo ponía alguna objeción, se volvía más sospechosamente inocua. El punto esencial era que Mónica y Kristy habían conocido a un par de chicos trabajando con Deseo un día que yo estaba en la biblioteca y que eran, si no fuera de lo común, sí «prometedores», en palabras de Kristy. Los dos trabajaban como repartidores de pizzas, así que solo podían verse después del toque de queda, lo que quería decir que habría que esperar a que Stella se quedara dormida delante del televisor y luego salir a escondidas. Aquella tarde me habían liado después de que termináramos un servicio, y Kristy me invitó a quedarme a dormir en su casa. No fue hasta verme allí, convencida de que no íbamos a salir, cuando me enteré de que los chicos iban a traer a un tercer amigo y habían pedido a Kristy y a Mónica que ellas hicieran lo mismo.

–Te lo dije –repetí–. No me interesa...

Mónica, sentada junto a la ventana y a punto de encender un cigarrillo, volvió la cabeza.

–Ya –dijo, y señaló algo del exterior que yo no podía ver.

De inmediato, Kristy se movió y se puso detrás de una silla, se inclinó para curiosear y me hizo señas para que yo también me acercara.

–¿Qué pasa? –pregunté a la vez que oteaba por encima de la cabeza de Mónica.

Estaba empezando a oscurecer y lo único que veía era el final de la puesta de sol y un lateral del jardín de Stella, donde crecían varias hileras de lechugas y lirios de San Juan separados por un sendero.

–Espera y verás –susurró Kristy–. Pasa todas las noches, más o menos sobre esta hora.

Yo esperaba ver un pájaro, o quizá alguna flor rara que solo se abriera en la penumbra. Por el contrario, un instante después oí algo. Un sonido familiar, tap, tap, tap, aunque no era capaz de identificarlo. Pero lo conocía. Era...

–Ajá –murmuró Mónica justo cuando Wes hizo su aparición por el sendero.

Estaba corriendo a paso rápido y regular. Iba en pantalones cortos y sin camiseta, con la vista al frente. Tenía la espalda bronceada y cubierta de brillantes gotas de sudor.

A mi lado, Kristy dejó escapar un largo suspiro que se prolongó hasta que Wes desapareció detrás de unos árboles para meterse por otra calle en la que distinguí su casa a lo lejos.

–Por Dios bendito –dijo por fin mientras se abanicaba la cara con la mano–. Lo he visto miles de veces, pero nunca me canso. Nunca.

–Venga, Kristy –protesté, y Mónica hizo un gesto para indicar que estaba de acuerdo conmigo–. Es Wes.

–Exactamente. –Kristy volvió a ponerse delante del espejo y se inclinó para examinarse el escote–. Quiero decir, vivir en el quinto piso no tiene demasiadas ventajas, pero desde luego esta es una de ellas.

Moví la cabeza, irritada, al tiempo que me sentaba encima de la cama. Mónica encendió por fin su cigarrillo y alargó el brazo para sacarlo por la ventana; el humo se elevó formando volutas al otro lado del cristal.

–¿Por eso estás tan rarita esta noche? –preguntó Kristy.

Se dejó caer a mi lado mientras miraba a Stella a través de la puerta abierta. Una hora antes, cuando se sentó delante del televisor, comenzó a dar cabezadas inmediatamente. Ahora daba toda la impresión de estar dormida como un tronco.

–¿Cómo?

Kristy señaló la ventana.

–Nuestro Wesley. Ya sé que entre vosotros hay algo difícil de definir, con ese juegucito y todo lo demás...

–Se llama amistad –repuse–. Y no, no tiene nada que ver con eso. Ya te lo he dicho, Jason y yo nos estamos dando un tiempo. No me interesa salir con otro.

–A menos que se trate de Wes –puntualizó.

La miré, molesta.

–Eso es distinto. Él también tiene una relación, así que no hay nada extraño en ello.

Kristy abrió los ojos como platos.

–¡Dios mío! –exclamó, y se tapó la boca con la mano–. ¡Ahora lo entiendo todo!

–Entiendes ¿qué?

En vez de contestarme, se puso a rebuscar entre las cosas que tenía debajo de la cama. Tintinearón al chocar unas con otras –¿qué guardaría allí?– y echó una mirada a Mónica, que se encogió de hombros y suspiró. Después, Kristy alzó la cabeza.

–Así sois Wes y tú –declaró con aire de triunfo.

Tenía en la mano un libro, una novela romántica de pasta blanda. El título, estampado en letras de oro que cubrían toda la portada, era *Prohibido*, y la imagen que había debajo mostraba un hombre vestido de pirata, con parche y todo, que estrechaba contra sí a una mujer menuda e increíblemente pechugona. Al fondo se veía una isla desierta rodeada de un mar azul.

–¿Somos piratas?

Kristy dio unos golpecitos con el dedo en el libro y me explicó:

–Esta historia habla de dos personas que no pueden estar juntas debido a determinadas circunstancias. Pero suspiran el uno por el otro y se desean en secreto; el mero hecho de que su amor sea prohibido intensifica su pasión compartida.

–¿Te acabas de inventar todo eso?

–No –dijo, y dio la vuelta al libro para mostrarme la contraportada–. ¡Está aquí! Y es exactamente lo mismo que os pasa a Wes y a ti. No podéis estar juntos, que es precisamente la razón por la que querríais estarlo. Y por la que no nos lo confiesas, porque eso lo haría menos secreto y por tanto menos apasionado.

Hice un gesto de fastidio. Mónica, al otro lado del cuarto, murmuró «Ajá», como si de verdad tuviera sentido.

Kristy dejó el libro entre las dos, encima de la cama.

–Tengo que reconocer –dijo con aire melancólico y con los brazos cruzados– que un amor no correspondido es mucho mejor que uno de verdad. O sea, es perfecto.

–Nada es perfecto –rebatí.

–Nada real, pero cuando algo no ha empezado, no tienes por qué preocuparte por si se acaba. Tiene un potencial infinito. –Dejó escapar el mismo suspiro largo y solemne que al ver a Wes corriendo sin camiseta–. Qué romántico. No me extraña que no quieras salir con Sherman.

Estaba distraída, pensando en lo que Kristy había dicho, hasta que oí la última parte.

–¿Sherman?

Asintió.

–El amigo de John y Craig. Ha venido a verlos desde Shreveport.

–¿Sherman de Shreveport? –pregunté–. ¿Ese es el tío con el que estáis empeñadas en que salga?

–¡No puedes juzgar un libro por la portada! –exclamó cuando volví la mirada hacia *Prohibido*, se lo llevé y lo metió de nuevo debajo de la cama–. Ya sabes a qué me refiero. A lo mejor Sherman es majísimo.

–Seguro que sí, pero no me interesa.

Kristy volvió a mirarme y dijo:

–Claro que no. ¿Por qué te iba a interesar cuando tienes tu propio pirata *sexy* e incomprometido, Silus Branchburg Turlock, por el que volverte loca?

–¿Quién?

–Bah, olvídale.

Kristy se levantó y salió pisando fuerte. Segundos después, se oyó un portazo procedente del baño. Miré a Mónica, que tenía la vista fija en el exterior y la expresión impávida de siempre.

–Sherman –dije en voz alta, con lo cual aún parecía más ridículo–. Sherman de Shreveport.

–¿Nidecoña? –preguntó Mónica despacio, expulsando el humo.

–Exacto.

Y así fue como a las diez y cuarto, cuando John, Craig y Sherman de Shreveport aparcaron en el camino de entrada e hicieron un destello con los faros antes de apagarlos, salí sin hacer ruido y bajé los escalones detrás de Kristy. Stella ni se movió cuando Mónica cerró la puerta con cuidado y después se dirigió al coche. El chico que ocupaba el asiento del copiloto se bajó para recibirla. Kristy saludó con la mano al conductor, que le devolvió el saludo, y luego se volvió hacia mí. Había alguien más en el asiento trasero, pero no pude verle la cara, solo una silueta apoyada en la ventanilla.

–Última oportunidad para cambiar de opinión –me dijo Kristy en voz baja.

–Lo siento, quizá otro día.

Ella movió la cabeza para dejar claro que no se lo creía y luego se colgó el bolso del brazo.

–Tú te lo pierdes –dijo, pero me dio un apretón cariñoso en el brazo justo antes de echar a andar hacia el coche–. Llámame mañana.

–Lo haré.

Al acercarse, el conductor la recibió con una sonrisa y abrió la puerta trasera.

–Cuidado con Sherman –le advirtió cuando Kristy estaba subiendo al coche–. Empezó la noche hace ya unas horas y ahora está bastante perjudicado.

–¿Qué?

–No te preocupes –la tranquilizó el chico, y volvió a sentarse al volante–. Creemos que ha echado hasta la primera papilla, así que tranquila.

Kristy miró al cuerpo inerte que tenía al lado y luego a mí, y yo levanté las cejas. Se encogió

de hombros, cerró la puerta y me dijo adiós con la mano mientras el coche salía marcha atrás del camino de acceso y se incorporaba a la carretera con el motor resoplando suavemente.

Con lo cual me quedé sola en el jardín de Stella. Estaba a punto de subirme al coche cuando cambié de opinión, dejé caer el bolso por la ventanilla abierta y empecé a pasear entre los girasoles hacia la espesura del follaje oscuro y fragante.

Todo en el jardín parecía increíblemente vivo. Desde las flores blancas y resplandecientes, que se expandían como dedos abiertos, hasta las ramas que colgaban a lo largo del camino y los arbustos bajos y achaparrados en los que crecían las bayas que festoneaban el camino como si fueran piedras, podía apreciar cómo todo brotaba ante mis ojos. Seguí andando y admirando los lechos de zinnias, petunias, un grupo de arbustos con la base salpicada de conchas como manchitas blancas. Tenía el tejado de la casa a mi derecha, la carretera a mi izquierda, pero daba la impresión de que el jardín las había empujado para alejarlas, como si una vez que entraras allí todo se moviera para rodearte y se arremolinara para retenerte.

Vi algo más arriba, algo de metal que brillaba bajo la luz de la luna; alrededor se abría un claro envuelto en rosales trepadores que se mecían con la brisa. Al internarme entre ellos, me encontré con el revés de la escultura. Era una mujer; tenía los brazos extendidos hacia los lados y las palmas de las manos, vueltas hacia el cielo, sujetaban segmentos de tuberías estrechas cuyos extremos se curvaban hacia abajo. La rodeé y me quedé junto a ella mirando la cabeza de la figura, que también estaba cubierta de trozos de tuberías finas y curvadas, coronada con una guirnalda hecha de las mismas piezas. Obviamente, era de Wes, sin duda. Pero había en ella algo distinto, algo que no acababa de identificar. Luego me di cuenta de que el pelo de la estatua y los trozos de tubería que sujetaba estaban rematados con una arandela atravesada por una pequeña pieza de metal: cada una era una flor. Tras recorrerla con la vista desde la parte superior, donde la luz de la luna iluminaba las tuberías curvadas, hasta la base, donde los pies de la escultura se unían con el suelo, finalmente deduje que se trataba de Stella, y que la figura mostraba la evolución de la tierra espesa y arcillosa que pasaba por sus manos para emerger convertida en flores y más flores.

—¿Macy?

Fue el te pillé de todos los te pillés. El te pillé de la historia. Lo que de alguna manera explicó el grito que salió de mi garganta, la manera en que mi corazón se puso a dar saltos y el motivo de que esas dos acciones se repitieran cuando una bandada de gorriones, asustada por mi agitación, salió volando desde la base de la escultura y empezó a sobrevolarla en círculos irregulares, elevándose luego sobre los rosales y desapareciendo en la oscuridad.

—¡Ay, Dios! —exclamé tragando saliva.

—Caramba, vaya forma de gritar —dijo Wes desde el sendero con las manos en los bolsillos.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces aquí, acechando en la oscuridad?

—No estaba acechando. Llevo llamándote por lo menos cinco minutos, desde que te metiste en el jardín.

—Imposible.

—De verdad.

—Imposible —repetí—. Te acercaste sin hacer ruido para hacer tu te pillé especial y ahora estás encantado.

—No —dijo Wes despacio, como si yo fuera una niña pequeña con una rabieta injustificada—, estaba saliendo y te vi meter el bolso por la ventanilla del coche. Te llamé y no me oíste.

Bajé la vista al suelo, con el corazón más calmado. Un soplo de brisa corrió sobre nosotros, y

las flores que había detrás de Wes se inclinaron hacia un lado, luego hacia el otro. Oí un crujido en lo alto y me volví hacia la escultura. Cuando sopló la brisa, las flores de las manos de la figura comenzaron a girar, primero despacio, después más deprisa, igual que las de la guirnalda de la cabeza.

Wes y yo nos quedamos mirándola sin movernos hasta que el viento se calmó.

–De verdad, me has asustado –dije, casi avergonzada.

–No era mi intención.

–Lo sé.

Todo estaba recuperando el estado previo al susto: mi corazón, las flores de las manos y la guirnalda de la figura; hasta los gorriones, apiñados en los rosales que crecían a mis espaldas, esperaban para volver a su casa. Eché a andar por el sendero, sujetando una rama que se atravesaba para poder pasar.

–Déjame compensarte –dijo Wes, y empezó a andar detrás de mí.

–No hace falta.

–Ya sé que no hace falta, pero quiero hacerlo. Y sé exactamente cómo.

Me volví y lo miré.

–¿Ah, sí?

Él asintió.

–Vamos.

Las disculpas se presentan de distintos tamaños y formas. Se pueden regalar brillantes, caramelos, flores o simplemente un sentimiento profundo y sincero. Sin embargo, nunca en mi vida me habían regalado un lápiz con olor a sirope. Pero debo confesar que funcionó.

–De acuerdo –dije–. Estás perdonado.

Estábamos en El Mundo de los Gofres, situado en un edificio pequeño y naranja al borde de la autovía. Había pasado por delante un millón de veces, pero nunca se me había ocurrido parar. Quizá debido a las filas de tráileres que había siempre en el aparcamiento, o al letrero viejo y deslucido con letras negras que decían ENTREN TODOS. Pero ahora allí estaba, una noche de sábado a punto de dar las once, con mi ofrenda de paz en la mano: un lápiz decorado con gofres, con olor a sirope de arce, que Wes me había comprado por un dólar setenta y nueve centavos.

La camarera acudió en cuanto alcancé la carta que estaba encima de la mesa pegajosa y sacó un bolígrafo del bolsillo del delantal. Tendría más o menos la edad de mi madre y llevaba unas mallas elásticas y unos zuecos de enfermera que chirriaban.

–Hola, guapo –saludó a Wes–. ¿Lo de siempre?

–Claro –respondió él, y apartó su carta hacia un lado de la mesa–. Gracias.

–¿Y para ti?

–Un gofre y croquetas de patata –dije, y dejé mi carta sobre la de Wes.

Los únicos clientes además de nosotros eran un señor mayor que leía el periódico y bebía incontables tazas de café y un grupo de estudiantes borrachos que no hacían más que reírse escandalosamente y poner canciones *country* de Tammy Wynette en la gramola.

Olisqueé mi lápiz.

–Reconócelo –dijo Wes–, no te puedes creer que hayas vivido todos estos años sin uno.

–Lo que no me puedo creer –repuse, y volví a dejarlo encima de la mesa– es que te conozcan

en este sitio. ¿Desde cuándo vienes por aquí?

Se apoyó en el respaldo del reservado y pasó un dedo por el borde de la servilleta que descansaba bajo el cuchillo y el tenedor.

–Desde la muerte de mi madre. Casi no dormía, y esto está abierto toda la noche. Era mejor que conducir sin rumbo. Y ahora más o menos se ha convertido en una costumbre. Siempre vengo cuando necesito inspiración.

–Inspiración –repetí, echando una mirada a mi alrededor.

–Sí –dijo Wes categórico, como si viera que la explicación no me parecía convincente–. Cuando estoy trabajando en una pieza y me quedo atascado, vengo y me siento un rato. Y normalmente, cuando termino el gofre, ya he dado con la solución. O al menos, con el principio.

–¿Y la pieza del jardín? ¿De dónde salió?

Wes se quedó pensativo unos instantes.

–Esa es distinta. Me refiero a que la hice especialmente para una persona.

–Stella.

–Sí –dijo con una sonrisa–. Y no sabes cómo le gustó, se puso como loca. Fue para agradecerle lo bien que se portó con Bert y conmigo cuando nuestra madre estaba enferma. Sobre todo con Bert. Era lo menos que podía hacer.

–Es que es una escultura maravillosa –comenté, y él se encogió de hombros, de esa manera que ya conocía tan bien, como hacía siempre que alguien intentaba halagarlo–. Todas tus esculturas tienen alguna pieza que gira. ¿Qué significa?

–Vaya, mira qué interés, analizando el significado. Lo próximo que digas será que esa pieza representa la compleja relación entre la agricultura y la mujer.

Entorné los ojos.

–No soy mi hermana, pero me ha llamado la atención, nada más.

Wes se encogió de hombros.

–No lo sé. Las primeras cosas que hice en Myers eran básicas, estáticas. Pero luego, después de trabajar el tema de la mano y el corazón, empezó a interesarme cómo las piezas que se mueven hacen que una escultura se vea distinta, la van cambiando. Hacen que parezca... viva.

Volví a pensar en la sensación que había tenido cuando me interné en el jardín de Stella aquella misma noche de que todo lo que me rodeaba era real, pleno, y que respiraba, como respiraba yo.

–Sí, exactamente –dije.

–De todos modos, ¿qué hacías allí?

Al otro extremo del restaurante, la gramola por fin había enmudecido.

–No lo sé –respondí–. He sentido una especie de fascinación por ese jardín desde el primer día que Kristy me llevó a su casa.

–La verdad es que es impresionante.

Bebió un sorbo de agua. El corazón que llevaba tatuado en el brazo quedó al descubierto y después volvió a desaparecer.

–Sí que lo es –admití, y pasé un dedo por el borde de la mesa–. Y además, es completamente distinto de lo que hay en mi casa, donde todo es nuevo y está superordenado. Me gusta el caos que encierra.

–Cuando Bert era pequeño –dijo Wes con una sonrisa, apoyando la espalda en el respaldo del asiento–, se perdió por el jardín de Stella intentando atajar para salir a la carretera. Todos lo

oímos gritar como si estuviese atrapado en la jungla, pero lo cierto es que se encontraba a menos de un metro de la linde. Estaba totalmente desorientado.

–Pobrecito.

–Sobrevivió. –Deslizó su vaso en círculo por la superficie de la mesa–. Es más fuerte de lo que parece. Era el que más nos preocupaba cuando murió mi madre, porque solo tenía trece años y estaban muy unidos. Él era quien estaba con ella cuando se enteró de que tenía cáncer. Yo estaba en Myers. Pero Bert se portó como un campeón. No se apartó de su lado, ni siquiera en los momentos más difíciles.

–Debió de ser muy duro para ti estar fuera y todo lo demás.

–Cuando las cosas se pusieron peor yo ya había vuelto a casa. Pero de todos modos odiaba la idea de haber estado encerrado cuando me necesitaron, todo por haber hecho una tontería. Cuando salí, lo único que sabía era que no quería volver a sentirme así nunca más. Si le pasara algo a Bert o a quien fuera, yo estaría allí.

La camarera se estaba acercando a la mesa con un plato en cada mano. Justo en aquel momento me empezaron a sonar las tripas, aunque hasta entonces no había tenido sensación de hambre. Depositó los platos sobre la mesa con un ruido metálico, nos concedió un segundo a cada uno por si queríamos pedir algo más, y volvió a marcharse arrastrando las suelas. Wes señaló mi plato con un gesto de la cabeza.

–Ya verás, vas a flipar.

Lo miré y dije:

–Es un gofre, no la segunda venida de Cristo.

–No estés tan segura. Aún no lo has probado.

Unté el gofre con un poco de mantequilla y lo regué con sirope antes de cortar un trozo. Wes me observó mientras me lo llevaba a la boca sin empezar el suyo, como si antes quisiera escuchar mi veredicto. El cual, por cierto, era favorable. Altamente favorable.

–Lo sabía –dijo como si me hubiese leído el pensamiento–. Quizá no sea la segunda venida de Cristo, pero desde luego es toda una experiencia religiosa.

Yo ya iba por el segundo trozo, y me sentí tentada a darle la razón. Pero entonces me acordé de algo y sonreí.

–¿Qué? –preguntó Wes.

Bajé la vista para clavarla en mi plato.

–Es que me ha hecho mucha gracia lo que acabas de decir. Me ha recordado a algo que siempre decía mi padre.

Se metió un trozo de gofre en la boca y esperó a que continuara.

–Nunca íbamos a misa –le expliqué–, a pesar de que mi madre decía que deberíamos hacerlo, y la pobre siempre se sentía culpable por ello. Pero a mi padre le encantaba preparar unos desayunos fabulosos los domingos. Decía que era su forma particular de rezar y que la cocina era su templo, sus ofrendas los huevos, la panceta, las galletas y...

–Los gofres –terminó Wes por mí.

Asentí con la cabeza mientras un nudo me atenazaba la garganta. Qué vergüenza, pensé, estar a punto de llorar en un bar de gofres, parada habitual de camioneros, con Tammy Wynette como música de fondo. Pero entonces pensé que a mi padre le habría encantado aquel sitio y probablemente también le encantaba Tammy Wynette, y el nudo se estrechó aún más.

–Fue mi madre quien me trajo aquí por primera vez –dijo Wes de repente mientras pinchaba otro trozo de gofre–. Siempre parábamos cuando volvíamos de Greensboro, donde vivía mi

abuela. Se había convertido en una especie de ritual que mantuvimos incluso en la fase de la comida sana. Era el único lugar donde se permitía comer algo totalmente insano. Siempre pedía un gofre belga con nata montada y fresas y no dejaba ni las migas. Y después se pasaba todo el trayecto hasta casa quejándose de lo mal que le había sentado.

Sonreí y bebí un sorbo de agua. El nudo había empezado a deshacerse.

–Es curioso las cosas que uno recuerda cuando alguien ya no está, ¿verdad? –comenté.

–¿A qué te refieres?

Comí otro trozo de gofre.

–Cuando murió mi padre, al principio yo no era capaz de pensar en otra cosa más que en ese día. Tardé mucho tiempo en poder pensar en cosas que habían pasado antes, en cualquier otra cosa.

Wes había comenzado a asentir con la cabeza incluso antes de que yo acabara.

–Es peor cuando la persona lleva tiempo enferma –afirmó–. Te olvidas de que en otro tiempo estuvo sana y activa. Es como si cuando estás esperando un desenlace horrible no hubiera existido otro tiempo.

–Pero lo hubo. Me refiero a que hace solo unos meses que empecé a recordar todas estas cosas buenas y divertidas relacionadas con mi padre. La verdad es que me parece increíble que en algún momento me olvidara de ellas.

–No las olvidaste –puntualizó Wes, y bebió un sorbo de agua–. Lo único que pasaba era que no eras capaz de recordarlas. Pero ahora ya estás preparada, y vuelves a acordarte.

Medité sus palabras mientras me terminaba el gofre.

–Creo que también fue duro porque cuando mi padre murió, a mi madre le entró una especie de neura por deshacerse de sus cosas. En serio, lo sacó casi todo de casa. Así que en cierto modo casi fue como si mi padre nunca hubiera vivido allí.

–En mi casa ocurre todo lo contrario. Mi madre está prácticamente en todas partes. Delia empezó a embalar sus cosas, pero estaba tan afectada que no pudo acabar la tarea. Uno de sus abrigo sigue colgado en el armario del pasillo. Un par de zapatos, en el garaje, junto al cortacésped. Y no hago más que encontrar sus listas. Están por todas partes.

–¿Listas?

Wes miró la mesa y esbozó una leve sonrisa.

–Sí, era una auténtica maniática por tenerlo todo bajo control. Hacía listas para todo: lo que tenía que hacer al día siguiente, los propósitos para el nuevo año, la compra, llamadas que tenía que devolver. Luego las guardaba en cualquier sitio y se olvidaba de ellas. Probablemente seguirán apareciendo durante años.

–Eso debe de resultar bastante extraño –dije, y al momento me di cuenta de que aquello no sonaba muy bien–, o quizá sea bueno. Es posible.

–Un poco de cada. –Wes se apoyó en el respaldo y dejó la servilleta sobre el plato vacío–. A Bert lo pone de los nervios, pero a mí en cierto modo me gusta. Y en un momento determinado me dio por pensar que significaban algo, ¿sabes? Si encontraba una lista, me sentaba a leerla e intentar descifrarla. Como si recoger la ropa del tinte o llamar a la tía Sylvia fuera una especie de mensaje desde el más allá.

Wes se encogió de hombros, azorado.

–Lo sé –dije–. Yo hacía lo mismo.

Levantó las cejas.

–¿En serio? –preguntó.

No me podía creer lo que estaba a punto de contarle. Pero las palabras fluyeron con toda naturalidad.

–Mi padre era, digamos, adicto a esas cosas que venden por la televisión de madrugada. Siempre estaba llamando, pidiendo cosas como un felpudo con un sensor que te permite saber cuándo alguien está a punto de...

–El Asistente de Bienvenida –terminó Wes.

–¿Lo conoces?

–No –dijo, y esbozó una sonrisa–. Sí, por supuesto. Todo el mundo ha visto ese anuncio tan friki, ¿no?

–Mi padre compraba todas esas cosas. No podía resistirse. Era como una adicción.

–Siempre he querido pedir esa máquina de monedas que ordena las cosas automáticamente – confesó melancólico.

–La tengo.

–¿No puede ser!

Asentí.

–Bueno, el caso es que cuando murió, la compañía siguió enviándolas. En serio, cada mes llegaba algo nuevo. Pero durante una temporada estuve convencida de que aquello significaba algo. Como que mi padre de alguna manera me las compraba y debían tener algún significado.

–Bueno, nunca se sabe. Quizá sea cierto.

Lo miré.

–¿Quizá sea cierto qué?

–Que tengan un significado.

Volví la vista hacia el exterior; en la distancia, las luces de los coches pasaban borrosas sobre la autopista. Era ya pasada la medianoche, y me pregunté adónde iría toda esa gente.

–Por si acaso, yo las guardo –confesé en voz baja–. No puedo soportar la idea de tirarlas, ¿comprendes?

–Sí –asintió Wes–. Comprendo.

Nos quedamos allí otra hora, durante la cual siguieron entrando y saliendo clientes. Vimos familias con bebés dormidos, camioneros que paraban a descansar antes de acometer la siguiente etapa, una pareja joven que se sentó en un reservado frente al nuestro con un mapa extendido entre ellos y recorrían con el dedo la ruta que debían seguir hasta su próximo destino. Y todo el tiempo Wes y yo permanecimos allí sentados, hablando de todo y de nada a la vez. No recordaba la última ocasión que había hablado tanto, y me refiero a hablar de verdad. Quizá nunca.

Aun así, gané a Kristy y a Mónica por solo diez minutos. Acababa de decir adiós a Wes, de entrar sin hacer ruido y pasar por delante de la sala donde Stella seguía durmiendo, cuando los chicos las dejaron en la puerta de casa. Cuando Kristy llegó a su cuarto con los zapatos en la mano, yo ya había extendido en el suelo junto a su cama el saco de dormir que ella me había dado esa tarde y estaba en pijama. No se sorprendió nada al encontrarme despierta.

–¿Lo habéis pasado bien? –pregunté mientras se quitaba la falda y el top para ponerse una camiseta y unos pantalones cortos.

–No. –Se sentó en la cama, sacó un tarro de crema de la mesilla de noche y comenzó a extenderla por la cara; más o menos a mitad de la operación explicó–: Solo te diré que Sherman, pese a pasar todo el tiempo inconsciente, era el mejor del grupo.

–Ufff.

Asintió y cerró de nuevo el tarro.

–Qué más quisieran esos chicos que ser del montón. De verdad, qué chasco. ¿Hay algo peor que ser del montón? Tengo la impresión de ir para atrás.

–Vamos, eso no es cierto. Solo ha sido una mala noche.

Kristy se puso en pie y se dirigió a la puerta.

–Puede, pero una chica puede perder el corazón en este mundo. Solo digo eso, ¿entiendes?

Cuando se fue al baño para limpiarse la cara, me estiré en el saco. Si miraba por la ventana que tenía detrás, podría ver el jardín bañado por la luz de la luna. Sin embargo, enseguida me entró demasiado sueño para pensarlo siquiera, así que cerré los ojos y solo me enteré de que Kristy había vuelto a la habitación por el ruido de la puerta al cerrarse y el profundo suspiro que soltó al meterse en la cama. Bostezó y dijo:

–Menuda mierda cuando termina la noche y te vas con las manos vacías. ¿A que da rabia?

–Sí, mucha.

Volvió a rezongar, se dio la vuelta y ahuecó la almohada. Tras unos instantes de silencio, dijo con voz soñolienta:

–Buenas noches, Macy, que duermas bien.

–Y tú también. Buenas noches.

Un minuto después, oí que respiraba con un ritmo regular; se había quedado dormida en el acto. Seguí tumbada despierta unos minutos, contemplando la luna que brillaba sobre mi cabeza; luego extendí el brazo para alcanzar el bolso y rebusqué en su interior hasta que encontré lo que buscaba. Después, en la oscuridad, cerré los dedos con fuerza alrededor de lo que yo había conseguido aquella noche: un lápiz que olía a sirope y azúcar. Por la mañana, cuando me despertó la luz del sol, aún lo tenía en la mano.

–¿Macy? ¿Eres tú?

Dejé el bolso y los zapatos en el primer escalón. Las mañanas del fin de semana, mi madre solía levantarse pronto y recibir a potenciales clientes en la casa piloto. Sin embargo, ese día eran más de las diez y la vi sentada en su sillón abatible junto a la ventana, tomando un café y hojeando una revista inmobiliaria. Parecía relajada y ociosa, y ella nunca estaba así. Jamás. Con lo cual deduje que debía de estar esperándome.

–Eeh..., sí.

Al cruzar el vestíbulo, instintivamente me metí la camisa por dentro del pantalón, me alisé el pelo y me pasé un dedo por la raya.

–Kristy preparó el desayuno, así que me quedé un poco más tiempo del que pensaba –expliqué–. ¿Qué haces en casa?

–Bueno, decidí tomarme una hora para poner unas cosas de casa al día. –Dejó la revista encima de la mesita auxiliar–. Además, hace mucho tiempo que no tenemos oportunidad de hablar. Ven, siéntate y cuéntame cómo va todo.

De repente reviví una escena del pasado y me vi en lo alto de la escalera, observando a Caroline bajar después de haber salido toda la noche y luego entrar en la sala, donde mamá siempre la esperaba para tener una «conversación». El ambiente se impregnaba de un aire de hostilidad que resultaba bastante tenso. Como ahora.

Me acerqué y tomé asiento en el sofá. La luz del sol entraba por la ventana, brillante y cegadora, y me sentí especialmente expuesta, como si todas mis pequeñas faltas, desde mi pelo

revuelto hasta la laca de uñas de los dedos de los pies, ya un poco saltada, quedaran especialmente al descubierto. Pensé en levantarme rápidamente para sentarme en la silla o en la otomana, pero me pareció que con ello solo conseguiría atraer más atención sobre mí, así que me quedé donde estaba.

–Bueno, ¿y qué tal el trabajo ayer? –preguntó mi madre.

–Bien. –Se quedó mirándome y me di cuenta de que esperaba algo más, así que continué–. Lo pasamos bien. Era una de esas comidas de preboda, lo que significa que todo el mundo está con resaca de la cena de ensayo o histérico con los últimos detalles. En esta ocasión se dieron las dos cosas. Así que todo fue un poco caótico. Y además tuvimos el contratiempo de que se nos quemaron unas *crêpes*, pero en realidad no fue culpa nuestra. O no del todo.

Mi madre me miraba con expresión de interés amable y distante a la vez, como si le estuviera describiendo la cultura de un país extranjero que jamás se le ocurriría visitar.

–Vaya, la verdad es que últimamente te has pasado muchas horas sirviendo comidas –comentó.

–No tantas –dije; a continuación, consciente de que había sonado como si estuviera a la defensiva (¿en serio parecía que estaba a la defensiva?), añadí–: A ver, estas dos últimas semanas sí hemos tenido mucho trabajo, porque Delia se comprometió a cubrir un montón de eventos antes de que nazca el bebé. Probablemente, dentro de poco no tendré nada que hacer.

Mi madre apartó la revista de sus rodillas y la dejó encima del sofá.

–Pero aún tendrás el trabajo de la biblioteca, ¿no?

–Sí, ya, claro –dije con demasiada precipitación–. Quiero decir, sí, desde luego.

Pausa. Demasiado larga, para mi gusto.

–¿Y qué tal en la biblioteca? –preguntó por fin–. Ahora casi no hablas de ella.

–Bien. Bueno, ya sabes, lo de siempre.

Esa era la verdad. Mis días en la biblioteca no habían mejorado en absoluto a lo largo de las últimas semanas. La única diferencia era que ya no le daba tanta importancia. Cumplía mi horario, procuraba evitar a Bethany y Amanda todo lo posible y salía en el mismo momento en que el reloj marcaba las tres.

–Ya sabes, es trabajo –añadí–. Si estuviera pensado para que nos entusiasmara, no lo llamarían trabajo, ¿no?

Asintió con una sonrisa. Oh, no, pensé. En aquel momento supe que algo gordo se me venía encima. Y acerté.

–Ayer tuve una comida de trabajo y vi a la señora Talbot. Me dijo que Jason está disfrutando muchísimo de su estancia en el Centro de Altas Capacidades.

–¿En serio? –pregunté, y me llevé la mano a la cabeza para volver a alisarme la raya del pelo.

–También me dijo –continuó, y cruzó las piernas– que Jason les contó que os estáis dando un tiempo en vuestra relación hasta el final del verano.

Vale, genial, pensé.

–Ah, ya. Quiero decir, sí.

Durante unos instantes se hizo un silencio tan sepulcral que se oía el zumbido de la nevera. Recordé que también se producían aquellas pausas violentas cuando Caroline llegaba tarde a casa. Siempre me había preguntado qué pasaba exactamente en esos espacios vacíos entre acusaciones y defensas.

–Me sorprendió –dijo por fin mi madre– que no me lo hubieras contado. La señora Talbot me dijo que hace ya varias semanas de eso.

–Bueno, es solo un tiempo de espera –repuse, intentando que mi voz sonara segura y jovial–.

Hablaremos en cuanto vuelva. Ambos pensamos que por ahora era lo mejor que podíamos hacer.

Mi madre entrecruzó las manos sobre las rodillas y se inclinó ligeramente hacia adelante. Conocía aquella postura. Iba a atacar.

–Debo decir, Macy –empezó, y yo noté que algo en mi interior comenzaba a desinflarse–, que estoy un poco preocupada por ti.

–¿Preocupada?

Asintió sin dejar de mirarme.

–Estas noches has salido mucho con tus nuevos amigos. Pasas tantas horas trabajando con esa empresa que no estás dedicando toda la atención debida a tu trabajo de la biblioteca, que es tu principal compromiso en lo relativo a tu expediente académico.

–No he faltado ni un solo día.

–Ya sé que no has faltado. Pero es que... –dijo con una voz que se fue apagando al tiempo que se giraba hacia la ventana. Ahora le daba el sol en la cara y distinguí inmediatamente las arruguitas que rodeaban sus ojos y la cara de cansancio que tenía. No por primera vez, sentí una punzada de preocupación, totalmente exagerada, lo sé, de que quizá estuviera exigiéndose demasiado. Cuando papá estaba con nosotras no la había notado nunca. Nadie lo había notado–. El curso que viene es crucial para ti en lo referente a los estudios y a tu futuro. Es fundamental que hagas una buena selectividad y estés centrada en las clases. ¿Te acuerdas de que me dijiste que este verano querías trabajar para conseguir esos objetivos?

–Y ya lo hago. He estado estudiando vocabulario y haciendo exámenes por Internet.

Otra mirada hacia la ventana. Luego continuó:

–También has salido muchas noches con tu amiga Christine...

–Kristy –la corregí.

–... además de ese grupo de amigos nuevos que no conozco y que nunca he visto. –Bajó la vista hacia sus manos, que cruzaba y descruzaba sobre las rodillas–. Y luego me entero de lo tuyo con Jason. Me pregunto por qué no se te ocurrió que podías contármelo.

–Solo nos estamos dando un tiempo, y además Jason no tiene nada que ver con mis objetivos. Son dos cosas totalmente independientes.

–¿Seguro? Cuando salías con Jason pasabas más tiempo en casa. Estudiabas más. Ahora apenas te veo, y no puedo evitar preguntarme si no existirá una relación entre ambas cosas.

No fui capaz de rebatir estas palabras. Durante las últimas semanas había cambiado, era cierto. Pero para mí, aquellos cambios habían sido para mejor: por fin estaba superando situaciones, saliendo de la caja de seguridad en la que me había encerrado hacía tantos meses. Había sido beneficioso, pensé. Hasta ahora.

–Macy –dijo mi madre en tono más suave–, lo único que digo es que quiero estar segura de que tus prioridades están claras. Has trabajado mucho para llegar a donde estás. No quiero que echés todo a perder.

De nuevo tenía que darle la razón. Pero, mientras que para ella el trabajo significaba mi enorme esfuerzo por ser perfecta, sacar buenas notas, salir con un chico inteligente y recuperarme de la pérdida de mi padre para aparecer templada, serena y bien-muy-bien, para mí quería decir todo lo contrario. Había sufrido mucho, me había decepcionado a mí misma una y otra vez, y solo ahora había encontrado un sitio donde ser yo, y eso bastaba.

De pronto caí en la cuenta de que aquel había sido siempre el problema con mi madre y conmigo. Había muchas cosas sobre las que creíamos estar de acuerdo, pero todo podía tener dos significados. Como las dos caras de una misma moneda: todo dependía de qué lado cayera.

–Yo tampoco lo quiero.

–Bien. Entonces estamos de acuerdo. Eso es lo único de lo que quería estar segura.

Mamá sonrió y al ponerse en pie me apretó la mano, la muestra de cariño que habíamos establecido entre ambas. Cuando vi que se dirigía a su despacho, subí la escalera para ir a mi cuarto. Estaba a medio camino cuando me llamó.

–¡Cariño!

Me volví. Mi madre estaba de pie a la puerta de su despacho, con la mano en el picaporte.

–¿Sí?

–Solo quiero que sepas que puedes contarme tus cosas. Como hace Jason. Quiero que entiendas que puedes compartirlas conmigo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –asentí.

Mientras subía la escalera me di cuenta de que mamá ya había pasado al siguiente desafío, y que el problema del que acabábamos de hablar ya estaba archivado bajo el epígrafe RESUELTO. Pero para mí no era tan sencillo. Por supuesto que ella creía que podía contárselo todo: era mi madre. Pero en realidad no podía. Llevaba un año deseando poder hablar con ella de todo lo que me estaba atormentando. Había deseado acercarme, abrazarla, decirle que estaba preocupada por ella, pero tampoco había sido capaz de hacerlo. Así que todo se trataba de un formalismo que acabábamos de acordar, un contrato que había firmado sin leer la letra pequeña. Pero no me hacía falta leerla para saber lo que decía. Que podía ser imperfecta, pero solo hasta cierto punto. Humana, pero dentro de unos límites. Y sincera, con ella o conmigo misma, nunca.

Cuando entré en mi habitación, encontré una bolsa en medio de la cama con una nota encima. Incluso a distancia reconocí aquella letra sinuosa y fluida: Caroline.

Hola, Macy.

Siento que no estuvieras en casa cuando vine. Volveré dentro de un par de días, y, con un poco de suerte, con buenas noticias sobre los avances de las obras. La última vez que estuve aquí me olvidé de dejarte esto. Lo encontré en el armario de la habitación de la casa de la playa la última vez que fui, cuando hacía limpieza. No estoy segura de lo que es (no he querido abrirlo), pero creo que deberías tenerlo tú. Hasta pronto.

Estaba firmado con una hilera de besos y abrazos y una carita sonriente. Me senté en la cama junto a la bolsa y la abrí. Eché un vistazo al interior y volví a cerrarla de inmediato.

Dios mío.

Aquella mirada rápida me había bastado para ver dos cosas: papel de regalo –dorado, con dibujos– y una tarjeta blanca con mi nombre. Con otra letra que reconocí, que habría reconocido en cualquier parte. La de papá.

«Más por llegar», decía la tarjeta que me había entregado aquella Navidad, la última que había pasado con nosotras. «Pronto.» Así que, después de todo, el regalo que me faltaba por recibir no era un artículo de EZ, sino aquel.

Alargué el brazo para abrir la bolsa, pero me detuve. Por mucho que lo deseara, ahora no podía abrirlo, porque me decepcionaría. Durante todo aquel tiempo no había sido un regalo lo que

yo deseaba, sino una señal. Así que quizá lo mejor sería dejar que aquel paquete, más que ninguna otra cosa, tuviera un potencial ilimitado.

Acerqué la silla al armario, recogí la bolsa y la empujé por el hueco hasta situarla junto a la caja de los productos EZ. Fuera lo que fuera, había tardado mucho en dar conmigo. Un poco más de tiempo no significaría tanto.



—¿A quién le toca preguntar?

—A ti —respondió Wes.

—¿Seguro?

Asintió mientras ponía en marcha la furgoneta.

—Adelante.

Me apoyé en el respaldo del asiento y flexioné una pierna para sentarme encima al salir del camino de acceso a la casa de Delia y enfilarse Sweetbud Road. Lo habíamos echado a suertes y nos había tocado ir a lavar la furgoneta, mientras que Bert y Kristy tenían que quedarse en casa preparando pastelillos de cangrejo.

—Pues venga: ¿cuál es tu mayor temor?

Como siempre, se tomó unos instantes antes de responder.

—Los payasos.

—¿Los payasos?

—Sí.

Volví la vista hacia él.

—¿Qué? —preguntó, mirándome de lado.

—No es una respuesta válida.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Me refería a un temor real, como el miedo al fracaso, a la muerte, a arrepentirse de algo. Algo que te haga pasar la noche en vela cuestionándote tu propia existencia.

Pensó otro segundo.

—Los payasos.

—Por favor —protesté con los ojos en blanco.

—Esa es mi respuesta.

Redujo la velocidad y rodeó el bache con cuidado. Eché un vistazo al corazón que colgaba de la mano y que estaba inmóvil y reverberaba a causa del calor. A continuación explicó:

—No me gustan los payasos. Me acojonan desde que fui al circo de pequeño y uno explotó un globo delante de mi cara.

—Déjate de bobadas —reí.

—Qué más quisiera yo.

Estábamos ya al final de la calle, rodeados de una nube de polvo.

—Los payasos —repetí—. ¿En serio?

Asintió.

—¿Vas a dar por válida mi respuesta o no?

—¿Es cierta?

—Sí, claro que lo es.

—Bueno, entonces te toca a ti.

Había aprendido un montón de cosas sobre Wes. Que su primer beso había sido en sexto, con una chica llamada Willa Patrick. Que pensaba que tenía las orejas demasiado grandes en comparación con la cabeza. Y que odiaba el jazz, el *wasabi* y el olor a pachuli. Y los payasos.

El juego que habíamos empezado la noche que nos quedamos sin gasolina seguía en curso: cada vez que nos quedábamos solos, fuese en la furgoneta, mientras preparábamos las cuberterías o cuando salíamos, lo reanudábamos automáticamente en el mismo punto donde lo hubiéramos dejado la última vez. Cuando los compañeros de Deseo estaban cerca, siempre había bullicio, drama, risa y caos. Pero en esos ratos estábamos solos Wes, la verdad y yo.

Cuando empecé a jugar al juego de la verdad, en mis tiempos de fiestas de pijamas cuando me quedaba a dormir en casa de una amiga, siempre me había puesto nerviosa. Wes tenía razón al decir que era muy retorcido: las preguntas siempre eran personales o embarazosas, preferiblemente las dos cosas a la vez. A menudo, al jugar con mi hermana o con mis amigas, prefería pasar y perder antes que tener que confesar que estaba loca por mi profesor de matemáticas. A medida que fuimos cumpliendo años, el juego se hizo más agresivo, con preguntas sobre chicos y enamoramientos y hasta dónde habíamos llegado. Pero con Wes era distinto. La primera pregunta que me hizo fue la más difícil, así que todas las que vinieron después fueron mucho más fáciles. O algo más fáciles.

—¿Qué es lo más desagradable que te ha ocurrido en tu vida? —me preguntó un día cuando entrábamos en Milton's Market a comprar papel de cocina.

—¡Uf! —protesté, y lo fulminé con la mirada—. ¿De verdad tengo que contártelo?

—Contesta o pasa —me dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

Pero él sabía que yo no iba a pasar. Ni él tampoco. Ambos nos lo habíamos tomado muy en serio, porque en realidad encerraba algo mucho más profundo, al menos para mí. Me gustaba aquella manera de conocerlo mejor, los detalles y las pequeñas revelaciones, piezas de un rompecabezas que yo iba examinando cuidadosamente para adivinar dónde encajaban. Si uno de los dos ganaba, acabaría el juego. Así que tenía que seguir contestando.

—Fue en quinto curso —dije cuando enfilamos el pasillo de las celulosas—. Era diciembre y una mujer vino a hablarnos de Januká. Recuerdo que nos dio unas monedas de chocolate.

—¿Esa es la parte desagradable?

—No —contesté, lanzándole otra mirada asesina—. Viene ahora.

Al ser tan conciso en sus respuestas, Wes siempre me espoleaba para que me diera prisa y fuera directa al grano, con lo cual lo único que conseguía era que yo reaccionara adornando la historia mucho más. Todo ello formaba parte del juego.

—Era la señora Felton, la madre de Bárbara Felton. Bueno, el caso es que nos dio las monedas y nos habló de la Menorá. Todo estaba saliendo bien.

Habíamos llegado ya al lugar donde se encontraba el papel de cocina. Wes bajó un paquete de ocho rollos de la estantería, lo sujetó bajo el brazo, me pasó otro y echamos a andar hacia las cajas registradoras.

—Entonces la profesora, la señora Whitehead —continué—, se acerca a Norma Piskill, que estaba sentada a mi lado, y le pregunta si se encuentra bien. Y Norma dice que sí, aunque al mirarla me doy cuenta de que está un poco verde.

—Oh, no —dijo Wes haciendo una mueca.

—Exactamente —suspiré—. Así que lo siguiente que recuerdo es a Norma Piskill intentando

levantarse, pero no le da tiempo, y me vomita encima. Y luego, cuando estoy de pie chorreando, vuelve a hacerlo.

–Puaj.

–Preguntaste tú –le recordé tranquilamente.

–Eso es cierto –dijo cuando nos pusimos a la cola–. Te toca.

–Bien. –Pensé unos instantes–. ¿Qué es lo que más te preocupa?

Como siempre, hizo una pausa para meditar su respuesta. Del vómito a la introspección profunda: así era el juego de la verdad. O jugabas, o lo dejabas.

–Bert –contestó categórico un instante después.

–Bert –repetí.

Wes asintió.

–Me siento responsable de él, ¿sabes? Bueno, típico de hermano mayor. Pero al morir mi madre... Nunca me lo dijo, pero sé que ella contaba con que yo me hiciera cargo de mi hermano. Y Bert es tan...

–¿Tan qué? –pregunté mientras la cajera escaneaba el papel.

Se encogió de hombros.

–Tan... Bert. ¿Comprendes? Es muy vehemente. Todo se lo toma muy en serio, como eso del Armagedón. Mucha gente de su edad no lo entiende. Todo lo que siente, lo siente con pasión. Con demasiada pasión a veces. Creo que llega a espantar a la gente.

–No es para tanto –dije al tiempo que Wes le daba a la cajera un billete de veinte dólares y esperaba a recibir la vuelta–. Es solo...

Y entonces fui yo la que se quedó en blanco, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

–Bert –terminó por mí.

–Exactamente.

Y así continuábamos. Pregunta a pregunta y respuesta a respuesta. Los demás pensaban que éramos un poco raritos, pero yo empezaba a preguntarme de qué otra manera se puede llegar a conocer bien a alguien. Más bien al contrario, el juego hacía que te dieras cuenta de lo poco que sabías de la gente. En solo unas pocas semanas, ya sabía qué era lo que preocupaba a Wes, qué le hacía pasar más vergüenza y cuál había sido su mayor decepción. No estaba segura de ninguno de esos datos en el caso de mi madre, de Caroline o de Jason, y sabía que a ellos les pasaría lo mismo conmigo.

–Pues yo lo encuentro un poco raro –dijo Kristy un día después de acercarse a nosotros un par de veces y oír a Wes cuando terminaba de detallar un tremendo trauma sufrido en primero de secundaria o a mí cuando explicaba por qué me parecía que mi cuello era un poco peculiar–. A ver, lo de verdad o consecuencia tiene más sentido, pero esto solo consiste en hablar.

–Exactamente. Una consecuencia la puede afrontar cualquiera –repuse.

–Bueno, no sé yo –dijo ella en tono enigmático–. Todo el mundo sabía que si no eras tonto, escogías verdad y no consecuencia. Así por lo menos podrías mentir si fuese necesario.

Me quedé mirándola.

–¿Qué? –continuó, e hizo un gesto de fastidio–. Yo no te mentaría. Te hablo de la ética de las fiestas de pijamas donde se juega a degüello. Nadie dice la verdad todo el tiempo.

–En este juego sí.

–Quizá tú lo hagas. Pero ¿cómo sabes que él no te miente?

–No lo sé. Lo creo, eso es todo.

Y era cierto. Por eso aquel verano me gustaba tanto estar con Wes. Era la única persona a la

que podía creer a pies juntillas, que decía exactamente lo que pensaba y sin evasivas. Estoy segura de que él no tenía ni idea de lo mucho que eso significaba para mí.

–¡Macy!

Me volví y vi a Bert, de pie en el camino de entrada, en pantalones de vestir y camiseta interior. Tenía pegado un trocito de pañuelo de papel en la barbilla y otro cerca de la sien, claramente para tapar sendos cortes que se había hecho al afeitarse, y se le veía desesperado:

–¿Puedes venir un momento?

–Claro.

Crucé la calle, y cuando estaba a pocos metros de él comencé a oler su colonia. Un paso más y era lo único que se olía, lo cual ya era decir mucho, teniendo en cuenta que había pasado la última hora ayudando a Delia a pelar ajos para hacer pasta de garbanzos y yo también despedía olor, aunque muy distinto.

–¿Qué pasa? –pregunté.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia su casa a un paso tan rápido y frenético que me costó trabajo seguirlo.

–Tengo un compromiso importante –dijo sin apenas mirarme– y se suponía que Kristy me iba a ayudar a arreglarme. Me lo prometió. Pero ella y Mónica tuvieron que llevar a Stella a repartir flores y todavía no han vuelto.

–¿Un compromiso?

–La convención del club Armagedón. Todo un acontecimiento. –Me dirigió una mirada significativa, como si quisiera enfatizar sus palabras–. Solo se celebra una vez al año.

–Bien.

Al subir los escalones de la puerta principal, uno de los papelitos se le despegó de la cara, revoloteó sobre su cabeza y desapareció detrás de nosotros. Lo bueno era que, al menos al movernos, no notaba el olor a colonia. De momento.

Nunca había entrado en la casa de Wes y Bert. Desde la carretera, lo único que se apreciaba era que estaba hecha de madera, que era acogedora y parecida a una cabaña, pero al entrar, me sorprendí de lo diáfana y luminosa que era. El salón era muy grande, con vigas de madera a la vista y tragaluces, y muebles modernos y de aspecto muy cómodo. La cocina corría paralela a la pared opuesta; había plantas por toda la encimera, muchas de ellas colocadas frente a una gran ventana que se abría sobre el fregadero. También había obras de arte por todas partes: cuadros abstractos en las paredes, varias piezas de cerámica y dos esculturas pequeñas de Wes, una a cada lado de la chimenea. Esperaba que fuera..., no sé, la típica casa de dos adolescentes, con cajas de pizza apiladas en la encimera y vasos medio vacíos por todas partes, pero estaba sorprendentemente ordenada.

–La cuestión a debatir es: rayas o lunares –dijo Bert mientras recorríamos el pasillo y dejábamos atrás una puerta cerrada y un dormitorio–. ¿Tú qué dices?

Abrió la puerta de su cuarto y entró, pero cuando llegué al umbral, me quedé inmóvil, mirando al interior. No las dos camisas que me enseñaba Bert, sino el enorme cartel que colgaba a su espalda y que ocupaba casi toda la pared. Decía, simplemente, ATENCIÓN: ARMAGEDÓN, y mostraba una imagen en tonos azules de la Tierra desintegrándose en pedazos. El resto del cuarto estaba decorado con el mismo estilo, con carteles que proclamaban EL FINAL ESTÁ MÁS CERCA DE LO QUE

PENSÁIS, y uno que decía simplemente MEGASUNAMI: UNA OLA DE DESTRUCCIÓN TOTAL. El espacio libre que quedaba en la pared estaba ocupado por estanterías, todas ellas abarrotadas de libros con títulos parecidos.

–Rayas –dijo Bert, y agitó una de las camisas delante de mis narices– o lunares. Lunares o rayas. ¿Cuál me pongo?

–Bueno –dije, aún distraída por lo que acababa de ver–, yo creo...

Justo en aquel momento se abrió una puerta a mi espalda, y Wes salió del baño con el pelo mojado, frotándose la cara con una toalla. No llevaba pantalón ni camiseta, lo cual, sinceramente, me distrajo casi tanto como el megasunami. O más. Levantó la mano para saludarme, pero se detuvo. Y olisqueó. Dos veces.

–Bert –dijo con una mueca–, ¿qué te dije de la colonia?

–Casi no me he echado –replicó Bert al tiempo que Wes se tapaba la nariz con la mano para rebatir su afirmación. Volvió a mostrar las camisas, con la intención evidente de escuchar la opinión de ambos–. Wes, ¿cuál me pongo? La primera impresión es importante, ya lo sabes.

La voz de Wes sonó amortiguada desde detrás de la mano:

–Esa es exactamente mi opinión. ¿Te has propuesto resultar sofocante?

Bert hizo caso omiso de sus palabras y se volvió hacia mí.

–Macy, por favor: ¿rayas o lunares?

Como siempre, noté un sentimiento de ternura hacia Bert; y más allá, en su cuarto, con esa decoración tan extravagante, su camiseta de chico formal y un papelito aún pegado a la cara.

–La de rayas –concluí–. Se ve más madura.

–Gracias.

Dejó la camisa de lunares encima de la cama, se puso la de rayas y comenzó a abotonarla rápidamente. Después se dio la vuelta para mirarse al espejo y añadió:

–Sí, yo pensé lo mismo.

–¿Vas a llevar corbata? –preguntó Wes al tiempo que entraba de nuevo al baño y lanzaba la toalla sobre el toallero.

–¿Crees que debo?

–¿Qué impresión quieres causar? –pregunté.

Bert meditó unos instantes.

–Maduro. Inteligente. Atractivo.

–¿Sofocante? –añadió su hermano.

–Entonces, sí –le dije a Bert, que había fruncido el ceño–, ponte corbata.

Mientras Bert abría el armario y rebuscaba en su interior, me volví a mirar a Wes, que había entrado en su cuarto y se estaba poniendo una camiseta gris. A diferencia de las de su hermano, las paredes de su habitación estaban desnudas y los únicos muebles eran un futón arrimado a la pared, una caja para cartones de leche con un montón de libros apilados encima y un escritorio sobre el que colgaba un espejo. Pegado a él había una foto de una chica en blanco y negro, pero no pude verle bien la cara.

–Lo más importante de la convención de Armagedón –me explicó Bert, y me volví para observarlo mientras intentaba hacer el nudo de una corbata azul– es que es la única ocasión del año en que nos reunimos los SFM de todo el estado.

–¿SFM? –pregunté sin quitarle ojo. Cruzó la pala de la corbata sobre la parte más estrecha, comenzó a hacer el nudo y lo apretó demasiado antes de deshacerlo y empezar de nuevo.

–Seguidores del Fin del Mundo –explicó, y probó a hacer otro nudo. Esta vez, la pala colgaba

demasiado sobre la parte estrecha, por debajo de la hebilla del cinturón—. Es una oportunidad estupenda para enterarse de las nuevas teorías e intercambiar consejos para investigar con otros entusiastas como yo.

Se miró la corbata y exclamó.

—¡Dios! ¿Por qué es tan difícil? ¿Sabes hacer un nudo de corbata?

—La verdad es que no.

Mi padre siempre vestía de manera informal, y Jason, que sí llevaba corbata con frecuencia, hacía el nudo con los ojos cerrados, así que no había tenido necesidad de aprender.

—Kristy me prometió que me iba a ayudar —murmuró, y tiró de la corbata, con lo cual solo consiguió que la pala colgara más todavía. Se estaba poniendo colorado—. Me lo prometió.

—Tranquilízate —dijo Wes, que salió de su cuarto y se acercó a su hermano; deshizo el nudo y alisó los dos extremos de la corbata—. No te muevas.

Bert y yo observamos, inmóviles, cómo cruzaba un extremo sobre otro, y con una vuelta y un tirón suave hizo un nudo perfecto.

—Caray —dijo Bert cuando Wes se apartó, mirándose la corbata y admirando su habilidad—. ¿Cuándo aprendiste a hacer eso?

—Cuando tuve que ir a juicio —respondió Wes. Despegó el trocito de papel de la cara de su hermano y terminó de enderezarle la corbata—. ¿Tienes dinero?

Bert soltó un bufido.

—Reservé la entrada en marzo. Vamos a cenar pollo y un postre. Ya está todo pagado.

Wes alcanzó su billetera, sacó veinte dólares y los metió en el bolsillo de Bert.

—Y no te echas más colonia, ¿vale?

—Vale.

Bert volvió a mirarse el nudo de la corbata. Sonó el teléfono, y descolgó el inalámbrico que había junto a la cama.

—¿Diga? Ah, hola, Richard. Sí, yo también... Eeh, camisa de rayas. Corbata azul. Pantalón de vestir de mezcla de algodón y poliéster. Mis zapatos buenos. ¿Y tú?

Wes sacudió la cabeza, salió al pasillo y se dirigió a su cuarto. Me apoyé en el quicio de la puerta y eché otra mirada al escueto mobiliario.

—Vaya, veo que eres minimalista —observé.

—No soy de amontonar cosas —repuso; abrió el armario para sacar algo—, si te refieres a eso. Si no lo ves, es que no te hace falta.

Entré y me acerqué al escritorio. Me incliné para observar a la chica de la foto. Sabía que probablemente estaba portándome como una metomentodo, pero no me pude resistir.

—¿Y esta es Becky?

Se giró para mirarme.

—No, Becky es delgada y angulosa. Es mi madre.

Deseo era preciosa. Fue lo primero que pensé. Y en esa foto era joven, quizá tenía veinte o veintipocos años. Inmediatamente reconocí en sus rasgos la cara redonda de Bert, y el pelo rizado y la sonrisa amplia de Delia. Pero sobre todo me recordó a Wes. Quizá por la forma en que no miraba a la cámara, sino a algún punto detrás de ella, o por la media sonrisa; no había en ella nada forzado ni artificial. Estaba sentada en el borde de una fuente, con las manos apoyadas en el regazo. En el fondo, se veía centellear el agua.

—Se parece a ti.

Wes se situó detrás de mí con una caja en la mano, así que nuestras imágenes se reflejaron en

el espejo, mirándose.

–¿Eso crees?

–Sí –respondí–, eso creo.

Bert salió a toda prisa de su habitación con un rodillo quitapelusas en la mano.

–Será mejor que me vaya –dijo–. Quiero estar allí cuando abran las puertas.

–¿Te vas a llevar el rodillo? –preguntó Wes.

–Siempre cabe la posibilidad de que se me pegue alguna pelusa en el coche –contestó, y lo guardó en el bolsillo delantero–. Entonces, ¿estoy bien?

–Estás genial –le dije, y me sonrió, sinceramente complacido.

–Me quedo a dormir en casa de Richard, para poder comentar después –se despidió a la vez que abría la puerta del coche–. Hasta mañana, ¿vale?

Wes asintió.

–Pásalo bien.

Bert desapareció por el pasillo, y a los pocos segundos oí cerrarse la puerta principal. Wes alcanzó sus llaves y su billetera del escritorio, cambió de brazo la caja que llevaba y nos dirigimos al salón; antes de que cerrara la puerta, eché una última mirada a Deseo.

–Creo que yo también debería irme –dije cuando entramos.

De nuevo me sorprendió lo acogedor que era el salón, a diferencia de mi casa, que, con sus techos altos y sus cuartos enormes, siempre parecía desangelada.

–No me digas. ¿También vas a la convención de Armagedón?

–¿Cómo lo has adivinado?

–Fue un presentimiento.

Hice una mueca.

–No, la verdad es que voy a dedicarme a estudiar. A hacer la colada. No sé, a lo mejor hasta pierdo el control y me pongo a planchar. Con almidón.

–Oh, no. Te has vuelto loca.

Wes abrió la puerta, salió al exterior y me detuve en los escalones mientras la cerraba.

–Muy bien, don Emociones Fuertes. ¿Qué plan tiene usted?

–Bueno –respondió, y me mostró la caja que llevaba en la mano–. Tengo que hacer acto de presencia en una fiesta en Lakeview y entregar a un amigo estas piezas de coche que conseguí en el desguace.

–¿Una fiesta y piezas de coche? Cuidado, no te hagas daño.

–Eso intentaré.

Sonreí y saqué las llaves del bolsillo.

–¿Te apetece acompañarme?

Me sorprendió bastante que me lo preguntara. Y me sorprendió más aún la rapidez con la que contesté, sin vacilar, como si aquel fuera el plan que había tenido en mente todo el tiempo.

–Claro.

La fiesta estaba concurrida y muy animada cuando llegamos. Al acercarnos a la puerta tras esquivar a la gente que se agrupaba en el camino de acceso y el jardín delantero, fui consciente, como siempre, de que éramos el blanco de todas las miradas. O, al menos, Wes. Parecía no darse cuenta, pero me pregunté cómo habría logrado acostumbrarse.

Una vez dentro, apenas había traspasado el umbral cuando alguien me agarró del brazo. Alguien que llevaba una minifalda vaquera, botas de vaquero y un corsé rosa chillón. Blanco y en botella.

–¡Dios mío! –me susurró Kristy al oído, y me arrastró hasta el pie de la escalera–. ¡Lo sabía! ¿Qué estáis haciendo? Macy, será mejor que empieces a confesar. Ahora mismo.

Wes se había parado en el centro del vestíbulo y me estaba buscando. Cuando por fin me encontró y vio que estaba con Kristy, me indicó por señas que volvería enseguida y desapareció por el pasillo detrás de un grupo de animadoras, que lo siguieron con miradas lánguidas. Pero no pude ver nada más, porque Kristy estaba a punto de romperme el brazo.

–¿Quieres parar? –rogué, soltándome–. Me has debido de hacer un esguince.

–No me puedo creer –dijo irritada, sin tan siquiera escucharme– que tú y Wes quedarais para salir y ni siquiera me lo hayáis dicho. ¿En qué lugar deja a nuestra amistad? ¿Dónde está la confianza, Macy?

Noté un golpe por el otro lado y miré para descubrir a Mónica, que, con una botella de agua en la mano, observaba con cara de aburrimiento la cantidad de gente que se agolpaba en el salón.

–¿Has visto con quién está Macy? –le preguntó Kristy.

–Ajá.

–No estoy con él –dije a la vez que me frotaba el codo–. Tenía que traer una cosa, yo había ido a ayudar a Bert a arreglarse para ir a la convención de Armagedón, y entonces...

–¡Oh, mierda! –Kristy se tapó la boca con la mano y abrió los ojos de par en par–. Me olvidé de la convención. Dios mío, dime que no se puso esa camisa de lunares.

–No –repuse, con lo cual su alivio fue patente–. La de rayas.

–¿Corbata?

Asentí.

–La azul.

–Bien. –Dio un sorbo a la cerveza que tenía en la mano y luego me apuntó con el índice–. Vale, ahora volvamos a hablar de ti y de Wes. ¿Me juras que no hay nada entre vosotros?

–Por Dios, cálmate –dije; Kristy seguía con la vista fija en mí, como si aquella respuesta no le pareciera suficiente–. Te lo juro.

–Vale, muy bien –aceptó, e hizo un gesto con la cabeza en dirección al comedor, donde vi un grupo de chicos congregados en torno a la mesa–. Demuéstralo.

–¿Que lo demuestre?

Pero ya me estaba arrastrando hacia el vestíbulo; después me hizo cruzar el comedor y sentarme en una silla, en cuyo brazo se encaramó. Mónica, fiel a su costumbre, llegó treinta segundos después como si le faltase el aire. Pero a Kristy no pareció preocuparle. Estaba claro que tenía una misión que cumplir.

–Macy –dijo haciendo un gesto en dirección a un chico fornido que llevaba una gorra de béisbol, a otro con una camiseta naranja y a uno con pinta de *hippy* que estaba sentado al otro extremo de la mesa y tenía los ojos azules y el pelo recogido en una coleta–, estos son John, Donald y Philip.

–Hola –saludé, y ellos hicieron lo mismo.

–Macy está dándose un tiempo en su relación –explicó Kristy–, así que estoy intentando, *intentando*, mostrarle que hay todo un mundo de posibilidades ante ella.

Todos me miraron y noté que me estaba ruborizando. Me pregunté cuándo volvería Wes.

Kristy continuó hablando y gesticulando:

–Estos chicos no son nada recomendables, pero sí muy simpáticos.

–El hecho de que no seamos nada recomendables –me advirtió John, el de la gorra de béisbol– no fue un obstáculo para que ella saliera con todos nosotros.

–¡Por eso lo sé! –exclamó, y todos se echaron a reír. Donald le pasó la moneda y ella la hizo rebotar sobre la mesa, falló y bebió–. Escucha, Macy. Voy a dar una batida de reconocimiento. Cuando vuelva, te acompañaré y te presentaré a algún futurible, ¿vale?

–Kristy... –comencé, pero ya se había puesto en marcha, dando unos golpecitos en la cabeza de John al pasar a su lado.

–Te toca –me indicó el chico.

Recogí la moneda. Había visto ese juego en varias ocasiones, pero nunca había jugado. Hice rebotar la moneda como había hecho Kristy y cayó en el vaso con un chapoteo, lo cual era bueno. O eso creí. Luego le pregunté a Philip:

–¿Y ahora qué pasa?

Tragó saliva.

–Ahora tienes que escoger a alguien para que beba.

Eché una mirada en torno y señalé a John, que levantó su vaso y brindó por mí.

–Te toca otra vez –me dijo John.

–Ah.

Volví a hacer rebotar la moneda; de nuevo, acerté.

–¡Cuidado! –exclamó Donald–. ¡Está en racha!

Por poco tiempo: en la tercera tirada, fallé. Philip me indicó que tenía que beber, así que bebí y le pasé la moneda a John.

–Bueno –suspiré–, fue bonito mientras duró.

John acertó, por supuesto, y me señaló.

–De un trago –dijo, así que bebí otra vez.

Y otra. Y otra más. Los veinte minutos siguientes pasaron muy deprisa –o al menos eso me pareció–; fallé casi todas las tiradas y los chicos me escogían para que bebiera cada vez que ellos acertaban. Recomendables o no, eran implacables. Lo cual provocó que, cuando Wes apareció y se sentó a mi lado, lo viera todo, cuando menos, un poco borroso.

–Hola –dijo–. Creí que estarías perdida.

–Perdida, no. Secuestrada. Y ahora, perdiendo por goleada. ¿Encontraste a tu amigo?

Negó con la cabeza.

–No está. ¿Estás lista para irte?

–Más que lista. De hecho, creo que estoy un poco...

–¡Macy! –Me volví para ver a Kristy con las manos en las caderas y determinación en la mirada–. Llegó el momento.

–¿De qué? –preguntó Wes.

La verdad es que yo me estaba preguntando lo mismo, pues me había olvidado por completo de nuestra conversación anterior. Pero tampoco le importó, pues ya me había obligado a levantarme, con un ligero tambaleo, y me metió casi a la fuerza en la cocina. Ah, ya, pensé. Los futuribles.

–Oye –empecé–, creo que en realidad no...

–Cinco minutos –dijo–. No te pido más.

Quince minutos después aún seguía en la cocina, que se había llenado de gente, hablando con un jugador de fútbol que se llamaba Hank o Frank; había demasiado ruido para entenderlo bien.

Había intentado salir, pero entre la cantidad de gente que me apretujaba y Kristy vigilándome como un águila mientras hablaba con su propio futuro, la verdad es que resultaba bastante difícil. Y además me sentía algo inestable. Mejor dicho, muy inestable.

–¿Tú no sales con Jason Talbot?! –me preguntó a gritos para que pudiera oírlo por encima de la música que retumbaba en un altavoz cercano.

–Bueno... –empecé a decir, apartándome un mechón de pelo de la cara.

–¿Qué?! –gritó.

–La verdad es que...

El chico movió la cabeza y se puso una mano detrás de la oreja.

–¿Qué?

–¡No! –Alcé la voz, me acerqué a él y a punto estuve de perder el equilibrio–. No, no salgo con él.

Justo en aquel momento, alguien me dio un golpe desde atrás y me hizo caer encima de Hank/Frank.

–Perdona –dije, e intenté retroceder, pero él me puso las manos en la cintura.

Me sentí mareada y con una sensación extraña; y sofocada, demasiado sofocada.

–Cuidado –dijo él, y me sonrió. Bajé la vista y vi sus manos abiertas sobre mis caderas; eran grandes y carnosas. Puaj–. ¿Te encuentras bien?

–Sí, estoy bien –contesté, y de nuevo traté de apartarme. Pero él se movió a la vez y afianzó sus manos sobre mis caderas–. Creo que necesito tomar el aire.

–Voy contigo.

Kristy volvió la cabeza y me miró.

–¿Macy?

–Está bien –aseguró Hank/Frank.

–Oye, Kristy –dije–, creo que deberíamos...

Pero la perdí de vista cuando una chica alta que llevaba un pendiente en la nariz se interpuso entre nosotras.

–Sí, yo también –dijo Hank/Frank. Noté cómo sus dedos se metían por debajo de mi blusa y tocaban mi piel; sentí un escalofrío, y además muy desagradable. Se inclinó hasta rozarme la oreja con los labios–. Vámonos a algún sitio más tranquilo.

Volví a buscar a Kristy, pero había desaparecido y no había forma de encontrarla. Me sentí totalmente grogui cuando Hank/Frank se inclinó de nuevo sobre mi oreja y me susurró algo, pero la música estaba tan alta que me retumbaba en los oídos.

–Espera –murmuré, e intenté apartarme del chico.

–Chissst, tranquila.

Me recorrió la espalda con las manos. Quise liberarme de él con tanta brusquedad que al retroceder tropecé y perdí el equilibrio. Noté que me caía de espaldas irremediablemente, a pesar de que intenté enderezarme. Pero entonces, de pronto, alguien apareció detrás de mí.

Alguien que me sujetó por los codos, me incorporó y me ayudó a estabilizarme de nuevo. Sentí sus manos frías contra mi piel sofocada y su presencia a mi espalda, firme como una roca. Algo donde apuntarme, lo bastante fuerte para sujetarme.

Volví la cabeza. Era Wes.

–Así que estás aquí –dijo mientras Hank/Frank lo miraba irritado–. ¿Podemos irnos ya?

Asentí. Noté su estómago contra mi espalda, y sin pensármelo dos veces me apreté contra él.

Seguía sujetándome por los codos, y aunque me di cuenta de lo anómalo de la situación y de que nunca lo habría hecho en circunstancias normales, me quedé como estaba, pegada a él.

–Oye... –comenzó a decir Hank/Frank.

Pero Wes ya estaba abriéndose paso entre la multitud. Había mucha gente, muchos obstáculos que esquivar, y al mismo tiempo que fluctuaba la distancia entre nosotros, la posición de su mano iba variando de mi codo a mi cintura. Y quizá su intención fuera soltarme cuando nos vimos apretujados entre la gente que nos rodeaba por todas partes, pero lo único que se me venía a la cabeza era que cuando nada tiene lógica, y no la ha tenido durante un largo tiempo, lo único que necesitas es aferrarte a algo que te dé seguridad. Así que cuando noté que sus dedos comenzaban a separarse de mi cintura, los entrelacé con los míos y no dejé que me soltara.

Justo cuando salíamos de la casa, alguien gritó el nombre de Wes, alto y fuerte. Me sobresaltó, nos sobresaltó a los dos, y le solté la mano a toda prisa.

–¿Dónde estabas, Baker?! –preguntó a gritos un chico que llevaba una gorra de béisbol, apoyado en un Land Rover–. ¿Me has traído el carburador?

–¡Sí! –respondió Wes, también a gritos–. ¡Un momento!

–Lo siento –le dije, y él se volvió hacia mí y me miró–. Es que hacía tanto calor ahí dentro, y él...

Me agarró de los hombros y, con mucho cuidado, me ayudó a sentarme en los escalones.

–Espérame aquí, ¿vale? –dijo–. Ahora mismo vuelvo.

Asentí, y atravesó el jardín en dirección al Rover. Tomé una bocanada de aire, con lo cual lo único que conseguí fue marearme aún más, y metí la cabeza entre las manos. Instantes después, tuve la sensación de que alguien me observaba. Cuando giré la cabeza, vi a Mónica.

Estaba de pie justo a mi derecha, fumando un cigarrillo, con la botella de agua bajo el brazo. Yo sabía perfectamente que no era el tipo de persona que se acerca sin hacer ruido ni se mueve con rapidez, lo cual significaba que nos había visto salir. De la mano. Lo había visto todo.

Se llevó el cigarro a los labios, le dio una calada larga y me sostuvo la mirada con firmeza. Con expresión acusadora.

–No es lo que parece –dije–. Había un chico... Wes me rescató. Y solo me aferré a él para salir.

Con mucha lentitud, expulsó el humo, que se elevó entre nosotras formando volutas.

–Cosas que pasan –continué–. Ya sabes, a veces ocurren. No las piensas ni las planeas. Simplemente las haces.

Esperé que rebatiera mis palabras con un «nidecoña» o quizá con un «ajá» en tono sarcástico. Pero no despegó los labios. Se limitó a sostenerme la mirada, con su habitual expresión inescrutable.

–Bueno, vámonos de aquí –dijo Wes, que caminaba hacia nosotras; entonces vio a Mónica y la saludó con un gesto–. Hola, ¿qué pasa?

Como única respuesta, Mónica dio otra calada al cigarrillo, y a continuación volvió a clavarme la mirada.

Me puse en pie, ladeándome un poco, pero logré enderezarme, no sin esfuerzo.

–¿Estás bien? –preguntó Wes.

–Sí.

Wes comenzó a andar hacia la camioneta y lo seguí. Al pie de los escalones, me volví hacia Mónica y dije:

–Adiós. Nos vemos mañana, ¿no?

–Ajá –respondió.

Y mientras me alejaba, seguí notando su mirada clavada en mí.

–Si pudieras cambiar algo de ti, ¿qué sería? –preguntó Wes.

–¿Vale como respuesta todo lo que hice desde que salí de tu casa y este momento?

Wes movió la cabeza:

–Ya te lo dije, tampoco fue para tanto.

–Ya, a ti no te manoseó un jugador de fútbol –puntalicé.

–No, en eso tienes razón.

Me senté apoyada en un costado de la camioneta y estiré las piernas. Al salir de la fiesta, Wes había parado en el Quick Zip, donde compré aspirinas y una botella de agua grande. Luego me llevó a mi casa, tras rechazar mis débiles protestas con la promesa de que a la mañana siguiente me vendría a buscar para ir a recoger mi coche. Una vez allí, me imaginé que me dejaría y se marcharía, pero nos sentamos en el camino de la entrada a contemplar el revoloteo de las luciérnagas en torno a las farolas y a contarnos verdades.

Pero no sobre la razón por la cual me había aferrado a su mano. Todo se había desarrollado como en una nebulosa, como en una especie de locura sofocante, así que por momentos me pregunté si de verdad habría ocurrido. Pero luego recordaba a Mónica, su mirada inexpresiva y escéptica, y supe que sí había pasado. No hacía más que pensar en Jason, lo especial que había sido siempre en lo referente al contacto físico, cómo intentar darle la mano era como probar suerte o pedir un deseo. Con Wes se había producido con naturalidad, sin pensarlo.

–No tendría tanto miedo –contesté. Wes, que estaba pendiente del vuelo desigual de una luciérnaga que pasaba ante nosotros, giró la cabeza para mirarme–. Si pudiera cambiar algo de mí, sería eso.

–Miedo –repetió; de nuevo, me hizo pensar en lo mucho que me gustaba el hecho de que no emitiera ningún juicio, ni con palabras ni con gestos, y me diera siempre la oportunidad de seguir hablando si así lo deseaba–. ¿De...?

–De hacer cosas que no hayan sido planeadas ni decididas con antelación. Sería más impulsiva, sin estar siempre pensando en las consecuencias.

Meditó mis palabras unos instantes antes de decir:

–Ponme un ejemplo.

Bebí un sorbo de agua y dejé la botella a mi lado.

–Por ejemplo, con mi madre. Me gustaría decirle un montón de cosas, pero no sé cómo va a reaccionar. Así que no se las digo.

–¿Como qué? ¿Qué quieres decirle?

Pasé el dedo por el borde de la plataforma trasera.

–No es tanto lo que querría decirle como lo que querría hacer. –Me interrumpí y sacudí la cabeza–. Olvídalo. Prosigamos.

–¿Pasas? –preguntó Wes.

–¡Contesté a tu pregunta!

Hizo un signo negativo.

–Solo a la primera parte.

–No era una pregunta con dos partes –protesté.

–Ahora sí.

–Ya sabes que eso no se puede hacer.

Cuando empezamos el juego, la única regla era que había que decir la verdad. Punto. Pero desde entonces habíamos debatido sobre varias normas suplementarias. Habíamos tenido un par de discusiones sobre el contenido de las preguntas, una o dos que tenían que ver con lo completo de las respuestas, y demasiadas sobre a quién le tocaba preguntar. Aquello también formaba parte del juego. Sin embargo, era mucho más difícil jugar según las normas cuando se inventaban sobre la marcha.

Wes me miró y movió la cabeza.

–Vamos, responde –me apremió con un codazo.

Solté un ruidoso suspiro y me apoyé sobre las manos.

–Muy bien. Me acercaría... Si fuera capaz, me acercaría a mi madre y le diría lo que estuviera pensando en ese momento. Quizá lo mucho que echo de menos a mi padre. O lo preocupada que estoy por ella. No sé qué más. Puede que parezca una tontería, pero por una vez procuraría que supiera exactamente cómo me siento, sin tener que pensarlo antes. ¿Vale?

No era la primera vez que me sentía invadida por una oleada de vergüenza al contestar, pero aquella fue más real y más violenta, y agradecí la oscuridad casi total que podía ocultar mi expresión. Durante un minuto, ninguno de los dos dijo nada, y volví a preguntarme cómo era posible ser capaz de confesar tantas cosas a un chico al que apenas conocía desde el principio del verano.

–No es ninguna tontería –dijo por fin Wes. Yo seguí toqueteando la plataforma, con la cabeza baja–. No lo es.

Noté otra vez aquel extraño nudo en la garganta y tragué saliva para intentar deshacerlo.

–Lo sé, pero le resulta difícil hablar de cualquier tema delicado. Nos pasa a las dos. Es como si ella prefiriera no volver a hacerlo nunca.

Volví a tragar saliva e inspiré hondo. Me di cuenta de que Wes me estaba observando.

–¿De verdad crees que es así como se siente? –preguntó.

–No tengo modo de saberlo. No hablamos de ello. No hablamos de nada. Ese es el problema.

–Pasé el dedo por el borde de la botella–. De hecho, ese es mi problema. No hablo con nadie de lo que me pasa por la cabeza, porque me da miedo que no sean capaces de aceptarlo.

–¿Y esto? –preguntó asombrado señalándonos a los dos–. ¿Esto no es hablar?

Sonreí.

–Esto es el juego de la verdad. Es distinto.

Se pasó una mano por el pelo y dijo:

–No sé. Solo el episodio de la vomitona fue brutal.

–Basta ya de recordar el episodio de la vomitona –dije, molesta–. Te lo pido por favor.

–La cosa es –continuó, ignorando mis palabras– que con este juego me has contado un montón de cosas. Y aunque algunas sean algo extrañas, o intensas, o asquerosamente repugnantes...

–Wes.

–... no son nada que no pueda soportar. –Ahora me estaba mirando con expresión seria–. Así que deberías recordarlo cuando te pongas a pensar qué serían capaces de aceptar los demás. Quizá no sea tan difícil.

–Quizá. O quizá tú seas especial.

La última frase sonó como si la hubiera pronunciado otra persona. Oí las palabras, que me parecieron muy acertadas, y un instante después me di cuenta de que era mi voz. Dios mío, pensé. Esto es lo que pasa cuando haces algo sin pensar.

Nos quedamos sentados mirándonos. El aire era cálido, las luciérnagas centelleaban a nuestro alrededor y Wes y yo estábamos muy cerca, con las rodillas separadas solo por unos centímetros. Reviví la sensación de su mano, de nuestros dedos entrelazados, y durante un segundo de desvarío pensé que todo podría cambiar en aquel mismo momento si yo fuera capaz de dejar que ocurriera. Si él hubiera sido otro chico y este fuera un mundo distinto, lo habría besado. Nada habría podido impedírmelo.

–Bueno, me toca a mí –dije con demasiada precipitación.

Me miró pestañeando, como si hubiera olvidado que estábamos en pleno juego. Así que él había sentido lo mismo.

–Cierto –asintió–. Adelante. Dispara.

Tomé aire.

–¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

Como siempre, se tomó unos segundos para pensar, con la mirada puesta en el claro que se abría ante nosotros. Yo no tenía ni idea de lo que iba a contestar, pero, la verdad, no la tenía nunca. Quizá diría que le gustaría volver a ver a su madre, o tener rayos X en los ojos, o lograr la paz en el mundo. No sabía qué esperar. Pero desde luego, no lo que respondió.

–Paso.

Durante un instante creí haber entendido mal.

–¿Qué?

Se aclaró la garganta.

–He dicho que paso.

–¿Por qué?

Volvió la cabeza y me miró.

–Porque sí.

–¿Porque sí qué?

–Porque paso.

–Sabes lo que significa, ¿verdad? –pregunté, e hizo un gesto afirmativo–. ¿Sabes cómo es el juego?

–Tienes que contestar a la pregunta que te haga –dijo–. Y si respondes, habrás ganado.

–Exactamente. –Me senté más erguida y me preparé para su pregunta–. Venga, adelante.

Tomó aire y esperé, lista para responder. Pero lo único que salió de su boca fue:

–No.

–¿No? –pregunté, incrédula–. ¿Qué quiere decir eso de no?

–Quiere decir –repitió como si yo fuese algo lerda– no.

–Tienes que hacer una pregunta.

–No inmediatamente –repuso mientras espantaba un bicho que se le había posado en el brazo–. Para una pregunta tan importante como esta, de la que depende el resultado del juego, puedes tomarte el tiempo que quieras.

No me lo podía creer.

–¿Quién lo dice? –pregunté.

–Lo dicen las reglas.

–Hemos repasado las reglas de sobra, y esta no es una de ellas.

–Es una enmienda –explicó.

Me dejó sin habla. De hecho, todo lo ocurrido durante los últimos cinco minutos, desde decirle que era especial, pasando por el momento en que noté en mi interior que algo había cambiado hasta aquel instante, parecía una experiencia extracorporal, como si hubiera estado flotando fuera de mi cuerpo.

–Vale, como quieras –admití por fin–. Pero no puedes tardar una eternidad.

–No necesito tanto tiempo.

–¿Cuánto tiempo?

–Considerablemente menos que una eternidad.

Esperé que siguiera hablando. Por fin continuó:

–Quizá una semana. Y tú no puedes andar chinchándome para que pregunte. Ocurrirá cuando ocurra.

–Otra regla nueva –dije, esclarecedora.

–Sí –asintió.

Lo estaba mirando mientras seguía procesando la situación cuando de pronto la luz de un coche que acababa de coronar la cuesta irrumpió desde el otro extremo de la calle. Parpadeamos los dos, me llevé la mano a los ojos y la bajé cuando me di cuenta de que era mi madre. Estaba hablando por teléfono –¿cómo no?–, y no pareció percatarse de nuestra presencia cuando enfiló el camino de entrada hacia el garaje. Solo cuando salió del coche, con el teléfono todavía sujeto entre el hombro y la oreja, nos miró con un ligero parpadeo.

–¿Macy? ¿Eres tú? –preguntó.

–Sí, ahora mismo entro.

Retomó su conversación sin dejar de andar, pero nos echó otro vistazo a mí y a la camioneta de Wes antes de subir los escalones, buscar las llaves y entrar en la casa. Un segundo después se encendió la luz del vestíbulo, seguida de las de la cocina y el pasillo de atrás a medida que avanzaba hacia su despacho.

–Bueno –dije, y me bajé de la plataforma de un salto–, gracias por una velada llena de emociones fuertes. Aunque me dejes en ascuas.

–Creo que podrás soportarlo.

Rodeó la camioneta en dirección a la puerta del conductor y se sentó al volante.

–Lo único que digo –concluí– es que cuando acabe todo esto, voy a presentar por lo menos veinte enmiendas. Cuando termine no vas a reconocer las reglas.

Se rio a carcajadas moviendo la cabeza, y yo me di cuenta de que estaba sonriendo. Lo que no le habría confesado de ninguna manera, desde luego no en aquel momento y quizá nunca, era que en realidad me alegraba de tener que esperar. Aquel juego se había convertido en algo importante para mí. No quería que terminara, y mucho menos en ese momento. Pero no había necesidad de que él lo supiera. Sobre todo porque no me lo había preguntado.

–Ya sabes –le advertí–, después de todos estos preliminares, más te vale que sea una buena pregunta.

–No te preocupes –dijo seguro de sí mismo, como siempre–. Lo será.



–Dios mío –murmuró mi madre mientras pasaba el dedo por un lado de la foto que tenía delante, encima de la mesa–. Sí que avanza rápido.

Mi hermana sonrió feliz.

–¿A que sí? Mañana viene el fontanero a instalar el baño nuevo, y los tragaluces ya están terminados. Y luego solo nos falta decidir el color de las paredes para que los pintores puedan empezar. Va a quedar preciosa.

Jamás creí que nadie pudiera sentir tanto entusiasmo por examinar muestras de pintura que, al menos para mí, parecían exactamente iguales. Pero Caroline se había entregado de lleno al proyecto de remodelación de la casa de la playa. Y a pesar de los tragaluces y las cortinas nuevas, la cabeza del alce seguía colgada sobre la chimenea, aunque la había limpiado un profesional; resultaba difícil creer que alguien se dedicara a esas cosas para ganarse la vida. Y en el porche trasero seguían las mismas sillas Adirondack astilladas, que en breve serían acompañadas por un banco nuevo de hierro forjado y una hilera de macetas decorativas. Todas las cosas que nos gustaban de la casa de la playa, dijo mi hermana, seguirían allí. Era, según ella, lo que papá habría querido.

–Lo que estoy pensando –dijo Caroline mientras mamá pasaba a otra foto que examinaba con atención– es que en cuanto terminen de pintar la cocina puedo colocar unos azulejos nuevos a lo largo de las molduras. Estilo suroeste rústico, con distintos motivos. Lo tengo por aquí, espera un momento.

Observé a mi madre mientras veía las últimas fotos y escogía una que mostraba las nuevas puertas correderas de cristal para inspeccionarla con más detenimiento. Me di cuenta de que por su cabeza pasaban otras casas, otras muestras de pintura, otros equipamientos: los de los adosados de lujo, que avanzaban a la par que el proyecto de Caroline. Sabía que para ella la casa de la playa simbolizaba algo lejano, del pasado, mientras que sus proyectos eran presente y futuro, y estaban lo suficientemente cerca para ver su progresión sobre la colina más próxima desde el camino de acceso a nuestra casa. Quizá se pudiera avanzar y retroceder en el tiempo a la vez, pero no debía de ser fácil. Tenías que querer hacerlo. Mi hermana, con la mente atestada de imágenes de contraventanas estilo sureño y azulejos de cocina azul claro, quizá no se hubiera dado cuenta. Pero yo sí. Mi única esperanza era que, con el tiempo, mi madre volviera a ser la que fue.

Unas noches después, tuve que trabajar con Deseo en una fiesta de cincuenta cumpleaños en una urbanización al lado de Wildflower Ridge. Me recogieron de camino, y al dejarme en casa después de la fiesta, Delia me pidió un favor.

–Me estoy haciendo pis. ¿Te importa si entro un segundo?

–No, claro, pasa.

–¡Delia! –exclamó Bert mirando el reloj–. ¡Tenemos prisa!

–Y yo estoy embarazada y no aguanto más –repuso ella mientras abría la puerta y sacaba una

pierna—. Solo tardo un segundo.

Pero para Bert un segundo era demasiado tiempo. Se había pasado toda la tarde obsesionado con que tenía que llegar a casa antes de las diez para ver *Armagedón: últimas noticias*, un programa dedicado, según sus palabras, a «las últimas novedades sobre la teoría del fin del mundo». Pero la fiesta se había alargado más de la cuenta, y a pesar de que nos dimos toda la prisa que pudimos, se estaba acabando el tiempo, no solo para el mundo sino también para Bert.

—Yo también voy —dijo Kristy, y abrió la puerta lateral—. Cada vez que he querido ir al baño durante la fiesta estaba ocupado.

—¡El programa empieza dentro de cinco minutos! —gimió Bert.

—Bert —dijo Wes señalando el reloj del salpicadero, que marcaba las 9.54—. Olvídate. No vas a llegar.

—Últimas noticias: es demasiado tarde —concluyó Kristy.

Bert les lanzó una mirada asesina, se desplomó en su asiento y se puso a mirar por la ventana. Durante unos instantes reinó el silencio y solo se oyeron los resoplidos de Delia cuando apoyó los pies en la hierba que crecía junto a la acera. Contemplé mi casa, oscura, que se alzaba amenazadora ante nosotros; mi madre se había ido a Greensboro a una reunión y no volvería hasta la mañana siguiente.

—Puedes quedarte y verlo aquí —dije—. Bueno, si quieres.

—¿De verdad? —Bert me miró sorprendido—. ¿Lo dices en serio?

—Pero Macy —protestó Kristy, y me dio un codazo—, ¿en qué estás pensando?

—Está pensando en que es una persona amable y considerada —dijo Bert, que a toda prisa abatió el asiento que había junto a la puerta abierta—, no como otras que no voy a mencionar.

—Perdona —dijo Delia, poniéndome la mano en el brazo—, pero es que mi vejiga está a punto de declarar el estado de excepción.

—Ah, sí. Ven, el baño está nada más entrar.

—Entonces, ¿vamos a entrar todos? —preguntó Wes, y apagó el motor.

—Eso parece —respondió Kristy.

Al aproximarnos a los escalones de entrada, Delia andando como un pato, Kristy y Bert echando una ojeada a la casa, Mónica y Wes detrás, me dije que aunque mi madre hubiera estado en casa, podía haber invitado a mis amigos a entrar. Pero la verdad era que desde nuestra charla sobre su preocupación en lo concerniente a mis prioridades, yo había dejado de hablar de mi trabajo en Deseo, de Kristy y de todo lo que tenía que ver con ellos. Me pareció que sería lo más oportuno, y también lo más prudente.

Abrí la puerta principal y le indiqué a Delia dónde estaba el baño. Cruzó el vestíbulo a una velocidad que no la había visto alcanzar desde hacía semanas y cerró la puerta con suavidad a su espalda. La oímos exclamar:

—¡Madre del amor hermoso...!

Kristy se echó a reír con una carcajada repentina y sonora que rebotó en el techo alto del vestíbulo, y todos miramos hacia arriba en dirección al sonido.

—¿Ves? —le dijo Bert—. Ya te dije que era inmensa.

—Es un palacio. —Kristy curioseó el comedor y se fijó en la foto de boda de mi hermana, que estaba colgada encima de la consola—. ¿Cuántos dormitorios hay?

—Pues no sé... ¿Cinco? —contesté.

Me dirigí al pie de la escalera y eché una mirada al piso de arriba. No había luces encendidas, y el resto de la casa estaba a oscuras.

–¿El televisor está por aquí? –preguntó Bert, y asomó la cabeza por la puerta del salón. Wes levantó el brazo y le dio una colleja suave para reprocharle sus malos modales–. Quiero decir... ¿podría ver el televisor?

–Está aquí –le indiqué, al tiempo que recorría el pasillo hacia la cocina, encendiendo luces a medida que avanzaba; señalé a la derecha, donde se encontraba la sala de estar–. El mando debería estar encima de la mesa.

–Gracias –dijo Bert, que se dirigió rápidamente al sofá–. ¡Caramba, esta tele es enorme!

Mónica lo siguió y se dejó caer sobre el sillón abatible de cuero. Un segundo después oí que se encendía la tele.

Entré en la cocina, abrí la nevera y pregunté:

–¿A alguien le apetece algo de beber?

–¿Tienes Dr Pepper? –exclamó Bert; vi que Wes lo fulminaba con la mirada–. Quiero decir, no, gracias.

Kristy sonrió y recorrió con un dedo la superficie de la isla.

–Fíjate en esto, qué guay. Como si tuviera diamantes incrustados. ¿Qué material es este?

–No lo sé –respondí.

–Corian –contestó Wes echando una mirada desde detrás de Kristy.

–Todo lo que hay aquí es una preciosidad –afirmó Kristy con rotundidad mientras observaba la cocina–. Si alguna vez Stella se harta de mí, me vengo a vivir con Macy. Tiene cinco dormitorios. Si hiciera falta, dormiría en el cuarto de baño. Seguro que es mucho más bonito que mi casa entera.

–No lo es –dije.

Desde la sala se oyó la voz de un locutor de televisión que anunciaba con voz profunda y encompetada: «Este es el futuro. Este es nuestro destino. Esto es *Armagedón: últimas noticias*».

–¡Venid, chicos, ya empieza! –gritó Bert.

–Bert, habla bajo –dijo Kristy; se giró en el taburete para observar las puertas correderas de cristal que daban al jardín trasero–. ¡Caramba! Mónica, ¿has visto ese porche de ahí? ¿Y la piscina?

–Ajá –respondió su hermana.

–A Mónica le chiflan las piscinas –explicó Kristy–. Es como un pez, no hay quien la saque del agua. Por mi parte, soy más de tumbarme a tomar algo al borde de la piscina debajo de una sombrilla.

Saqué unas latas de coca-cola de la nevera y luego unos vasos de la vitrina que después llené de hielo. Kristy estaba hojeando un ejemplar de *Southern Living* que mi hermana se había olvidado en su última visita, mientras Wes, de pie frente a las puertas de cristal, observaba el jardín. Con el ruido de la televisión y de todos los presentes, de pronto me di cuenta de la calma y el silencio que normalmente reinaban en mi casa. La mera presencia de tanta gente junta le daba un ambiente completamente distinto, una especie de energía palpable que en circunstancias normales no tenía.

–Ya me encuentro mucho mejor –anunció Delia al acercarse por el pasillo golpeando las baldosas del suelo con sus chancletas–. Jamás me habría imaginado que hacer pis me haría tan feliz.

En la televisión, el locutor bramaba: «¿Qué creen que nos traerá... el fin del mundo?».

–Por la pinta que tiene –comentó Kristy al pasar una página de la revista–, podría guardar mi dinero en este cuarto decorado enteramente con tela de cuadros. Es sencillamente espantoso.

–¿Macy?

Di un respingo, sobresaltada. Era mi madre, que acababa de hacer su te pillé particular. Cuando me volví con el corazón latiendo como loco, la vi bajo el arco que daba al pasillo donde se encontraba su despacho, carpeta en mano. Ya estaba en casa desde antes de llegar nosotros.

–¡Mamá! –exclamé atropelladamente–. Hola.

–Hola –repuso.

Pero no me miraba a mí. Por el contrario, estaba recorriendo el lugar con la vista y asimilando lo que veía: Bert y Mónica delante del televisor, Wes frente a las puertas correderas, Delia dirigiéndose al sofá y Kristy absorta con la revista.

–Me pareció oír voces –añadió.

–Acabamos de llegar. –Mi madre entró en la cocina y dejó la carpeta en la encimera–. Los he invitado a entrar para ver este programa. Espero que no haya problema.

–Por supuesto que no –dijo; su voz sonaba jovial y forzada, falsa–. Ya tenía ganas de conocer a tus nuevos amigos.

Al oír esto, Kristy levantó la cabeza, se irguió en su asiento y le tendió la mano:

–Kristy Palmetto.

La reacción inmediata de mi madre, siempre tan profesional, fue estrechársela. Después miró la cara de Kristy con más atención y vio las cicatrices.

–Ah..., hola –dijo, con cierta torpeza al pronunciar la segunda palabra. Pero, tal como yo esperaba, recuperó la compostura rápidamente, y añadió con voz suave y nada fingida–: Macy me ha hablado mucho de ti. Encantada de conocerte.

–Tiene usted una casa preciosa –dijo Kristy, y dio unas palmaditas a la isla–. Me gusta especialmente este Coreal.

–Corian –la corrigió Wes a su espalda.

–Eso. –Kristy sonrió a mi madre, a la que le estaba pasando eso tan típico de intentar no mirar algo en lo que tus ojos se empeñan en seguir fijándose. Por suerte, Kristy, con su conjunto de blusa y minifalda de terciopelo negro, su maquillaje completo y su recogido alto, ofrecía una amplia gama de posibilidades distintas–. Es una maravilla. Se llame como se llame, ya le he dicho a Macy que como se descuide me vengo a vivir aquí. Me he enterado de que tienen habitaciones libres.

Mi madre dejó escapar una risita de cortesía y después me miró. Esboqué una sonrisa y me di cuenta de lo forzada que era y de que mis dientes quedaban demasiado al descubierto. Así era como solía sonreír, pensé. Cuando tenía que proponérmelo.

–Mamá –dije señalando con un gesto de cabeza a Wes, que se apartó de las puertas de cristal–, este es Wes.

–Hola –la saludó él.

–A Delia ya la conoces –dije indicando el sofá, donde se había sentado.

–¡Claro! ¿Cómo está? –preguntó mi madre.

–Muy embarazada –respondió Delia con una sonrisa–, pero por lo demás, bien.

–Ya casi ha salido de cuentas –expliqué, y ante la expresión alarmada de mi madre, añadí–: Bueno, saldrá un día de estos. Y ese es Bert, y la que está a su lado, Mónica.

–Hola, encantada –saludó mi madre; Bert y Mónica respondieron haciendo un gesto con la mano.

«¿Han oído hablar –bramaba el locutor– del Big Buzz?»

–Bert tenía mucho interés en ver este programa –expliqué–. Es..., bueno, sobre teorías.

–Teorías de chalados –puntualizó Kristy.

–¡Están avaladas por estudios científicos! –protestó Bert.

–Bert –dijo Wes, que entró en la sala–, habla bajo.

–Por estudios científicos –repitió Bert en voz más baja–. El fin del mundo no es ninguna broma. No se trata de si llegará. Se trata de *cuándo*.

Miré a mi madre. Algo me decía que la expresión de su cara –desconcierto, curiosidad, quizá incluso estupefacción– no debía de ser muy distinta a la mía cuando conocí a todas aquellas personas. Pero al verla en aquella situación, tuve la impresión de que no necesariamente era la más correcta.

–Macy –dijo mi madre tras unos instantes–, ¿puedes venir a mi despacho un momento?

–Eh..., sí, claro.

–¡¿Te lo puedes creer?! –exclamó Kristy, con la revista en alto para enseñarme una sala llena de muebles de mimbre–. ¿Has visto alguna vez un sofá con más pinta de incómodo?

Negué con la cabeza y seguí a mi madre por el corto pasillo hacia su despacho. Ella cerró la puerta, rodeó el escritorio y se quedó de pie tras él.

–Son más de las diez –dijo en voz baja–. ¿No te parece que es un poco tarde para traer a nadie a casa?

–Bert tenía mucho interés en ver ese programa. Solo dura media hora. Además, creí que estabas en la reunión de Greensboro.

–Tienes que ir a trabajar por la mañana, Macy –dijo, como si yo no lo supiera–. Va a ser un día muy largo, con la comida campestre del cuatro de julio, y tendrás que trabajar en la caseta de recepción. No es la noche más oportuna para traer gente a casa.

–Lo siento. Se irán enseguida.

Bajó la vista a su escritorio y se puso a ordenar unos papeles, pero su malestar era evidente. Lo notaba a mi alrededor, flotaba en el aire.

Se oyó un estallido de carcajadas procedente de la sala y volví la vista hacia la puerta.

–Debería volver con ellos –dije–. No quiero parecer una maleducada.

Mi madre asintió y se pasó la mano por el pelo. Me levanté y eché a andar hacia la puerta.

–¿Qué le pasó a Kristy? –me preguntó cuando estaba a punto de salir.

Volví a visualizar a Kristy mientras le tendía la mano a mi madre minutos antes.

–Sufrió un accidente de tráfico cuando tenía once años.

–Pobre criatura –dijo e hizo un gesto con la cabeza mientras sacaba un lápiz del portalápices de su escritorio–. Debe de haber sido horrible para ella.

–¿Por qué lo dices? –pregunté.

En serio: yo apenas me daba cuenta ya de que Kristy tenía cicatrices. Eran parte de su cara, parte de ella. Me llamaba más la atención su manera de vestir, que por lo menos cambiaba cada día.

Mi madre me miró.

–Mujer, lo decía porque se ha quedado desfigurada. Ya es bastante duro pasar por esa edad aunque no se tengan problemas que sobrellevar.

–No tiene ningún problema, mamá. Solo tiene unas cicatrices.

–Qué mala suerte. –Suspiró, alcanzó una carpeta y la colocó al otro lado del escritorio–. Si no fuera por eso, sería una chica guapa.

Y se puso a escribir; abrió la carpeta y garabateó una nota. Como si yo ya me hubiera ido, la conversación había terminado sin posibilidad de objeción, sin otro punto de vista. Por supuesto

que Kristy no era hermosa: sus defectos estaban al descubierto, donde todo el mundo podía verlos. Por supuesto que nosotras habíamos superado la muerte de mi padre: miradnos, tenemos éxito en los negocios, en los estudios, bien, muy bien. Nunca había hablado con el corazón para rebatirlo, así que la única culpable era yo.

Con estos pensamientos entré de nuevo en la cocina, donde encontré a Wes sentado junto a Kristy, ambos enfrascados en el *Southern Living*.

–Fíjate, las cosas que salen en esta revista no valen ni la mitad de las que tenéis aquí –dijo Kristy señalando una página–. A ver, ¿qué se supone que es esto?

–Una garza de hierro –contestó Wes mirándome–, creo.

–¿Una qué? –preguntó Kristy, y parpadeó al mirarla de nuevo.

–No puede ser –dije, y me acerqué a comprobarlo por mí misma.

Efectivamente, era una garza de hierro, como las que mi hermana había mencionado.

–En Atlanta son muy grandes –le explicó Wes.

–Enormes –corroboré.

Kristy miró a Wes, y luego a mí.

–Lo que sea –dijo e hizo un gesto con la cabeza mientras apartaba el taburete y saltaba al suelo–. Voy a ver qué dicen del Big Buzz ese.

La seguí con la vista cuando entró en la sala y se dejó caer sobre uno de los sillones supermullidos. Pasó las manos por los brazos, se acomodó y miró al techo antes de centrar su atención en el televisor.

Wes, frente a mí, pasó una página de la revista.

–¿Todo bien con tu madre? –preguntó sin levantar la vista.

–Sí –contesté, y me fijé en una de las garzas–. La verdad, no sé qué tienen de especial.

Señaló la foto:

–Para empezar, fíjate, son de líneas limpias y sencillas. Eso gusta mucho. En segundo lugar, tienen el atractivo de lo natural, así que quedan bien en un jardín. Y por último –añadió pasando la página y señalando otra foto–, el artista se toma a sí mismo y a las garzas muy en serio, y eso siempre añade cierto caché.

Observé al artista. Era un hombre alto con el pelo blanco recogido en una coleta, que posaba pensativo junto a un estanque en el que se veía reflejado. «Para mí», decía una de las citas que aparecían a pie de foto, «mis garzas representan la fragilidad de la vida y del destino».

–Uf –dije–. Si eso es tomarse el trabajo muy en serio, que se quede él con sus obras.

–Exactamente.

–Pero espera –añadí–. Algún día tú también saldrás en el *Southern Living*, en una foto como esa, hablando del auténtico y profundo significado de tus obras.

–Improbable –dijo él–. No creo que se fijen en nadie que haya empezado su carrera con una detención y una estancia en un centro de menores.

–Quizá precisamente eso pueda ser tu componente especial –sugerí. Wes me hizo una mueca–. Y además, ¿qué clase de actitud es esa?

–Realista –respondió, y cerró el *Southern Living*.

–Tienes que ser más positivo –le dije, al tiempo que le daba unos golpecitos.

–Y tú tienes que dejar de darme golpecitos.

Me reí, y en ese momento oí algo a mi espalda y me di la vuelta. Era mi madre de nuevo, de pie en el umbral. Me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí, pero con una simple mirada a la

expresión de su rostro –severo, con la mandíbula rígida y visiblemente disgustada– obtuve la respuesta.

–Macy, por favor –dijo con voz inexpresiva–, ¿me puedes pasar la carpeta que dejé en la encimera?

Me acerqué a la encimera junto al frigorífico, consciente de que no me quitaba ojo. Wes, que no pudo evitar percibir la repentina tensión en el ambiente, se fue a la sala. Cuando se acercó, Kristy le hizo sitio en el sillón, y él se sentó a su lado.

«Una reverberación –contaba el locutor– que causaría un efecto dominó entre la población y provocaría que la gente se volviera loca poco a poco, debido al zumbido constante y de procedencia desconocida.»

–¿Se puede uno volver loco por culpa de una vibración? –preguntó Kristy.

–Claro que sí –respondió Bert–. Uno se puede volver loco por cualquier cosa.

«¿... un fenómeno natural –decía ahora el locutor–, o quizá una herramienta utilizada por los extraterrestres, que podrían comunicarse mediante sonidos que escapan a nuestra comprensión?»

–Interesante –murmuró Delia, pasándose la mano por la tripa.

–Ajá –asintió Mónica.

Recogí la carpeta y se la llevé a mi madre. Salió de la penumbra del pasillo y me lanzó una mirada que indicaba que tenía que seguirla.

–Macy, ¿he oído bien? –preguntó–. ¿Ese chico fue detenido?

–Fue hace mucho tiempo, y...

–¡Macy! –exclamó Kristy–. ¡Te vas a perder el megahunami!

–Megasunami –la corrigió Bert.

–Bueno, lo que sea –dijo Kristy–. Además, lo que importa es lo del mega.

Pero yo apenas lo oí. Estaba contemplando a mi madre, cómo los miraba y con qué claridad se reflejaba en su rostro la opinión que le merecían. Desde la manera caótica en que Delia llevaba su negocio, pasando por las cicatrices de Kristy hasta el pasado de Wes, era evidente que distaban mucho de ser perfectos.

–Ese es el chico que estaba contigo la otra noche, ¿no? –me preguntó.

–¿Qué?

Me miró con severidad, como si le hubiera contestado mal, cosa que yo no había hecho.

–La otra noche –repetió articulando las palabras–, cuando llegué a casa, tú estabas ahí fuera con alguien. ¿Era él?

–Eeh... Sí, supongo que sí. Me trajo a casa.

Y yo que pensaba que apenas se había fijado... Pero ahora, al verla con la vista clavada en Wes, supe que era otro detalle que iba a emplear en mi contra.

–No es lo que piensas –añadí–. Es un buen chico, mamá.

–Cuando termine el programa –continuó, como si yo no hubiera dicho nada–, se van. ¿Entendido?

Asentí, y ella se metió la carpeta bajo el brazo mientras yo cruzaba la cocina en dirección a la sala. Casi había llegado cuando oí que mi madre volvía a llamarme.

–Me olvidé de decírtelo –dijo en voz alta y clara–. Te llamó Jason. Va a venir a pasar el fin de semana.

–¿Ah, sí? ¿Va a venir?

–Parece ser que su abuela se ha puesto mala, así que viene a verla este fin de semana. Me pidió que te dijera que llegará más o menos al mediodía, y que irá a verte a la biblioteca.

Me quedé inmóvil e intenté procesar la información, mientras ella se daba la vuelta y se iba camino del despacho. Jason volvía a casa. Y, por supuesto, mi madre había creído oportuno anunciarlo en voz alta, para que se enteraran todos –sobre todo Wes–, mientras que prácticamente el resto de la conversación se había desarrollado en privado. Me había dicho que quería que volviera al buen camino: ese era el modo de reconducirme a él a empellones.

Cuando entré en la sala, el locutor de la televisión estaba hablando del megasunami y describiendo con todo detalle cómo solo haría falta una erupción volcánica para que se produjera una reacción en cadena que terminaría con una inmensa ola que impactaría contra nuestra extensa costa. Qué otra prueba hacía falta, pensé, para saber que la vida era corta. Aquel volcán podría estar ya rugiendo, el magma burbujeando, la presión forjando un estallido inevitable e irreparable.

Kristy se movió para sentarse en el ancho brazo de aquel sillón inmenso y hacerme sitio entre ella y Wes, que tenía la vista fija en la pantalla. No dijo nada cuando me senté, y me pregunté si habría oído a mi madre cuando anunció que iba a venir Jason. Tampoco me importaba demasiado. Solo éramos amigos.

–¿Todo bien? –preguntó Kristy.

Asentí sin apartar la vista del televisor, que ahora mostraba una simulación de la megaola hecha por ordenador. La erupción del volcán, la tierra engullida por el océano, todos los hechos que conducían a aquel gran Después cuando la ola se elevaba y empezaba a avanzar por el océano para cruzar el espacio entre África y nuestra costa. Lo único que se me ocurrió fue que allí mismo, cada segundo que pasaba, el futuro se aproximaba a su fin. Jamás las palabras «para siempre» serían tan claras y nítidas como en el verdadero e incuestionable fin del mundo.



Al día siguiente desperté con la madre de todos los malhumores. Me había pasado la noche inquieta, dando vueltas sin parar y con pesadillas. La última fue la peor.

Yo iba andando por la acera de delante de la biblioteca a la hora de comer con mi bocadillo en la mano, cuando un coche paraba detrás de mí y hacía sonar el claxon. Al volver la cabeza, veía que lo conducía mi padre. Me hacía señas para que subiera, pero cuando estaba a punto de abrir la puerta, el coche arrancaba de repente con un chirrido de neumáticos. Mi padre no hacía más que girar la cabeza para mirarme, y yo veía que estaba asustado, pero no podía hacer nada mientras lo veía dirigirse al cruce, abarrotado de coches que circulaban en todas direcciones. En mi sueño, echaba a correr, y todo parecía real: el punto que siempre sentía en el tobillo justo después de la salida, el convencimiento de que no sería capaz de alcanzar un buen ritmo. Cada vez que me acercaba a mi padre, se me escabullía, y todo lo que agarraba pensando que era el coche o parte de él se deslizaba entre mis dedos.

Me desperté jadeando y con las sábanas enredadas en las piernas. Al desenrollarlas, noté que el pulso me latía con fuerza y traté de tranquilizarme. No empezamos con buen pie, pensé.

Cuando entré en la cocina, mi madre estaba hablando por teléfono, resolviendo detalles de última hora para la comida y el desfile del Día de la Independencia de Wildflower Ridge que llevaba semanas preparando. Al terminar mi turno en la biblioteca, que aquel día tenía un horario especial y cerraba a la una, tenía que ocuparme de la mesa de información de la urbanización, sonreír y responder todas las preguntas que me plantearan. Aunque hubiera dormido como un tronco –o aunque no hubiera pegado ojo–, iba a ser un día largo. Ahora, con Jason y tantas otras cosas a las que enfrentarme incluso antes de que empezara el evento, me parecía que se haría interminable.

Estaba sentada a la mesa de la cocina, obligándome a comer un cuenco de sémola de queso e intentando no pensar en ello, cuando mi madre colgó el teléfono y vino a sentarse a mi lado, café en mano.

–Macy, creo que tenemos que hablar de lo de anoche.

Dejé la cuchara en el cuenco y dije:

–De acuerdo.

Respiró hondo antes de empezar:

–Creo que ya te he expresado...

Y entonces sonó el teléfono. Se levantó, apartó la silla y cruzó la cocina para contestar al sonar el segundo tono.

–Deborah Queen –respondió; escuchó unos instantes de espaldas a mí–. Sí. Ah, estupendo. Sí. A las tres y media como muy tarde, por favor. Muchas gracias.

Colgó el teléfono, anotó algo a toda prisa y volvió a ocupar su asiento.

–Lo siento –dijo, y bebió un sorbo de café–. Como te decía, ya hemos hablado de mi malestar sobre los cambios recientes que he observado en ti. Y anoche parece que se confirmó que algunos de mis temores estaban bien fundados.

–Mamá, no...

Se oyó un sonido estridente en su bolso, que estaba encima de la isla: su teléfono móvil. Se giró para sacarlo, y a continuación presionó una tecla y se lo llevó al oído.

–Deborah Queen. ¡Ah, hola, Marilyn! No, es un momento perfecto. Espera un segundo, ahora mismo consulto esas cifras.

Levantó un dedo para indicarme que me quedara donde estaba, se levantó y desapareció por el pasillo en dirección a su despacho. Ya era bastante duro mantener aquella conversación, pero que encima se alargara se hacía insoportable. Cuando volvió a la cocina después de colgar, yo ya había enjuagado el cuenco y lo había metido en el lavaplatos.

–En resumidas cuentas –dijo, sentándose y retomando su discurso donde se había interrumpido–, no quiero que andes por ahí con esa gente al salir de trabajar.

Quizá fue porque me encontraba cansada. O el hecho de que ni siquiera pudiese centrarse en aquella conversación sin interrumpirla. Fuera cual fuera el motivo, lo que dije a continuación nos sorprendió a las dos:

–¿Por qué?

Fueron solo dos palabras. Pero al pronunciarlas, estaba oponiendo resistencia a mi madre, aunque fuera suave, y por primera vez desde que tenía uso de razón.

–Macy –dijo despacio–, ese chico estuvo detenido. No quiero que vayas por ahí a todas horas con una persona así...

El teléfono volvió a sonar y mi madre hizo amago de incorporarse en la silla, pero se detuvo. Sonó de nuevo, y otra vez más, hasta que por fin enmudeció.

–Escucha, cariño –continuó con voz cansada–, sé lo que puede ocurrir cuando alguien se junta con malas compañías. Ya he pasado por ello con tu hermana.

–No es justo. Yo no he hecho nada malo.

–No se trata de un castigo. Se trata de prevenir.

Como si lo que me pudiera pasar fuera ser víctima de un incendio forestal o de una enfermedad contagiosa. Giré la cabeza y volví la vista hacia el jardín, donde la hierba húmeda brillaba bajo la luz radiante del sol.

–Tienes que darte cuenta, Macy –añadió en tono suave–. Las decisiones que tomes ahora, la gente con la que te relaciones, todo ello puede afectar al resto de tu vida, incluso tu manera de ser. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

De hecho, nunca había estado tan segura de que aquello era cierto. Tras solo unas semanas siendo amiga de Kristy y, sobre todo, de Wes, había cambiado. Me habían ayudado a ver que en el mundo había otras cosas, aparte de las que me daban miedo. Así que ya me habían afectado. Solo que no en el sentido que ella temía.

–Lo entiendo –dije, deseosa de explicárselo–, pero...

–Muy bien –repuso, justo cuando el teléfono volvía a sonar–. Me alegra que estemos de acuerdo.

Y en aquel mismo instante, se levantó. Atravesó la cocina, contestó al teléfono, siempre en movimiento.

–Deborah Queen. Hola, Harry. Sí, precisamente estaba pensando que tenía que consultarte...

Desapareció por el pasillo sin dejar de hablar mientras yo permanecía allí sentada, en el silencio repentino de la cocina. Todo el mundo podía comunicarse con mi madre: lo único que tenían que hacer era marcar un número y esperar a que contestara. Ojalá yo lo tuviera tan fácil, pensé.

Cuando iba a salir hacia la biblioteca, me encontré bloqueada por una furgoneta llena de sillas de tijera. Volví a entrar en casa e interrumpí una nueva conversación telefónica de mi madre, solo para averiguar que un vendedor la había dejado allí aparcada y se había llevado las llaves.

–Te llevo yo –dijo mi madre, y alcanzó su bolso–. Vamos.

Los espacios pequeños magnifican los silencios, según nos dimos cuenta cuando nos encontramos no solo dentro del coche, sino también atrapadas en un atasco con otros conductores enfadados que nos bloqueaban el paso por todas partes. Quizá mi madre no tuviera ni idea de por qué estaba disgustada con ella. Yo tampoco había caído en la cuenta hasta que nos montamos en el coche, pero ahora me notaba más furiosa a cada segundo que pasaba. Me había arrebatado las cosas de mi padre, sus recuerdos. Ahora también quería dejarme sin amigos. Lo menos que podía hacer era resistirme.

–Cariño, tienes cara de cansada –dijo tras unos minutos sentadas en silencio. Había advertido que me estaba mirando, pero no le devolví la mirada–. ¿No has dormido bien?

Mi habitual «Estoy bien» estaba en la punta de la lengua, a punto de salir de manera maquinal. Pero me contuve. No estoy bien, pensé. Así que dije:

–No, no dormí bien. Tuve pesadillas.

Alguien tocó el claxon detrás de nosotras.

–¿En serio? ¿Qué soñaste?

–Pues mira, con papá.

La observé con atención al decir estas palabras, y vi que sus dedos, aferrados al volante, se ponían tensos y luego se relajaban. Noté la consabida punzada en el estómago, como si estuviera haciendo algo mal.

–¿En serio? –preguntó sin apartar la vista de la carretera mientras el tráfico comenzaba a fluir.

–Sí –contesté despacio–. Pasé miedo. Papá iba conduciendo y...

–Probablemente hacía demasiado calor en tu cuarto –dijo al tiempo que ajustaba el aire acondicionado del coche–. Y tienes una barbaridad de mantas en la cama. Cuando se pasa calor, se tienen pesadillas.

Sabía lo que era aquello: el consabido codazo disuasorio, su manera de calmarme entre líneas.

–Es curioso –me obligué a decir–, porque justo después de morir papá soñaba mucho con él, pero últimamente no. Y por eso lo de anoche fue tan angustiante. Él tenía un problema y yo no podía salvarlo. Y me asusté.

Aquellas cuatro frases que solté de sopetón eran lo máximo que había dicho a mi madre sobre papá desde su muerte. El mero hecho de haberlas pronunciado, de que hubieran logrado salvar la distancia que separaba a mi mente del mundo exterior, fue casi un milagro, y aguardé expectante qué vendría a continuación, en parte temerosa, en parte eufórica.

Mi madre suspiró y yo apreté los puños con fuerza.

–Bueno –dijo al final–, solo fue un sueño.

Y eso fue todo. Toda aquella preparación para dar un gran salto, y al final ni volé ni me caí. Por el contrario, me encontré al borde de un precipicio, pestañeando y preguntándome si en realidad habría saltado. No debería haber salido así, pensé. Mi madre seguía con la vista al frente, atenta únicamente a la carretera.

Cuando se detuvo delante de la biblioteca, recogí el bolso y abrí la puerta; el calor, ya

sofocante, me golpeó la cara en cuanto puse un pie en el bordillo.

–¿Podrás arreglártelas para volver a casa? –me preguntó–. ¿O quieres que te recoja?

–Ya me llevará alguien.

–Si no hablamos antes, a las seis en punto en el parque de la urbanización, ¿de acuerdo?

Asentí y cerré la puerta. Cuando arrancó, me quedé contemplando cómo se iba y me di cuenta de lo parecido que había sido mi sueño: yo allí de pie, un coche arrancando. Como si aún no hubiera despertado y estuviera a punto de abrir los ojos a la luz de una nueva mañana en que todo aquello sucedería de otra forma. Pero cuando mi madre se incorporó al tráfico, no miraba atrás, ni estaba asustada, ni me necesitaba. Estaba bien. Muy bien.

Entré en la biblioteca exactamente a las 9.12. Bethany y Amanda levantaron la vista del mostrador de información. Bethany giró la cabeza ligeramente para echar un vistazo rápido al reloj que colgaba sobre su cabeza y después volvió a mirarme.

–Había un atasco tremendo en Cloverdale –dije.

Al abrir la portezuela abatible me di un golpe en la rodilla contra la silla de Bethany. Esperaba que se hiciera a un lado para dejarme pasar, pero no lo hizo, así que tuve que rodearla, lo cual me colocó en línea recta con la silla de Amanda. Por supuesto.

–Yo vengo por allí –dijo con voz glacial e interponiéndose un poco más en mi camino con un chirrido de ruedas–. No he encontrado ningún problema de tráfico esta mañana.

La rodeé, con lo cual tuve que esquivar también la papelera, y dejé el bolso en el suelo junto a mi silla, que estaba llena de revistas. Las trasladé a la mesa, al lado de mi ordenador, y me senté. Llevaba semanas aguantando aquello. Semanas. ¿Por qué? ¿Porque me había comprometido? ¿Con quién? Desde luego, no con Jason, que se había deshecho de su compromiso conmigo tan fácilmente como un animal que muda de piel cuando la que tiene ya no le vale. Y tampoco con mi madre, que, a pesar de las horas que pasaba allí, seguía creyendo que no estaba lo suficientemente entregada.

No valía la pena. Ni mucho menos.

Era obvio que no había sido la única que estaba avisada de la visita de Jason. Bethany y Amanda se pasaron la mañana entera muy ajetreadas y sin parar de cotorrear mientras actualizaban la base de datos y ordenaban las facturas de todas las publicaciones que habían llegado durante su estancia en el campamento. A mí, sin embargo, me desterraron a la sala de atrás a ordenar revistas llenas de moho. Dispuse de dos horas enteras para pensar en Jason y en lo que le iba a decir cuando llegara. Pero por mucho que intenté concentrarme para elaborar un plan, mis pensamientos no hacían más que escaparse hacia Deseo, Wes y todo lo que había pasado en el transcurso de las últimas semanas. Lo único en que fui capaz de pensar la noche en que Jason me anunció su ruptura era en cómo podríamos arreglar las cosas. Pero ahora ya no estaba segura de lo que quería.

Cuando terminé con las revistas, me senté mirando a la pared que había al otro lado de mi ventana, sabiendo que el tiempo que quedaba hasta su llegada se estaba agotando. No hacía más que pensar que en cualquier momento la puerta se abriría y ocurriría algo. Lo que no sabía era qué.

A mi lado, Amanda y Bethany estaban ocupadas practicando su destreza oral en francés para un viaje del instituto que iban a realizar al final del verano. Todos aquellos sonidos guturales,

añadidos a mi estado nervioso, iban a terminar por volverme loca. Lo cual fue probablemente lo que me hizo darme cuenta del momento en que por fin se callaron de pronto.

Oh, Dios, pensé, ya está aquí. Segundos antes, Amanda estaba haciendo un comentario sobre los Campos Elíseos, pero de pronto las dos se habían quedado sin habla y con la vista clavada en la puerta.

Levanté la cabeza, casi visualizando a Jason en mi mente. Pero no era él. Era Wes.

Acababa de entrar y se quedó parado junto a la puerta mientras echaba una mirada a su alrededor como tratando de orientarse. Entonces me vio, y se dirigió al mostrador con aquellas zancadas parsimoniosas que yo conocía tan bien.

A medida que se acercaba, oí moverse las ruedas de las sillas de Bethany y Amanda; se estaban colocando pegadas al mostrador, con posturas bien estudiadas. Pero él venía derecho hacia mí.

–Hola –saludó.

Nunca en mi vida me había alegrado tanto de ver a alguien.

–Hola.

–Oye –empezó, inclinándose sobre el mostrador–, estaba...

–¿Sí? –intervino Bethany en voz alta y serena.

Wes se volvió hacia ella. Al hacerlo, observé su perfil, su brazo, el trocito del corazón y la mano que asomaban bajo la manga.

–Podemos atenderte por aquí –le dijo Bethany–. ¿Tienes alguna pregunta?

–Sí, más o menos –respondió Wes con una media sonrisa, echándome una mirada–, pero...

–Yo puedo responderla –afirmó con total firmeza y seguridad. A su lado, Amanda asintió para corroborar sus palabras.

–No hace falta, en serio –dijo él, y volvió la vista hacia mí. Alzó las cejas y yo me limité a encogerme de hombros–. Bien, el caso es que...

–Ella es una becaria y no va a saber la respuesta –insistió Bethany en tono demasiado alto, incluso autoritario, mientras acercaba su silla hacia Wes–. Lo mejor es que me preguntes a mí. O a nosotras.

Entonces, solo entonces, advertí un ligero atisbo de irritación en el rostro de Wes, que dijo:

–Pues yo creo que sí la sabe.

–Seguro que no. Pregúntanos a nosotras.

Ya no era solo un atisbo. Wes me miró con el ceño fruncido y le devolví la mirada durante un instante. Lo que tenga que ser, será, pensé. Por primera vez, en el mostrador de información el tiempo pasaba volando.

–Muy bien –dijo Wes despacio, y se dirigió a la parte del mostrador donde se encontraban ellas. Se apoyó sobre los codos para acercarse a Bethany, que se irguió en su silla y se preparó para la pregunta como una participante en un concurso de la tele–. Mi pregunta es la siguiente...

Amanda alcanzó un bolígrafo, como si la pregunta fuera a incluir algo que necesitara anotar.

–Anoche –continuó Wes muy serio–, cuando estábamos recogiendo las cosas, ¿qué pasó con las pinzas grandes?

Lo más morboso fue que, durante unos segundos, dio la impresión de que Bethany estaba pasando las páginas de su agenda mental en busca de la respuesta. Tragó saliva, frunció los labios.

–Bueno... –dijo. Y nada más.

Se me escapó una sonrisa. Una sonrisa sin ambages.

Wes miró a Amanda.

–¿Lo sabes tú?

Amanda, muy despacio, hizo un gesto negativo.

–Vale –dijo Wes, y se volvió hacia mí–. Entonces será mejor que pregunte a la becaria, ¿no, Macy?

Noté las miradas de Amanda y Bethany clavadas en mí.

–Están en el fondo del carrito que tiene una rueda trasera rota, debajo de los delantales –respondí–. No cabían con el resto de los cubiertos de servir.

Wes me sonrió.

–Ah –dijo, y movió la cabeza como si aquello hubiera sido lo más lógico–. Claro.

Oí un chirrido de ruedas cuando Bethany y Amanda se alejaron hacia el otro extremo del mostrador. Wes las observó sin apenas inmutarse y después se inclinó hacia mí.

–Qué compañeras tan agradables –comentó por lo bajo.

–Oh, sí, ya lo creo –dije en un tono algo más alto–. Me odian.

Las sillas dejaron de moverse. Silencio. Bueno, pensé, tampoco es que fuera un secreto.

–En fin... ¿Cómo va todo? –pregunté.

–El típico caos de Deseo –contestó pasándose la mano por el pelo–. Delia está histérica porque anoche se averió una de las neveras y se ha estropeado todo lo que había dentro. Kristy y Mónica están en la playa, así que entre ella y Bert tienen que preparar veinte litros más de ensaladilla sobre la marcha y servir esa comida con solo tres personas. Y luego, volvía de camino después de salir a comprar mayonesa cuando Delia me llamó, fuera de sí, para decirme que estábamos sin pinzas y que viniera a preguntarte. –Tomó una bocanada de aire y luego me preguntó–: ¿Y a ti qué tal te va el día?

–Ni me lo preguntes.

–¿Ha aparecido ya tu novio?

Así que también él se había enterado. Hice un signo negativo.

–No, aún no.

–Bueno, piensa que podría ser peor. Podrías estar haciendo ensaladilla. Imagínate estar con los brazos metidos en mayonesa hasta los codos.

Hice una mueca. Tenía razón, no era un panorama tentador.

–Lo cierto es que nos habría venido bien que estuvieras allí –dijo Wes, y pasó una mano por el mostrador–. Qué pena que no puedas salir de aquí.

Pasó un instante durante el cual lo único que se oyó fue el silencio de la biblioteca. El tictac del reloj. Un leve chirrido de la silla de Bethany. Y después de todo lo sucedido desde el primer día hasta los últimos cinco minutos, aquella fue la gota que colmó el vaso.

–Bueno, quizá sí pueda –repuse.

Me giré y vi a Bethany y a Amanda, con las cabezas muy juntas, que fingían estar atareadas con una revista sin perderse una sola palabra de nuestra conversación.

–Mirad –dije, y levantaron la vista a la vez, como un monstruo con dos cabezas–, creo que voy a marcharme.

Tardaron un instante en asimilar mis palabras. Amanda abrió los ojos de par en par.

–Pero no terminas hasta dentro de una hora –objetó.

–Tu turno acaba a la una –añadió Bethany.

–Bueno –dije, y recogí el bolso del suelo–, algo me dice que no me vais a echar de menos.

Me levanté y coloqué la silla en su sitio. Wes me observaba con curiosidad y las manos en los bolsillos mientras yo echaba una última mirada a mi mísero cubículo. Quizá estaba cometiendo un

grave error, pensé, pero ya era inevitable. Yo no sería una de esas chicas con respuesta para todo, pero una cosa sí tenía clara: si aquello era mi futuro, mi para siempre, no quería malgastar un minuto más en aquel sitio.

–Si te vas –me advirtió Bethany entre dientes–, no podrás volver.

–Tienes razón –dije, y me alegré de que la tuviera–. No voy a poder.

Eché a andar hacia la puerta abatible, pero, como siempre, su silla se interponía en mi camino. Y más allá estaba la de Amanda. Me había costado trabajo entrar el primer día, y todos los demás. Di por hecho que me había ganado el derecho a tener vía libre para salir.

Así que lancé el bolso por encima del mostrador. Aterrizó sobre la alfombra con un ruido sordo, junto a los pies de Wes. Después, con un estilo del que mi hermana la rebelde se habría sentido orgullosa, me aupé, pasé una pierna por encima y salté al otro lado del mostrador, mientras Bethany y Amanda me miraban estupefactas.

–¡Caramba! –exclamó Wes con un gesto de admiración mientras yo recogía mi bolso–. Buen salto.

–Gracias –dije.

–Macy –siseó Bethany–, ¿qué estás haciendo?

Pero no respondí, ni siquiera volví la cabeza cuando comencé a atravesar la biblioteca hacia la salida con las miradas de todo el mundo puestas en mí. Me sentí bien. No solo por marcharme, sino por la forma de hacerlo. Sin arrepentirme, sin juzgar mi decisión. Y con Wes a mi lado, que abrió la puerta y la sujetó cuando por fin salí a la luz.



Lucy sacó una cera de la caja de pinturas, y sus deditos cortos y regordetes la aferraron con fuerza. Cuando la apoyó sobre el papel apretó fuerte, como si solo así pudiera transferir el color.

–Árbol –anunció cuando su trazo esbozó un garabato que se extendía de un extremo a otro del papel.

–Árbol –repetí sin apartar los ojos de Wes.

Incluso en aquel momento –ya había pasado una hora desde que salté el mostrador de información–, Wes seguía mirándome de la misma forma en que lo había hecho todo el camino hasta Sweetbud Drive, con una expresión de asombro y de total incredulidad a partes iguales.

–Quita ya esa cara –le dije.

–Perdona. –Se encogió de hombros, como si ese movimiento le ayudara a desprenderse de ella de una vez por todas–. Es que no puedo quitarme esa imagen de la cabeza. Fue...

–Una locura –terminé, mientras Lucy, sentada entre los dos en el porche lateral de la casa de Wes, soltaba un ruidoso suspiro antes de escoger otra cera.

–Más bien una patada en el culo. Quiero decir, esa es la forma en que siempre he querido despedirme de un trabajo pero que nunca he tenido valor para poner en práctica, ¿sabes?

–No fue una patada en el culo –protesté avergonzada.

–Quizá para ti no.

En realidad, aún no lo había asimilado. Sabía que al otro lado de la ciudad había estallado algo aún más grande que el megasunami y ya estaría repercutiendo, enviando ondas sísmicas que se propagarían y al final terminarían por alcanzarme. Me imaginaba a Jason en la biblioteca, escuchando con la misma cara de incredulidad que Wes la crónica de cómo había saltado el mostrador descrita con un perfecto vocabulario, propio del mejor examen de selectividad, a cargo de Amanda y Bethany. Probablemente ya me estuviera llamando al móvil para exigir una explicación; por eso lo seguía teniendo apagado y había decidido darme un tiempo al menos hasta las seis, hora a la que había quedado con mi madre, para intentar no pensar en lo que sucedería a continuación. Ahora me apetecía hacer algo totalmente distinto. Por ejemplo, colorear.

Al pensarlo, volví a mirar a Lucy. Cuando llegamos con la mayonesa, Delia estaba hecha polvo y rodeada de enormes hervidores de agua calentándose mientras ella y Bert trocebaban una pequeña montaña de patatas en el garaje. Lucy, acalorada y aburrida, no se apartaba de sus piernas, y Delia nos había pedido que la entretuviéramos hasta que llegara el momento de mezclar todos los ingredientes. Ahora contemplaba cómo la niña se apartaba de la cara uno de sus mechones rizados y oscuros y apretaba una cera naranja contra el papel para dibujar una línea zigzagueante que lo atravesó de lado a lado.

–Vaca –dijo llena de razón.

–Vaca –repetí.

Un soplo de brisa recorrió el porche, meciendo las copas de los árboles, y de repente, con el rabillo del ojo, advertí un destello, algo que resplandecía como un fogonazo en el jardín lateral de la casa. Apoyé las manos en el suelo, giré el cuello y vi que en el jardín había varios ángeles,

grandes y pequeños, además de unas cuantas piezas sin terminar: grandes segmentos de barras de acero, dobladas y esculpidas, un par de molinillos, aún en fase de desarrollo, sin aspas. Tras ellos, a lo largo de la valla, se extendía lo que daba la impresión de ser un pequeño almacén de chatarra, con montones y montones de trozos de tuberías, piezas de coches y herramientas, ruedas dentadas de todos los tamaños, desde las más grandes hasta las que cabrían en la palma de la mano.

–Vaya –murmuré mientras hacía un gesto hacia aquella parte del jardín–, así que es de ahí de donde sale la magia.

–No es magia –repuso Wes, observando los garabatos naranjas que Lucy estaba haciendo en la parte superior del papel.

–Quizá no lo sea para ti –dije; él puso cara de modestia–. ¿Puedo echar un vistazo?

Cuando doblábamos la esquina del porche, Lucy, que correteaba dando tumbos delante de nosotros, bajó las escaleras a toda prisa para dirigirse hacia una escultura grande hecha de tapacubos unidos a una pieza central que era una tubería retorcida.

–¡Empuja! ¡Empuja! –exclamó mientras golpeaba con la mano una de las partes que se encontraban a su alcance.

–Pídelo por favor –le indicó Wes.

Cuando la niña así lo hizo, él empujó con fuerza uno de los tapacubos superiores y la pieza comenzó a girar; algunas de las circunferencias que describía se elevaron, otras descendieron sin dejar de dibujar órbitas que reflejaban la luz una y otra vez. Lucy dio un paso atrás mientras contemplaba el molinillo extasiada y en silencio; un par de minutos después la velocidad aminoró hasta que se detuvo por completo.

–¡Más! –pidió Lucy, tan excitada que se puso a saltar–. ¡Más, Wes!

Wes me miró y dijo con voz inexpresiva:

–Podemos pasarnos horas así.

Pero de todos modos, volvió a girar el molinillo.

–¿Wes? –La voz de Delia se oyó sobre el rumor de las copas de los árboles–. ¿Puedes venir un momento? Necesito que me ayudes con una cosa que pesa mucho.

–Ya le dije que podía hacerlo yo –oí protestar a Bert–. ¡Soy más fuerte de lo que parezco!

–¿Wes? –volvió a llamar Delia.

Pobre Bert, pensé.

–Voy –respondió Wes; luego añadió dirigiéndose a mí–: ¿Te importa quedarte con Lucy un minuto?

Asentí y él dobló la esquina para entrar en la casa. Lucy lo siguió con la vista y me pregunté si se echaría a llorar. Pero, por el contrario, comenzó a atravesar el jardín con lo que parecía una buena dosis de determinación para una niña de dos años.

Cuando por fin la alcancé, estaba frente a la valla trasera. Miré lo que había detrás de la niña: una hilera de tres pequeñas esculturas del corazón y la mano, versiones en miniatura de la que había en la carretera. Cada una de ellas se diferenciaba de las demás en algún pequeño detalle. En la primera, el corazón tenía una línea en zigzag, como si estuviera roto; en otra, los bordes del corazón eran irregulares, puntiagudos, y parecían afilados. La que más me gustó fue la última, en la que el corazón inscrito en la palma tenía otra mano más pequeña tallada en él y me recordó a las muñecas rusas que tenía cuando era pequeña. Todas las esculturas estaban particularmente oxidadas y sucias; era obvio que llevaban allí desde mucho tiempo antes de que Lucy apartara la hierba que las tapaba. Volvió la cabeza y me miró.

–Manos –anunció.

–Manos –repetí.

La observé apoyar la manita en la mano de la primera escultura y cubrir con sus deditos los dedos oxidados de la pieza; la tersura y el color claro de su piel contrastaban con el metal oscuro e irregular. Después me miró de nuevo y la imité, apoyando la mano en la escultura siguiente.

Una sombra se cernió sobre nosotras y levanté la vista. Wes se acercaba por el jardín, acompañado de Delia. Lucy volvió la cabeza, y al ver a su madre se puso en pie a toda prisa y echó a correr sobre la hierba para abrazarse a sus rodillas. Delia la miró, sacudió la cabeza e introdujo los dedos en los rizos negros de Lucy.

–¿Qué estáis haciendo? –preguntó Wes.

–Lucy me estaba enseñando estas piezas –dije, y señalé las esculturas con un movimiento de cabeza–. No sabía que también las hacías en pequeño.

–Solo durante una temporada –dijo sin darle importancia–. No tuvieron mucho éxito.

–Bueno, ¿hora de ponerse con las patatas? –pregunté mientras me levantaba.

–No, falsa alarma.

–¿En serio?

Delia estrechó a Lucy contra sus piernas.

–Es lo más extraño del mundo –dijo sacudiendo la cabeza–. Justo cuando íbamos a cocer las patatas, me llama el cliente. Resulta que al final no quieren ensaladilla, prefieren ensalada de repollo y macarrones con queso, y de eso tenemos un montón.

–He intentado convencerla de que eso es bueno –dijo Wes.

–Claro que lo es –corroboré–. ¿Cómo no va a serlo?

Delia acarició la cabeza de la niña.

–Es... extraño –dijo–. No sé, me mosquea.

Wes la miró y comentó:

–Bueno, a veces las cosas salen como se supone que tienen que salir. No es nada extraordinario.

–Para nosotros sí –suspiró Delia–. El caso es que ahora al menos tenemos tiempo de sobra para prepararlo todo. Lo cual supongo que es bueno.

No parecía del todo convencida.

–No te preocupes –dijo Wes, y echamos a andar hacia la casa–. Estoy seguro de que el desastre sobrevendrá en cualquier momento.

Delia le dio la mano a Lucy.

–Sí –repuso con voz algo más animada–. Probablemente tengas razón.

Cuando metimos todo en la furgoneta para ponernos en marcha, siguieron pasando cosas. O mejor dicho, no pasando. Mientras que por norma general teníamos que embutir los carritos en la furgoneta con la esperanza de que cupiesen todos, aquel día Delia consiguió organizar las cosas en las neveras economizando espacio de modo que nos sobró un carrito, con lo cual entró todo perfectamente y hasta sobraba sitio (uf). La mejor fuente redonda, que llevaba semanas extraviada, apareció de repente en el garaje, detrás de uno de los congeladores. Y, lo más sorprendente de todo, en lugar de enfilar Sweetbud Road a toda velocidad porque llegábamos tarde, terminamos con tiempo de sobra y al final tuvimos que hacer tiempo en lugar de luchar contra él. Era todo un poco raro, había que reconocerlo.

Delia y yo acabamos sentadas en los escalones delanteros abanicándonos mientras Wes y Bert

se quedaban unos minutos en el garaje para guardar las últimas cosas. Delia se echó hacia atrás y se apoyó sobre las manos en un esfuerzo por encontrar una postura cómoda.

–Bueno, así que te has despedido del trabajo, según me han dicho –dijo.

Eché una mirada a Wes, que pasó junto a nosotras con una caja de servilletas.

–No pude evitarlo –confesó–. Es demasiado bueno como para no contarlo.

–Pues entonces quizá debas contárselo a mi madre –repuse retirándome el pelo hacia atrás.

–No, gracias –dijo antes de desaparecer de nuevo en el garaje.

–¿De verdad crees que se va a enfadar? –preguntó Delia–. Por lo que nos has contado de ese trabajo, estabas muy a disgusto.

–Y es cierto. Pero para ella no se trata de eso. Se trata de que me había comprometido a hacerlo.

–Ah.

–Y de que este trabajo me daría muchos puntos en mi expediente académico.

–Ya.

–Y –concluí– de que encaja perfectamente con cómo ella quiere que sea.

–¿Y cómo quiere que seas?

Pasé el pulgar y el índice por el borde de la camiseta y pensé en nuestra conversación de aquella misma mañana, y en la de la noche anterior.

–Perfecta –respondí.

Delia sacudió la cabeza.

–Vamos –dijo, e hizo un gesto con la mano como para ahuyentar aquella idea–. Estoy segura de que no es eso lo que quiere.

–¿Y por qué no iba a quererlo?

–Pues, para empezar, porque eso es imposible. –Delia volvió a apoyarse en las manos e hizo bascular el peso de su cuerpo–. Y en segundo lugar, porque es tu madre. Y precisamente es a las madres a quienes menos importan esas cosas.

–Sí, ya, claro –murmuré, abatida.

–Lo digo en serio. –Estiró las piernas y se acarició la barriga–. Y sé de lo que hablo, ¿vale? Lo único que me importa de Lucy, Wes y Bert es que sean felices. Sanos. Y buena gente. ¿Entiendes? Yo no soy perfecta, ni remotamente. Así que ¿por qué iba a esperar que ellos lo fueran?

Negué con la cabeza.

–Mi madre no es así –dije.

–Muy bien. Entonces, ¿cómo es?

Me quedé pensando en silencio unos instantes, sorprendida de no ser capaz de encontrar una respuesta apropiada.

–Trabaja demasiado –empecé, y de pronto me interrumpí–. Quiero decir, desde que mi padre murió ha tenido que hacerse cargo de la empresa ella sola. Siempre hay mucho que hacer, y me preocupa. Mucho.

Delia no dijo nada. Me di cuenta de que me observaba.

–Y creo que trabaja tanto porque es capaz de tenerlo todo bajo control, ¿sabes? –dije; Delia asintió–. Le hace sentirse..., no sé, segura.

–Lo entiendo –admitió Delia en voz baja–. Perder a un ser querido puede hacerte sentir que has perdido el control. Por completo.

–Lo sé, pero no es justo. Por ejemplo, cuando mi padre murió, quise aparentar que estaba bien

para que mi madre estuviera tranquila. Y así lo hice. Aunque tuviera que fingir. Pero ahora, cuando de verdad me siento bien, ella no está satisfecha. Porque ya no soy perfecta.

–Llorar la muerte de un ser querido no te convierte en imperfecta –musitó Delia mientras Bert se dirigía a la furgoneta para colocar bien uno de los carritos que había dentro–. Te hace humana. Cada uno gestiona las emociones a su manera, Macy. Tu madre se enfrenta a la pérdida de tu padre a su manera, todos los días. Quizá deberías preguntarle sobre ello.

–No puedo. Ni siquiera puedo hablar de él. Lo intenté esta mañana por primera vez desde hace un montón de tiempo, pero ella se cerró en banda.

–Pues vuelve a intentarlo. –Delia se acercó a mí y me pasó un brazo por los hombros–. Mira, el duelo tiene distinto ritmo según las personas. Quizá tú le lleves algo de delantera, pero al final estaréis al mismo nivel. Lo importante es que sigas intentando hablar con ella, aunque al principio resulte difícil. Después será más fácil. Te lo aseguro.

Me invadió un cansancio repentino tan profundo que me relajé y apoyé la cabeza en el hombro de Delia. Me acarició el pelo en silencio.

–Gracias –dije.

–Mi niña –repuso, y sentí su voz vibrar en mi mejilla–, no tienes nada que agradecerme.

Permanecemos en la misma posición, sin decirnos nada, durante al menos dos minutos. Luego, oímos una voz procedente del garaje.

–¡Te pillé!

Fue Bert quien reaccionó con un grito. Lo reconocí al instante.

Delia dejó escapar un ruidoso suspiro.

–En serio... –dijo.

–Con este van diez –oí que decía Wes, mientras Bert le respondía con un gruñido que fui incapaz de entender–. Y subiendo.

Una vez en la fiesta, continuó la racha de buena suerte. Al principio pareció que íbamos a tener uno de los típicos comienzos, cuando nada más llegar nos encontramos con que, por mucho que Wes lo intentara, no había manera de encender la parrilla de gas que Delia había alquilado a la empresa de suministros.

–¡Dios mío! –me susurró Delia al oído cuando empezaron a llegar los invitados–. Esto es una barbacoa al aire libre. ¡Una barbacoa al aire libre! Hay que cocinar fuera. ¡Es parte de la propia definición!

–Delia, cálmate...

Entonces, de pronto, se oyó un zumbido, y por fin tuvimos fuego. Lo único que pasaba era que las bombonas no estaban conectadas. No había problema.

Más o menos una hora más tarde, mientras yo preparaba unos aperitivos antes de que empezara a salir la comida de la parrilla, Bert se dio cuenta de que solo habíamos traído una caja de hamburguesas en lugar de dos, con lo que, oh, Dios, nos iban a faltar unas cien.

–Bueno –dijo Delia tapándose la cara con las manos–, Dios mío, déjame pensar... pensar...

–¿Qué pasa? –preguntó Wes cuando pasó a nuestro lado para llevar más ginger ale a la barra.

–No hemos traído suficientes hamburguesas –contesté, y luego añadí–: Escucha, Delia, no te preocupes, seguro que la mayoría de la gente ni siquiera...

–¿Tres cajas no son suficientes? –se extrañó Wes.

Delia apartó las manos de la cara.

–Se suponía que tenía que haber dos –dijo despacio.

–Dijiste tres –insistió el chico–. Lo recuerdo perfectamente.

–Creo que no.

–¡Dos! –Delia levantó dos dedos y los blandió en el aire–. Os dije dos cajas.

–Pero hay tres –dijo Wes con la misma calma–. Una en el primer carrito, dos en la nevera. Ve a comprobarlo. Están allí.

Así lo hice, y allí estaban. No solo no andábamos escasos de carne, sino que teníamos de sobra. Y eso no fue todo. Bert y yo estuvimos a punto de chocar y tirarnos los condimentos por encima, pero en el último momento logré apartarme y evitar el desastre. No encontrábamos por ninguna parte las cucharas para servir el helado, hasta que aparecieron como por arte de magia en el cajón de debajo de donde debían estar. Y así sucesivamente.

–Te aseguro –me confesó Delia más tarde, cuando las dos estábamos en un extremo de la cocina observando el jardín, lleno de invitados felices y saciados que disfrutaban de la comida, la bebida y la compañía sin incidentes– que todo esto me pone muy nerviosa.

–Delia... –empecé mientras observaba a Wes, que estaba sirviendo una copa de vino a una mujer que llevaba un vestido de tirantes y hablaba con él haciendo gestos grandilocuentes. Él se limitaba a asentir con la cabeza, con cara de «oh, sí, desde luego», como si le estuviera contando una historia fascinante. Sin embargo, cuando se inclinó para sacar más hielo y la mujer no podía verlo, advertí en su rostro un gesto de hastío.

–Lo sé, lo sé. –Delia mordisqueó una de sus uñas pintadas de rosa–. Es que es muy extraño. Todo está saliendo demasiado bien.

–Quizá te lo hayas ganado –apunté–. Ya sabes, el efecto acumulativo de todas las noches complicadas.

–Quizá –admitió–. Solo desearía tener un pequeño contratiempo. Resultaría tranquilizador.

Lo más curioso de todo era que yo compartía su punto de vista. En otro tiempo, un evento como aquel, perfecto, en el que todo funcionaba como un reloj, había sido mi única aspiración. Pero ahora era un poco inquietante. Por no hablar de que resultaba..., bueno, incluso aburrido.

Sin embargo, mientras pasaban lentamente los minutos que separaban las cuatro de las cinco menos cuarto, no pude evitar pensar que quizá aquella contingencia jugara a mi favor. Después de todo, una media hora después me iban a dejar en el parque de la zona común de mi urbanización, donde tendría que enfrentarme a mi madre y explicarle que había abandonado mi trabajo en la biblioteca. Cuanto más se acercaba el momento, más nerviosa estaba. Pero cada vez que me daba un vuelco el corazón, recordaba las palabras de Delia: que por muy difícil que resultara confesarle a mi madre cómo me sentía en realidad, tenía que intentarlo. No iba a ser fácil, pero sería un comienzo. Y como papá decía siempre, el primer paso es el que más cuesta.

Estaba reflexionando sobre estas cosas junto al bufé, espátula en mano, cuando una mano bloqueó mi visión.

–¿Hola? –saludó Wes; lo miré parpadeando–. ¿Estás en otro mundo o qué?

–En el mundo de la verdad o la consecuencia –respondí mientras removía la comida vegetariana (pimientos marinados a la plancha y hamburguesas picantes de alubias pintas), que, hasta el momento, no había tentado a nadie–. Menos de una hora para que se líe parda.

–Ah, ya –dijo, y echó una mirada displicente a las hamburguesas vegetarianas–. Jason.

–Jason, no. Ese es el menor de mis problemas. Mi madre.

–Ah –asintió–. Ya.

–Ni me había parado a pensar en Jason –le dije mientras colocaba bien las hamburguesas con la espátula para intentar que así parecieran más apetitosas–. A ver, temía el momento de verlo en la biblioteca, porque no iba a ser una escena agradable. Pero ahora... Ahora todo es distinto. O sea, que hemos...

Wes esperó sin decir nada mientras yo buscaba la palabra adecuada. Una mujer pasó a nuestro lado y echó un vistazo a los pimientos antes de llenarse el plato con la comida de la bandeja que había junto a ellos, que estaba llena de filetes.

–Terminado –concluí, sin ser consciente de lo que en realidad significaba hasta que lo expresé en voz alta. Me imaginaba la reacción de Jason al enterarse de cómo me había ido del mostrador de información; ya no querría volver conmigo, y me di cuenta de que no me importaba–. Hemos terminado–repetí para comprobar cómo me sentía al articular aquellas palabras; muy bien, la verdad–. Hemos terminado.

–Caramba –dijo Wes, despacio–. ¿Habéis...?

–Disculpa, ¿son vegetarianas?

Levanté la vista y vi a una mujer bajita y rechoncha que llevaba un vestido con un estampado muy llamativo y sostenía un plato lleno de patatas fritas. Tenía unas gafas de cristales gruesos y montura metálica, que claramente no eran lo bastante efectivas para ayudarle a distinguir el letrero que decía COMIDA VEGETARIANA.

–Sí, lo son –respondí.

–¿Estás segura?

Asentí, y a continuación le serví una hamburguesa. La mujer la miró entornando los ojos y se alejó. Me volví de nuevo hacia Wes y dije:

–¿Qué estabas...?

–La señora de la mesa de la esquina quiere un vino blanco con soda –comunicó Bert al pasar con una bandeja llena de servilletas arrugadas y copas vacías–. ¡Ahora!

Wes se dispuso a rodear la mesa y antes me echó una última mirada, como queriendo decir algo.

–Eeh..., nada –respondió–. Ya hablaremos luego.

Se dirigió a la barra, y Delia se acercó a la mesa y recolocó la comida de las fuentes.

–Es que es muy extraño –comentó mirando las hamburguesas de alubias–, porque tenía intención de traer más hamburguesas vegetarianas, pero me olvidé. ¡Estaba preocupadísima de que no tuviéramos suficientes!

–Qué va –dije mientras espantaba una mosca que revoloteaba sobre ellas–. Hay de sobra.

–¿Ves?, otra vez lo mismo –suspiró–. Demasiado bien. ¡Demasiado bien! Esto no me gusta. Necesito sentido del equilibrio. Jamás pensé que llegaría a reconocerlo, pero necesito el caos.

Justo cuando nos íbamos, su deseo se cumplió.

Ocurrió mientras guardábamos los últimos enseres en la furgoneta. Wes y yo estábamos empujando los carritos para meterlos dentro, y Delia estaba en lo alto del camino de entrada recibiendo el cheque de manos de la clienta, que estaba tan encantada con la experiencia del servicio a domicilio que le iba a pagar el precio completo y además una gratificación, lo cual también era una experiencia nueva para la empresa. Así que todo era genial, maravilloso: perfecto. Y entonces oí un grito.

No fue Delia. No. Fue la reacción de la clienta al percatarse de que Delia acababa de romper aguas. El bebé estaba en camino.



–¿Estás bien?

Asentí.

–Sí. Bien, estoy bien.

Era mi mantra, lo que no paraba de repetir en mi interior. Aunque, en realidad, no estaba del todo segura. Lo único que sabía a ciencia cierta era que me encontraba en el hospital: todo lo demás, igual que sucedió la última vez que estuve allí, era una especie de nebulosa.

Tras la conmoción inicial cuando Delia rompió aguas, hicimos lo que mejor sabíamos: tomamos conciencia de la situación, ideamos un plan y pasamos a la acción. Solo una vez apiñados en la furgoneta de camino al hospital, con Delia a mi lado, su mano aferrando la mía, se me ocurrió mirar el reloj del salpicadero. Eran las seis menos cuarto, lo que significaba que tenía que reunirme con mi madre en el parque de la urbanización en quince minutos. Teniendo en cuenta cómo se habían desarrollado los acontecimientos en los últimos días, aquella debería haber sido mi mayor preocupación. Pero, por el contrario, mi mente seguía transportándome al pasado, hacia otro viaje al hospital, no tanto tiempo atrás.

En aquella ocasión también aferraba una mano. Sin embargo, la de mi padre estaba exánime, y eran mis dedos los que hacían todo el trabajo para mantener nuestras manos unidas. En el lugar de Bert, que respiraba ruidosamente por la nariz mientras Delia, irritada, le indicaba por gestos que dejara de hacerlo, frente a mí viajaba un enfermero, cuyas manos se movían con rapidez para colocar una mascarilla y preparar un desfibrilador. Y en vez del viento que silbaba a través de la ventanilla abierta de Wes, y de las palabras de Delia, que iba hablando por teléfono con toda serenidad para organizar las cosas con Pete y la canguro, solo se oía un silencio sobrecogedor e inquietante, enfatizado por los latidos de mi corazón en mis oídos. Entonces, una vida se apagaba. Hoy, otra estaba a punto de comenzar. No creía en las señales. Pero era difícil ignorar el hecho de que alguien, en algún lugar, quizá había querido hacerme pasar por la misma experiencia para comprobar que el resultado podía ser distinto.

Los recuerdos afloraban por todas partes. Cuando paramos junto al bordillo, lo hicimos en el mismo sitio. Al entrar en urgencias, las puertas hicieron el mismo sonido silbante. Hasta el olor era el mismo, esa mezcla indescifrable de flores y desinfectante. Por un instante creí de veras que no sería capaz de entrar y me quedé rezagada. Pero entonces Wes se volvió y expresó con la mirada la misma pregunta que llevaba un buen rato repitiendo. Yo asentí y me apresuré a colocarme a su lado. Iba empujando la silla de ruedas de Delia, que hacía inspiraciones lentas y profundas, cosa que hice yo también. Cuando entramos en el ascensor y las puertas se cerraron, por fin me relajé y levanté un poco el ánimo.

Lo que sentía en aquel momento era un temor distinto. Llevaba dos horas y media sentada en un banco del pasillo a pocos metros de la habitación de Delia, viendo cómo los médicos y enfermeros entraban y salían sin prisa, como si faltara un millón de años hasta que pasara algo; luego empezaron a moverse con más y más rapidez hasta que de pronto reinó el caos. Las máquinas se pusieron a pitar, unas voces leyeron a gritos las páginas colgadas sobre la cabecera

de la cama, el suelo se puso a temblar bajo mis pies cuando un médico recorrió el pasillo a la carrera con el estetoscopio rebotando sobre su pecho.

En mi opinión, los demás estaban demasiado tranquilos. Sobre todo Wes; si no me estaba preguntando si estaba bien, se estaba comiendo uno de los tentempiés que sacaba cada poco de la máquina expendedora de la planta de abajo. Abrió un paquete de rosquillas de chocolate y me ofreció una, la rechacé con un gesto.

–No entiendo cómo eres capaz de decir que no a una rosquilla de chocolate –dijo metiéndose una en la boca.

Estaba segura de que había oído un quejido o un lamento procedente de la habitación de Delia, seguido de la voz reconfortante de Pete.

–Y yo no entiendo cómo eres capaz de comer –repuse al tiempo que una enfermera salía de la habitación cargada de ropa blanca y recorría el pasillo en dirección al mostrador.

Wes masticó durante unos instantes y se tragó la rosquilla.

–Esto puede durar una eternidad –dijo mientras Bert, sentado del otro lado, se despertaba sobresaltado y parpadeando de la siesta; llevaba media hora durmiendo–. Hay que mantenerse fuerte.

–¿Qué hora es? –preguntó Bert con voz soñolienta, frotándose los ojos.

Wes le dio una rosquilla.

–Casi las siete –contestó.

Sentí que mi corazón daba un vuelco, aunque no estaba segura de si fue al darme cuenta de que habían pasado sesenta minutos desde la hora oficial a la que tenía que haberme reunido con mi madre o a causa del grito que se oyó en la habitación de Delia, tan fuerte y prolongado que todos volvimos la vista hacia la puerta entreabierta hasta que el grito se apagó de pronto. En los instantes de silencio que se produjeron a continuación, me levanté.

–¿Macy? –me llamó Wes.

–Estoy bien –dije, sabiendo que aquella sería la siguiente pregunta–. Voy a llamar a mi madre.

Había dejado el móvil en la furgoneta, así que me dirigí a las cabinas y rebusqué monedas sueltas en el bolsillo. La primera vez estaba comunicando, colgué y volví a intentarlo. La línea seguía ocupada. Abrí una puerta que conducía a un pequeño patio, donde me senté y permanecí durante unos minutos mirando el cielo, que poco a poco se iba tiñendo de un color más oscuro. Era un día perfecto para los fuegos artificiales. Luego volví a entrar y llamé de nuevo, y otra vez oí la señal de que la línea estaba ocupada. Esta vez esperé a que saltara el contestador, luego me aclaré la garganta e intenté dar una explicación:

–Soy yo. Ya sé que seguramente estarás preocupada, y lo siento. Iba a salir para allá justo cuando Delia se puso de parto y ahora estoy en el hospital. Tengo que esperar hasta que alguien pueda llevarme, pero iré en cuanto pueda. Lo siento, de verdad. Te llamo luego.

Ya está, pensé al colgar el teléfono. Hecho. Sabía que aquella llamada no podría arreglarlo todo, quizá no arreglaría nada. Pero ya me ocuparía del resto cuando llegara el momento.

Al volver al banco donde había estado sentada junto a Wes y Bert, estaba vacío. De hecho, no había nadie en el pasillo ni en el puesto de enfermeros, así que me quedé inmóvil durante unos instantes, muerta de miedo. Pero entonces Wes asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Delia. Estaba sonriendo.

–Ven a ver esto –dijo.

Sujetó la puerta para que entrara. Delia estaba sentada en la cama con las sábanas amontonadas sobre el vientre. Estaba muy sofocada, y tenía en brazos a una pequeña criatura de

pelo oscuro. Pete estaba sentado a su derecha, rodeándole los hombros con el brazo, y ambos miraban al bebé. El cuarto estaba en silencio, pero era un silencio tranquilizador. Junto a la ventana, Bert, pesimista entre pesimistas, sonreía.

Entonces Delia alzó la vista y me vio.

–Hola –dijo con voz suave, y me hizo un gesto para que me acercara–. Ven a saludar. –Cuando me acerqué a la cama, extendió los brazos para que pudiera ver mejor al bebé–. Mira, ¿a que es preciosa?

De cerca, parecía aún más pequeña; tenía los ojos cerrados y olisqueaba haciendo ruiditos como si estuviera soñando algo extraordinario.

–Es perfecta –dije, y, por una vez, la palabra estaba correctamente empleada.

Delia pasó el dedo por la mejilla de la niña.

–La vamos a llamar Avery –anunció–. Así se llama la madre de Pete. Avery Melissa.

–Me gusta –repuse.

Me quedé mirando la carita del bebé, su naricita, las uñas diminutas de sus dedos diminutos, y de repente se me vino todo encima: la llegada al hospital, el recorrido por el pasillo, lo asustada que estaba al recordar el día que había ido con mi padre. Noté cómo aquella sensación me invadía y quise apartarla, me armé de valor y cerré los puños con fuerza. Avery había abierto los ojos, oscuros y límpidos. Cuando me miró, me pregunté cómo sería llegar al mundo por primera vez, cuando nada tenía un precedente. Aquel día yo no había tenido esa suerte: cada cosa que había ocurrido desde que arrancamos en la furgoneta había sido un eco de algo anterior.

Ahora observaba a Delia contemplar a su hija, sonriendo emocionada, y tuve una visión repentina de mi propia madre año y medio atrás, saliendo de la sala de espera de la planta de abajo y acercándose a mí. Yo deseaba más que nada en el mundo ver en su expresión un atisbo de esperanza, pero no había nada. Solo la misma tristeza incontenible y la conmoción que, al verla, se reflejaron en mi rostro. Fue entonces cuando empezó todo, cuando se produjo aquel cambio de actitud entre nosotras y todo se alteró.

Noté una punzada en el pecho y de pronto me di cuenta de que estaba a punto de llorar. Por mí, por mi madre. Por lo que habíamos perdido, pero también por aquello a lo que habíamos renunciado voluntariamente. Tantos aspectos de la vida. Y de nosotras.

Tragué saliva con dificultad y me aparté de la cama.

–Yo... –empecé, y noté que Wes estaba mirándome–. Tengo que volver a llamar a mi madre.

–Dile que no lo habría conseguido sin ti –dijo Delia–. Te has portado como una campeona.

Asentí sin apenas oírla mientras ella volvía la vista hacia el bebé y colocaba la mantita que le rodeaba la cabeza.

–Macy –me llamó Wes cuando pasé a su lado para salir al pasillo.

–Es que... –dije, y volví a tragar con dificultad–. Tengo que hablar con mi madre. Seguro que estará preocupada y preguntándose qué me ha pasado.

–Claro, de acuerdo.

De pronto eché tanto de menos a mi madre –la que en otro tiempo contemplaba el mar, la que se reía a carcajadas– que el sentimiento se convirtió en un dolor físico y punzante. Me tragué las lágrimas.

–Así que eso es lo que voy a hacer –continuó–. Llamar a mi madre. Ahora vuelvo.

Wes asintió.

–Vale.

Me dirigí a los ascensores con los brazos cruzados, a paso rápido y luchando por mantener la

calma, incluso cuando las lágrimas comenzaron a asomar. Noté los latidos de mi corazón cuando doblé la esquina para refugiarme en un entrante de la pared. Apenas me dio tiempo a esconderme cuando comencé a sollozar, tapándome la cara con las manos mientras las lágrimas fluían y rodaban por mis manos.

No sé cuánto tiempo permanecí allí hasta que llegó Wes. Pudieron ser segundos, minutos, incluso horas. Me llamó y quise sobreponerme, pero no fui capaz.

Me rodeó con los brazos, vacilante, como si quizá esperase que me fuera a apartar. Al comprobar que yo no reaccionaba, se acercó más y me acarició los hombros, y en mi interior visualicé el millón de veces que me había retirado cuando alguien intentaba hacer lo mismo: mi madre o mi hermana, apartándome y encerrándome en mí misma, escondiendo mis sentimientos donde solo yo sabía dónde encontrarlos. Sin embargo, esta vez me rendí. Dejé que Wes me estrechara contra sí, que atrajera mi cabeza sobre su pecho, donde oí los latidos de su corazón, firme y sincero. Me di cuenta de que alguien pasaba y nos miraba, pero para ellos yo no era más que otra persona que lloraba en un hospital. No me podía creer que hubiera tardado todo aquel tiempo en entender. Delia tenía razón: era bueno, lo normal, lo esperado. Era lo que se suponía que había que hacer. Y ocurría todo el tiempo.

Vimos el final de los fuegos artificiales, los mejores y más vistosos, cuando nos dirigíamos a la furgoneta de Deseo a través del aparcamiento del hospital. Mientras estallaban sobre nuestras cabezas, Wes, Bert y yo nos detuvimos para contemplarlos, los silbidos y explosiones al elevarse, y la cola y las chispas que serpenteaban al caer. Avery había tenido suerte, pensé. Su cumpleaños siempre sería día festivo.

Después de todo lo ocurrido, pensé que quizá existiría cierta tensión entre Wes y yo cuando por fin salí del cuarto de baño tras refrescarme la cara con agua fría en un intento por recobrar la compostura de algún modo. Pero, como de costumbre, me sorprendió cuando me acompañó a la habitación de Delia para despedirme como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal. Quizá no hubiera ocurrido nada anormal.

Cuando enfilamos Wildflower Ridge, Wes aparcó la furgoneta en el extremo opuesto del parque, a una distancia razonable de donde se estaban celebrando la cena y los fuegos artificiales, como si hubiera adivinado que me hacía falta caminar un poco para recomponerme y prepararme para el siguiente reto. En el asiento trasero, Bert se había quedado dormido y roncaba con la boca abierta. Antes de abrir la puerta y saltar al exterior, saqué mi bolso de debajo de su brazo con mucho cuidado para no despertarlo.

Wes también se bajó y estiró los brazos por encima de su cabeza cuando se acercó a mí delante de la furgoneta. Observé con más atención y advertí que la fiesta tocaba a su fin; la gente recogía las mantas, a los perros y las sillitas de los bebés y charlaban con los demás asistentes mientras reunían a sus hijos y llevaban en brazos o a hombros a los que aún no se habían dormido.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer mañana? —preguntó Wes.

Sonreí e hice un gesto con la cabeza.

—Ni idea. ¿Y tú?

—Poca cosa. Tengo que hacer un par de recados por la tarde. Estoy pensando en salir a correr por la mañana, y quizá probar el circuito en esta urbanización.

—¿En serio? ¿Vas a hacerme por fin la pregunta? ¿Quizá a gritos, desde la calle?

–Puede –respondió con una sonrisa–. Nunca se sabe. Así que será mejor que estés preparada. Probablemente pasará sobre las nueve. Seré el que se mueve a paso de tortuga.

–De acuerdo –dijo–. Estaré pendiente.

Wes se dirigió a la puerta del conductor.

–Buenas noches.

–Buenas noches –contesté–. Y gracias.

En cuanto se fue, respiré hondo y empecé a cruzar el parque de la zona común para buscar a mi madre. Quería decirle muchas cosas, y por una vez no iba a pensar demasiado, sino que dejaría fluir las palabras. Delia me había convencido de que lo único que quería mi madre era verme feliz. De mí dependía mostrarle cómo me sentía ahora y por qué.

Tras abrirme paso entre el gentío, esquivando niños pequeños y perros de todos los tamaños, vi a mi madre hablando con la señora Burcock, la presidenta de la comunidad de propietarios. La observé mientras escuchaba, diciendo adiós de vez en cuando a la gente que pasaba junto a ellas. Era evidente que la fiesta había sido un éxito, y parecía relajada cuando me acerqué. Se giró, me vio y, sonriente, volvió a centrar su atención en lo que le decía la señora Burcock.

–... y sacar el tema en la reunión de la próxima semana. Creo que una norma que obligue a los dueños a recoger los excrementos de sus perros mejoraría las cosas para todo el mundo, sobre todo aquí, en la zona común.

–Desde luego –afirmó mi madre–. Sacaremos el tema y veremos cómo responde la gente.

–Hola, Macy –me saludó la señora Burcock. Era una señora mayor que llevaba un peinado muy cursi–. ¿Te lo has pasado bien hoy?

–Sí –contesté; noté la mirada de mi madre clavada en mí–. ¿Y usted?

–Oh, de maravilla. Tenemos que empezar a preparar la fiesta del año que viene, ¿verdad, Deborah?

Mi madre se echó a reír.

–Mañana mismo –dijo–. Antes que nada.

La señora Burcock sonrió, nos dijo adiós con la mano y comenzó a cruzar el parque en dirección a su casa. Mi madre y yo nos quedamos inmóviles unos instantes, sin decir nada, mientras pasaban más vecinos a nuestro lado.

–¿Escuchaste mi mensaje? –pregunté.

Volvió la cabeza para mirarme, y en aquel mismo momento advertí que estaba enfadada. Más que enfadada. Enfurecida. No me podía creer que no me hubiera dado cuenta antes.

–Ahora no –dijo entre dientes, sin apenas mover los labios.

–¿Qué?

–No vamos a hablar de ello ahora –dijo, y esta vez percibí con toda nitidez la absoluta severidad de su voz.

–¡Una fiesta estupenda, Deborah! –exclamó al pasar un hombre que vestía polo y pantalones de loneta, con un par de niños a remolque.

–Gracias, Ron –respondió mi madre, sonriente–. ¡Me alegro de que lo hayáis pasado bien!

–Mamá, no fue culpa mía –dijo. Tomé aire: no era así como yo había querido que se desarrollara la conversación–. Delia se puso de parto, y no podía...

–Macy. –Jamás me había estremecido al oír mi nombre, pero esa vez sí. A más no poder–. Quiero que vayas a casa ahora mismo, te cambies y subas a acostarte. Ya hablaremos de esto más tarde.

–Pero, mamá... –dije en tono de súplica–. No lo entiendes, déjame explicártelo. Esta noche

era...

–Vete. –Cuando vio que no me movía, me lanzó una mirada furibunda y dijo–: Ahora.

Acto seguido, se dio la vuelta y se alejó. Se alejó de mí, con la espalda erguida, para reunirse con sus empleados, que la estaban esperando. La observé mientras hablaba con ellos, prestándoles toda su atención y asintiendo con la cabeza, algo que ni por un instante había hecho conmigo.

Me fui a casa, todavía conmocionada, y subí a mi cuarto. Cuando pasé ante el espejo me detuve y vi que llevaba la camisa por fuera del pantalón, una mancha de salsa barbacoa en los vaqueros, el pelo revuelto y la cara con señales de haber llorado. Parecía otra persona: aunque no hubiera sido capaz de explicarlo, todo lo que había ocurrido se reflejaba en mi aspecto, y mi madre lo había captado al instante. «Quiero que te cambies», había dicho. Resultaba irónico, porque lo único que yo quería decirle era que ya había cambiado.

La había cagado.

No solo no había aparecido en la fiesta. También estaba el hecho de que Jason, al llegar a la biblioteca y enterarse de que me había largado por las buenas, me había llamado al móvil y luego a casa. Como no me localizaba, habló del asunto con mi madre, que en vano intentó insistentemente ponerse en contacto conmigo. Me había olvidado de encender el teléfono, luego lo dejé en la furgoneta y no miré si tenía mensajes o llamadas. Hasta la noche, ya tarde, no lo saqué del bolso. Tenía diez mensajes.

En pocas palabras, me había metido en un buen lío. Por suerte, contaba con la ayuda de alguien que conocía bien el terreno, era capaz de interpretar las señales y sabía cuál era el mejor camino a seguir.

–Cuando entres, déjala hablar –me explicó Caroline.

Había tenido la mala suerte de parar en casa aquella mañana, de camino a la casa de la playa, para meterse de lleno en el ojo del huracán. Ahora estábamos en el cuarto de baño, donde yo estaba dedicando el doble del tiempo habitual a cepillarme los dientes e intentar posponer lo inevitable.

–Siéntate y escucha –continuó mi hermana–. No asientas con la cabeza. Ah, y no sonrías. Eso la saca de quicio.

Me enjuagué la boca y escupí el agua.

–De acuerdo –dije.

–Tienes que pedir perdón, pero no lo hagas nada más llegar, porque suena muy poco sincero. Deja que lo suelte todo y luego pídele perdón. No te inventes excusas, a menos que tengas una lo suficientemente válida. ¿La tienes?

–¡Estaba en el hospital! –exclamé, alcanzando la botella de elixir bucal. Si me la iba a cargar, al menos que fuera con el aliento fresco–. Mi amiga estaba dando a luz.

–¿Y no había teléfonos?

–¡La llamé!

–Una hora después de la que se suponía que tenías que estar en la fiesta –indicó.

–Por Dios, Caroline, ¿de qué lado estás?

–¡Del tuyo! Por eso te estoy ayudando, ¿es que no te das cuenta? –suspiró con impaciencia–. Lo del teléfono es algo básico, te atacará por ahí inmediatamente. No intentes poner excusas; no las hay. Siempre se puede encontrar un teléfono. Siempre.

Me llené la boca de Listerine y la fulminé con la mirada.

–Las lágrimas ayudan –continuó mi hermana, apoyada en el quicio de la puerta y mirándose las uñas–, pero solo si son sinceras. Lo único que logra el llanto fingido es ponerla más furiosa. Básicamente, tienes que aguantar y dejar que todo siga su curso. Al principio siempre es inflexible, pero en cuanto empieza a hablar se le pasa.

–No voy a llorar –afirmé después de enjuagarme.

–Ah, y, haz lo que hazas, no la interrumpas. Eso es letal.

En ese momento se oyó la voz de mi madre desde el pie de la escalera.

–¡Macy! ¿Puedes bajar, por favor?

No era una pregunta. Miré a Caroline, que se estaba mordiendo los labios como si estuviera viviendo una especie de escena retrospectiva postraumática.

–Tranquila. Respira hondo. Recuerda todo lo que te he dicho. Y ahora... –añadió; me puso las manos en los hombros y me dio un apretón cariñoso mientras me hacía girar–, baja.

Bajé. Mi madre me estaba esperando sentada a la mesa de la cocina, vestida ya con su ropa de trabajo, y no levantó la vista hasta que me senté. Oh, no, pensé. Puse las manos encima de la mesa, una sobre la otra para adoptar lo que pensaba sería una actitud sumisa, y esperé.

–Me he llevado una tremenda decepción contigo, Macy –empezó mi madre con voz serena–. Tremenda.

Lo percibí. En el estómago, que me ardía. En las palmas de las manos, que me sudaban. Era lo que había intentado evitar durante tanto tiempo. Ahora arremetía contra mí como una ola, y lo único que yo podía hacer era nadar hacia la superficie con la esperanza de encontrar aire.

–Macy –dijo, y me di cuenta de que estaba parpadeando–, lo que ocurrió ayer es inaceptable.

–Lo siento –solté sin pensar.

Demasiado pronto, pero no pude evitarlo. Odiaba el sonido de mi voz, temblorosa, nada propia de mí. La noche anterior me había mostrado muy valiente, preparada para decirlo todo y a todos. Pero ahora no podía hacer otra cosa más que permanecer sentada y aguantar.

–Va a haber varios cambios –dijo mi madre, ahora en tono más alto–. No puedo fiarme de que seas tú quien los lleve a cabo, así que los decidiré yo.

Me pregunté por un instante si mi hermana estaría sentada en la escalera con las rodillas apretadas contra el pecho, como yo había hecho tantas veces para oír a mi madre hablarle como me estaba hablando a mí.

–No vas a volver a trabajar en la empresa de comidas. Punto.

Noté que me subía un «pero» a la garganta y me lo tragué. «Aguanta», había dicho Caroline, «el principio siempre es lo peor». Y además Delia iba a estar de baja durante una temporada.

–De acuerdo –dije.

–En cambio, trabajarás para mí –continuó, apoyando una mano en el brazo de la silla– en la casa piloto, recibiendo a los clientes y repartiendo folletos. De lunes a sábados, de nueve a cinco.

¿Sábados?, pensé. Claro, era el día de más trabajo, al menos en cuanto a volumen de visitas. Y lo mejor para tenerme agarrada del cuello. Inspiré profundamente, retuve el aire en mi interior y después lo solté lentamente.

–No quiero que vuelvas a ver a tus amigos de la empresa de comidas a domicilio. Todos tus problemas de comportamiento, como llegar tarde, mostrar menos interés por tus obligaciones, comenzaron cuando aceptaste ese trabajo.

Seguí con la vista fija en su rostro mientras trataba de recordar todo lo que había sentido la noche anterior, aquel repentino brote de emoción que había provocado que la echara tanto de

menos. Pero cada vez que lo intentaba, solo veía su inflexible fachada profesional y me preguntaba cómo pude estar tan equivocada.

–Desde ahora hasta que comiencen las clases, quiero que estés en casa a las ocho. Así estaremos seguras de que descansarás lo suficiente para poder concentrarte en la preparación del curso.

–¿A las ocho? –pregunté.

Me miró a los ojos y comprobé que mi hermana tenía razón. Las interrupciones eran letales.

–O a las siete, si lo prefieres –dijo.

Clavé la vista en mis manos, en silencio, y negué con la cabeza. Toda la casa estaba en silencio, como si también estuviese esperando a que aquello acabara.

–Te queda medio verano –me recordó mientras yo me examinaba el pulgar y las líneas diminutas que lo recorrían–. De ti depende cómo pasarlo. ¿Entendido?

Volví a asentir en silencio. Cuando permaneció callada durante un minuto, levanté la vista y vi que me estaba mirando, esperando una respuesta de verdad.

–Sí –contesté–. Entendido.

–Bien. –Apartó la silla de la mesa y se puso en pie, alisándose la falda. Cuando pasó detrás de mí, dijo–: Quiero verte en la casa piloto dentro de una hora.

Me quedé sentada y oí el ruido de sus tacones al cruzar la cocina, que enmudecieron cuando pisó la alfombra para dirigirse al despacho. Permanecí inmóvil mientras recogía el maletín; después dijo adiós a Caroline y se marchó cerrando la puerta con un ruido sordo y suave.

Instantes después, oí a mi hermana bajando la escalera.

–Ha sido muy gorda –dijo.

–No puedo ver a mis amigos. No puedo hacer nada.

–Ya se ablandará –aseguró mientras echaba una mirada a la puerta. Sin embargo, no estaba del todo convencida–. Con un poco de suerte.

Pero no iba a ablandarse, y yo lo sabía. Mi madre y yo teníamos un acuerdo: trabajábamos juntas para asumir todo el control posible del mundo que ambas compartíamos. Se suponía que yo tenía que ser su otra mitad y llevar el peso que me correspondía. Durante las últimas semanas, había intentado zafarme y lo había desequilibrado todo. Así que ella había tenido que tirar de mí para mantenerme en mi sitio, porque, al hacerlo, de algún modo estaría segura de su propia mitad.

Subí a mi cuarto y me senté en la cama, escuchando los sonidos del exterior: un cortacésped, el zumbido de un aspersor, unos niños que recorrían la calle en bicicleta. Y más tarde, el sonido de unos pasos sobre la acera. Miré el reloj: eran las 9.05. Los pasos se acercaron y el sonido se hizo cada vez más audible; al pasar por delante de mi casa, el ritmo se ralentizó. Escudriñé a través del visillo y, tal como me imaginaba, era Wes. Seguía avanzando, pero más despacio, como si albergara la esperanza de que yo saliera a correr junto a él, o al menos lo saludara. Quizá hasta me habría hecho la pregunta misteriosa. Pero no hice nada. No podía. Me quedé sentada, mientras comenzaba a transcurrir el resto del verano. Un instante después, Wes aceleró el ritmo y se alejó.



Era martes, las seis y cuarto de la tarde exactas. Mi madre y yo estábamos cenando y charlando. Ahora que trabajábamos juntas nos resultaba más fácil, pues siempre había algún tema inofensivo del que hablar.

–Creo que vamos a tener un alza considerable de ventas de adosados esta semana –dijo mi madre mientras se servía más pan. Me ofreció la panera, pero hice un signo negativo–. Últimamente ha habido más gente interesada, ¿no te parece?

Cuando empezó mi castigo, me había mostrado abiertamente huraña para demostrarle mi desacuerdo con sus decisiones. Pero enseguida me di cuenta de que aquello no ayudaría a mi causa, así que pasé a una fase de cortesía glacial, lo que significaba que contestaba si me preguntaba algo, pero solo con respuestas escuetas.

–Ha habido muchas visitas –repuse.

–Muchas. –Empuñó el tenedor–. Supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa.

Cuando terminábamos de cenar, solía tener por delante una hora y media hasta mi toque de queda. Si no iba a yoga ni a la librería a echar una ojeada y tomar un café con cacao y nata – básicamente las dos únicas opciones que se me permitían para mi tiempo «libre»–, me quedaba viendo la televisión o preparaba la ropa que me iba a poner al día siguiente, o me sentaba en la cama con la ventana abierta a repasar expresión escrita para el examen de selectividad. Era curioso comprobar que, si me remontaba páginas atrás, veía las notas al margen que había apuntado cuidadosamente al principio del verano junto a las palabras más complicadas, o los sufijos y prefijos que había subrayado de manera metódica. Ahora ni siquiera recordaba haberlo hecho; era como si correspondieran a otra persona, a alguna otra alumna.

Antes, aquella había sido la vida que quería. Más aún, la que había elegido. Ahora, sin embargo, me resultaba increíble que hubiera existido un tiempo en el que había preferido aquella monotonía y aquel silencio, la más estricta de las existencias. Si bien era verdad que entonces era la única vida que conocía.

Mi madre dejó el tenedor encima del plato y se limpió la boca con la servilleta.

–Creo que Caroline vuelve la semana próxima –dijo.

–El jueves, me parece.

–Tenemos que organizarnos y cenar juntas para que nos ponga al día.

Bebí un sorbo de agua.

–Claro.

Mi madre tenía que saber que yo estaba disgustada. Pero daba igual: lo único que le importaba era que volvía a tener a la Macy de antes, en la que podía confiar, siempre cerca. Yo iba a trabajar temprano, me sentaba muy derecha ante mi mesa, soportaba la monotonía de llamadas telefónicas y saludaba a clientes potenciales con una sonrisa. Después de cenar, pasaba sola mi hora y media de asueto realizando las actividades que se me permitían. Cuando volvía a casa, mi madre me estaba esperando y asomaba la cabeza por la puerta del despacho para comprobar que sí, que estaba donde tenía que estar. Y lo estaba. Además de hecha polvo.

–Esta ensalada –dijo mi madre tras beber un sorbo de su vaso– está riquísima.

–Gracias. El pollo también está muy bueno.

–Sí, ¿verdad?

A nuestro alrededor, la casa permanecía oscura y silenciosa. Vacía.

–Sí –respondí–, sí que lo está.

Echaba de menos a Kristy. Echaba de menos a Delia. Pero, más que a nadie, echaba de menos a Wes.

Me había llamado la primera noche de mi castigo; mi teléfono empezó a vibrar cuando estaba sentada encima de la cama reflexionando sobre el resto del verano, que ahora parecía dilatarse ante mí, monótono e interminable. Llevaba todo el día compadeciéndome, pero la sensación alcanzó su máximo exponente cuando apreté la tecla y oí su voz.

–Hola –dijo–. ¿Qué tal?

–No preguntes.

Pero preguntó, tal como me imaginaba, igual que me imaginaba que escucharía, al tiempo que emitía sonidos de solidaridad, cuando le hablé de mi estricto toque de queda y de la posibilidad más que factible de no volver a verlo en mi vida. No llegué a decirle que él y los demás compañeros de Deseo eran territorio vedado, aunque tuve la sensación de que lo suponía.

–No te preocupes –me tranquilizó–, podría ser peor.

–¿Cómo?

Solo se oyó el leve zumbido de la línea mientras Wes meditaba.

–Podría durar para siempre –contestó por fin.

–Es hasta el final del verano –protesté–. Es una eternidad.

–Qué va. Eso te lo parece ahora porque es el primer día. Pasará rápido, ya lo verás.

Qué fácil era decirlo. Mientras que mi vida se ralentizaba hasta casi detenerse por completo, la de Wes estaba más dinámica que nunca. Cuando no estaba trabajando para satisfacer la creciente demanda de esculturas, tenía que llevar piezas a tiendas de decoración de jardines y tomar nota de nuevos encargos. Por la noche, se dedicaba a su nuevo trabajo como repartidor de À la Carte, un establecimiento especializado en suministrar a domicilio comida de calidad superior, recién preparada por el mejor restaurante. La mayoría de nuestras conversaciones más recientes se habían desarrollado cuando él conducía para entregar algún pedido. Mientras que yo estaba sentada en mi cuarto mirando por la ventana, él se encontraba en perpetuo movimiento recorriendo la ciudad de un extremo a otro con bolsas de pollo a la parmesana y cigalas viajando a su lado. Siempre me alegraba oír su voz. Pero no era lo mismo.

No hablamos sobre nuestro juego de la verdad, excepto para acordar que lo mantendríamos en suspenso hasta que volviéramos a vernos cara a cara. A veces, de noche, sentada sola en mi atalaya, repasaba mentalmente las preguntas y respuestas que habíamos intercambiado. Por alguna extraña razón, temía que si no lo hacía podría llegar a olvidarlas, como si fueran palabras importantes para expresión escrita o alguna otra cosa que tuviera que estudiar y tener siempre a mano.

Kristy también se mantenía en contacto y me llamaba para invitarme a ir a tomar el sol a su casa, asistir a fiestas –sabía que estaba castigada, pero, al igual que «tiempo libre» para mi madre, estaba claro que para ella ese término era muy flexible–, o simplemente para hablar de su

nuevo novio. Se llamaba Baxter; el flechazo había surgido cuando él paró junto al puesto de las verduras un día que Kristy estaba sustituyendo a Stella. Pasaron una hora hablando y al final Baxter, totalmente colado por ella, compró un cajón entero de pepinos. Había sido algo extraordinario, o al menos relevante, y ahora también estaba muy ocupada la mayor parte del tiempo. Eso era lo que ocurría cuando se vivía enclaustrada: el mundo seguía en movimiento, aunque pareciera que para uno se hubiera detenido por completo.

Estaba aburrida. Triste. Sola. Venirme abajo era solo cuestión de tiempo.

Había tenido un día de mucho trabajo, grapando folletos informativos y escuchando a mi madre soltar su rollo de vendedora a seis potenciales clientes. Lo mismo que había hecho el día anterior y el anterior. Lo cual ya era de por sí bastante malo aun sin tener en cuenta que también comería la misma cena (pollo con ensalada) con la misma persona (mi madre) a la misma hora (seis en punto), y después mataría el tiempo hasta la hora de acostarme de la misma manera (yoga y estudio). La combinación de todos estos factores provocó que la monotonía alcanzara niveles letales. Así que no era de extrañar que me sintiera completamente desesperada y prisionera, antes incluso de llegar a casa y encontrar un mensaje de Jason.

Macy:

Tenía ganas de ponerme en contacto contigo, pero no sabía muy bien qué decir. No sé si te lo habrá contado tu madre, pero vine a casa el cuatro de julio porque mi abuela sufrió un derrame cerebral y su salud está cada vez más deteriorada. Como sabes, estamos muy unidos, pero aun así, enfrentarme a esto y a la eventualidad más que probable de que no logre superarlo ha sido mucho más duro de lo que esperaba. Me llevé una gran decepción al enterarme de que habías dejado el trabajo en la biblioteca, y aunque tengo mi propia opinión sobre este asunto, me gustaría saber, según tus propias palabras, cuáles fueron los motivos que te empujaron a tomar esa precipitada decisión.

Sin embargo, no es esa la razón de escribirte. Supongo que todo lo que ha pasado últimamente en mi familia me hace tener una percepción más amplia de cómo debiste de sentirte durante los dos últimos años. Creo que te presioné demasiado a principios de verano para que te hicieras cargo de mi trabajo en la biblioteca, y quiero pedirte perdón. Sé que fui yo quien propuso tomarnos un tiempo hasta mi regreso, pero espero que, pase lo que pase, al menos podamos mantenernos en contacto y seguir siendo amigos. También espero que vuelvas a escribirme. Me gustaría mucho tener noticias tuyas.

Lo leí dos veces, pero no logré entenderlo. Había pensado que despedirme del trabajo en el mostrador de información sería la prueba definitiva de que jamás podría ser la chica adecuada para él. Y sin embargo ahora, ante la perspectiva de una posible pérdida, Jason parecía opinar lo contrario. Si alguien podía entenderlo –me lo imaginaba razonando con esa lógica serena y fría–, era yo. ¿O no?

–No –respondí en voz alta.

La cabeza me daba vueltas sin parar. Hacía solo una semana y media, me parecía que mi vida había cambiado para mejor. Que yo la había cambiado. Pero ahora todo comenzaba a esfumarse. Volvía a ser la niña de mamá, y ahora parecía que también podía volver a ser la novia de Jason. Si no actuaba rápido, como fuera, en otoño todo lo vivido con Deseo y con Wes quedaría difuminado, olvidado, y no sería más que un sueño. Así que aquella noche, después de limpiar las

encimeras y guardar las sobras de la cena, busqué la esterilla de yoga, le dije a mi madre que estaría de vuelta a las ocho y rompí las reglas para dirigirme a Sweetbud Drive.

Enfilé la calle tranquila y sin letrero y esquivé el bache de manera maquinal mientras echaba una mirada al corazón inscrito en la mano. Miré todo lo que me rodeaba, sorprendida de no notar apenas ninguna diferencia hasta que me di cuenta de que solo habían pasado diez días desde la última vez que estuve allí.

Lo primero que hice fue parar en el camino de entrada de la casa de Wes, pero no vi la camioneta y la casa estaba a oscuras. La rodeé para dirigirme al taller. En el jardín se apiñaban más piezas que nunca: ángeles, varios molinillos grandes y una pieza de tamaño mediano, apenas empezada, que solo tenía la estructura de una vara con unas baldas adosadas a la parte de atrás.

De camino a casa de Kristy, aminoré la velocidad al pasar por delante de la de Delia y dirigí la vista hacia la ventana principal. Vi a Pete paseando y meciendo a Avery en brazos, y más allá a Delia, que removía algo que tenía al fuego mientras Lucy, sentada a sus pies, apilaba bloques de juguete. Sabía que se alegraría de verme, pero me limité a contemplarlos unos instantes con cierta tristeza. Era como si todo se hubiera cerrado y desarrollado durante mi ausencia, como si yo nunca hubiera estado allí.

Cuando aparqué en el acceso a la casa transportable, vi la luz del televisor desde la ventana. Salí del coche, y me disponía a subir los escalones cuando apareció Bert en la puerta. Llevaba pantalones de loneta y un polo que parecía de poliéster, y apestaba a colonia. De hecho, lo percibí por el olfato antes que por la vista.

–Hola –dije, intentando no hacer ninguna mueca–. Qué guapo estás.

Bert sonrió, visiblemente satisfecho.

–Tengo una cita –dijo al tiempo que metía los pulgares en los bolsillos y basculaba sobre los talones–. Voy a salir a cenar.

–Genial. ¿Y quién es ella?

–Se llama Lisa Jo. La conocí en la convención de Armagedón. Es..., bueno, una experta en el Big Buzz. El año pasado fue al oeste con su padre y estuvieron recogiendo pruebas.

–Vaya.

Una versión femenina de Bert. No podía imaginármela.

–Sí. –Bajó los escalones de un salto y echó a andar por el sendero–. Hasta luego.

–Adiós –dije, y observé cómo atajaba por el jardín y tomaba el camino serpenteante que conducía a su casa–. Pásalo bien.

Abrí la puerta de doble hoja, saludé y entré en la casa. No hubo respuesta, y eché una mirada por el pasillo hacia el cuarto de Kristy; la puerta estaba abierta, la luz apagada. Miré en dirección opuesta y vi a Mónica sentada en el sofá con la vista fija en el televisor.

–Hola –dije, y ella giró la cabeza levemente hasta que por fin me vio–. ¿Dónde está Kristy?

–Fuera –respondió.

–¿Con Baxter? –Mónica asintió–. Ah.

Atravesé la sala y me senté en la otomana que había delante del sillón de Stella.

–Pensé que quizá estaría en casa –dije.

–No.

Era realmente curioso que en mi búsqueda desesperada de conversación hubiera terminado precisamente con Mónica. Y más patético aún fue quedarme allí haciendo intentos para que eso sucediera.

–Bueno –dije mientras Mónica cambiaba de un canal a otro–, ¿cómo te van las cosas?

–Bien. –Se detuvo en un canal que mostraba el vídeo de un rapero, pero inmediatamente pasó a otro-. ¿Y a ti?

–He estado castigada –respondí, quizá con demasiadas ansias-. O sea, técnicamente todavía lo estoy. Se supone que no debo estar aquí, pero... recibí un correo de mi novio y estoy flipando un poco. Es que... tengo la impresión de que todo está cambiando, ¿entiendes?

–Ajá –asintió, comprensiva.

–Es todo muy extraño –dije, a la vez que me preguntaba por qué le estaba contando todo aquello, pero al mismo tiempo incapaz de callarme-. No sé qué hacer.

Mónica tomó aire y por un instante creí que iba a articular una frase entera, pero entonces suspiró y dijo:

–Oh, no.

Claramente, aquello no era lo que yo necesitaba. Así que me despedí, dejé a Mónica cambiando de canal y volví a la ciudad. Y allí, parada en un semáforo junto al centro comercial de Lakeview, encontré lo que estaba buscando.

A Wes. Estaba al otro lado del semáforo, en sentido contrario, y le hice destellos con las luces. Cuando el semáforo se puso verde, entró en el aparcamiento de Milton's Market mientras yo giraba y daba la vuelta para reunirme con él.

–¡Creí que estabas castigada! –exclamó cuando salí del coche y me acerqué a la parte delantera de su furgoneta. No podía creer lo feliz que me hacía verlo.

–Y lo estoy. Estoy en clase de yoga.

Me miró con las cejas levantadas y fui consciente de que estaba reprimiendo una sonrisa, lo que me hizo sentir de pronto mucho más tranquila y segura. Por supuesto que no iba a volver con Jason. Por supuesto que ya no era la misma. Solo me había bastado volver a ver a Wes para darme cuenta.

–Vale, no estoy en yoga –admití, y sacudí la cabeza-. Dios mío, esta tarde ha sido... No sé. Rara. Necesitaba salir. Demasiadas cosas en que pensar.

Él asintió y se pasó la mano por el pelo.

–Conozco esa sensación.

–¿Qué haces? ¿Estás trabajando?

–Eehh... –comenzó, y echó una mirada a la camioneta-. No, la verdad es que no. Me tomé la noche libre. Tenía que hacer unas cuantas cosas.

Miré el reloj y dije:

–Me queda una hora antes de volver a casa. ¿Te apetece compañía?

–Eehh... –repitió. No sé por qué, pero me llamó la atención. De hecho, me di cuenta de que estaba inquieto, incluso nervioso-. Mejor no. He quedado con un cliente a las siete y media. Y a ti se te va a hacer tarde.

–Ah.

Me aparté un mechón de pelo detrás de una oreja y ninguno de los dos dijo nada durante un minuto, el silencio más incómodo que se había producido entre nosotros. Aquí pasa algo, pensé, e inmediatamente mi cabeza voló hasta aquella noche en el hospital cuando me había echado a llorar. Quizá había sido excesivo y se había asustado. Desde entonces solo habíamos hablado por teléfono, no nos habíamos vuelto a ver. Aquel cambio pudo haberse producido hacía tiempo.

–Es que... –dijo cuando volví la cabeza para ver pasar un coche-, es que tengo que ver a este cliente. Y no te iba a apetecer venir.

Sentí que mi cuerpo reaccionaba, que mi espalda se erguía cuando adopté el modo defensivo

que tan bien conocía.

–Sí, de todos modos será mejor que me vaya –dije.

–Espera un momento. ¿Cómo va todo?

–Sin novedad. –Miré el reloj–. Dios mío, tengo que irme. Soy una idiota al arriesgarme así, después de todo lo que ha pasado. Y además tengo que responder al mensaje de Jason.

–¿De Jason? ¿En serio? –preguntó extrañado.

Asentí y jugueteé con las llaves del coche.

–No sé, tiene problemas, estamos de nuevo en contacto. Creo que quiere que volvamos.

–¿Y eso es lo que quieres tú?

–No lo sé –respondí, aunque sabía que no–. Puede.

Ahora me estaba mirando: había acaparado toda su atención. Y por eso me di la vuelta y eché a andar hacia el coche.

–Macy, espera un momento.

–Tengo que irme, en serio. Ya nos veremos.

–Espera. –Continué mi camino, pero oí que me seguía, y supe que me pondría la mano en el hombro incluso antes de que lo hiciera–. ¿Estás bien?

–Sí –contesté, y reemprendí el camino–. Estoy bien.

Cuando llegué al coche y abrí la puerta, Wes no se había movido de donde estaba, y continuó inmóvil mientras yo arrancaba y me iba. Podría pensar que aquello me haría sentir mejor; por una vez era yo la que decidía irse y no la que se quedaba plantada. Pero no. En absoluto.

Casi había llegado a casa cuando di la vuelta.

Pero Wes ya se había ido. Me quedé sentada a la luz de la gran señal que parpadeaba sobre mí marcando la hora y la temperatura: 19.24, 25° C. Permanecí unos instantes mirando el semáforo rojo, luego la señal con los números, de nuevo el semáforo, hasta que de repente supe adónde ir.

Puede que fuese una corazonada, pero mientras conducía hacia El Mundo de los Gofres me sentí segura de que podía arreglar todo aquello de alguna manera. Quizá me había mostrado demasiado sensible. Wes tenía un montón de cosas en la cabeza. Probablemente el problema no tenía nada que ver conmigo. Pero sí era cierto que se había comportado de un modo extraño, mirando el reloj continuamente. No habían sido imaginaciones mías, era real. Pero en cualquier caso, tenía que enterarse de por qué había sido tan fría con él y lo importante que era para mí. Quizá eso también lo pondría en fuga. Pero era la verdad. Y siempre nos la contábamos.

En cuanto vi su furgoneta en el aparcamiento, me sentí relajada. Puedo hacerlo, pensé mientras aparcaba dos plazas más allá, apagaba el motor y abría la puerta del coche. El aire estaba impregnado de un olor dulzón a masa, y cuando empecé a caminar hacia la puerta del local me recordé a mí misma que aquello era una prueba más de que había cambiado. En otro tiempo, habría dejado que Wes se fuera sin más. Pero ahora yo era una persona distinta.

Fui una persona distinta mientras cruzaba el aparcamiento hasta el bordillo, casi hasta la puerta. Pero entonces lo vi, sentado en el mismo reservado junto a la ventana. No estaba solo.

Te pillé, pensé, y fue curioso, pero sentí exactamente lo mismo: un sobresalto repentino, un vuelco del corazón, como si todo el sistema nervioso se detuviera y, mientras jadeaba, se reiniciara de nuevo de alguna manera. De alguna manera.

No me había hablado mucho de Becky, pero la reconocí a primera vista. Como había dicho

Wes, era delgada y angulosa, con una melenita corta que apenas le llegaba a los hombros. Llevaba una camiseta fina y negra sin mangas, un rosario al cuello y un pintalabios rojo intenso que había manchado el borde de la taza que sostenía entre las manos. Wes estaba sentado frente a ella, hablando, y Becky lo escuchaba atentamente con la mirada firme, como si lo que él estaba diciendo fuera lo más importante del mundo. Y probablemente lo fuera. Quizá estaba contándole sus secretos más íntimos. O haciéndole la pregunta que yo llevaba tiempo esperando. Nunca lo sabría.

Volví al coche, encendí el motor y me marché. Solo cuando me incorporé a la autovía asimilé todo lo ocurrido y fui consciente de lo efímero de nuestra amistad. Después de todo, estábamos ambos en un período de espera, pero no eran nuestras relaciones las que se habían tomado un tiempo: éramos nosotros. Y ahora los dos habíamos reanudado la marcha. Qué importaba si algunas preguntas habían quedado sin respuesta. La vida continuaba. Lo sabíamos mejor que nadie.



Mi madre había pasado varias semanas preocupada por mí. Ahora era mi turno de preocuparme muy en serio.

Mamá siempre había trabajado mucho. Pero jamás la había visto así. Quizá fuera porque ahora trabajábamos codo con codo durante seis o siete horas y yo oía el flujo constante de llamadas telefónicas o el repiqueteo del ordenador cuando contestaba a los correos electrónicos, y veía el tráfico incesante de contratistas, agentes inmobiliarios y vendedores que entraban y salían de su despacho. Estábamos ya a veintitrés de julio, lo que significaba que solo faltaban poco más de dos semanas para la entrega de los adosados y la fiesta de inauguración. Todo el mundo estaba convencido de que todo iba sobre ruedas, pero mi madre no estaba satisfecha con la preventa. Ni con las bañeras de mármol que se habían instalado ya. Ni con varios contratistas, que, al menos en su opinión, estaban más interesados en dormir y tomarse algún domingo libre que en hacer las cosas como era debido y antes del plazo acordado. Yo ya me había fijado hacía algún tiempo en que parecía cansada y apenas sonreía. Pero de pronto empecé a verlo todo aún peor.

Quizá debería haberme percatado antes, pero estaba distraída con mis propios problemas. Sin embargo, después de lo ocurrido con Wes, acepté mi castigo. Era curioso comprobar cómo, una vez que prácticamente habíamos dejado de relacionarnos, me había resultado muy fácil volver a la vida que llevaba antes. Me sorprendí olvidándome de la chica en la que me había convertido y que había sido, si no temeraria, sí menos temerosa.

Mi vida era tranquila, organizada y silenciosa. Por el contrario, la de mi madre era trepidante y frenética. Parecía que no dormía, estaba adelgazando y tenía las ojeras cada vez más marcadas, a pesar del corrector. Me sorprendía contemplándola cada vez con más frecuencia y me preocupaba el deterioro físico que el estrés le estaba ocasionando. A veces avisaba; a veces no. Pero de todos modos estuve pendiente de ella.

–Mamá –dije un día, de pie junto a la puerta de su despacho, con el sándwich de ensalada de pollo que había pedido para ella en la mano. Ya eran las dos y media, lo que significaba que llevaba casi tres horas encima de mi mesa y la mayonesa estaba a punto de convertirse en una sustancia tóxica–. Tienes que comer. Ahora mismo.

–Sí, cariño, voy a comer –dijo al tiempo que rebuscaba entre unas notitas rosas con mensajes–. Tráemelo, me pondré a ello en cuanto termine esto.

Entré justo cuando iniciaba otra conversación telefónica sin dejar de teclear en el ordenador. Coloqué el sándwich en un plato de cartón y escuché mientras hablaba con el cocinero que había contratado para la fiesta de inauguración, un hombre que se hacía llamar Rathka. Contaba con las mejores referencias, pero hasta el momento mamá y él no habían hecho más que discutir sobre su horario caprichoso (nunca contestaba al teléfono), la vajilla de porcelana carísima que se había empeñado en alquilar (porque solo en ella podría disfrutarse al máximo la experiencia culinaria) y el menú, del que de momento se resistía a dar detalles.

–Lo que quiero decir –decía mi madre mientras le servía una coca-cola *light* y la dejaba junto

a su sándwich— es que, ya que va a haber setenta y cinco invitados y se trata de un evento de suma importancia, me gustaría tener una idea más concreta de lo que vamos a comer.

Doblé una servilleta, la deslicé bajo el borde del plato y lo coloqué todo al alcance de su mano. Solo cuando su codo tropezó contra él levantó la vista y movió los labios para darme las gracias. Bebió un sorbo de coca-cola, sin hacer caso del sándwich.

—Sí, me doy cuenta de que habrá cordero —dijo mi madre, casi con los ojos en blanco. Últimamente parecía que discutía con todo el mundo—. Pero eso no dice gran cosa del menú... Quiero decir que necesito más detalles. —Se produjo una pausa—. Entiendo que es usted un artista, Rathka, pero yo soy una mujer de negocios. Y necesito tener alguna idea de lo que voy a recibir a cambio de mi dinero.

Volví a mi escritorio y me senté. Me giré en la silla, tecleé mi contraseña y abrí el correo. Aunque trabajar para mi madre significaba más ajetreo del que jamás llegaría a tener en el mostrador de información de la biblioteca, de vez en cuando me permitía momentos de descanso. Era entonces cuando siempre solía sorprenderme leyendo alguno de los mensajes de Jason.

La noche que vi a Wes había llegado a casa y encontrado el correo de Jason aún en la pantalla. Aunque mi primer pensamiento fue eliminarlo y olvidarme, me lo replanteé. Así que me senté con los dedos sobre el teclado. Una cosa era que me empujaran hacia aquel tipo de vida, pero ahora al menos me sentía como si fuera yo quien la estaba eligiendo. Aunque, de todos modos, tampoco tenía muchas alternativas.

Escribí a Jason y le conté que odiaba el mostrador de información, que me parecía que yo no era la persona idónea para aquel trabajo y que probablemente debería haberme despedido al principio en lugar de quedarme. Le dije que el mensaje en el que anunciaba la ruptura me había hecho mucho daño y que no estaba segura de si deberíamos retomar nuestra relación a finales de verano, o cuando fuese. Pero también le dije que sentía mucho lo de su abuela, y que si alguna vez necesitaba hablar, me tenía a su disposición. Me dije que era lo mínimo que podía hacer. No iba a darle la espalda cuando estaba pasando por malos momentos.

Así que seguíamos en contacto, si se le podía llamar así. Nuestros mensajes eran cortos y directos: él me hablaba del campamento para cerebritos, me decía que era motivador, pero que tenía mucho trabajo, y yo le escribía sobre mi madre y todo el estrés que soportaba. No me preocupaba demasiado qué pensaría Jason de lo que yo le contaba ni de si leería entre líneas. Tampoco me apresuraba a contestarle, y a veces dejaba pasar un día o dos antes de escribirle dejando que las palabras fluyeran a su propio ritmo. Cuando eso ocurría, las transcribía y pulsaba el comando de enviar, intentando no pensar demasiado en lo que había escrito. Él siempre tardaba menos que yo en contestar y hasta había empezado a sugerir que nos viésemos el mismo día de su llegada, el siete, que también era el día de la inauguración de los adosados. Cuanto menos entusiasta me mostraba, más empeño ponía él. Yo me preguntaba si sería porque de verdad le importaba o si ahora veía en mí un nuevo reto.

Seguía pensando en Wes con frecuencia. Ya habían pasado dos semanas y no habíamos vuelto a hablar. Los días siguientes intentó contactarme en el móvil, pero al ver su nombre en la pantalla lo apartaba, lo dejaba sonar y al final terminaba por apagarlo. Sabía qué estaría pensando: después de todo, éramos amigos y habíamos hablado de Jason y de Becky, así que ¿por qué no le contestaba ahora? No sabía responder a esa pregunta, como tampoco sabía por qué me había afectado tanto verlo con Becky. Ella había vuelto a su lado, igual que Jason quería volver conmigo, y yo sabía que seguramente Wes se alegraría por mí. Debería sentirme feliz por ello, pero era incapaz.

De vez en cuando tenía noticias de Kristy, que en el ínterin había pasado de estar enamoriscada de Baxter a volverse loca por él.

–Oh, Macy –me susurraba al oído en un tono tan lánguido y feliz que la habría odiado de no ser porque estaba segura de que se merecía toda aquella felicidad–, es fuera de lo común. Verdaderamente fuera de lo común.

Yo seguía esperando que sacara el tema de Becky y de que había vuelto con Wes, pero nunca lo hacía, probablemente porque pensaba que era un tema espinoso. Sin embargo, sí me dijo que Wes había preguntado por mí, y que estaba intrigada por si nos había pasado algo.

–¿Eso te dijo? –le pregunté.

–No –respondió cambiando el teléfono de lado–. Ya sabes cómo es Wes. Nunca dice nada.

Antes sí, pensé. Antes me decía un montón de cosas.

–No, nada –dije–. Es solo que..., bueno, no tenemos mucho en común.

Y, después de todo, quizá fuera cierto.

Era viernes, lo cual en teoría era algo bueno. Sin embargo, para mí y para el hombre del hormigón que estaba en el despacho de mi madre, las cosas iban de mal en peor.

–¡... y no pienso pagarle horas extras por un trabajo que me garantizó que estaría terminado hace una semana! –la oí decir.

Era la cuarta vez que se reunía con el subcontratista en el mismo día, y siempre terminaban igual. O sea, mal.

–El tiempo ha sido... –empezó el del hormigón.

–El tiempo –lo interrumpió mi madre con brusquedad– es un factor que usted; como profesional, debe tener en cuenta para todas sus obras; debe considerarlo cuando hace una oferta de trabajo. Es verano. ¡Llueve!

La voz de mi madre, tan crispada y chillona aquellos días, provocó que un escalofrío me recorriera la espalda. Podía imaginarme cómo se sentiría el hombre del hormigón.

Después de algún otro tira y afloja, las voces se fueron aplacando, lo que significaba que la reunión estaba a punto de acabar. En efecto, segundos después la puerta se abrió y el hombre del hormigón, corpulento y con cara de pocos amigos, pasó junto a mi mesa farfullando y salió de la oficina dando un portazo que hizo temblar los cristales.

Mi teléfono vibró y respondí.

–Macy –dijo mi madre con voz agotada–, ¿me puedes traer una botella de agua, por favor?

Saqué una botella del pequeño frigorífico que teníamos al lado de mi mesa, aparté la silla y entré en su despacho. Por una vez, no estaba hablando por teléfono ni con la vista fija en el ordenador. Por el contrario, estaba reclinada en el respaldo de su sillón, mirando a través del cristal de su ventana el cartel que anunciaba los adosados al otro lado de la calle. Había una camioneta aparcada delante y solo se veía el final: DISPONIBLES EL 8 DE AGOSTO. ¡HAGA SU RESERVA AHORA! Abrí el tapón de la botella y la dejé sobre la mesa. La observé beber un sorbo con los ojos cerrados y luego pregunté:

–¿Estás bien?

–Sí, estoy bien –dijo automáticamente y sin pensar–. Siempre pasa lo mismo cuando estamos a punto de terminar un proyecto. Ya ocurrió con las casas y los apartamentos. Da igual si se trata de adosados de cincuenta millones de dólares o si se compra sobre plano. Al final siempre es una

locura. Hay que seguir adelante, por mucho que cueste. Y eso es lo que hago. –Bebió otro sorbo de agua–. Incluso en días como este, cuando estoy convencida de que todo esto me va a matar.

–Mamá, no digas eso ni en broma.

Esbozó una sonrisa, una sonrisa cansada, la única sonrisa que le había visto últimamente.

–No es más que una manera de hablar –me tranquilizó, pero yo seguía inquieta–. Estoy bien.

Pasé el resto de la tarde ocupada con la lista de invitados a la inauguración. A las cinco menos cuarto me apoyé en el respaldo de la silla, aliviada de que solo quedaran quince minutos y bajando para poder escaparme de allí. Pero entonces ocurrieron dos cosas a un tiempo: el teléfono sonó y mi hermana entró en la oficina.

–Oficina de ventas Wildflower Ridge –respondí, saludando a mi hermana con la mano mientras ella cerraba la puerta y se acercaba a mi mesa.

–La ssseñora Quinmm, porrr favorrr, sssoy Raffka –dijo una voz. Rathka, además de tener un acento que hacía sus palabras prácticamente ininteligibles, siempre parecía hablar con la boca pegada al micrófono del teléfono.

–Sí, un momento, por favor.

Apreté una tecla y alcé la vista hacia mi hermana, que estaba de pie delante de mi mesa, con las manos entrelazadas y expresión ansiosa. La saludé:

–Hola, ¿qué pasa?

Tomó aire para responder, pero en aquel momento mi madre abrió la puerta de su despacho y asomó la cabeza.

–¿La llamada de la línea uno es para mí? –preguntó, y entonces vio a mi hermana–. Hola, Caroline, ¿cuándo has llegado?

Mi hermana la miró, y después volvió la vista hacia mí. Era evidente que estaba preparando el terreno para comunicar algo importante. Volvió a tomar aire, sonrió y dijo:

–Se acabó.

Se produjo una pausa de un par de segundos mientras mi madre y yo procesábamos sus palabras. Ante mí, el piloto rojo del teléfono seguía parpadeando.

–Se acabó –repitió mi madre lentamente.

Caroline seguía mirándonos expectante.

–La obra de la casa de la playa –dijo por fin–. ¿No?

–¡Sí! –Caroline batió palmas a triple velocidad, como si se tratase de un concurso y hubiera ganado el bote–. ¡Se acabó! Y ha quedado genial. ¡Genial! Tenéis que venir a verla. Ahora mismo.

–¿Ahora? –Mi madre echó una mirada al reloj y después al piloto rojo de mi teléfono–. Pero son...

–Es viernes. Hora de cerrar. Fin de semana. –Era evidente que Caroline había previsto esta reacción–. He llenado el depósito del coche y he comprado bocadillos para que ni siquiera tengamos que parar a cenar. Si salimos antes de media hora, quizá lleguemos a ver el final de la puesta de sol.

Mi madre apoyó una mano en mi mesa. Vi cómo sus dedos se aferraban al borde.

–Caroline –dijo despacio–, estoy segura de que habrá quedado de maravilla. Pero este fin de semana no puedo ir. Hay demasiado trabajo que hacer.

Caroline tardó un segundo en reaccionar.

–Solo será una noche –dijo tras una pausa–. Puedes volver mañana a primera hora.

–Mañana por la mañana tengo una reunión con los encargados de obra. Vamos muy justos de tiempo. No puedo irme.

Caroline dejó caer los brazos.

–Llevas todo el verano diciendo lo mismo.

–Porque llevo todo el verano diciendo la verdad. Es muy mal momento. –Mamá volvió a mirar el teléfono y su insistente luz roja–. ¿Quién está a la espera?

–Rathka –contesté en voz baja.

–Será mejor que lo atienda. Probablemente sea algo importante.

Eché a andar hacia su despacho, pero se volvió a mirar a mi hermana, que se había quedado muda, como conmocionada. Sentí una punzada de compasión al pensar que había comprado bocadillos y llenado la nevera con toda su ilusión para llevarnos a ver la casa. Mi madre se detuvo y dijo:

–Cariño, ya sé cuánto tiempo le has dedicado, y te agradezco mucho todo lo que has hecho.

Sin embargo, yo no estaba tan segura de que ninguna de las dos apreciáramos de verdad todo lo que había hecho. Mi hermana se había pasado las últimas semanas en un trasiego constante entre su casa y la de la playa, y en cada viaje paraba en la nuestra para comunicarnos las últimas novedades. Mi madre y yo, preocupadas con nuestros propios problemas, le habíamos prestado toda la atención posible, pero ninguna de las dos se había involucrado tanto como a Caroline le habría gustado.

Y ahora estaba junto a la puerta mordiéndose el labio. Nunca me pareció que tuviéramos demasiado en común, pero al verla sentí solidaridad hacia ella. Durante las últimas semanas, Caroline había sido artífice de una asombrosa transformación que quería compartir con nosotras más que nada en el mundo, pero especialmente con mi madre.

–Mamá –dijo–, te va a encantar. Tómate doce horas libres y ven a verla. Por favor.

Mi madre suspiró.

–Por supuesto que me encantará. E iré a verla, ¿de acuerdo? Pero no ahora.

–Muy bien –respondió mi hermana en un tono que dejaba claro que no le parecía nada bien.

Se acercó y se sentó en una de las sillas que había junto a la ventana con las piernas cruzadas. Mi madre estaba a punto de entrar en su despacho como si la lucecita roja la estuviera abduciendo, cuando Caroline comentó:

–Supongo que me dejé llevar por la emoción del momento al pensar que podríamos ir hoy. Total, vamos a ir el próximo domingo de todos modos.

–El próximo domingo –repitió mi madre despacio; parecía confusa–. ¿Qué pasa el domingo?

Caroline la estaba mirando, y tuve un mal presentimiento. Un presentimiento aciago.

–Nos vamos a pasar una semana a la playa –respondí con rapidez, con la vista fluctuando entre una y otra–. El día ocho, ¿no?

Esperaba que Caroline lo corroborara, pero, por el contrario, fue mi madre quien intervino:

–¿El próximo domingo? ¿El día siguiente a la fiesta? Imposible, con la fase recién abierta. ¿Cuándo lo decidiste?

–No lo decidí yo –dijo por fin Caroline con voz firme y serena–. Lo decidimos las tres. Hace semanas.

Mi madre me miró.

–Pero eso es imposible –dijo, pasándose la mano por el pelo–. No pude decir que sí, es demasiado pronto. Justo entonces empezarán las ventas, y ese lunes tenemos una reunión sobre el inicio de la fase siguiente... Tengo que estar aquí.

–No me lo puedo creer –dijo mi hermana, con un movimiento de cabeza–. No me puedo creer lo que estoy oyendo.

–Caroline, tienes que entenderlo. Es importante.

–¡No! –exclamó mi hermana, y de pronto la sala se llenó del sonido de esa palabra–. Es trabajo, y para ti no se acaba nunca. Me prometiste que te tomarías esos días de vacaciones, y me he matado para tener todo listo a tiempo y así poder pasar juntas una semana en familia. Dijiste que tú también terminarías, pero nunca terminas. Todo el verano a vueltas con los dichosos adosados, y dos días después de inaugurarlos, ¿inicias una nueva fase? ¡Por Dios! ¡Harías cualquier cosa para evitarlo!

–¿Para evitar qué? –preguntó mi madre.

–¡El pasado! Nuestro pasado. Estoy harta de actuar como si no hubiera sucedido nada, de fingir que él nunca estuvo entre nosotras, de no ver sus fotos ni sus cosas en casa. Y todo porque no quieres permitirte demostrar tu dolor.

–No me hables de lo que es el dolor –repuso mi madre en voz baja–. No tienes ni idea.

–Sí la tengo. –Se le quebró la voz y tragó saliva–. No intento ocultar que estoy triste. No intento olvidar. Tú te escondes detrás de todos esos proyectos de casas y adosados porque son nuevos y perfectos y no te traen ningún recuerdo.

–Cállate –le advirtió mi madre.

–Y mira a Macy –continuó Caroline sin hacerle caso–, ¿tienes idea de lo que le estás haciendo?

Mi madre me miró y yo me encogí, intentando mantenerme al margen de todo aquello.

–Macy está bien –dijo.

–No, no está bien. Dios mío, siempre dices lo mismo, pero no lo está. –Caroline me miró como pidiéndome que interviniera, pero me quedé callada–. ¿Acaso has prestado la más mínima atención a lo que le está ocurriendo? Lo ha pasado fatal desde que papá murió y se ha obligado a mostrarse serena para no preocuparte. Y este verano encuentra por fin unos amigos y algo que disfruta haciendo. Pero comete un pequeño desliz y tú vas y se lo quitas todo.

–Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

–Tiene todo que ver –le espetó mi hermana–. Justo cuando por fin empezaba a superar lo ocurrido. ¿Es que no viste el cambio? Yo sí, y apenas estuve en casa. Estaba distinta.

–Exactamente –dijo mi madre–. Estaba...

–Feliz –terminó Caroline–. Estaba empezando a vivir su vida de nuevo, y eso te asustó. Igual que te asustó que me pusiera a reformar la casa de la playa. Te crees muy fuerte porque nunca hablas de papá. Todo el mundo puede ocultar cosas. Enfrentarse a ellas, luchar para superarlas, eso es lo que te hace fuerte.

–Lo he dado todo para apoyar a mi familia –masculló mi madre–, y a ti todavía te parece poco.

–No te estoy pidiendo todo. –Caroline se llevó las manos a la cara, suspiró y volvió a bajarlas–. Lo único que te pido es que me permitas, permitas a Macy y especialmente te permitas a ti misma recordar a papá...

Mi madre suspiró ruidosamente y sacudió la cabeza.

–... y te pido una semana de tu tiempo para comenzar a hacerlo. –Caroline me miró, y después volvió la vista hacia mi madre–. Nada más.

La pausa que siguió a estas palabras fue lo bastante larga como para permitirme empezar a creer que quizá, solo quizá, nuestra madre iba a acceder al plan. Seguía allí de pie con los brazos cruzados, mirando las casas de enfrente a través de la ventana de la casa piloto.

–Tengo que quedarme –dijo por fin–. No puedo marcharme así como así.

–Es una semana –insistió Caroline–, no es para siempre.

–No puedo marcharme –repitió mi madre–. Lo siento.

Y entró de nuevo en su despacho, muy envarada, y cerró la puerta. Yo esperaba oír los sonidos acostumbrados –el chirrido de las ruedas de su sillón, el ruidito al descolgar el teléfono para hablar con Rathka, el repiqueteo del teclado–, pero no se oyó nada. Fue como si hubiera desaparecido.

Mi hermana, luchando por contener las lágrimas, se volvió y abrió la puerta de la oficina.

–Caroline –la llamé, pero ya había salido y estaba bajando los escalones.

Pensé salir detrás de ella. Quería ser capaz de decir algo que la reconfortara, pero no se me ocurría nada. «No es para siempre», había dicho, pero para mi madre era como si lo fuese. Había elegido, y este era el entorno donde se sentía segura, en un mundo que, al menos en su mayor parte, era capaz de controlar.

Mi hermana había montado en el coche y estaba secándose las lágrimas. Me quedé mirándola mientras arrancaba y se apartaba del bordillo. Cuando se marchó, vi en su totalidad el cartel de la acera de enfrente y pude leer la parte que antes estaba oculta. ¡PRÓXIMAMENTE NUEVAS FASES!, rezaba. Y a continuación, como si fuera fácil, o como si siempre fuera algo bueno: CAMBIE SU VIDA CON NOSOTROS.

Mi madre seguía en su despacho, en silencio, cuando el reloj marcó las cinco y me levanté para marcharme. Pensé avisarla con un golpecito en la puerta, incluso preguntarle si estaba bien, pero al final recogí mis cosas, salí y cerré la puerta haciendo el ruido suficiente para que, si ella lo oía, supiera que me había ido.

Cuando subí el camino de acceso a casa, vi la caja en el porche delantero: pequeña, cuadrada, justo en el centro del felpudo. Waterville, Maine, pensé, antes incluso de acercarme lo bastante para leer el remitente. La recogí y la llevé conmigo.

Encontré la casa silenciosa y fresca. Entré en la cocina, dejé la caja en la encimera y busqué unas tijeras para abrirla. En su interior encontré dos fotos. La primera mostraba una trabilla de cinturón de la que colgaba un enorme llavero cargadísimo de llaves que parecía pesar cincuenta kilos. En la segunda se veía la misma trabilla, pero ahora sujetaba una cajita de plástico cuadrada que parecía una especie de cinta métrica. Sin embargo, en un lado tenía una serie de etiquetas, cada una de un color. ¿FRUSTRADO CON SU VIEJO Y RUIDOSO LLAVERO?, preguntaba la leyenda impresa debajo en letras amarillas. ¿DESHÁGASE DE ÉL! ORGANICE SUS LLAVES. ¿COMPRE EL LLAVERO EZ!

Por lo visto, con el llavero EZ clasificabas cada llave según el color y la enganchabas a un cordón retráctil, de modo que lo único que tenías que hacer era sacarla, abrir lo que hiciera falta y luego ¡zas!, volvía sola a su sitio. Era una buena idea, la verdad, pensé mientras daba la vuelta a la caja en mis manos y leía la sugerente descripción del producto. Pero también era cierto que todos esos artículos lo eran, al menos en apariencia.

Más o menos una hora después, cuando estaba metiendo unas pechugas de pollo en el horno, llamó mi madre.

–Macy, necesito que me des un número de teléfono.

–Vale –dije, y me dirigí a su despacho–, voy a buscar tu agenda.

–No, creo que te lo sabes de memoria. Es el de esa mujer, Delia, con la que trabajabas.

–¿Delia?

–Sí.

Me quedé parada un segundo, esperando una explicación. Al no obtenerla, pregunté:

–¿Por qué...?

–Porque Rathka me acaba de decir que no viene, y el resto de empresas de comidas a domicilio ya tienen compromisos para ese sábado o están de vacaciones. Es mi último recurso.

–¿Rathka no viene? –pregunté incrédula.

–Macy, el número, por favor.

Sabía que era imposible que Delia accediera: no había aceptado ningún trabajo desde el nacimiento de Avery, y además el encargo era con muy poca antelación. Pero después de todo lo que mi madre había pasado aquel día, pensé que lo mejor sería no decirle nada.

–5557823.

–Gracias. Voy enseguida.

Se oyó un chasquido, y terminó la conversación.



Mi hermana pasó una semana sin dar señales de vida, totalmente desaparecida. No contestaba al móvil y hacía caso omiso de los correos electrónicos, y cuando por fin la localizamos en el teléfono fijo, fue Wally quien respondió, pero lo hizo con una voz tan tensa y forzada que comprendimos de inmediato no solo que Caroline le había mandado decir que no estaba en casa, sino que debía de encontrarse a su lado cuando contestó.

–Ya se le pasará –decía mi madre cada vez que le transmitía mis frustrados esfuerzos por hablar con ella–. Se le pasará, seguro.

Mamá no estaba inquieta, aunque yo sí lo estuviera. Ella tenía otras preocupaciones más acuciantes en aquel momento. Y todas ellas relacionadas con la fiesta de inauguración.

Todo había comenzado con la espantada de Rathka, pero eso había sido solo el principio. En los seis días siguientes, parecía que lo que podía salir mal, salía mal. Cuando vinieron los paisajistas para trabajar en el jardín, una de las cortadoras de césped se volvió loca, destrozó una enorme superficie de hierba y de paso arrancó unos cuantos matorrales. Hicieron lo que pudieron para arreglar el estropicio, pero quedó desnivelado. Un simple paseo entre el garaje y los escalones parecía una travesía por montañas y valles. La mitad de las invitaciones que habíamos enviado fueron devueltas debido a algún error en la dirección o el servicio de correos, con lo cual tuve que pasarme una tarde entera repartiéndolas personalmente, buzón tras buzón, con un calor sofocante. Al día siguiente, el cuarteto de cuerda canceló su participación, pues tres de sus cuatro componentes habían sufrido una intoxicación alimentaria en una boda.

La noche anterior a la celebración, sin embargo, la suerte de mi madre pareció dar un giro. Los de la empresa de alquiler de material para eventos vinieron temprano para montar la carpa. Nos quedamos en el jardín observándolos mientras la levantaban y colocaban las mesas y las sillas, ambas preparadas para cualquier contingencia. Pero todo salió según lo previsto.

–Maravilloso –dijo mi madre al encargado al tiempo que le entregaba el cheque–. Ni siquiera estaba segura de si me iba a hacer falta una carpa, pero la verdad es que todo se ve mucho más bonito.

–Y además –añadió el hombre–, si llueve, tendrán donde cobijarse.

Mi madre lo miró y dijo con rotundidad, como si no hubiera lugar a discusión:

–No va a llover.

La otra buena noticia que mi madre había recibido era que, ante mi sorpresa, Delia aceptó ocuparse del *catering*. No habría cordero servido en porcelana fina, había dicho mi madre con un suspiro, pero a esas alturas se conformaría con cualquier cosa, aunque fueran brochetas de pollo y albóndigas.

–A todo el mundo le gustan las albóndigas –había comentado yo, pero ella se limitó a mirarme significativamente antes de pasar a ocuparse de la siguiente crisis que se avecinaba.

En cierto modo, yo estaba aliviada por haber sufrido tantos contratiempos, aunque solo fuera porque me mantenían la mente ocupada. No tenía tiempo para preocuparme de cosas como el apuro de ver a Wes después de todo aquel tiempo, o de cómo reaccionar ante Jason, que estaba

pensando en pasar a saludar en algún momento de la fiesta. Ya me enfrentaría a ambas cuando ocurriesen, me dije, y ocurrirían muy pronto.

Ahora, justo cuando los montadores de la carpa se marchaban, oí que un vehículo paraba en el camino de acceso. Fui hacia un lateral de la casa y vi a mi hermana en una camioneta cargada con un bulto largo y ancho; supuse que contenía mobiliario metálico para exteriores o algún material de construcción que habría sobrado de la casa de la playa. Aparcó y salió justo cuando otro coche, que según reconocí pertenecía a uno de los agentes de ventas de mi madre, se situó detrás de ella.

—¿Qué demonios traerá ahí? —me preguntó mi madre mientras rodeábamos la casa.

De pronto me di cuenta de que eran obras de Wes. Por lo menos seis piezas, aunque estaban amontonadas de tal manera que resultaba difícil precisarlo. Cuando llegamos a la camioneta, Caroline ya había bajado la plataforma trasera, y ella y el agente de ventas estaban sacando las piezas y dejándolas apoyadas contra el parachoques. Distinguí un gran ángel con una aureola de alambre de púas, y un molinillo que había visto en casa de Wes el último día que estuve allí. Estaba hecho con ruedas de bicicleta —desde las más grandes hasta los ruedines que ponen a las de los niños— soldadas a una barra de hierro combada.

—¡Caroline! —exclamó mi madre con voz alegre y forzada—. ¡Hola!

Mi hermana no contestó inmediatamente, pero el vendedor saludó con la mano sin dejar de descargar piezas que luego colocaba en el camino de entrada: un ángel más pequeño con una vidriera a modo de aureola, otro molinillo construido a base de tapacubos y ruedas dentadas.

—Podemos dejarlas aquí mismo, en la hierba —le dijo Caroline al vendedor—. En cualquier sitio, no se preocupe.

—¿Caroline? —insistió mi madre mientras el hombre apoyaba el ángel en la hierba y lo arrastraba sobre el terreno accidentado.

Me dio la impresión de que estaba preocupada, pero al mismo tiempo evitaba provocar otro enfrentamiento. De hecho, no volvió a decir nada, ni siquiera cuando el ángel estropeó aún más el césped al abrir un surco a su paso.

—No te preocupes —dijo por fin mi hermana, pasándose la mano por la cara; llevaba pantalones cortos, una camiseta y el pelo recogido en una cola de caballo—. Solo he parado un momento. Tenía que sacar varias fotos de estas piezas para mandárselas a Wally y así poder decidir cuáles nos llevamos a la casa de la montaña, y cuáles dejamos en casa.

—Bueno —comentó mi madre mientras Caroline y el vendedor comenzaban a arrastrar el ángel más grande sobre el césped y lo colocaban bien para después ocuparse de los pequeños—, me parece bien. Muy bien.

Ninguna de las tres dijo nada más durante unos minutos, mientras las esculturas iban ocupando sus sitios en la hierba. Los coches que pasaban por delante de la casa aminoraban la velocidad porque sus ocupantes querían ver qué pasaba. Mi madre no hacía más que saludar con su gesto y sonrisa de buena vecina, pero yo sabía que no se sentía cómoda.

Cuando Caroline y el hombre terminaron, había siete piezas sobre el césped: dos ángeles grandes, dos pequeños, una gran escultura cuadrada, la de los tapacubos y la que estaba hecha de engranajes y ruedas de distintos tamaños. El vendedor dio un paso atrás, se pasó la mano por la cara y preguntó:

—¿Está segura de que no quiere que me quede por aquí para ayudarle a volver a cargar las piezas en la camioneta?

—No, no se preocupe. Ya pediré ayuda a los hijos de algún vecino o a alguien. Es que no

estaba segura de si habría alguien aquí. Pero gracias de todos modos.

–De nada –dijo, jovial–. Todo por la causa. Nos vemos mañana, Deborah.

–Eso es –asintió mi madre–. Hasta mañana.

Cuando el hombre se marchó, mi hermana recorrió el jardín delantero colocando las esculturas en la posición que le pareció más conveniente. Tras unos instantes, miró la hierba como si se acabara de dar cuenta del estado en que se encontraba, y preguntó:

–¿Qué le ha pasado al césped?

Sacudí la cabeza y miré a mi madre.

–Nada –dijo con voz serena mientras se acercaba al ángel más grande para examinarlo con más detalle–. Caramba, la verdad es que estas piezas son muy interesantes. ¿De dónde las has sacado?

–Son de Wes, el amigo de Macy –respondió Caroline, limpiando una manchita de una de las esculturas hechas con ruedas de bicicleta. Luego añadió dirigiéndose a mí–: ¿Sabes?, ese chico tiene talento.

–Sí, lo sé –dije mientras contemplaba el ángel con la aureola de alambre de púas.

Fuera del mercado de verduras y del taller de Wes, las esculturas destacaban mucho más. Hasta impresionaron a mi madre. Lo supe por la cantidad de tiempo que estaba dedicando a examinar la cara del ángel.

–¿Wes? –preguntó mamá–. ¿El chico que te trajo a casa aquella noche?

–¿No te contó Macy que es un artista? –se extrañó Caroline.

Mi madre me dirigió una mirada, pero aparté la vista. Ambas sabíamos que aquello no habría importado nada en ese momento.

–No –respondió con suavidad–, no me dijo nada.

–Oh, es fantástico –aseguró Caroline, y se apartó un mechón que le caía sobre la cara–. Me pasé horas en su estudio contemplando sus obras. ¿Sabes que aprendió a soldar en un centro de menores?

Mi madre seguía con la mirada clavada en mí.

–No me digas.

–Es una historia apasionante. –Caroline se inclinó y empujó una de las ruedecitas para hacerla girar–. Hay profesores de la universidad que trabajan como voluntarios en el Centro Myers, y el jefe del departamento de arte fue a impartir una clase. Se quedó tan impresionado con Wes que lleva dos años dándole clases a nivel universitario. Expuso en una galería universitaria hace un par de meses.

–¿Ah, sí? –intervine–. Pues no me dijo nada.

–No, ni a mí tampoco. Su tía estaba allí, no recuerdo su nombre...

–Delia –indiqué.

–¡Eso! –Mi hermana comenzó a andar hacia la camioneta–. Bueno, el caso es que nos pusimos a hablar cuando él estaba cargando las piezas en la camioneta. Su tía también me contó que ha recibido ofertas para matricularse en varias facultades de arte, pero ni siquiera está seguro de querer ir. De momento, sus obras ya se están vendiendo en varias galerías y en establecimientos dedicados a decoración artística de exteriores, así que tiene encargos de sobra. Y el año pasado ganó el Premio Emblema.

–¿Y eso qué es? –pregunté.

–Es un premio estatal de arte –me explicó mi madre mientras observaba al pequeño ángel que

descansaba cerca de sus pies y cuya aureola estaba decorada con pequeñas ruedas de engranaje—. Lo otorga una comisión nombrada por el Gobierno del estado.

—Lo que quiere decir —puntualizó Caroline— que es extraordinario.

—Caramba —dije.

No me podía creer que no me hubiera contado todo aquello, pero claro, es que no se lo había preguntado. Discreto, pero increíble, había dicho Delia. Mi hermana continuó hablando:

—Cuando me llevé las otras piezas que compré y las expuse en el jardín, mis vecinas casi se vuelven locas. —Corrigió la posición de la pieza cuadrada, cuya estructura, ahora me daba cuenta, era un somier viejo—. Le dije que probablemente recibiría ofertas por el doble de lo que me costó en cuanto llegara a casa. Pero no tengo ningún interés en vender, por supuesto.

—¿En serio? —murmuró mi madre mirando la escultura cuadrada con la cabeza inclinada hacia un lado.

Wes había quitado las patas de la cama, dejando solo la parte central en forma de caja, y había decorado el interior en cromo brillante. Se balanceaba sobre dos segmentos largos de tubería, así que si te situabas justo delante, parecía un enorme marco para un cuadro, cuya imagen era lo que había detrás. Tal como lo había colocado Caroline, encuadraba perfectamente en la fachada delantera de la casa: la puerta roja, los acebos a ambos lados de los escalones, las ventanas.

—Esta me encanta —dijo mi hermana, mientras las tres admirábamos la pieza—. Pertenece a una serie nueva sobre la que ha estado trabajando últimamente. He comprado tres. Es que me parece alucinante lo que transmite, una idea de permanencia e impermanencia, no sé si me explico.

—¿En serio? —repitió mi madre.

—Por supuesto —le dijo Caroline con voz de entendida en arte, y yo de repente sentí un escozor al darme cuenta de lo mucho que echaba de menos a Wes, y deseé que hubiera estado presente para intercambiar una mirada, para que me dedicara una sonrisa de perplejidad con las cejas levantadas. Wes se habría comportado como si jamás hubiera oído semejante cosa, lo cual ahora sabía que no era cierto—. Un marco vacío con una imagen en perpetuo cambio es toda una revelación sobre el inexorable paso del tiempo. Nunca se detiene, ni siquiera en una sola imagen. Esa es la impresión creada.

Era poco más de media tarde y aún faltaba un buen rato para que se pusiera el sol, pero mientras estábamos allí de pie, la farola que teníamos a nuestra espalda emitió un zumbido y se encendió. Al instante, vi cómo nuestras sombras se proyectaban sobre el espacio vacío del otro lado del marco. La de mamá, alta y delgada, la de Caroline, con los brazos en jarras y los codos en ángulo recto, y la mía entre las dos. Me llevé una mano a la cara y luego dejé caer el brazo, observando cómo mi sombra reproducía mis movimientos.

—Será mejor que saque fotos antes de que oscurezca —dijo Caroline, y se dirigió a la camioneta.

Mientras caminaba, otro coche aminoró la velocidad al pasar por delante de la casa e hizo sonar el claxon. La ventanilla del pasajero se abrió y una mujer a la que reconocí vagamente como una de los agentes inmobiliarios con los que trabajaba mi madre se inclinó sobre el asiento.

—¡Deborah, son magníficas!

Mi madre se acercó al bordillo.

—¿Perdona? —preguntó.

—¡Esas esculturas! —exclamó la mujer, señalándolas. Llevaba un brazalete de madera grande y aparatoso que resbalaba arriba y abajo a cada gesto de su mano—. ¡Qué vínculo tan genial con el

final de la fase de edificación eso de utilizar materiales de construcción de los adosados como elemento decorativo! ¡Pero qué ingeniosa eres!

–¡Oh, no! –repuso mi madre–, no ha sido...

–¡Hasta mañana! –exclamó la mujer sin escucharla–. ¡Magníficas!

Y se alejó, tocando de nuevo el claxon, mientras mi madre la seguía con la mirada.

Caroline estaba cruzando el jardín con su cámara y se inclinó para conseguir un buen encuadre del ángel grande.

–Mirad, diréis lo que queráis –dijo–, pero algo le ha pasado a la hierba. Me di cuenta en cuanto aparqué. Está..., no sé, desnivelada o algo así.

–Tuvimos un pequeño problema –admití a la vez que mi hermana se acercaba la cámara al ojo; un segundo después, disparó–. Bueno, la verdad es que hemos tenido unos cuantos.

Esperaba que mi madre rebatiera mis palabras, o al menos las suavizara, pero cuando me volví a mirarla ni siquiera estaba escuchando. Por el contrario, estaba de frente a la calle, por donde, como solía ocurrir a esas horas, la gente salía a dar un paseo después de cenar, empujando cochecitos de bebé o paseando a los perros, y aparecían niños en bicicleta que pasaban a toda velocidad para luego dar la vuelta y volver a empezar el circuito. Esa noche, sin embargo, ocurría algo distinto: todo el mundo se volvía a mirar nuestro jardín, las esculturas; algunos incluso se detenían en la acera a curiosear con descaro.

–¿Sabes? –dijo mi madre, como midiendo sus palabras–, me pregunto si estas piezas quedarían bien en la fiesta. En cualquier caso, le darían estilo al jardín, desde luego.

Caroline sacó otra foto, para luego erguirse y encaminarse al molinillo de las ruedas.

–Pensaba marcharme esta misma noche –respondió sin mirarla mientras sacaba otra foto–. Tengo planes.

Por un instante, pensé que aquello sería definitivo. Estaba diciendo que no, y nosotras no podíamos hacer nada para hacerle cambiar de idea. Mi madre también fue consciente de ello, lo supe por el modo en que dio un paso atrás y movió la cabeza.

–Claro –dijo–. Lo entiendo, por supuesto.

Ninguna dijo nada durante unos instantes, y me pregunté si al final sería así como se resolvían las disputas, con un silencio compartido cuando ambos bandos quedaban en paz. Tú me quitas una cosa, yo te quito otra. De una u otra manera, todos buscamos el equilibrio.

–Pero –continuó Caroline de pronto– supongo que puedo quedarme. Solo será una noche, ¿no?

–Sí –contestó mi madre mientras Caroline volvía a llevarse la cámara a los ojos–, solo una noche.

Así que Caroline se quedó; estuvo sacando fotos hasta que oscureció y después entró en casa, donde ella y mamá se rehuyeron con tiento, pero con cortesía, hasta que nos fuimos a la cama. Como de costumbre, no era capaz de quedarme dormida, y después de pasarme una hora dando vueltas y cambiando de postura, salí a mi atalaya y contemplé las obras de Wes sobre la hierba. Las esculturas me parecían totalmente fuera de lugar en nuestro jardín, como si hubiesen llovido del cielo.

Estuve dando cabezadas hasta las tres, y me desperté al sentir la brisa fresca que se colaba por la ventana. Dijera lo que dijera mi madre, no había duda de que el tiempo estaba cambiando. Me incorporé y recorrí la cortina para mirar la hierba. Todas las esculturas tenían algún componente que ahora giraba con furia, silbando, zumbando, llamándote. El sonido era lo bastante fuerte como para ahogar a cualquier otro. Me parecía increíble que hubiera sido capaz de dormir con aquel ruido. Volví a tumbarme y me quedé escuchando durante una hora o más, esperando que parase,

que el viento se calmara, pero no fue así. En todo caso, el ruido se hizo más y más fuerte, y creí que no iba a poder dormir más. Pero, no sé muy bien cómo, lo conseguí.

«Macy. Despierta.»

Me incorporé a toda prisa, con la voz de mi padre resonando todavía en mis oídos. Es un sueño, me dije, pero en esos primeros momentos de confusión al despertar, no estaba del todo segura.

La última vez que había oído esas palabras en aquel tono fue en invierno. Hacía frío y los árboles estaban desnudos. Ahora soplaba una brisa de verano, fuerte, pero con un olor dulzón. Un sueño, pensé; me deslicé sobre el colchón para apoyar la mejilla en la almohada y cerré los ojos. Pero, también como la última vez, unos tres minutos después algo me impulsó a levantarme.

Miré por la ventana y al principio apenas di crédito a lo que veía. Pero después de parpadear un par de veces para convencerme de que estaba despierta, no albergué ninguna duda: Wes estaba en el jardín, con su camioneta aparcada junto al bordillo. Eran las siete de la mañana y contemplaba sus obras en movimiento, y después, cuando me acerqué al visillo, a mí.

Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo. Después saqué de la cómoda una camiseta y unos pantalones cortos, que me puse a toda prisa, bajé la escalera sin hacer ruido y salí.

Los molinillos girando con el viento creaban la impresión de que todo se estaba moviendo. La capa de abono que habían echado los paisajistas alrededor de los lechos de flores estaba ahora diseminada por la hierba y la acera, y pequeños tornados de pétalos de flores y briznas de hierba formaban remolinos aquí y allá con las ráfagas de viento. En medio de todo aquello estaba Wes, y ahora también yo, inmóviles, separados por el camino de acceso.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Tuve que alzar la voz, casi gritar, pero el viento pareció tragársela. Sin embargo, Wes la oyó.

—Vine a dejar una cosa. No pensaba que hubiera nadie levantado.

—Y no lo había. Bueno, hasta ahora.

—Intenté hablar contigo después de aquella noche —me dijo; dio un paso hacia mí y yo hice lo mismo—. ¿Por qué no contestaste?

Una nueva ráfaga de viento. Noté que los pantalones batían contra las piernas. ¿Qué está pasando?, pensé mientras echaba una mirada a mi alrededor.

—No lo sé —respondí apartándome el pelo de la cara—. Es que..., es que parecía que todo había cambiado.

—Cambiado —repitió, y avanzó otro paso—. ¿Te refieres a lo del cuatro de julio? ¿Entre nosotros?

—No —repuse, y él pareció sorprendido, casi molesto; su expresión cambió rápidamente y me pregunté si me habría equivocado y habría sido cosa de mi imaginación—. Esa noche no. La noche que te vi. Estabas tan...

Dejé que mi voz se apagara, sin saber qué palabra utilizar. No estaba acostumbrada a tener que explicar el porqué de una despedida o un final.

Pero Wes esperaba. Esperaba cualquier cosa que quisiera decirle.

—Fue todo muy raro —dije por fin, segura de que el término no hacía justicia, pero algo tenía

que decir—. Tú estabas raro. Y entonces pensé que había sido demasiado, o algo parecido.

—¿Qué había sido demasiado?

—Aquella noche. Primero yo me puse a llorar en el hospital —respondí; él se quedó perplejo, como si lo que decía no tuviera sentido—. Luego, nosotros. Como si todo pesara demasiado. Estabas muy raro, como si no quisieras mirarme a la cara...

—No era eso. Solo que...

—Te seguí. Para pedirte perdón. Fui a El Mundo de los Gofres y te vi. Con Becky.

—Me viste —repitió—. ¿Aquella noche, cuando estuvimos hablando delante de Milton's Market?

—Aquello lo explicó todo. Pero incluso antes, estuvimos hablando muy tensos, y parecía que todo lo ocurrido el cuatro de julio te había desbordado, y sentí vergüenza.

—Por eso dijiste lo de Jason. Lo de volver con él. Y luego me viste y...

Negué con la cabeza para dejarle claro que no me debía ningún tipo de explicación.

—No importa —dije—. Está todo bien.

—Bien —repitió, y me pregunté por qué volvía a lo mismo una y otra vez, a la palabra que siempre se dice cuando alguien te pregunta cómo estás pero en realidad no le importa saber la verdad.

Algo voló a mi espalda, me golpeó una pierna y bajé la vista: era un trozo de tela blanca que el viento había arrancado del patio o del tendedero de algún vecino. Un instante después salió volando de nuevo y se elevó sobre unos matorrales.

—Escucha —continué—, los dos sabíamos que Jason y Becky volverían, que el tiempo que nos habíamos dado terminaría. No es una sorpresa, es lo que tenía que pasar. Lo que queríamos, ¿no?

—¿Lo es? —preguntó—. ¿Es lo que querías?

Tanto si lo había preguntado con intención como si no, aquella era la última pregunta del juego, la última verdad. Si yo contestaba lo que realmente pensaba, me estaría exponiendo a un daño mucho mayor de lo que me podía imaginar. Y no estaba por la labor. Habíamos cambiado y modificado muchas reglas, pero esta, la única que existía cuando empezamos el juego, era precisamente la que yo iba a romper.

—Sí —respondí.

Esperaba que reaccionara, que dijera algo, cualquier cosa, mientras me preguntaba qué iba a pasar ahora que el juego había terminado. Pero, por el contrario, desvió la vista con lentitud para fijarla en algo que había por encima de mí. Perpleja, levanté los ojos al cielo y vi un enorme remolino blanco.

Era casi como si nevara, pero cuando empezaron a caer los trocitos y a pasar volando por delante de mí, vi que estaban hechos de la misma tela blanca y fuerte que el trozo que me había golpeado segundos antes. Solo cuando oí un grito en el jardín trasero entendí de qué se trataba.

—¡La carpa! —chillaba mi madre—. ¡Oh, Dios mío!

Me volví para mirar a Wes; estaba caminando hacia su camioneta. Me quedé inmóvil, viendo cómo se sentaba al volante y se alejaba. Así que había ganado. Pero no me sentía ganadora. En absoluto.

Teníamos una carpa hecha jirones, un jardín lleno de flores sin pétalos, y ahora, rugiendo a lo lejos, truenos.

—Oh, no —murmuró Caroline al tiempo que me daba un codazo.

Me sobresaltó y me hizo volver a la realidad. Estaba como en otro mundo, incluso al actuar mecánicamente haciendo lo posible por calmar la crispación de mi madre. Cuando la empresa proveedora de la carpa dijo que no, que no tenían otra y ningún operario disponible, así que tendríamos que arreglarnos con lo que había, le di unos golpecitos en la mano e intenté convencerla de que nadie se iba a fijar en la carpa. Cuando el viento siguió soplando y derribó las mesas y las sillas a la misma velocidad a la que nosotras las colocábamos, hice un gesto para mostrar mi aprobación a la idea de Caroline, que sugirió que no las usáramos y convirtiéramos la fiesta, en sus propias palabras, en un «evento en el que la gente se queda de pie y pasea». Y cuando mi madre, minutos antes, había bajado del camino de acceso a la casa piloto para cortar la cinta roja inaugural y se había roto un tacón, me adelanté al instante y le ofrecí los míos mientras todo el mundo contenía la risa. Todo el tiempo me sentí extrañamente ajena a aquellos percances, como si estuvieran ocurriendo a distancia, lo bastante lejos como para que el resultado no me afectara en absoluto.

Ahora, mamá sonreía a las cámaras y estrechaba la mano de sus encargados de obra con la mayor compostura mientras unas nubes oscuras de aspecto amenazador se acercaban a toda velocidad. Parecía estar perfectamente hasta que nos montamos en el coche y cerró la puerta.

—¿Qué demonios está pasando? —chilló—. Empecé a organizarlo todo hace semanas. ¡No era esto lo que tenía que pasar!

Sus palabras llenaron el coche y resonaron con fuerza en mis oídos, y, cuando arrancó y recorrimos el entorno familiar de la urbanización, tuve una visión fugaz de Wes frente a mí en el jardín, cuando yo le había dicho algo muy parecido sobre el desenlace de nuestras respectivas situaciones: «tenía que pasar». En ese momento tenía sentido, pero ahora lo dudaba.

Al doblar una esquina sonó otro trueno estruendoso sobre nuestras cabezas y todas dimos un respingo. Mi hermana se inclinó hacia adelante y miró al cielo a través del parabrisas.

—Bueno —dijo—, creo que deberíamos pensar en un plan B para la lluvia.

—No va a llover —afirmó mi madre con rotundidad.

—¿No oyes los truenos?

—Solo son truenos —dijo, y pisó el acelerador, con lo cual rebasamos en más de treinta kilómetros por hora el Límite de Velocidad de Buena Convivencia de Wildflower Ridge—. Eso no significa que vaya a llover.

Caroline la miró.

—Mamá, por favor...

Al enfilar el camino de entrada a nuestra casa, el viento seguía soplando, y de vez en cuando pasaba revoloteando un trocito de tela blanca de la carpa. Cuando me bajé del coche, aún absorta en mis pensamientos, mamá y Caroline ya estaban entrando en casa. Las encontré en la cocina, muy ajetreadas, no paraban de moverse con los folletos y trípticos que iban a colocar en el exterior, y ultimando los detalles finales para la fiesta. En cuanto me vio, mi madre me llenó los brazos de carpetas, folletos, periódicos viejos y revistas de decoración de mi hermana.

—Macy, por favor, llévate todo esto y déjalo por ahí. Donde sea. Y revisa los cuartos de baño y asegúrate de que las toallas están bien colocadas y hay suficiente jabón y... —Hizo una pausa y miró a su alrededor ansiosa, hasta que sus ojos se fijaron en la encimera junto al teléfono, donde seguía el llavero EZ desde que había abierto la caja el día anterior—, por favor, haz algo con eso y vuelve inmediatamente para ayudarme a hacer una cosa en el comedor, ¿de acuerdo?

Asentí, todavía como en otro mundo, pero hice lo que me había pedido. Dejé las carpetas en su despacho, los periódicos en la caja de reciclaje, las revistas junto a la puerta del cuarto de mi

hermana. Cuando solo me quedaba el llavero EZ, fui a mi habitación y me senté encima de la cama sin soltarlo.

Abajo podía oír a mi hermana pasando el aspirador, los tacones de mi madre repiqueteando y requeterrepiqueteando de un lado a otro. Sabía que me necesitaban, pero una parte de mí solo tenía ganas de tumbarse, cerrar los ojos y despertarse otra vez como si el día empezara de nuevo y le concediera otra oportunidad. Quizá podría volver a bajar y cruzar el jardín para reunirme con Wes, pero ahora estaba segura de que le diría algo distinto. Él siempre había dicho la verdad, y yo debería haber hecho lo mismo.

Había llegado el momento: Wes era mi amigo, por supuesto, pero independientemente de lo que le había hecho creer, la noche que lo vi con Becky sentí mucho más de lo que debería sentir una amiga. Ya era hora de reconocerlo. De hecho, en cierto modo lo había sabido todo el tiempo, y eso era precisamente lo que casi me había impulsado a volver con Jason, a su vida metódica y ordenada que yo esperaba que me protegiera contra más desengaños. Y ahí, en ese mundo, era del todo posible simular que mi verano con Wes, con Deseo, no había existido.

Pero había existido. Había seguido a la furgoneta de Delia aquella noche, había confesado mis verdades a Wes, me había arrojado en sus brazos y le había mostrado en carne viva mi corazón destrozado. Podía aparentar lo contrario, apartarlo de mi vista y, con un poco de suerte, de mi mente. Pero si algo era verdaderamente importante, el destino se ocupaba de que de algún modo volviera a tu lado para darte otra oportunidad. Yo había tenido una al agarrar la mano de Kristy para que me ayudara a subir a la ambulancia; otra durante la visita al hospital que había terminado con el nacimiento de Avery. Los hechos se confabulaban para hacerte volver a los mismos sitios. Lo que marcaba la diferencia era lo que hicieras tú: era todo cuestión de potencial.

Me puse en pie, acerqué la silla al armario y me subí para guardar la caja de EZ. Estaba a punto de bajarme cuando vi la bolsa que había metido allí hacía ya varias semanas. Aquel día parecía que todo era diferente. Probablemente esa fue la razón que me impulsó a apartar la caja y bajar la bolsa del estante.

—No me lo puedo creer —murmuraba mi madre para sí, lamentándose por el estruendo de los truenos al pasar por delante de la puerta entreabierta de mi cuarto—. Es como si alguien nos hubiera echado mal de ojo.

Me senté en la cama, abrí la bolsa y saqué el paquete. Pesaba bastante; me lo puse encima de las rodillas mientras comenzaba a abrir el envoltorio con impaciencia.

—En serio —volvió a quejarse mi madre cuando retumbó otro trueno—, ¿cómo se supone que se organiza un día así?

El papel ya estaba desprendiéndose, arrugándose, rasgándose, y aunque la forma del objeto que iba descubriendo me resultaba familiar, no pude precisar de qué me sonaba.

—El césped, la empresa de comida, la carpa... —rezongaba mi madre, que volvió a pasar por delante de mi cuarto—. ¿Qué será lo siguiente?

Me quedé allí sentada, mirando el regalo y sintiendo los latidos acelerados de mi corazón; luego tendí la mano y la apoyé sobre la de la escultura que descansaba en mi regazo. Un montón de cosas empezaron a cobrar sentido, otras se volvieron aún más confusas. Lo único que sabía era que aquel corazón y aquella mano eran míos. Había pedido una señal, y todo aquel tiempo la había tenido a mi lado, esperando a que estuviera preparada para descubrirla.

La última pregunta de mi madre seguía resonando en mi mente cuando fuera se oyó el trueno más fuerte de la tarde. Hizo temblar la casa, los cristales, incluso el suelo pareció estremecerse. Y a continuación, de repente, empezó a llover a cántaros. Mamá tenía su respuesta. Y yo la mía.



Cuando bajé, en casa se había desatado un auténtico escándalo.

Había puesto mi escultura del corazón en la mano encima de la mesilla, al lado del ángel, segura de lo que tenía que hacer. Cuando entré en la cocina, sin embargo, me encontré a mi madre y hermana cambiando los muebles de sitio como locas, empujando sillones y sofás contra las paredes en un intento por hacer más espacio para setenta y cinco personas en nuestro comedor, vestíbulo y salón.

—Macy —dijo Caroline cuando pasó a mi lado como una bala y con una rinconera en brazos—, haz algo con los taburetes.

—¿Los taburetes? —pregunté.

—¡Los taburetes de la isla! —gritó mi madre al pasar corriendo en dirección contraria arrastrando un sofá—. Arrímalos contra la pared. O déjalos en mi despacho. ¡Haz lo que quieras con ellos, pero llévatelos de ahí!

Su voz sonó aguda, vacilante y enloquecida, y durante un segundo la miré sin moverme. Pero solo durante un segundo. Luego hice exactamente lo que me había mandado.

Había visto a mi madre bajo presión. La había visto afligida, pero nunca tan fuera de control como en aquel momento, y me asusté. Me volví y miré a Caroline, que se limitó a mover la cabeza y a seguir empujando uno de los sillones reclinables contra la pared del cuarto de estar. No hay manera humana de que una persona pueda soportar tanta tensión nerviosa durante mucho más tiempo, pensé. Al final, algo terminaría por romperse. Cuando volvió a pasar a mi lado, extendí el brazo para tocarle la mano y le pregunté:

—Mamá, ¿estás bien?

—¡Macy, ahora no! —me contestó. Retiré la mano; ahora, hasta aquel gesto suponía demasiado—. Por favor, cariño —añadió sacudiendo la cabeza—, ahora no.

Durante los veinte minutos siguientes, observé cómo la tensión creciente se iba reflejando en su cuello, en la expresión del rostro, en el temblor de la voz, mientras se sucedían los contratiempos. Cuando el teléfono empezó a sonar sin parar. Cuando el encargado de obra llamó para informar de que, a causa de la lluvia, estaba entrando agua por una de las ventanas del chalé piloto. Cuando las luces parpadearon, se apagaron y volvieron a encenderse, trémulas, sin augurar ninguna seguridad. En todas esas ocasiones, yo observaba la reacción de mi madre, la tensión creciente de su cuerpo, la voz cada vez más chillona, la manera en que recorría las salas con la mirada de una posesa, buscando una cosa u otra. Cada vez que ella me sorprendía mirándola, yo me apresuraba a apartar la vista.

—Estoy preocupada por mamá —le dije a Caroline mientras intentábamos empujar el enorme sofá con estructura de roble del salón un palmo más atrás. Ni siquiera el peso de las dos era capaz de moverlo lo más mínimo—. No sé cómo puedo ayudarle.

—No puedes, no merece la pena que lo intentes.

—Caroline. —Dejé de empujar—. Por Dios.

Mi hermana se apartó un mechón de la cara con el dorso de la mano.

–Macy, no hay nada que puedas hacer.

En aquel momento, oí el ruido de la puerta principal al abrirse y unos tacones en el vestíbulo.

–¡Por Dios bendito! –exclamó Kristy–. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Relajé los brazos, aliviada de tener una excusa para hacerlo, y me volví. Allí estaba, en medio del vestíbulo, con un montón de sartenes envueltas en papel de aluminio. Junto a ella, Mónica sujetaba una nevera con un par de tablas de cortar en precario equilibrio sobre la tapa. Cerrando la fila, con varias *baguettes* debajo de cada brazo, venía Delia.

–Estamos sufriendo –le dije a Kristy cuando las luces volvieron a parpadear– una pequeña crisis.

Se oyó un traqueteo y luego un sonido metálico cuando Bert apareció en el umbral, obligando a Delia a echarse a un lado mientras empujaba uno de los carritos abollados de acero inoxidable. En el exterior, la lluvia caía en distintas direcciones.

–¿Crisis? –preguntó Delia–. ¿De qué tipo?

Entonces, en el cuarto de baño que tenía justo a su derecha, sonó un grito, luego un golpe, y todo el mundo enmudeció; solo se oía la lluvia azotando los cristales. Después se abrió la puerta, y salió mi madre.

Tenía las mejillas enrojecidas por el esfuerzo realizado al mover los muebles y el pintalabios corrido en una de las comisuras. Todavía llevaba puestos mis zapatos, a todas luces demasiado pequeños, y tenía una mancha sin identificar en el borde de la falda. Parecía cansada. Hecha polvo. Quizá solo hecha trizas. Y llevaba en la mano la jabonera del lavabo, ahora rota en dos pedazos.

Solo era una jabonera, tan insignificante que ni siquiera recordaba cuándo la habíamos comprado. Pero mi madre, con la palma abierta y la vista fija en ella, por alguna razón parecía a punto de echarse a llorar. Noté una sensación rara en el pecho y me di cuenta de que estaba asustada. Aterrorizada. Estaba acostumbrada a ver a mi madre de muchas maneras, pero nunca débil. Me hizo sentir lo bastante pequeña como para desaparecer.

–Mamá –preguntó Caroline–, ¿estás...?

Pero mi madre no dio muestras de haberla oído, ni siquiera de haberse percatado de nuestra presencia. Por el contrario, enfiló el pasillo de la cocina, a paso lento y pausado. Levantó la mano para secarse los ojos mientras doblaba la esquina en dirección a su despacho, sin volverse a mirarnos. Instantes después, oímos cerrarse la puerta con un chasquido.

–Dios mío –gemí.

–Solo es una jabonera –apuntó Kristy, solícita–. Seguro que puede comprar otra.

A mi lado, Caroline ya se estaba girando para seguirla, dando por hecho, por supuesto, que le correspondía a ella ocuparse de aquello. Pero yo llevaba demasiado tiempo esperando una oportunidad para hablar con mamá y viendo mis intenciones frustradas por distintos motivos, por mis temores o por los suyos. Era el momento de volver a intentarlo.

Así que cuando Caroline se dispuso a enfilarse el pasillo, le puse la mano en el brazo. Me miró sorprendida.

–Déjame a mí –dije, y fui en busca de mi madre.

Cuando abrí la puerta, ella estaba de pie junto al escritorio, de espaldas. Y estaba llorando entre

convulsiones que le hacían sacudir los hombros. Inmediatamente, aquel sonido me formó un nudo en la garganta, y quise darme la vuelta y huir. Pero, por el contrario, respiré hondo y entré.

No se volvió. Ni siquiera estaba segura de si se habría enterado de que yo estaba allí. Pero mientras la miraba, de pie junto a la puerta, me di cuenta de lo durísimo que resulta ver a alguien a quien quieres cambiar de esa manera ante tus propios ojos. No solo da miedo; también le desequilibra a uno. Me di cuenta de que era así como se había sentido mi madre durante el tiempo que yo había trabajado en Deseo, cuando empezó a no reconocermme en pequeños detalles, día tras día. No me extrañaba que su reacción hubiera sido arrastrarme a su lado y limitar mi mundo para que encajara en el suyo. Incluso ahora, al reconocer la verdad, una parte de mí deseaba que mi madre se irguiera, se pusiera al mando y recuperara el control. Pero lo único que yo quería cuando me estaba atando corto era poder demostrarle que los cambios que estaba experimentando eran para mejor, y que los entendería si les diera una oportunidad. Ahora yo tenía esa oportunidad. Y, por temible que fuera, iba a aprovecharla.

Atravesé el cuarto hasta situarme tras ella. Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar.

Por fin, se dio la vuelta llevándose una mano a la cara, y durante un instante nos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos. En mi mente comenzaron a formarse un millón de frases, pero quedaron inconclusas. Esta es la parte difícil, pensé. Lo que dijera a continuación sería el comienzo de todo lo demás, así que tenía que ser lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de lo que viniera después.

Mamá tomó aire.

–Estoy...

Pero no la dejé terminar. Por el contrario, di un paso adelante y le eché los brazos al cuello. Al principio se puso tensa, sorprendida, pero no me aparté; me apreté más contra ella y hundí la cara en su hombro. Al principio no sentí sus brazos rodeándome ni su cuerpo moviéndose para acoger al mío. Noté su aliento en mi pelo, su corazón contra mi pecho. Después de todo aquel tiempo podía haber resultado un poco incómodo, todo codos y caderas. Pero no lo era. Era perfecto.

Y al abrazarla, no hacía más que pensar en aquella noche en el claro y en lo que le había dicho a Wes. «Por una vez procuraría que supiera exactamente cómo me siento, sin tener que pensarlo antes.» Y lo había conseguido, por fin.

En medio de todo, procedente del pasillo, oí la voz de Caroline. Estaba en la cocina, explicándole a Delia nuestra crisis, detallando cada una de las cosas que habían salido mal. Mientras lo hacía, mi madre y yo nos abrazamos con fuerza, apoyándonos la una en la otra. Era como ese tramo de las montañas rusas en que deja de sonar el clac, clac, clac cuando llegas al punto más alto, y sabes a ciencia cierta que has terminado de subir la cuesta y que en cualquier momento vas a emprender un descenso delirante hacia el final.

Estaba preparada. Y creo que ella también. Pero si no era así, podría hacérselo entender. El primer paso es siempre el que más cuesta.

–Muy bien –oí decir a Delia–. Esto es lo que vamos a hacer...

–¡Jo-der! –exclamó Kristy, sacudiendo la cabeza–. Esto sí que es llover con ganas.

–Kristy –le recriminó Delia en tono de advertencia.

Caroline suspiró.

–No, tiene razón –admitió–. Sí que lo es.

–Ajá –añadió Mónica.

Efectivamente, seguía lloviendo. Fuerte. Tan fuerte, de hecho, que las luces continuaban parpadeando, aunque también podía ser achacable al viento, que, sí, también seguía soplando. Fuerte. Unos minutos antes, la chica del tiempo de la cadena de televisión local, Lorna McPhail, había salido delante del mapa con los ojos como platos a explicar que, aunque habían previsto un par de chaparrones, nadie esperaba aquella eventualidad.

–¿Eventualidad?! –exclamó Caroline cuando la presentadora volvió a centrarse en el mapa–. Esto no es una eventualidad. ¡Esto es el fin del mundo!

–Qué va –dijo Bert, que pasaba a su espalda con una bandeja llena de copas de vino–, el fin del mundo será mucho peor que esto.

Caroline lo miró.

–¿En serio lo crees?

–Oh, sí, desde luego.

Eran las siete en punto y los primeros invitados en llegar seguían metidos en sus coches, esperando optimistas una tregua en medio de aquel diluvio. En cualquier momento, se bajarían del coche, recorrerían el camino de acceso y entrarían en la casa, donde todo estaba listo. Los canapés se estaban calentando en el horno, la barra estaba bien provista de hielo y bebidas, la tarta con la leyenda WILDFLOWER RIDGE: ¡COMIENZA UNA NUEVA FASE! dispuesta encima de la mesa, rodeada de flores y montoncitos de servilletas de colores vivos. Además, toda la casa olía a albóndigas. Y a todo el mundo le gustan las albóndigas.

Después de que Caroline le explicara con detalle la situación, había oído a Delia hacer lo que mejor sabía: pasar a la acción. En cuestión de quince minutos, varias de las mesas y sillas que habíamos alquilado habían sido instaladas por toda la casa («estilo bistró», había dicho) y decoradas con velas con un intenso aroma a vainilla que había guardado en la furgoneta después de una fiesta de entrega de regalos de boda semanas atrás. Atenuó las luces por miedo a que se apagaran definitivamente –lo cual, además, creó un ambiente muy acogedor–, y puso a Bert y a Mónica a preparar el doble de aperitivos previstos, aduciendo que, si quedaban saciados, los invitados apenas se fijarían en que casi no tenían sitio para moverse. Mandó a Caroline a comprar otra jabonera y apostó a Kristy en la entrada con una bandeja de copas de vino para ofrecer a los invitados en cuanto pusieran el pie en la casa.

– Cuando la gente está un poco achispada –dijo–, tampoco se fija en esas cosas.

Mientras tanto, mi madre y yo estábamos sentadas en el borde de la mesa del despacho, contemplando la lluvia, con la caja de pañuelos entre las dos.

–Quería que esta fiesta fuera perfecta –dijo mientras se secaba los ojos con toquécitos suaves.

–No existe la perfección.

Esbozó una sonrisa triste y tiró el pañuelo a la papelera.

–Es un desastre total –se lamentó con un suspiro.

Durante un segundo, ninguna de las dos dijo nada.

–Bueno, en cierto modo no está mal –dijo por fin, al recordar lo que Delia me había dicho en aquella primera fiesta semanas atrás–. Ahora sabemos cómo están las cosas. Y solo pueden mejorar, ¿no?

No parecía muy convencida, normal. Aún no lo había captado del todo. Pero yo tenía el presentimiento de que terminaría por entenderlo. Y si no, ahora que habíamos empezado, tenía tiempo de sobra para explicárselo.

Cuando entramos en la cocina minutos después, Delia estaba preparando pastelillos de cangrejo. Echó una mirada a mi madre y le insistió para que subiera a darse una ducha caliente y respirar hondo unas cuantas veces. Ante mi sorpresa, mi madre obedeció sin rechistar y desapareció durante veinte minutos. Cuando bajó de nuevo, con el pelo húmedo y ropa limpia, tenía un aspecto mucho más relajado del que solía tener las últimas semanas. Cuando las cosas no se pueden poner peor, existe un cierto sentimiento de alivio. Quizá en esta segunda oportunidad, mi madre estaba empezando a darse cuenta.

–¿Qué le has dicho? –me preguntó mi hermana cuando la vimos bajar la escalera.

–Nada, la verdad –dije. Me di cuenta de que me miraba con desconfianza, pero era cierto. O, al menos, en parte.

Kristy estaba junto a la puerta, bandeja en mano, cuando mi madre pasó junto a ella.

–¿Vino? –le ofreció.

Mi madre se detuvo, a punto de rehusar con cortesía, pero en lugar de rechazarlo, respiró hondo.

–¿Qué es eso que huele tan bien?

–Albóndigas –contesté–. ¿Quieres una?

De nuevo, esperé una respuesta negativa. Pero me sorprendió cuando alcanzó una copa, bebió un sorbo y asintió.

–Sí, me encantaría probarlas.

Ahora, reunida ya con todos nosotros frente a la ventana de la entrada, quedaba una cosa que llevaba un rato preguntándome. Me reprimí cuanto pude con la esperanza de que alguien diera una explicación, pero al final no me quedó más remedio que preguntar directamente, sin apartar los ojos de los coches:

–¿Y dónde está Wes?

Vi que Mónica y Kristy intercambiaban una mirada. Luego Kristy dijo:

–Esta mañana tuvo que ir a la costa a llevar unas esculturas, pero dijo que pasaría a la vuelta por si lo necesitábamos.

–Ah, vale.

Tras estas palabras se produjo un silencio incómodo, durante el cual permanecimos contemplando la lluvia. Sin embargo, poco a poco, me di cuenta de que alguien estaba soltando unos suspiros exagerados. Luego aclarándose la garganta. Repetidas veces.

–¿Estás bien? –le preguntó Bert a Kristy.

Ella asintió y dejó escapar un vehemente ejem. La miré de soslayo y vi que tenía los ojos puestos en mí.

–¿Qué? –pregunté.

–¿Qué? –repitió. Era evidente que estaba molesta–. ¿Qué significa eso de qué?

–Quiero decir, ¿qué pasa? –insistí, algo perpleja.

Hizo un gesto de impaciencia con los ojos. A su lado, Mónica dijo:

–Nidecoña.

–Kristy –advirtió Delia con un gesto de cabeza–, no es el momento ni el lugar.

–¿No es el momento ni el lugar para qué? –preguntó Caroline.

–Nunca hay –afirmó Kristy, rotunda– un momento ni un lugar para el amor sincero. Surge por casualidad, en un abrir y cerrar de ojos, en un simple parpadeo, en una vibración.

–¿En una vibración? –intervino mi madre, inclinándose y mirándome–. ¿Quién está vibrando?

–Macy y Wes –respondió Kristy.

–No es cierto –protesté indignada.

–Kristy –insistió Delia con impotencia–, por favor, por Dios te lo pido, ahora no.

–Un momento, un momento –dijo Caroline levantando las manos–. Kristy, explícate.

–Sí, Kristy –dijo mi madre, aunque me miraba a mí, más perpleja que enfadada. Bienvenida al club, pensé–. Explícate.

Bert dijo:

–Esto promete.

Kristy ignoró su comentario y se colocó un mechón detrás de la oreja.

–Wes quiere estar con Macy. Y Macy, tanto si quiere admitirlo como si no, quiere estar con Wes. Y sin embargo no están juntos, lo cual no solo es injusto, sino además, si lo piensas bien, es tragicoso.

–Esa palabra no existe –puntualizó Bert.

–Ahora sí –continuó Kristy–. Si no, ¿cómo se explica una situación en la que dan calabazas a Wes, un chico absolutamente fuera de lo común, a favor de un cerebritito pringado que rompió con Macy porque no se tomaba su trabajo en la biblioteca con la suficiente seriedad, y, lo que es peor, porque se atrevió a decirle que lo quería?

–¿Por qué tenemos que seguir hablando de esto? –pregunté, avergonzada tanto por oír todo aquello divulgado a todo el mundo como por estar oyéndolo en voz alta por primera vez.

–¡Porque es tragicoso! –exclamó Kristy.

–¿Jason decidió romper porque le dijiste que lo querías? –preguntó mi madre.

–No –dije–. Sí. No exactamente. Es una larga historia.

–Yo te diré lo que es –concluyó Kristy–. Es una insensatez. Deberías estar con Wes, Macy. Todo el tiempo que pasasteis juntos, hablando de cómo erais con los demás, era obvio para todo el mundo. Era obvio incluso para Wes. Tú fuiste la única que no se dio cuenta, igual que no te estás dando cuenta ahora.

–Ajá –dijo Mónica, quitándose un hilo del delantal.

–Wes nunca sintió eso –afirmé. Era plenamente consciente de que mi madre y Caroline, por no mencionar al resto, estaban escuchando, pero, inexplicablemente, no me importó. Aquella noche ya habían pasado demasiadas cosas–. Siempre supo que iba a volver con Becky, igual que yo iba a volver con Jason.

–Eso no es cierto –replicó Kristy.

–Sí lo es. Ha vuelto con ella. Hace semanas.

–No –insistió Kristy, negando con la cabeza.

–Los vi juntos. En El Mundo de los Gofres. Estaban...

–Rompiendo –terminó ella–. Fue la noche que te vio en Milton's Market, ¿no?, y te dijo que tenía una cita.

Asentí, todavía desconcertada.

–Había quedado con ella para romper. –Hizo una pausa, como si fuera capaz de ver cómo asimilábamos todo aquello, que por fin tomaba forma–. Quiere estar contigo, Macy. Si hubiera sido yo, te lo habría dicho aquella misma noche, pero él no es así. Quería ser libre, estar totalmente liberado de cargas antes de confesarte lo que sentía por ti. Lleva esperándote todo este tiempo, Macy.

–No –dije.

–Sí. Y yo le he insistido para que se pase por aquí y te lo diga, y que te pregunte si tú sientes lo mismo –continuó–. Pero él no es así. Tiene que hacerlo a su manera. Y a su ritmo.

Como la pregunta final, pensé. No me estaba haciendo esperar para torturarme, ni porque no supiera qué preguntar. Solo quería hacer las cosas bien. Significara lo que significara.

Todos me estaban mirando. En otro tiempo, mi vida era privada. Ahora todo el mundo estaba al tanto de lo que ocurría en mi corazón. Pero, pensé al ver sus caras expectantes, tampoco representaban a todo el mundo. Solo al mío.

–Vino hoy –dije despacio, mientras terminaba de asimilarlo–. Esta mañana.

–¿Y qué pasó? –preguntó Kristy.

Eché un vistazo a mi madre, esperando que se diese cuenta de que yo había infringido sus normas. Pero, por el contrario, me observaba sin hablar, con la cabeza ladeada, como si viera algo en mí que no había visto antes.

–Nada –contesté–. Bueno, solo me preguntó si esto, si como están ahora las cosas, era lo que quería.

–¿Y qué le dijiste?

–Que sí.

–¡Macy! –Kristy se dio una palmada en la frente–. ¡Dios mío! Pero ¿en qué estabas pensando?

–No lo sabía –le dije. Y luego, más bajo, me dije a mí misma–: Qué injusto.

Kristy sacudió la cabeza.

–Tragicoso.

–Ya es la hora –indicó Delia, con un gesto en dirección a la ventana. Por fin, la lluvia había amainado un poco y la gente comenzaba a salir de sus coches, a cerrar puertas y a abrir paraguas. A pesar de todo, la función debía continuar–. Venga, a trabajar.

Todo el mundo se apartó de la ventana para incorporarse a sus distintas tareas. Kristy preparó su bandeja con las copas de vino, Bert y Delia se encaminaron a la cocina, y mi madre se paró frente al espejo del vestíbulo para echarse un último vistazo. Solo Mónica se quedó donde estaba, mirando por la ventana, mientras yo intentaba por todos los medios digerir todo lo ocurrido.

–No me lo puedo creer –murmuré–. Y ahora es demasiado tarde.

–Nunca es demasiado tarde –dijo Mónica.

Por un instante creí que eran imaginaciones mías. Después de un verano de monosílabos, respuestas de una sola palabra o ninguna respuesta en absoluto, Mónica, allí, a mi lado, había pronunciado una frase completa.

–Sí lo es –dije, y me volví hacia ella–. Ni siquiera sabría qué hacer si alguna vez tuviera otra oportunidad. O sea, ¿qué podría...?

Mónica sacudió la cabeza.

–Cosas que pasan. –Su voz sonó sorprendentemente clara y firme–. Ya sabes, a veces ocurren. No las piensas ni las planeas. Simplemente las haces.

Aquello me sonaba de algo, pero tardé un segundo en darme cuenta de dónde lo había oído antes. Después me acordé: era lo que yo le había dicho aquella noche en la fiesta, cuando estaba intentando explicarle por qué le había dado la mano a Wes.

–¡Mónica! –gritó Kristy desde el salón–. ¡Aquí hay una bandeja de hojaldres de queso que tiene tu nombre escrito! ¿Dónde estás?

Mónica se apartó de la ventana y atravesó el vestíbulo con sus andares característicos, arrastrando los pies.

–Espera –la llamé, y ella se giró. No sabía qué decirle. Seguía maravillada de que hubiera hablado, y me pregunté qué otros ases podría esconder en la manga–. Gracias. En serio, te lo agradezco mucho.

Mónica asintió con la cabeza.

–Ajá –concluyó y me dio la espalda, alejándose.



Había hecho suficientes servicios de *catering* para reconocer cuándo una fiesta estaba saliendo bien. Para empezar, tenía que haber comida de sobra. Y un grupo de gente relajada y divirtiéndose. Pero también era necesaria otra cosa: ese murmullo imposible de definir de gente comiendo, hablando y relacionándose, una energía tangible que consigue que pequeñas cosas como una carpa hecha jirones, la lluvia torrencial o incluso el fin del mundo, pasen prácticamente desapercibidas. Una hora después de que diera comienzo, la fiesta de mi madre tenía las tres cosas, y por toneladas. No había duda de que estaba siendo un éxito.

–¡Una fiesta estupenda, Deborah!

–¡Me encanta la idea del bistró!

–¡Las albóndigas están divinas!

Seguían lloviendo alabanzas. Mi madre las recibía agradecida, asintiendo y sonriendo mientras deambulaba entre los invitados. Por primera vez, me dio la impresión de que estaba disfrutando, sin hacer otra cosa que mezclarse con la gente con una copa de vino en la mano en lugar de centrarse en decirle a cada uno lo que quería oír o hacer propaganda de la nueva fase. De vez en cuando pasaba por detrás de mí y notaba su mano en mi espalda o en mis brazos, pero cuando me volvía por si me necesitaba, ella ya se había movido y se limitaba a dedicarme una sonrisa mientras se fundía con los invitados.

Mi madre estaba bien. Y yo también. O lo estaría, en algún momento. Sabía que una noche no iba a cambiar todo lo ocurrido entre nosotras, y que teníamos mucho –un año y medio, para ser exactos– de que hablar. Pero por ahora, lo único que intentaba por todos los medios era centrarme en el momento presente. Y me estaba saliendo bien hasta que vi a Jason.

Acababa de entrar y estaba de pie en el vestíbulo, buscándome, todavía con el impermeable puesto.

–¡Macy! –me llamó, y comenzó a andar hacia mí. Yo no me moví, me quedé donde estaba–. Hola.

–Hola –dije. Tardé un instante en mirarlo: corte de pelo cuidado, polo clásico metido por dentro de los pantalones de loneta. Estaba igual que el día que se fue, y me pregunté si yo también seguiría teniendo el mismo aspecto–. ¿Cómo estás?

–Bien.

Un grupo de gente se rio a carcajadas a nuestro lado, y ambos nos volvimos al oírlo, dejando que su sonido llenara el silencio que siguió a nuestro saludo. Por fin Jason dijo:

–Me alegro mucho de verte.

–Yo también.

Seguía allí parado sin dejar de mirarme y me sentí terriblemente incómoda; no sabía qué decir. Él se acercó un poco más, bajó una mano hasta casi rozar la mía y dijo:

–¿Podemos ir a algún otro sitio y hablar?

–Claro –asentí.

Mientras recorríamos el pasillo en dirección a la cocina, tuve la vaga impresión de que

alguien nos estaba mirando. Segura de que sería Kristy, fulminándome con los ojos, o Mónica, con su mirada fija e inexpresiva, volví la cabeza y me sorprendí al ver a mi madre, de pie junto al bufé, siguiéndome con la vista al pasar. Jason siguió la dirección de mi mirada y al verla levantó la mano para saludarla. Ella hizo un gesto con la cabeza y esbozó una leve sonrisa, pero sin apartar los ojos de mí, con firmeza, hasta que doblé la esquina y la perdí de vista.

Ya en la cocina, vi que la puerta trasera estaba abierta. Con la impresión, ni siquiera me había dado cuenta de que había dejado de llover. Cuando salimos, todo goteaba y hacía fresco, pero el cielo estaba despejado. Había varias personas fumando, otras hablaban en corrillos, con voces cuyo tono oscilaba. Jason y yo encontramos un sitio en los escalones, lejos de todo el mundo, y me apoyé, sintiendo la humedad de la barandilla en las piernas.

–Bueno –empezó él, echando una mirada a su alrededor–, sí que habéis organizado una buena fiesta.

–No te haces idea –dije–. Ha sido una locura.

A su espalda veía la cocina, donde Delia estaba metiendo otra bandeja de pastelillos de cangrejo en el horno. Mónica, apoyada en la isla, se examinaba las puntas abiertas, con su típica expresión de aburrimiento.

–¿Una locura? –preguntó Jason–. ¿Por qué?

Tomé aire mientras pensaba qué le iba a decir, y después me contuve. Demasiadas cosas por contar, pensé.

–Un desastre tras otro –resumí–. Pero todo está saliendo bien.

Mi hermana salió al porche. Hablaba en tono muy alto, seguida por un grupo de invitados con bebidas y canapés en la mano.

–... representa una auténtica dicotomía entre arte y naturaleza –decía con su voz de entendida en historia del arte cuando bajó los escalones junto a nosotros–. Estas piezas son realmente cautivadoras. Como verán en la primera, el ángel es un símbolo de la accesibilidad y los límites de la religión.

Jason y yo nos apartamos para dejar pasar al grupo que la seguía, asintiendo y haciendo comentarios en voz baja al comenzar la lección. Cuando desaparecieron hacia el lateral de la casa, Jason dijo:

–¿Las ha hecho ella?

–No –respondí con una sonrisa–. Solo es una admiradora incondicional.

Se echó hacia atrás para atisbar el ángel, ahora rodeado por Caroline y su grupo.

–Interesantes –comentó–, pero no estoy seguro de la simbología. Yo solo veo piezas para decorar jardines.

–Bueno, y lo son. Más o menos. Pero a su manera, también tienen un significado. Al menos eso cree Caroline.

Jason volvió a mirar el ángel.

–No creo que el medio transmita bien el mensaje. En realidad, más bien puede desvirtuarlo. O sea, independientemente del esplendor de su aspecto, al final no es más que chatarra, ¿no?

Lo miré, sin saber muy bien cómo reaccionar.

–Bueno, supongo que depende de cómo lo mires.

Me sonrió.

–Macy –dijo en un tono que, sin saber por qué, me erizó el vello de la nuca–, la chatarra es chatarra.

Me sorprendí tomando aire. No lo sabe, me dije. No tiene ni idea, lo dice solo por hablar de

algo.

–Bueno, querías hablar, ¿no? –pregunté.

–Ah, sí, sí, claro.

Esperé sus palabras. La cocina se había quedado vacía, a excepción de Bert, que estaba preparando una fuente de albóndigas y de vez en cuando se metía una en la boca. Levantó la vista, me sorprendió mirándolo y sonrió algo avergonzado. Le devolví la sonrisa, Jason se volvió y miró a su espalda.

–Perdona –dije–. ¿Decías...?

Bajó la vista a sus manos.

–Es que... –empezó, y luego se interrumpió, como si se le hubiera ocurrido otra forma mejor de expresar sus pensamientos–. Sé que al principio del verano no gestioné nada bien la situación al proponer que nos diésemos un tiempo. Pero de verdad me gustaría que mantuviéramos una charla sobre nuestra relación y, en caso de que decidamos seguir adelante, cómo nos gustaría que evolucionara el próximo año.

Estaba escuchando. De verdad. Pero al mismo tiempo, mi mente registraba muchos otros detalles: las risas del interior, el frescor húmedo del aire en la nuca, la voz de mi hermana, que seguía hablando de formas, funciones y contraste.

–Bueno –dije–. No lo sé, la verdad.

–No te preocupes –repuso Jason, y refrendó sus palabras con un gesto firme, como si la conversación se estuviera desarrollando exactamente tal como había previsto–. Yo tampoco estoy seguro al cien por cien. Pero sí creo que es así como debería comenzar nuestro diálogo. Con los sentimientos que alberga cada uno y los límites que debemos establecer antes de asumir un nuevo compromiso.

–... un auténtico sentido de perspectiva –decía Caroline–, en el cual el artista hace su crónica de los acontecimientos que tienen lugar dentro de los límites del marco, y expresa de qué manera les afecta ese marco.

–Lo que he pensado –continuó Jason, sin que las palabras de mi hermana lo distrajeran, como me había pasado a mí– es que cada uno podría hacer una lista de lo que de verdad quiere de una relación. Qué esperamos, qué nos parece importante. Y después, en el momento que convengamos, nos reuniremos para repasar las dos listas y ver en qué coincidimos.

–Una lista –repetí.

–Sí, una lista. De ese modo, creo, tendremos un registro por escrito de lo que hemos fijado como meta de nuestra relación. Así que, si surgen problemas, podremos consultar las listas, ver a qué apartado corresponde y buscar una solución.

Seguía oyendo hablar a mi hermana, pero su voz se fue atenuando cuando condujo al grupo hacia un lateral de la casa.

–Pero ¿y si no funciona? –pregunté.

Jason me miró perplejo.

–¿Y por qué no iba a funcionar?

–Pues porque no.

Se quedó mirándome.

–Porque no... –murmuró.

–Porque –repetí, al tiempo que nos azotaba una ráfaga de viento– a veces pasan esas cosas. Cosas inesperadas. O que no estén en la lista.

–¿Por ejemplo? –preguntó.

–No lo sé –respondí, frustrada–. Ahí está el problema. Podría surgir de la nada, pillarnos por sorpresa. Algo para lo que no estuviéramos preparados.

–Pero lo estaremos –dijo, desconcertado–. Tendremos las listas.

Hice un gesto de impaciencia.

–Jason...

–Lo siento, Macy. –Jason retrocedió sin dejar de mirarme–. Pero no entiendo lo que tratas de decirme.

Y entonces caí en la cuenta: no lo entendía. No tenía ni idea. Y aquella noción era tan absurda, tan completamente inverosímil, que tenía que ser cierta. Para Jason, no existía lo inesperado, ni las sorpresas. Toda su vida estaba minuciosamente organizada, con listas y sublistas, como las que yo misma le había ayudado a repasar hacía unas semanas.

–Es que... –me interrumpí y sacudí la cabeza.

–¿Es que qué? –Se quedó esperando, quería saber más–. Explícamelo.

Pero no podía. Yo había tenido que aprenderlo a mi manera, igual que mi madre. No podía explicártelo nadie, tenías que pasar por ello. Si tenías suerte, salías adelante y comprendías. Si no, tenías que retroceder, volver sobre tus pasos, hasta que por fin lo consiguieras.

–¿Macy? Por favor, explícamelo.

Inspiré profundamente e intenté encontrar un modo de explicarle que no había explicación, pero entonces, a su espalda, vi a Wes saliendo de la cocina. Y dejé escapar el aire y me quedé mirándolo.

Se estaba pasando una mano por el pelo mientras recorría con la vista a la gente congregada en el salón. Seguía mirándolo cuando entró Delia toda ajetreada con una bandeja llena de copas vacías. La dejó en la encimera, lo besó y hablaron unos instantes mientras observaban a los asistentes. Wes le dijo algo y la mujer se encogió de hombros e hizo un gesto en dirección al salón. Vi que él preguntaba «¿Estás segura?», y ella asintió, le dio un apretón cariñoso en el brazo y se volvió para abrir el horno. Entonces Wes dirigió la vista hacia el exterior y me vio. Y a Jason. Intenté no apartar los ojos, con el deseo de que se quedara un minuto más, pero se volvió y salió por la puerta lateral, que se cerró a su espalda.

–¿Macy? –Caroline se asomó desde un costado de la casa–. ¿Puedes venir un momento?

–Macy, ¿qué...? –preguntó Jason.

–Espera un segundo –le interrumpí.

Crucé el porche, esquivando corrillos, bajé los escalones del otro extremo y salí por la puerta lateral. Vi a Wes al final del camino de entrada.

–¿Sabes algo de esto? –me preguntó mi hermana.

Por un segundo pensé que se refería a Wes, hasta que me di la vuelta y la vi frente a una escultura con su grupo.

–¿De qué? –pregunté, distraída. Lo había perdido de vista.

–Es que no la había visto –dijo mientras observaba la pieza–. No es ninguna de las mías.

–Macy –me llamó Jason a mi espalda–. De verdad creo que deberíamos...

Pero yo no escuchaba. No escuchaba a Jason. No escuchaba a Caroline, que seguía dando vueltas a la escultura y haciendo ruiditos de entendida en arte. Ni el bullicio de la fiesta que se filtraba por la ventana. Lo único que oía era el leve tintineo de la escultura, el sonido de aquel nuevo ángel. Tenía las piernas separadas y las manos entrelazadas sobre el pecho. Los ojos eran trozos de vidrio erosionados por el mar, rodeados de una arandela, y la boca era una llave vuelta hacia arriba. Su aureola estaba bordeada de pequeños corazones inscritos en manos. Pero lo más

llamativo, lo que se salía de lo común, eran aquellas cosas que formaban un arco por encima de su cabeza, hechas de planchas delgadas de aluminio, con picos bien definidos en el extremo superior y suaves curvas en la parte de abajo, alineadas con cascabeles que producían el tintineo que estaba oyendo. Que todos oíamos.

–No entiendo qué quiere decir –comentó Caroline, confusa–. Es la única que tiene alas. ¿Por qué?

Cuántas preguntas planteaba la vida. No siempre teníamos las respuestas. Pero aquella sí la sabía.

–Para poder volar –respondí, y eché a correr.

Pensé que sería como en mis sueños. Pero no. Volví a correr con naturalidad, como ocurriría con cualquier cosa que en algún momento fue el centro de tu vida. Los primeros pasos me costaron; tardé unos segundos en regular la respiración, pero luego encontré el ritmo adecuado y todo desapareció hasta que solo quedamos yo y lo que tenía ante mí, cada vez más cerca. Wes.

Cuando lo alcancé, estaba sin resuello. Colorada. Y el corazón me latía tan fuerte que al principio era lo único que oía. Wes se volvió sorprendido justo cuando le di alcance, y durante unos instantes no dijimos nada mientras yo recuperaba el ritmo normal de respiración.

–Macy –dijo; me di cuenta de que se había quedado estupefacto al verme ante él, jadeando–. ¿Qué...?

–Lo siento. –Levanté la mano con la palma hacia él y volví a inspirar hondo–. Pero ha habido un cambio.

Me miró sin comprender.

–Un cambio –repitió.

Asentí.

–En las reglas.

Tardó un segundo en reaccionar; no tenía ni idea de a qué me refería. Después, su rostro se relajó despacio.

–Ah, las reglas...

–Sí.

–No he recibido ninguna notificación –indicó.

–Es que ha sido muy reciente.

–¿Concretamente...?

–Concretamente, ahora mismo.

Wes se pasó la mano por el pelo; el corazón y la mano de su tatuaje asomaron bajo la manga y volvieron a desaparecer. Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar. O quizá sí.

–Macy –dijo con suavidad mientras me miraba con atención–, no hace falta que...

Hice un gesto con la cabeza y lo interrumpí:

–El cambio. Pregúntame por el cambio.

Se echó hacia atrás y se afianzó sobre los talones mientras metía las manos en los bolsillos.

–Vale –accedió–. ¿En qué consiste el cambio?

–Se ha acordado –le expliqué y volví a tomar aire– que hay otra manera de ganar el juego.

Para que yo pueda ganar, tengo que responder la pregunta que pospusiste aquella noche en la camioneta. Solo entonces terminará el juego.

–La pregunta que pospuse –repitió.

Asentí.

–Así es la regla.

Durante la pausa que se produjo, supe que en aquel momento podría pasar cualquier cosa. Quizá era demasiado tarde: de nuevo, podía haber perdido mi oportunidad. Pero al menos sabría que lo había intentado, que había hablado con el corazón en la mano, fuera cual fuera el resultado.

–De acuerdo –dijo; respiró hondo–. ¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

Di un paso hacia él y acorté el espacio que nos separaba.

–Esto –respondí. Y lo besé.

Lo besé. Allí, en plena calle, mientras el mundo seguía su rumbo a nuestro alrededor. Sabía que a mi espalda Jason seguiría esperando una explicación, mi hermana seguiría dando una clase magistral y el ángel seguiría con la vista puesta en el cielo, esperando para echar a volar. En cuanto a mí, lo único que quería era salir adelante, significara lo que significara. Pero por fin me había dado cuenta de que iba por buen camino. Todo el mundo tenía su para siempre; si yo pudiera escoger, aquel sería el mío. El que empezaba en aquel momento, con Wes, con un beso que me había dejado sin respiración y que después me la devolvió, y me hizo sentir sorprendida, maravillada, y, lo mejor de todo, viva.



–Macy, despierta.

Rodé sobre mí misma y me tapé la cara con la almohada.

–No. –Mi voz sonó amortiguada–. Una hora más.

–Ni hablar. –Unos dedos toquetearon mis pies descalzos–. Date prisa. Te espero fuera.

Aún medio dormida, lo oí salir del cuarto, y un instante después se cerró la puerta de golpe. Durante unos segundos permanecí inmóvil, tentada a dejar que el sopor me invadiera de nuevo y me permitiera seguir soñando. Pero aparté la almohada de la cara, me incorporé y miré por la ventana. El cielo estaba azul y despejado, las olas rompían contra la arena, muy cerca de mí. Otro hermoso día.

Me levanté, me puse los pantalones cortos, el sujetador de deporte y la camiseta; después me quité la goma de la muñeca y me hice una coleta. Seguía bostezando cuando crucé la habitación y salí a la zona principal de la casa, donde mi hermana hojeaba una revista sentada a la mesa.

–¿Sabes qué he estado pensando? –dijo sin levantar la mirada, como si lleváramos hablando un rato y retomara la conversación donde la habíamos dejado–. Nos vendría muy bien una chimenea exterior.

–¿Una qué? –pregunté mientras me agachaba para ponerme las zapatillas.

–Una chimenea exterior. –Pasó una página de la revista y apoyó la barbilla en las manos–. Una chimenea especial para jardines, muy rústica, creo que quedaría muy estilosa. ¿Tú qué dices?

Me limité a sonreír y abrí la puerta corredera.

–Suena genial, genial.

Salí al porche y me empapé del aire fresco y salado de la mañana. Mi madre, sentada en su silla Adirondack y con una taza de café sobre la mesa, se volvió para mirarme.

–Buenos días –saludó mientras me inclinaba para darle un beso en la mejilla–. Qué afición.

–Yo no, yo quería dormir un rato más.

Sonrió; después levantó su taza, alcanzó la carpeta que había debajo y la abrió sobre sus rodillas.

–Pásalo bien –dijo.

–Y tú.

Estiré los brazos por encima de la cabeza mientras bajaba los escalones que conducían a la playa, guiñando los ojos por efecto de la luz del sol, que ya era fuerte y deslumbraba. Ahora que habían terminado las obras, pasábamos casi todos los fines de semana en la casa de la playa. Al principio costaba cruzar el umbral, y las primeras veces lloré al recordar a mi padre. Pero ahora era más fácil. Aunque hubiera cortinas y suelos nuevos, todo lo que le gustaba de la casa de la playa –el alce, las cañas de pescar junto a la puerta, su amada parrilla– seguía allí, lo cual creaba la impresión de que él también estaba con nosotras.

También se habían producido otros cambios. Mi madre venía los fines de semana, pero siempre se traía trabajo y el ordenador portátil, y su móvil no paraba de sonar, aunque la estábamos aleccionando para que de vez en cuando dejara saltar el contestador. En cuanto a mí,

había vuelto a correr, pero ahora no prestaba atención a los tiempos ni a la distancia, me centraba únicamente en la sensación de volver a estar en movimiento, consciente de que lo más importante no era llegar a la línea de meta, sino cómo llegar hasta ella.

Y mi madre y yo hablábamos más, aunque al principio no fue fácil. Los viajes a la playa habían ayudado. Aunque a veces venía Wes, o Kristy, había aprendido a valorar los días que íbamos solas. Al recorrer largas rectas de autovía tranquila, con el sol poniéndose a lo lejos, de alguna manera resultaba más fácil decir las cosas en voz alta, e, independientemente de lo que nos dijésemos, seguíamos avanzando en la misma dirección.

Caroline también solía venir casi todos los fines de semana, con Wally, y se pasaba el tiempo deambulando por la casa inspeccionando su obra y pensando qué otros cambios se podrían hacer. Últimamente, sin embargo, había centrado su atención en la casa situada dos parcelas más abajo, que acababan de poner en venta. Necesitaba reformas, solo un poco de amor y cuidado, nos dijo mi hermana mientras repartía unas fotos para que la examinásemos con detenimiento; ella y Wally estaban pensando en comprar una casa en la playa. Muchas imágenes del «antes», pero yo conocía a mi hermana. Siempre era capaz de ver el «después». Era la que más capacidad tenía de las tres.

Atravesé las dunas envuelta en una brisa marina. Cuando me volví para mirar la casa, vi que Caroline también había salido al porche y se había sentado en el banco nuevo, seguramente visualizando en su mente la chimenea exterior. Las dos me dijeron adiós con la mano y yo hice lo mismo; después centré mi atención en el corto tramo de playa que tenía que recorrer para dar alcance a la figura que divisaba a lo lejos. Cuando empecé a correr, sintiendo la fuerza de mis pies, agucé el oído para escuchar aquella voz que tan bien conocía, la que siempre oía al principio.

«¡Muy bien, Macy, campeona! ¡Lo estás haciendo genial! ¡Ya sabes que los primeros pasos son los que más cuestan!»

Y era cierto. A veces me sentía tan fuera de forma que era lo único en que podía pensar para no abandonar después de unas cuantas zancadas. Pero seguía adelante, como ahora. Tenía que hacerlo, tenía que alcanzar la siguiente etapa, la etapa en la que por fin daba alcance a Wes, mi sombra se alineaba junto a la suya y él se volvía para mirarme, apartándose el pelo de los ojos.

–Te veo muy en forma –dijo.

–Igualmente.

Corrimos en silencio durante unos instantes. Por delante solo veía playa y cielo.

–¿Lista? –preguntó.

Asentí.

–Adelante, te toca.

–Muy bien –dijo–. Veamos...

Empezábamos a ritmo suave, como siempre, porque la carrera y el juego podían durar un buen rato y quizá prolongarse para siempre.

Esa era la cuestión. Nunca se sabe. Para siempre podía significar muchas cosas distintas. Su significado siempre variaba, en eso consistía todo. Podía querer decir veinte minutos, o cien años, o solo este instante, o cualquier instante que desearía que durase para siempre. Pero de todo lo que encerraba la eternidad, solo había una verdad importante: que estaba sucediendo. Justo en ese momento, mientras corría hacia el sol junto a Wes, y en todos los momentos que seguían a aquel. Mira, allí está. Y ahora, ahora, ahora.

Título original: *THE TRUTH ABOUT FOREVER*

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Sarah Dessen, 2004

© de la cubierta, Opalworks

© MAEVA EDICIONES, 2016

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 978-84-16690-18-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.